
Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La llamada al Amor

«Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor» (1Jn 4,8).

A Irene, la mujer de Ramiro, le habían diagnosticado un cáncer muy grave que se había extendido por todo el cuerpo. Los médicos le daban dos meses de vida. Aquello, obviamente, fue un durísimo golpe para ambos. Tenían 61 años. Se habían casado muy jóvenes, justo después de que Ramiro acabase sus estudios de fontanería y se pusiese a trabajar con su padre. Y pronto tuvieron tres hijos que ahora están felizmente casados.

Desde que supieron que Irene tenía un cáncer terminal, Ramiro no se separó de ella. Ambos se querían mucho, aunque Ramiro nunca supo expresar su amor, ni siquiera cuando eran novios. Pero, una tarde en la que Irene había estado vomitando y tosiendo continuamente, algo por dentro le impulsó a Ramiro a decirle claramente cuánto la amaba y lo mucho que le agradecía que le hubiese dado tantos años de felicidad. Fue

lo más profundo que jamás le había dicho. Él mismo se quedó muy sorprendido ante aquella declaración de amor. A Irene le reconfortó interiormente y le ayudó a pasar sus últimos días en esta vida.

Tras el funeral, Ramiro se quedó muy solo en casa. Y no dejaba de meditar sobre aquella tarde en la que declaró su amor a su moribunda esposa. El hecho es que Ramiro sentía que aquello no había salido de él, sino que había sido Dios el que le impulsó a hacerlo. Intuía que aquello fue una experiencia mística, aunque él no sabía apenas nada de esas cosas. Por ello, una mañana se acercó a la parroquia, se lo comentó a un amigo sacerdote, y éste, tras escucharle largo y tendido, le recomendó que fuera a un monasterio para meditar y orar durante dos semanas.

Cuando Ramiro llegó al monasterio la hospedería estaba vacía, pues era pleno invierno, así que no tardó en trabar amistad con el hermano hospedero y en contarle lo que le había llevado allí. El hermano le sugirió que hiciera un esfuerzo por asistir a todos los rezos comunitarios –incluido Maitines, que era a las cinco de la mañana– y le preguntó si le gustaría ayudar a los monjes en los trabajos de la huerta. El bueno de Ramiro aceptó complacido.

Ciertamente, trabajar codo con codo con los monjes dentro de la clausura fue para él una vivencia muy sanadora. El ambiente sagrado que se respira dentro del monasterio le limpió interiormente y le revitalizó. Apenas conversó con los monjes, pero su presencia, su sonrisa y su paz le comunicaron muchas cosas buenas, que no sabría muy bien explicar.

El día de su partida, Ramiro le confesó tímidamente al padre Abad que sentía muchísimo dejar el monasterio y que con gusto se quedaría para siempre. El Abad le abrazó con mucho cariño y le dijo en voz baja: «*Vuelve a tu casa, rehaz tu vida, ponte en manos de Dios... y si dentro de seis meses sigues queriendo formar parte de nuestra comunidad, te acogeremos con alegría*».

De vuelta en casa, todos los días Ramiro se acordaba de la ardiente vivencia de amor sobrenatural que había sentido junto a su difunta Irene. Y algo le decía que aquello fue una llamada de Dios. Hasta entonces Ramiro no había sido consciente de lo que era amar apasionadamente con todo el corazón. Nunca había experimentado una cosa así. Y sentía que Dios le indicaba que ese era su nuevo camino: el amor.

Rechazaba totalmente la idea de buscar otra mujer, porque su esposa seguía siendo Irene. Y, sobre todo, recordaba con añoranza su agradable y revitalizante experiencia monástica. Sentía que el monasterio era su verdadero hogar, los monjes su nueva familia y Dios su gran amor.

Así que, tras hablarlo con su amigo sacerdote, y habiéndose despedido de su familia y de sus amigos, Ramiro preparó una pequeña maleta y se presentó en la portería del monasterio en busca del Amor divino.

Y allí vivió felizmente hasta que, un buen día, Dios se lo llevó al Reino del Amor eterno.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Alegres en el Señor

Aquí y ahora, una felicidad incompleta

A lo largo del Año de la Fe (11-10-2012 a 24-11-2013) se han alzado voces pidiendo en la Iglesia algo que es consustancial e inherente al evangelio: la alegría de la Buena Noticia, el mensaje de las Bienaventuranzas. Viene a ser una especie de crítica velada que alerta sobre la fe un tanto desteñida, insípida y adormecida de muchos cristianos. Quien acoge el evangelio como programa de vida, difícilmente puede asociarse a un cristianismo encogido, triste y mortecino, por no decir desesperanzado (cf. 1Tes 4,13).

El Apóstol san Pablo nos exhorta: *«Estad siempre alegres en el Señor. Os lo repito, estad alegres»* (Flp 4,4). ¿Pero esto es posible? Porque nuestro mundo contemporáneo no es que sea muy permeable a la propuesta evangélica. Como dice el Papa Francisco: *«El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada»*¹.

Hay quienes piensan que sin Dios y sin evangelio se puede vivir mejor, que la religión impide y

1. FRANCISCO, Exhort. Ap. *Evangelii Gaudium* (24 noviembre 2013), n. 2.

obstaculiza un verdadero disfrute de la vida, que los mandamientos y prescripciones de la moral cristiana constriñen, encadenan y hasta esclavizan al hombre. Otros, viviendo ante la incertidumbre de que haya un más allá después de la muerte, instrumentalizan la fe como medio o recurso para alcanzar la soñada bienaventuranza eterna pero sin repercusión e incidencia alguna en el presente. Por no hablar de quienes piensan que ser cristiano significa renunciar por principio a las satisfacciones y gozos más elementales de la convivencia humana, para abrazar el sinsentido absurdo y humillante de la mortificación y el sacrificio de la cruz. Son otros tantos planteamientos y posicionamientos ante la vida que acaban influyendo en los seguidores de Jesús. «*Hay cristianos –continúa diciendo el Papa– cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua... Un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral*»².

Sin entrar en el discernimiento y análisis de tales posiciones dentro de nuestra sociedad plural y secularizada, quiero citar un texto lúcido y premonitorio de Pablo VI aludiendo a algunos de los factores que condicionan y explican la dificultad de alcanzar la felicidad. Decía este Papa hace ya casi cuarenta años:

«La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de

2. *Ibíd.*, nn. 6 y 10.

la vida de muchos. Esto llega a veces hasta la angustia y la desesperación que ni la aparente despreocupación ni el frenesí del gozo presente o los paraísos artificiales logran evitar. ¿Será que nos sentimos impotentes para dominar el progreso industrial y planificar la sociedad de una manera humana? ¿Será que el porvenir aparece demasiado incierto y la vida humana demasiado amenazada? ¿O no se trata más bien de soledad, de sed de amor y de compañía no satisfecha, de un vacío mal definido? Por el contrario, en muchas regiones, y a veces bien cerca de nosotros, el cúmulo de sufrimientos físicos y morales se hace oprimente: ¡tantos hambrientos, tantas víctimas de combates estériles, tantos desplazados! Estas miserias no son quizá más graves que las del pasado, pero toman una dimensión planetaria; son mejor conocidas, al ser difundidas por los medios de comunicación social, al menos tanto cuanto las experiencias de felicidad; ellas abruman las conciencias, sin que con frecuencia pueda verse una solución humana adecuada»³.

Por muchas que sean las limitaciones del ser humano, golpeado por el dolor y el sufrimiento y abocado a la muerte, si algo compartimos los humanos es justamente el anhelo de la felicidad. De otro modo, no podríamos vivir. A pesar de su experiencia de la finitud, el hombre no puede rehuir ni renunciar a la felicidad por muy imperfecta y efímera que sea. Todos la deseamos y buscamos de forma casi compulsiva como la mejor compañera de camino, aunque nunca la alcancemos del todo.

3. PABLO VI, Exhort. Ap. *Gaudete in Domino* (9 mayo 1975), n. 8.

LA ALEGRÍA, ESCAPARATE DE LA FELICIDAD

Suelen ser las últimas novedades y ofertas de los escaparates las que atraen de forma más inmediata nuestra atención cuando nos paseamos por cualquier ciudad. Sin embargo, suelen pasar desapercibidos con frecuencia los rostros concretos de los viandantes, marcados por la alegría o la tristeza de sus sentimientos, expresión de su felicidad o infelicidad. Si todos anhelamos la felicidad, ¿por qué tantos rostros sombríos y apesadumbrados?

Es cierto que *«la alegría no se vive del mismo modo en todas las etapas y circunstancias de la vida, a veces muy duras... Comprendo a las personas que tienden a la tristeza por las graves dificultades que tienen que sufrir, pero poco a poco hay que permitir que la alegría de la fe comience a despertarse, como una secreta pero firme confianza, aun en medio de las peores angustias»*⁴. Esa alegría que viene a ser como el escaparate y termómetro de la felicidad humana, el mejor destello del gozo y el contento que embargan a una persona. Quien es alegre traspira una confianza contagiosa, irradia armonía interior, transmite la sensación de equilibrio y ecuanimidad, un estado de ánimo anclado en convicciones estables que despejan la ruta del camino.

Ahora bien, además de ser frágil y quebradiza –porque imperfecta es la condición humana y por lo mismo la felicidad–, al ser algo muy personal no resulta fácil desenterrar las raíces que alimentan la verdadera alegría en cada uno de los seres humanos.

4. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 6.

¿Cómo precisar y objetivar, por tanto, con un mínimo de rigor y realismo en qué consiste la felicidad? Son mayoría quienes ven la felicidad como una utopía necesaria dentro del proceso de realización personal, aunque no se pongan de acuerdo a la hora de plasmar el contenido de esa realidad en un modelo teórico universal que cubra la experiencia gozosa de cada individuo y sirva de paradigma para todos. Dado que los criterios, motivaciones y caminos conducentes a la felicidad suelen ser muy plurales y divergentes dentro de la geografía del espíritu, tal diversidad dificulta una propuesta global que satisfaga la experiencia y grado de felicidad que anida en cada persona. Constatamos que existen personas felices o infelices, pero no somos capaces de responder en qué consiste exactamente la felicidad.

Puesto que la felicidad depende de múltiples variantes, es normal que sean también múltiples las formas de expresar y dar cauce a la alegría. Vemos cómo en la misma tradición bíblica no se corresponden, por ejemplo, los motivos y razones que sustentan la alegría entre los impíos y los justos desde el momento en que barajan experiencias y concepciones muy distintas y hasta encontradas sobre la felicidad. Mientras que los malvados encuentran motivos suficientes para alegrarse, aunque sea momentáneamente —«*el júbilo del malvado es breve, momentáneo el gozo del impío*» (Job 20,5)—, María, por el contrario, «*se alegra en Dios su Salvador, porque se ha fijado en su humilde esclava*» (Lc 1,47-48), porque ha puesto sus ojos en la pequeñez o condición humilde de su persona (cf. Lc 1,52). Mientras que los primeros se alegran en sus acciones

perversas, María encuentra su gozo en la plena confianza depositada en su Padre Dios.

¿Dónde se encuentra por tanto la fuente originaria de la auténtica felicidad que da lugar a la manifestación de la alegría? Siguiendo el ejemplo de María, ¿no será la felicidad de quienes saben reconocerse ante el Señor cual en verdad son? Al hombre, por lo general, le gusta alardear de sus pretendidas gestas. De hecho, son muchas las páginas de la historia emborronadas con el lenguaje grandilocuente y vacío de la retórica, pero que desconocen la entraña de lo más sustancial y auténtico: la fidelidad a uno mismo en la honrada sencillez del quehacer cotidiano. ¿Qué es lo que hace feliz una vida? ¿Qué valores entraña? ¿Dónde están sus fuentes? ¿Cuáles son sus caminos? Son otras tantas preguntas que cuestionan los ideales y estándares en los que cifra con frecuencia la felicidad el mundo contemporáneo. Es cierto que nadie ni nada puede asegurarnos la felicidad. Pero sí sabemos al menos, por experiencia, en qué no consiste, cuáles son los caminos abocados a un túnel sin salida⁵.

FE CRISTIANA Y BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD

Los cristianos nos reconocemos hijos de Abrahán, quien, «*esperando contra toda esperanza*» (Rm 4,18), saltó un día de gozo al ver cumplida la promesa de su hijo Isaac (cf. Gn 17,17; 21,1-7), verdadera primicia

5. FRANCISCO: «*Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero*». *Ibíd.*, n.8.

profética de la alegría cristiana que se cumpliría más tarde con la llegada de Jesús. Así lo confirma el mismo Jesús, destinatario final de aquella feliz Promesa iniciada en el padre de los creyentes: «*Abrahán se regocijó pensando en ver mi Día; lo vio y se alegró*» (Jn 8,56). Juan el Bautista, ya desde el vientre materno, fue el primer testigo de la alegría que llegaba con Jesús (Lc 1,41.44). Alegría que se hizo extensiva a todo el pueblo con su nacimiento: «*No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo*» (Lc 2,10).

¿Se puede decir que el cristiano ha encontrado el camino que lleva a la felicidad? Y, si es así, ¿dónde se encuentra ese manantial de la alegría cristiana? ¿Qué puede aportar la fe cristiana al hombre que busca ansiosamente instalarse en su pequeño paraíso terrenal? Contamos con múltiples testimonios de cristianos que desterraron todo velo de tristeza en sus vidas. Ya lo decía con toda razón santa Teresa de Jesús: «*un santo triste es un triste santo*»⁶. Y santos somos todos los cristianos bautizados en cuanto consagrados a Dios, el Santo de los santos. De ahí las palabras del santo cura de Ars: «*siempre florece la alegría en el alma unida a Dios*». Y es que una vida triste, además de no ser vida, carece de sentido. Con mucha más razón es así en la vida de quienes creen en Dios, «*el amigo de la vida*» (Sab 11,26): «*Los seres humanos somos como agua derramada, que se va sin remedio, pero Dios quiere la vida*» (2Sam 14,14).

6. Son conocidas otras expresiones suyas: «*De devociones absurdas y santos amargos, libranos, Señor*»; «*tristeza y melancolía no las quiero en casa mía*».

Los cristianos se comprometen con el evangelio de Jesús porque han acogido gozosamente el gran regalo del amor incondicional de Dios. En la versión de Mateo sobre las bienaventuranzas, Jesús proclama bienaventurados aquí y ahora a los pobres y los perseguidos por la justicia (Mt 5,3.10): «*de ellos es el Reino de los cielos*». Al encuadrar de este modo el resto de las bienaventuranzas, se nos está diciendo que es posible degustar y disfrutar de la felicidad concreta del día a día que preanuncia el gozo definitivo del Reino. Esa es justamente la percepción profunda que acompaña al cristiano en las diferentes etapas y pasos del peregrinaje de la fe.

Pascal llegó a decir que «*nadie es tan feliz como un cristiano auténtico*». Yo no me atrevería a decir tanto, puesto que nadie es capaz de adentrarse en el mundo interior de los demás. Cada uno, con fe o sin fe, busca su propio camino para ser feliz y sólo él sabe hasta dónde llega el grado de su felicidad. Ahora bien, si Jesús se atrevió a proclamar la enigmática paradoja de las bienaventuranzas, fue no sólo porque así se lo dictaba su experiencia religiosa sino también porque creía que todos podían participar de la misma. Contemplando la creación desde la mirada de Dios, supo reconocer y disfrutar de las alegrías sencillas y cotidianas que depara la vida en actitud de permanente agradecimiento a la obra del Creador. No se entiende de otro modo la sabiduría de su enseñanza impregnada de una sensibilidad exquisita para captar la impronta de Dios en todas sus creaturas. En el lenguaje de Jesús aflora su capacidad para contactar con toda la creación, maravilloso tapiz en que nos ha dejado su

autoría invisible. Como Abrahán, nuestro padre en la fe, Jesús creyó en ese Dios «*que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean*» (Rm 4, 17) y cultivó la utopía del Reino.

Jesús creía también en el Dios que se revela a los humildes y pequeños (Mt 11,25-26), en el corazón de quienes saben mirar, escuchar y comprender porque, amados por Dios, han aprendido a amar. Jesús compartió la alegría de Dios con cuantos supieron descubrirlo en la convivencia solidaria, ese escenario cotidiano en que se suceden las pequeñas cosas que le hacen al hombre feliz o infeliz.

UNA FELICIDAD SUFRIDA PERO ASEQUIBLE AL BOLSILLO DE TODOS

Eso es lo que puede aportar el programa de vida diseñado por Jesús en el mensaje de las Bienaventuranzas a quienes escuchan su Palabra. Una felicidad accesible a todos y a la que todos tienen derecho. Nadie puede robar a su vecino la alegría de un amor sincero y honesto, del deber cumplido por mucho que cueste, del saber compartir cuanto es y tiene. Jesús se solidarizó con la alegría de la mujer que da a luz, con la alegría de los invitados al banquete de bodas, con la alegría del padre que recupera y abraza a su hijo, con la alegría contagiosa de los niños, con la alegría de quien perdona de verdad, con la alegría compartida entre los amigos, con la alegría de quienes recuperan su salud, con la alegría de los liberados para el Reino. En definitiva, con la alegría de cuantos –pobres, cautivos, ciegos, oprimidos (Lc 4,18)– encontraron un

ancla segura de esperanza en el amor de Dios derramado en sus corazones por el Espíritu (Rm 5,5).

Es así como el estilo de vida pregonado por Jesús puede convertirse en guía y camino para cuantos buscan la felicidad habitados por el amor de Dios. Ésta no llega por casualidad ni se alimenta de acontecimientos que halagan nuestros sentidos pero alimentan el vacío interior. Está dentro de nosotros mismos, en el silencio interior de nuestros secretos más íntimos: allí donde cada uno conversa consigo mismo a la escucha del sonido interior de su conciencia, allí donde experimenta su liberación en apertura confiada a los demás, allí donde canta y celebra agradecido el regalo de la vida.

El verdadero creyente que abraza en la cruz de Cristo la generosidad sin límites de la primacía del amor, abandona el lastre de su narcisismo egoísta y descubre en el «prójimo» la imagen y semejanza de un Dios encarnado que comulga con las necesidades y anhelos más hondos e imperiosos del hombre. Es así como se siente arrojado dentro de su limitada condición humana y como encuentra en todo momento una razón para alimentar su esperanza, aunque dé a veces palos de ciego y sepa que la felicidad no es un camino de rosas. Desde el momento en que Dios respeta escrupulosamente la naturaleza y libertad de sus creaturas, no podemos desmentir que también el camino de la fe, «*más preciosa que el oro percedero probado por el fuego*» (1Pe 1,7), viene sembrado de ambigüedades y dudas.

Por todo ello, el camino purificador de la fe constituye un buen aprendizaje en orden a reconocernos

y aceptarnos como somos, sin olvidar en ningún momento que Dios nos acompaña y camina a nuestro lado, pues «*dispone todas las cosas para bien de los que le aman*» (Rm 8,28). Quien cree, encuentra una motivación profunda para afrontar con realismo y deportividad dificultades y pruebas, encuentra incluso en ellas el gozo inmenso de un corazón renovado y lubricado: «*¡feliz el hombre que soporta la prueba!*» (Sant 1,12). Son innumerables las cruces que afectan a multitudes de inocentes, sin olvidar en todo hombre el trance último de la muerte, el mayor enigma y enemigo de la felicidad humana. A pesar de todo, en tales situaciones extremas, el cristiano aprende a vivir confiadamente la paradójica alegría de las bienaventuranzas, convencido de que hemos sido creados por y para el amor: «*Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?*» (Rm 8,31-32). ¿Cómo va a segar de cuajo ese anhelo eterno de felicidad que ha depositado en el corazón humano? ¡Sería un Dios demasiado infiel y sádico!

NO TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A LA FELICIDAD

Los hay incluso minados de trampas. Son muchas las personas que se sienten infelices sin recursos suficientes para asumir determinadas situaciones, a las que les pesa demasiado la vida, que no encuentran motivos para la esperanza. Es un fenómeno que siempre se ha dado y se dará, pero que presenta en la actualidad sus propias connotaciones o características. Algunos

analistas detectan una sociedad con ciertos síntomas depresivos de tristeza, como si hubiera perdido la alegría. El hombre moderno vive bajo el paradigma dominante de lo económico, en el que prevalecen los intereses creados y lo que cuenta es el egoísmo del negocio a costa de lo que sea. Acosado y seducido por las mil ofertas de un mercado astutamente programado, se ha convertido en un consumidor insaciable, arrastrado por infinitud de deseos y necesidades nunca satisfechos. Como si no existiera otra alternativa de felicidad que la del marketing, busca compulsivamente el señuelo de lo inmediato, hipnotizado por la agresiva publicidad de los inmejorables beneficios del «estado de bienestar».

Ahora bien, curiosamente, esta sociedad consumista está generando un hombre débil y endeble, sumamente inestable y vulnerable, sin convicciones para resistir y enfrentarse a los embates de una competitividad salvaje. Por muchas puertas que abra la todopoderosa tarjeta de crédito, nunca se podrá comprar con ella la autoestima y el reconocimiento social y mucho menos la felicidad. Quien vive fascinado compulsivamente por los reclamos inmediatos del dinero, tiende a distorsionar la realidad, suele aplazar indefinidamente el encuentro con la propia verdad, cuando no es que naufraga víctima del enclaustramiento en sus banales ensueños. Nada hay más ajeno a la verdadera alegría que la evasión y el repliegue sobre uno mismo.

La fe cristiana, además de despertar nuestra conciencia aletargada ante ciertos valores humanos preteridos, puede ayudarnos a conformar y vivir con

medida y realismo una nueva escala de valores para devolver al mundo el rostro humano de alegría. Quien aprecia de verdad el don de la libertad, sabe que cuenta con otro tipo de resortes personales capaces de dar sentido al proyecto de vida en medio de los contrasentidos de la misma. La mirada de la fe ofrece recursos para asumir el destino trascendente sin dar la espalda a miserias y contratiempos, dolores y sufrimientos. No existe mayor sufrimiento que el no saber dar sentido al dolor humano. Nos equivocamos cuando pensamos que la mejor forma de combatirlo es ignorarlo, siendo así que constituye un «patrimonio universal de la humanidad». Resulta una falsa huida que nos empobrece e infantiliza como personas. La superficialidad no es el mejor soporte de la persona ni el camino para alcanzar la felicidad.

El evangelio de las Bienaventuranzas proclama sobre los tejados que es posible vivir dignamente en esas y otras situaciones semejantes. Hay personas poco menos que desahuciadas y aparcadas dentro del engranaje social y que, sin embargo, almacenan y alimentan una gran energía interior, que con convicción y tesón sacan fuerzas de flaquezas, conscientes de que la vida espera también algo de ellas. Esa es la oferta que hace Jesús en el evangelio, dando a todos la oportunidad de desarrollar sus talentos.

FRAY JUAN HUARTE OSACAR, O.P.
Salamanca (España)

El Concilio Vaticano II:

1. La «prehistoria» del Concilio

INTRODUCCIÓN

El Concilio Vaticano II, inaugurado en 1962 por el Papa Juan XXIII, se propuso como tarea principal que el sagrado depósito de la doctrina cristiana fuese enseñado y custodiado de forma cada vez más eficaz, siendo conscientes que una cosa es el «*depositum fidei*» (depósito de la fe), y otra la manera como se expresa. Esta idea central conecta con la palabra clave en la convocatoria del Concilio: «*aggiornamento*». Se trata de la actualización, que hay que entender, sobre todo, como «vuelta a las fuentes» de la Escritura y la Tradición, que son el tesoro inagotable de la Iglesia, para presentarlo ante el mundo de forma rejuvenecida.

Por vez primera en la historia, este Concilio no se reunía para luchar contra las herejías o controversias intraeclesiales, sino para leer en un nuevo contexto los «signos de los tiempos». «*Por ello, la tarea primordial del Concilio la definía él mismo en términos de “mirar al presente, considerando las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo moderno”, “sin permanecer indiferente ante el progreso admirable de los descubrimientos del ingenio humano”. Porque “si*

la tarea principal del Concilio fuera discutir uno u otro artículo de la doctrina fundamental de la Iglesia, repitiendo la enseñanza de los Padres y teólogos antiguos y modernos, para eso no era necesario un Concilio". Por el contrario, se trataba de dar "un paso adelante hacia una profundización doctrinal y una fundamentación de las conciencias que esté en correspondencia más perfecta con los métodos de la investigación y con la expresión que exigen los métodos actuales"»¹.

La nueva época histórica puede ratificar todo lo positivo de la primera y de la segunda modernidad, como son la razón ilustrada, la ciencia autónoma, etc. Esta ratificación exige una crítica frente a todo lo moderno que ha obstaculizado la libertad de pensamiento y la liberación de la miseria. Entre los aspectos negativos está: *«El haber contrapuesto la producción industrial al trabajo como realización y satisfacción. El haber funcionalizado el pensamiento en el altar de la economía. El haber alardeado del tiempo laborable para frenética producción, con detrimento del tiempo libre, del ocio, de los espacios simples de ser y de estar. Y en esa misma óptica de análisis de la esfera económico-cultural de la modernidad, la mirada se alarga sobre el economicismo que ha objetivado todos los ámbitos de la existencia cuya finalidad pareciera ser producir, vender, comprar, poseer. El amor, la belleza, el sentimiento son objetos mercantiles en una cultura de masas y de medios masivos de comunicación»*.²

1. Parra, A., *Vaticano II: Concilio moderno y post-Concilio post-moderno*, Medellín 152 (2012), 457.

2. *Ibíd.*, 465.

Las deliberaciones conciliares marcaron las opciones sociales y eclesiales de las décadas de los 70 y 80 del siglo pasado y deben seguir marcándola en la actualidad, en un mundo guiado por la globalización, sobre todo económica; ya que nada verdaderamente humano debe ser ajeno a los discípulos de Jesucristo.

EL CONCILIO VATICANO I

El Concilio Vaticano I, iniciado el 8 de diciembre de 1869, tuvo que ser suspendido a causa de la guerra franco-prusiana y el movimiento de los patriotas italianos, que el 20 de septiembre de 1870 ocupa Roma y el 9 de octubre anexiona los Estados Pontificios al resto de Italia.

El Vaticano I no se había concluido sino sólo suspendido y podía ser reanudado; pero muchos creían que, una vez definida la infalibilidad pontificia, la era de los Concilios ecuménicos ya había terminado, porque si el Papa no se podía equivocar bastaba con creerle y obedecerle. Pero el Concilio dejó bien claro que el Papa sólo es infalible cuando habla «*ex cathedra*» deseando definir un dogma que, además, siempre tiene que ser sobre un tema de fe y costumbres.

LA IGLESIA DE PÍO XII

Eugenio Pacelli (1876-1958) nació en una distinguida familia romana. Después de ser ordenado sacerdote el 1899, ingresó en la diplomacia vaticana, en la que ascendió rápidamente por su inteligencia y capacidad de trabajo.

En 1917 Pío XI le nombró Nuncio en Munich (Baviera) y en 1920, Nuncio en Berlín. Nombrado Cardenal en 1929, fue Secretario de Estado de Pío XI hasta la muerte de éste, el 10 de febrero de 1939. Salió elegido Papa el 2 de marzo, el primer día del conclave, cosa que no había sucedido desde la elección de Pablo III, cuatro siglos antes, en 1534.

Había sido Secretario de Estado en los años de la Segunda República española y durante toda la Guerra Civil. A través del Nuncio en España, Pacelli ordenó a los Obispos que acataran el nuevo régimen.

Hipertrofia magisterial

El Magisterio pontificio siempre ha sido importante en la Iglesia, pero con Pío XII la doctrina pontificia alcanzó un volumen y una importancia superiores a la de todos los Papas anteriores. Hablaba tanto y de tantas cosas, que los Obispos y los teólogos no podían hacer más que citar sus discursos y comentarlos. Aprovechaba los diversos encuentros para inculcar criterios morales o mensajes espirituales.

Pío XII era sumamente tímido, pero gobernó la Iglesia con un espíritu cada vez más personal y centralizado. No tenía ministros. Asimismo, había suprimido las «audiencias de tabella» que, con una periodicidad semanal, se llevaban a cabo entre los prefectos de las congregaciones romanas y otros altos cargos de la Curia.

De la renovación a la involución

Los veinte años del pontificado de Pío XII se dividen en dos períodos aproximadamente iguales: diez años de renovación y diez de involución.

En los primeros años, Pío XII publicó algunas encíclicas renovadoras que, en cierto modo, prepararon el camino del Concilio Vaticano II: la *Mystici corporis* sobre la Iglesia (1943), la *Divino afflante Spiritu* sobre las Sagradas Escrituras y las ciencias modernas (1943) y la *Mediator Dei* sobre la liturgia (1947). Sus numerosos discursos sobre asuntos políticos, sociales y económicos se adelantaron a la constitución pastoral *Gaudium et Spes*.

En contraste con estas encíclicas renovadoras, la *Humani generis* (1950) hizo una condena de la «nouvelle théologie» (nueva teología) francesa. Teólogos que después serán básicos en el Concilio Vaticano II, como Congar, Chenu, De Lubac y Karl Rahner, quedaron entonces en una situación muy comprometida. A algunos se les prohibió enseñar y escribir, se prohibieron reediciones de ciertas obras y hasta algunos fueron desterrados de los centros donde eran profesores.

La Congregación del Santo Oficio, presidida por el Papa, controlaba los sectores más dinámicos de la Iglesia, de modo que cualquier innovación resultaba sospechosa. Prohibió a los católicos participar en movimientos ecuménicos, sancionó a los teólogos avanzados y excluyó a muchos fieles del sacramento de la Comunión por estar acusados de confraternizar con los comunistas. Su *misión* iba más allá de discernir entre la ortodoxia y la herejía.

Teilhard de Chardin

Víctima especial de este clima represivo fue el P. Pierre Teilhard de Chardin, jesuita, paleontólogo y teólogo. Teilhard buscaba una metafísica que partiese

de la física contemporánea, y sobre todo del hecho de la evolución. No sólo no veía ninguna oposición dogmática entre evolución y creación, sino que a la luz de la evolución, la creación cobraba todo su sentido. Según su parecer, la historia de la humanidad culminará en el «Punto Omega», la recapitulación final de todas las cosas en Cristo glorioso. De este modo, este jesuita era heraldo de una actitud de fe no anclada en el inmovilismo del pasado, sino optimista ante los cambios. Sus obras fueron suprimidas por el Santo Oficio y por sus superiores.

JUAN XXIII

Angelo Giuseppe Roncalli nació el 25 de noviembre de 1881 en Sotto il Monte (Bérgamo), de familia campesina modesta. En 1892, a los 11 años, ingresó en el seminario menor de Bérgamo, y en 1893 en el mayor. Tenía 15 años cuando empezó a escribir su *Diario del alma*. Doctorado en Teología y ordenado sacerdote, cantó su primera misa en Sotto il Monte en 1904.

Un año más tarde el Obispo de Bérgamo tomó a Roncalli como secretario suyo y le mantuvo en este cargo hasta su muerte, en 1914. Este Obispo era avanzado para su época y creía que la Iglesia necesitaba de un «*aggiornamento*», como más tarde pidió Juan XXIII al Concilio Vaticano II.

A principios del siglo XX se produce en la espiritualidad de Roncalli un gran cambio, gracias al redentorista Francesco Pitochi: descubre la primacía de Dios y de la gracia en la vida espiritual, llevándolo a

superar el *voluntarismo* ascético que le habían inculcado en la formación del seminario.

Después de ser presidente de la Obra Pontificia de la Propaganda de la Fe en Italia y profesor de Patristica en el Pontificio Ateneo Lateranense, en el año 1925 Pío XI le nombró simultáneamente arzobispo de Areopoli y Visitador Apostólico de Bulgaria. En 1931 es elevado a Delegado Apostólico y en 1934 es trasladado a la Delegación Apostólica de Turquía y Grecia. Esto le ayudará a conocer tanto las Iglesias orientales como del mundo islámico.

El 22 de diciembre de 1944 fue nombrado Nuncio en París, lo cual era la cumbre de la carrera diplomática. En París, Roncalli se encontró con un catolicismo que, después de la guerra, pasaba por una fase de gran vitalidad: la nueva teología, los movimientos bíblico, litúrgico, patristico y catequético, la misión de Francia, los sacerdotes obreros... También conoció allí el mundillo de la política parlamentaria. En 1953 fue nombrado Cardenal y elegido Patriarca de Venecia.

Roncalli era un gran conocedor de la historia de la Iglesia, y sabía que en momentos de crisis Dios se ha valido a menudo de los Concilios (ecuménicos, provinciales o locales) para las necesarias reformas. Así, su espíritu evangélico le llevó a convocar un Concilio para quitar el polvo que se le había pegado a la Iglesia a lo largo de los siglos.

El 9 de octubre de 1958 murió Pío XII. El vacío que dejaba parecía imposible de colmar, tan grande había sido el sello de su personalidad fuera de serie. Reinaba la desorientación. Ante tales circunstancias,

el cónclave reunido para la difícil misión de elegir al nuevo Papa, consideró razonable buscar una «solución transitoria». En ese contexto, el 28 de octubre, fue elegido Papa el Cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, a sus 77 años. Según parece, desde el principio atrajo bastantes votos del conclave por su simpatía personal y por su avanzada edad.

Pronto se va a manifestar como un Papa original e innovador al elegir el nombre de Juan XXIII, al restablecer las periódicas «audiencias de tabella» con los altos cargos de la Curia, al romper con la vida aislada de los Papas y salir, sobre todo, para hacer obras de misericordia, como visitar enfermos, presos, etc. Así, el Papa Juan XXIII llegó a ser muy querido por todo el mundo.

En las tres siguientes partes de este estudio expondremos la cronología y documentos del Concilio Vaticano II, su actividad teológica y, como conclusión, haremos un breve balance crítico del Concilio.

SATURNINO PLAZA AGUILAR
Madrid (España)

Historia de una mirada

Relato novelado de inspiración bíblica

Siempre he oído en los Evangelios de Navidad que Dios hablaba en sueños a José, el esposo de María, y a los Magos de Oriente... la verdad, yo nunca he creído mucho en esas cosas,... pero una noche tuve un sueño, un sueño que nunca olvidé, un sueño que cambió mi vida para siempre.

En mi sueño, despertaba, abría los ojos... y mi habitación ya no estaba; en su lugar, un cielo de color zafiro, cuajado de estrellas, suplía su techo; una hierba crespa hacía las veces de alfombra y una multitud de olivos, sobre una ladera, tomaba el lugar de los muebles.

Me puse en pie e instintivamente agarré una de mis sábanas y me envolví en ella. Comencé a caminar y, al resplandor de una hoguera, vi a tres hombres profundamente dormidos, envueltos en capas y tirados por el suelo; uno de ellos, el más viejo, daba tremendos ronquidos. Di un pequeño rodeo para evitarlos y seguí ascendiendo hacia la cima.

Una vez allí, divisé a otro personaje, vestido de túnica, que, entre gemidos y sollozos, parecía hablar con alguien a quien yo no veía; en su angustia, unas veces levantaba su rostro y sus brazos al cielo y, otras veces, se postraba totalmente, rostro en tierra. A la

luz de la luna, aquella escena, entre majestuosa y dan-tesca, despertó poderosamente mi curiosidad y decidí acercarme a él, pues su aspecto me era familiar, me recordaba a cierto personaje que presidía las láminas de los catecismos que usaba de pequeño.

Me acerqué a él, tratando de no ser visto ni oído, y me eché en el suelo para observar. Apoyaba su frente sobre una piedra plana que estaba salpicada de sangre, entonces me fijé en su cara bañada por la luna y descubrí que también estaba roja, finos reguerillos de sangre recorrían su rostro y se cuajaban en su barba, haciendo que su cara brillara como un rubí; aquello me sobrecogió.

Me quedé quieto, contuve la respiración y pude distinguir algo de lo que decía. Hablaba con su Padre; le decía que no le hiciera beber un cáliz de amargura como aquél, que no sabía si su sangre aprovecharía a todos, si todos querrían dejarse salvar por él o si, en su libertad, muchos se perderían, si podría resistir tantos sufrimientos..., finalmente, le pedía ser fiel y hacer su voluntad, le decía que había llegado su hora, que apuraría el cáliz hasta el final, que sabía que no le dejaría solo, que estaba dispuesto a todo, que nada se quedaría sin cumplir...

Aquel personaje se puso en pie, enjugó lentamente la sangre de su cara con su manto, que dejó cuidadosamente doblado sobre la piedra donde había apoyado antes su frente, ordenó brevemente sus cabellos y, girando la cabeza, miró en mi dirección; me sentí descubierta, pero no me moví. La expresión de sus ojos estremeció mi corazón. Era una mirada cálida, dulce,

serena, compasiva, que me llegaba al alma y la volvía transparente; nunca nadie me había mirado así, me sentía querido y urgido a la vez, no había reproche en su mirada, sino una súplica, una invitación.

Lentamente, comenzó a caminar ladera abajo y se dirigió pausadamente hacia donde estaban aquellos tres hombres durmiendo y los despertó. Yo le seguí, arrebuñado en mi sábana, y me oculté detrás de un olivo para no ser visto. Quería saberlo todo de aquel ser que me había mirado de aquella forma, pero no me atrevía a dejar la seguridad de mi sábana para seguirle abiertamente.

Entonces llegó un tropel de guardias y gentes vociferantes, cargados con antorchas, palos y lanzas. Uno de ellos le besó y los demás se le echaron encima, mientras los tres «durmientes» salían corriendo... Aquella escena me hizo hervir la sangre, ¡cómo podían hacerle aquello a un hombre así! En mi excitación, salí de mi escondite en un vano intento por defenderle, pues no había dado dos pasos cuando un soldado con una antorcha me agarró de la sábana y me tiró al suelo. Entonces todo mi valor y mi furia se esfumaron, el pánico se apoderó de mí y soltando la sábana, me alejé corriendo.

Desperté sudoroso e inquieto. Sí, estaba en mi habitación, pero la agitación que sentía no me permitía sentirme a salvo, todo aquello había sido muy real. Sentía que le había fallado a aquel hombre y me sentía culpable por ello. Esperaba que nadie se diera cuenta de mi cobardía. Bajé a la cocina, pero no pude desayunar. Cómo volver a la rutina, como si tal cosa, después de lo que había pasado.

Subí al trastero y entre los juguetes de cuando era niño, encontré mi viejo catecismo. Me senté en el suelo, ojeé sus páginas y encontré un dibujo que me era familiar: Un hombre con melena y barba, ataviado con una túnica, levantaba los brazos al cielo, al pie de un olivo. Debajo se podía leer: «Jesús, nuestro Señor, orando en el Huerto de los Olivos, antes de su Pasión».

Aquello me impactó tanto, que decidí leer el texto entrecomillado que venía debajo, era de un tal Marcos y decía así: *«En aquel instante, cuando aún estaba Él hablando, llegó Judas, uno de los doce, y con él un tropel con espadas y garrotes, de parte de los escribas y de los ancianos. El traidor les había dado esta señal: “A quien besare yo, ése es; prendedle y llevadlo a buen recaudo”. Al instante llegó y se le acercó, diciendo: “Rabbí”, y le besó. Ellos le echaron mano y se apoderaron de Él. [...] Y, abandonándole, huyeron todos»* (Mc14,43-46.50).

Seguí leyendo y, entonces, se me heló la sangre y casi se me cae el libro de las manos. Aquel relato describía perfectamente mi sueño y dejaba retratada para siempre mi cobardía. La narración seguía así: *«Un cierto joven le seguía envuelto en una sábana sobre el cuerpo desnudo, y trataron de apoderarse de él; mas él, dejando la sábana, huyó desnudo»* (Mc 14,51-52).

Cerré, tembloroso, el catecismo y lo apreté contra mi pecho, con la mirada perdida en la pared; no sé cuánto tiempo estuve así. Entonces, me asaltó una sospecha y salí corriendo hacia mi habitación, revolví toda mi cama y... efectivamente, me faltaba una

sábana... Aquel joven de la sábana era yo y durante siglos, mientras se editara y se leyera ese Evangelio, mi cobardía seguiría manifiesta.

Durante algún tiempo, cada Semana Santa, cambié la sábana por un capillo de cofrade, para seguir de cerca al Señor, para reparar mi huída. Después, pasados los años, pude comprender, por fin, lo que aquella mirada decía, lo que Él esperaba de mí. Ahora soy sacerdote, me he convertido en otro Él, y trato de que su Sangre no se pierda, de que se haga presente cada día en el altar, y de que su salvación llegue al mayor número posible de personas, conforme era su deseo y la vocación a la que me llamó.

Dios también me habló en sueños y ya no ha vuelto a hacerlo más. Pero ahora no es tiempo de soñar, sino de sembrar y trabajar; la mies es mucha, los obreros pocos, pero su Sangre nunca faltará a quien se deje salvar.

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM
Madrid (España)

Un Silencio con mayúscula

Según la Real Academia Española, deben ser escritos con mayúscula «*los nombres propios con los que se designa particularizadamente a los dioses, profetas y otros seres o entes del ámbito religioso [...]. Tanto los apelativos antonomásticos como las advocaciones que se les aplican deben escribirse igualmente con mayúscula inicial: el Señor, el Creador, el Todopoderoso...*»¹.

Aunque la palabra *Silencio* no es estrictamente un antonomástico ni una advocación de Dios, siempre he considerado oportuno escribirla con mayúscula, al menos cuando nos referimos a *cierto tipo* de Silencio. Explicaré por qué.

Según el P. José Fernández Moratiel OP², existen *silencios de muerte*, como el silencio de un cadáver o el silencio de quien decide retirar la palabra a otra persona. Podemos imaginar otros tipos de *silencios de muerte*, como cuando callamos ante la injusticia o para alejarnos de los demás o de la realidad. Lógicamente, no es éste el silencio que debemos escribir con mayúscula.

En cambio, y aún siguiendo al P. Moratiel, existe también un *Silencio de vida*. Se trata del Silencio in-

1. Real Academia Española, *Ortografía de la lengua española*, Espasa, Madrid 2010, p. 483.

2. Cf. José Fernández Moratiel, *Palabras desde el Silencio*, Audiolibro, Edibesa, Madrid 2000.

terior, del desierto íntimo que nos habita, del hondón del alma. Los espíritus contemplativos llevan una y otra vez su atención a ese desierto interior, abriendo de este modo la ocasión para un Encuentro que plenifica sus vidas.

En toda la tradición bíblica, el desierto es el lugar de la oración y del Encuentro. El motivo es que el desierto es un lugar de aparente vacío, ya que no hay muchos atractivos para la mente en el desierto: no hay más que arena y cielo. Sin embargo, el desierto nos brinda una gran oportunidad: cuando cesan los reclamos de la exterioridad, se abre para nosotros la posibilidad de viajar dentro, a lo profundo. Por eso el desierto ha sido desde siempre símbolo de oración y Encuentro: Jesús se retiró al desierto (cf. Mt 4,1), y Juan el Bautista (cf. Mt 3,1), y todo el pueblo de Israel vivió su *vía purgativa* en el desierto durante cuarenta años, según narra el libro del Éxodo.

A ese desierto interior sólo se puede acceder por la vía del Silencio. Sólo el Silencio nos permite que reposen las potencias del alma, que cesen los reclamos de nuestra avidez y que entre en calma nuestra agitada mente. Y ahí, en la desnudez del Silencio, podemos sentarnos a esperar la llegada del Señor. Nada más hay que hacer en el Silencio; se trata de una experiencia que se vive desde una cierta pasividad, desde un cierto *dejarse hacer*. Y también desde la humildad de quien sabe que nada puede si no es sostenido por el Dios de la Vida.

Por eso creo que el Silencio es como un templo, ya que es el lugar sagrado por definición, la más sagrada de las dimensiones humanas. Sólo en él puede

experimentarse la dicha del encuentro con nuestro Señor. Éste es el *Silencio* que me siento inclinado a escribir con mayúscula, porque esa palabra apunta al encuentro con lo que hay de divino en nosotros. Decir *Silencio* es decir lo más sublime, lo más puro y lo más dichoso de cuanto habita al ser humano. Cuando toda nuestra vida se calma en el Silencio y cuando todas nuestras quimeras y aspiraciones entran en reposo, el Universo entero se nos regala como un don.

MANUEL LÓPEZ CASQUETE DEL PRADO, CVX
Escuela de Silencio
Sevilla (España)

La injusticia y la maldad no son casualidad

Para hablar de este tema aludiré al libro de Job, una leyenda antigua que, como escrito sapiencial, tiene parte de su origen en países de Antiguo Oriente, no sólo en Israel. Habla de una buena persona: Job, al que, sin motivo aparente alguno, le sobreviene una gran desgracia. La obra es recuperada en el pos-exilio, tiempo de crisis, para responder a una controversia: el sufrimiento del inocente.

El libro encierra un debate entre «sabios» que defienden posiciones diferentes con relación a la *teología de la retribución*: la cual predica que «riqueza» y «pobreza» provienen de Dios según sea la conducta personal o familiar: al bueno, Dios le premia, y al malo, Dios le castiga. En esta óptica, el ser humano no actúa en gratuidad, y la relación con Dios es un asunto mercantil: no habría que cuestionar por qué existen pobres –ya que, según la teología de la retribución, lo son a causa de un castigo divino– y, así, los fabricantes de injusticias quedan religiosamente exonerados de sus faltas. Lógicamente, esa teología era divulgada por el sector dominante en Israel.

Desde el prólogo del libro se nos comienza hablando del «intruso» que interfiere en el encuentro de los ángeles (cf. Job 1,6-12). El narrador sitúa el escenario en una especie de asamblea: «*Hubo un día cuando los*

hijos de Dios vinieron a presentarse delante del Señor, y Satanás vino también entre ellos» (Job 1,6). Observo que en el texto hebreo se presenta un artículo definido que dice: «el Satán». El artículo definido indica que todos los presentes pueden identificar a este intruso que llegó sin ser invitado. En su sentido hebreo «Satán» es el «difamador», el «acusador», el «adversario». Es, sencillamente, el que se propone destruir a la persona justa, acusándola con este fin.

El texto nos presenta a Dios cuestionando al extraño: «*Y el Señor dijo a Satanás: ¿De dónde vienes?*» (v.7). Él es el intruso. Está presente para acusar y destruir. Para juzgar y hacer tropezar. Le incomoda la bondad. En el libro, Satanás actúa a través de las personas que se vuelven su cómplice. Son aquellas que planean la desgracia de los demás y festejan los resultados de sus maquinaciones.

Los asuntos de injusticia, desgracia y fe son tan problemáticos que ni el propio Job los entiende. Se pelea hasta con Dios desde el fondo de su miseria humana. Job se debate internamente en su desgracia, luchando por encontrar el sentido de la vida que los «acusadores» le quieren negar. En este dilema existencial establece un nuevo panorama de relaciones teológicas. Conviviendo con Dios se abre a su misterio. Descubre que Dios no tiene interés en poseer sus bienes ni su salud, mucho menos en festejar el sufrimiento. En su no saber, la sabiduría de Dios le visita y le sorprende (cf. Job 28). Es por esos maravillosos caminos sapienciales por donde el libro de Job desea introducirnos de manera didáctica y pedagógica.

Dicen que el sufrimiento es como el estiércol, que nadie lo quiere, pero bien aprovechado, cuando es inevitable, sirve de abono. El libro de Job nos enseña que a la sabiduría sólo tenemos acceso mediante la gracia de Dios y tal aproximación es restringida a influencias humanas.

Desde la perspectiva sapiencial, la injusticia no es deseada por Dios. Hay quienes la dinamizan, calculándola y ejecutándola. Los intrusos son los extraños al proyecto de Dios que inyectan cotidianamente planes malignos con el fin de contaminar la sociedad de miseria. En el libro de Job ellos tienen rostro: se presentan como «amigos» que visitan, cuando realmente instigan con insistencia. ¡Ay visita más dolorosa! Atormentan con su presencia, sofocan y hablan hasta provocar un angustiante desespero. Job, en medio de su empobrecimiento, enfermedad y exclusión, lo único que le resta es el derecho de apelar a la palabra: «*¡Callen delante de mí para que pueda hablar yo!*» (Job 13,13). La postura del enfermo muestra que, sin experiencia, lo más prudente es cerrar la boca. En su sufrimiento se empeña en demostrar que la «teología de la retribución» divulgada por Satanás y sus representantes es falsa e inútil, y contra ella se revela.

El libro de Job constata que el atropello cotidiano a la dignidad humana no es generado por voluntad de Dios. No es Él quien origina pobreza, sino las prácticas de los que el libro identifica como «Satanás» y sus aliados. El capítulo 24, por ejemplo, nos presenta una sociedad dividida entre ricos y opresores. Deja claro que la pobreza no es casualidad del destino. Es

fruto de una exclusión social pensada, organizada y ejecutada.

Concluyo con una cita del Nuevo Testamento que podría traer luz para nuestra vida cotidiana. Es el episodio donde Jesús dice: «*Aléjate de mí Satanás*» (Mt 16,23). Esta frase encaja en situaciones actuales donde las propuestas no suenan a Dios, sino a conspiraciones extrañas.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

Callarse y no juzgar: primer paso para el progreso espiritual

No somos seres solitarios sino políticos. No comenzamos por existir aisladamente para después hacer comunidad con los otros. La apertura a los demás es una dimensión esencial de nuestra condición. Hemos sido creados por Dios a su imagen y semejanza y, por eso mismo, estamos llamados a participar de su comunicación amorosa a través de nuestras acciones.

Dios nos ha creado para el fin sobrenatural de la vida eterna, que consiste en amarlo y conocerlo como Él se conoce y se ama en cada una de las personas de la Santísima Trinidad. La vida eterna consiste en la participación en el *amor-ágape* que Dios es *en sí y para nosotros*. De acuerdo con Schutz y Metz, el individuo humano sólo es persona cuando, a semejanza de Cristo, vive entregado al Padre y al prójimo.

«...al crearme, Dios, en efecto, me llama por mi nombre mediante una exclamación amorosa y llamada a mi persona. Esa llamada es, en realidad, una interpe-lación que pide de mí una respuesta [...] La vida de cada humano, pues, es una percepción continua de esta llamada, para que cada individuo le responda en cada momento»¹.

1. FERRARO, J., *La religión como política*. Vol. 1. *El concepto de hombre*, Itaca, México, 2001, p. 79.

Lo opuesto del amor es el pecado. El pecado destruye la vocación de entrega que define a la persona. Cuando juzgamos a los demás incurrimos en pecado (nos apartamos de la voluntad de Dios) no sólo porque entonces nos tomamos a nosotros mismos por centro de nuestras vidas y somos egoístas; sobre todo pecamos porque al juzgar a los demás les negamos el derecho de convertirse en imágenes del Dios uno y trino. Al decir que juzgar a los demás es un pecado me refiero a que cuando vivimos al acecho de los errores ajenos, nos olvidamos de que también en los otros está Dios. Y al hacerlo, olvidamos también la presencia de Dios en nosotros, que estamos llamados a descubrir. Por supuesto, no quiero decir con ello que un signo de perfección espiritual sea abstenerse de reconocer como injusticias el hambre, la pobreza, la marginación ni la violencia. Obrar así, por el contrario, es un claro signo de indiferencia y egocentrismo.

Al juzgar a los demás –nuestros compañeros, superiores, familiares y seres queridos– les negamos su condición de persona y les reducimos a etiquetas. Nos olvidamos de lo bueno que hay en ellos –o que puede haber– para concentrarnos en sus errores. Al obrar de tal modo, por un lado, obstaculizamos su progreso espiritual echando sobre ellos el peso de frases como: «tú siempre...», «¡ya vas a empezar con lo mismo!», «nunca cambiarás», etc. Por otro lado, cuando caemos en la cuenta de lo mal que hacemos al hablarles de ese modo, nos sentimos culpables y llenos de tristeza por haber sido ocasión de la pena de aquellos a quienes juzgamos. Nos preguntamos, ¿si les ama-

mos, cómo podemos pasar más tiempo juzgándoles por sus acciones que agradeciendo la oportunidad de estar con ellos?

Este es el contexto propicio para la reflexión sobre el dicho de Jesús: «*No juzguéis y no seréis juzgados*» (Mc 7,1). En vez de contribuir negativamente a que los demás permanezcan alejados de la voluntad divina juzgándoles, nuestro deber cristiano es brindarles apoyo para que enmienden su camino. No se trata de fingir que no nos damos cuenta de que los demás obran mal, sino de mostrarles nuestra solidaridad en la lucha contra la tentación.

Aun cuando un hermano peque, nosotros no deberíamos juzgarle. Así nos dice el abad Poimén: «*Cuando peca una persona y lo niega diciendo: “No he pecado”, tú no le juzgues. De otro modo, le desanimas. Pero si le dices: “Ánimo hermano, pero en adelante ten cuidado”, entonces mueves su alma al arrepentimiento*»².

Si al caer en la cuenta de los errores de los demás, en vez de juzgarles nos solidarizamos con su deseo de cambio y comprendemos sus limitaciones, no sólo les facilitamos el progreso espiritual; también cooperamos con la acción salvadora de Dios por cuanto al desentendernos de las faltas ajenas estamos en mejor condición de reparar sobre las propias. «*A un padre anciano le preguntó en cierta ocasión un hermano: “¿Por qué juzgo yo con tanta frecuencia a mi hermano?”. Y él le respondió: “Porque todavía no te conoces a*

2. *Apotegmas de los padres del desierto (selección)*, Sígueme, Salamanca, 1985, apotegma 597.

ti mismo. El que se conoce a sí mismo no ve las faltas de los hermanos"»³.

Cuando en vez de escandalizarnos por la paja en el ojo ajeno reconocemos la viga en el propio, no sólo nos volvemos más comprensivos ante las faltas ajenas; además, encontramos en ello una ocasión para agradecer a Dios su infinita bondad para con nosotros. Lo cual nos permite recobrar la justa perspectiva desde la cual el juicio de las acciones ajenas no tiene por fin la condena sino la salvación. Y reconocer que todos necesitamos de la misericordia divina porque todos hemos pecado y, aún en contra de nuestro más hondo querer, en muchas ocasiones somos vencidos por la tentación.

Ante el peligro de juzgar a otros para olvidarse de las propias faltas, San Juan de la Cruz nos aconseja el silencio, sabiendo que *«esta es la bajeza de nuestra condición de vida, que, como nosotros estamos, pensamos que están los otros, y como somos, juzgamos a los demás»⁴*. Y a manera de aviso espiritual, le señala a un religioso: *«Cuando se le ofreciere algún sinsabor y disgusto, acuérdesse de Cristo Crucificado y calle»⁵*.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

3. Ibid., apotegma 1011.

4. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, 4, 8.

5. Ibid., *Carta* 20.

Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:

5. Judit y María

Reinaba en Asiria el rey Nabucodonosor. El comandante en jefe de su ejército, Holofernes, tenía órdenes de arrasarlo el país de los judíos. El enorme ejército asirio, allá por donde pasaba, dejaba destruido todo, como si se tratara de una plaga de langostas. Las pequeñas naciones del litoral se le entregaron rendidas por miedo a ser destruidas. Los judíos, en cambio, se prepararon para resistir y defenderse; por ello, mientras aseguraban la muralla, no dejaban de rezar y de hacer penitencia.

Cuando Holofernes decide conquistar el país de los judíos, la primera ciudad con la que se encuentra es Betulia. Como la ciudad se encontraba en un alto, Holofernes juzga que lo más sensato no es atacarla sino sitiarse, quitando a sus habitantes toda posibilidad de subsistencia. Se hace para ello con la fuente que abastece de agua a la ciudad. En un mes la ciudad se quedó sin reservas de agua. El pueblo, desesperado, se levanta contra sus jefes por no haberse entregado.

Y es ahora cuando entra en escena Judit. Llena de valor se enfrenta al pueblo y le echa en cara que se

quieran entregar. Pide ayuda a Yahvé y decide arriesgar su vida para defender así a su pueblo. Su plan consistió en acercarse al campamento enemigo, ofreciéndose como colaboradora. Holofernes y todos sus generales quedaron deslumbrados por la belleza de su cuerpo y por la sabiduría en su hablar. Ella y su criada quedaron tres días en el campamento enemigo. Por la noche salían fuera del campamento a orar. Al llegar la noche del tercer día, Holofernes dio un banquete a su estado mayor. Cuando terminó la fiesta todos marcharon a sus tiendas y Holofernes quedó en la suya completamente dormido por el vino que había tomado. Aprovechó Judit el momento para decapitar a Holofernes, saliendo luego fuera del campamento con su criada. La guardia creyó que iban a orar como en las noches precedentes, pero ellas, en cambio, subieron a Betulia. Y allí Judit narró al pueblo lo ocurrido.

El pueblo entero la aclamó: «*Bendita seas hija del Dios altísimo, más que todas las mujeres de la tierra*» (Jd 13,18). A la mañana siguiente los judíos hacen ademán de atacar. El ejército enemigo acude a llamar a Holofernes. Cuando descubrieron que estaba muerto cundió el pánico y todo el ejército huyó en desbandada. Los judíos de Betulia, viendo lo ocurrido, vuelven a bendecir a Judit diciendo: «*Tú eres la exaltación de Jerusalén, tú el gran orgullo de Israel, tú la suprema gloria de nuestra raza*» (Jd 15,9).

Con el relato de Judit como telón de fondo, espontáneamente nos representamos a María como mujer victoriosa, valiente, capitana, que ha pisado la cabeza del dragón, haciéndole probar una derrota extraordinaria. Esta imagen de María está tomada de las pá-

ginas del Apocalipsis (cf. Ap 12). El texto en cuestión narra que un enorme dragón se situó frente a la mujer esperando devorar al hijo que iba a dar a luz. Como no lo logró, enfurecido, el dragón empezó a guerrear contra los que son descendencia de la mujer.

María ha salido vencedora de la lucha contra el enemigo, porque Ella no ha tenido pecado alguno. De Ella decimos, por ello, que es Inmaculada, sin pecado alguno, Santísima y purísima. En su caso, la Sangre de Cristo ha sido una mano que no le ha permitido caer. El ideal que Dios pensó para cada ser humano se ha realizado en plenitud en María.

Como Ella ha sido la primera de la raza humana que ha pisado la cabeza del enemigo, es ahora capitana y defensora de todos los que luchamos por hacer realidad en nosotros lo que ya ha sido feliz cumplimiento en Ella. María nos defiende y protege en nuestra lucha contra el pecado, contra todo lo que destruye los planes de Dios en nosotros, contra todo lo que degrada nuestra condición humana. María nos anima e impulsa en nuestro empeño por ser santos, por hacer el bien y construir todo lo que es noble y bueno.

¡Cuántas veces le pedimos a María que nos defienda de nuestros enemigos! Imploramos su auxilio y defensa, porque la necesitamos.

El día de nuestro Bautismo comenzó para cada uno de nosotros una lucha sin cuartel contra el Maligno, sus tentaciones y seducciones, y a favor de Dios y de todo lo que es bueno. Las renunciaciones y las promesas realizadas el día de nuestro Bautismo se tienen que ir validando cada día, porque aquello fue un programa

o declaración de intenciones, cuya autenticidad se verá confirmada en el día a día de nuestra vida concreta.

Luchar contra el mal, trabajar por ser santos en la realización del bien, no es algo optativo, ya que esa es nuestra vocación y meta. Es lo mejor que Dios ha pensado para nosotros y es lo que libremente hemos escogido nosotros. No somos ingenuos creyendo que esta empresa es fácil y que no entraña dificultades. De hecho, unas veces nos empujan, aunque no llegamos a caer; otras veces nos derriban, pero no llegan a rematarnos.

Allí está María como poderosa defensora para auxiliarnos y ayudarnos a pisar la cabeza del enemigo. La victoria final la tenemos asegurada, pues Cristo, el Hijo de María, ha vencido para siempre y quiere hacer partícipes a los suyos de su victoria. La lucha es real, pero la victoria es segura. Animémonos a seguir luchando, pues hay alguien que no nos dejará caer en la tentación y nos librára del mal.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

Las complacencias de Dios

En el primer capítulo del libro del Génesis, a partir del versículo 3, se nos narra, como es sabido, con un estilo poético y colorista, la creación del mundo. Y llama poderosamente la atención el hecho de que se repita como un estribillo la frase «y vio Dios que era bueno» cada vez que va haciendo surgir las cosas y los seres: «hágase la luz, se hizo la luz y vio Dios que era buena» (Gn 1,3-4); «separó las aguas de la tierra seca... y vio Dios que era bueno» (Gn 1,6.10); «creó los árboles y las plantas con sus semillas... y vio Dios que era bueno» (Gn 1,11.12); «hizo dos lumbreras, el sol que alumbrase el día, la luna que alumbrase la noche y las estrellas... y vio Dios que era bueno» (Gn 1,16.18); «dijo también: pululen los peces en el mar y surquen el espacio las aves del cielo... y vio Dios que era bueno» (Gn 1,20.21). Es así al final de cada día de la creación, hasta llegar al sexto en el que dijo: «hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26).

Ese estribillo, esa frase que la Escritura repite, indica una complacencia total por parte del Dios creador, Él se goza y se complace en todos los seres y las cosas que surgen de su mano. Es un Dios personal que tiene sentimientos, que goza, que se alegra, que ama... porque, en definitiva, es amor.

Al crear al hombre no repite «y vio Dios que era bueno», pero lo de hacerle a su imagen y semejanza

implica esa bondad plena que Dios encuentra en los demás seres creados, elevada a un grado superlativo.

Esta complacencia de Dios hace pensar en este texto de Isaías: *«Mas ahora, ¡oh Yahvé! tú eres nuestro Padre, nosotros somos la arcilla y tú nuestro alfarero, todos somos obra de tus manos»* (Is 64,8).

La imagen del alfarero es muy expresiva, pero la de un alfarero que trabaja el barro sin moldes, sin tipo estándar, imprimiendo en él su arte personal sin repetir las distintas piezas que va creando. Por ello cada una tiene su belleza especial y refleja algo de su imaginación y de su iniciativa. Al contemplarlas, el alfarero se complace en ellas: ¡qué bello quedó este jarrón! ¡Qué hermoso salió este cántaro! ...Y se goza y se enorgullece con las obras de su mano.

Algo así ocurre con nuestro Dios. Nunca repite sus obras, sobre todo cuando se trata de la creación del hombre. No hay dos rostros iguales, aunque todos tengan los mismos sentidos externos, ni siquiera los mellizos son exactos. Y si esto ocurre en el orden natural, mucho más aún en el psicológico y en el espiritual. No hay dos personas iguales, cada una es única e irrepetible, pero todas llevan impresa la imagen divina y en todas se complace el supremo Artista. En esta diversidad, Dios se muestra grande, sublime, infinito al derramar algo de sus perfecciones en el hombre que es el ápice y rey de su creación.

¡Qué respeto deberíamos sentir por nuestros hermanos que nunca van a coincidir totalmente con nuestro modo de ser, pero que son para Dios una eterna complacencia, lo mismo que cada uno de nosotros!

Que el Señor nos conceda la gracia de apreciar sus valores y de respetar todo aquello que implica diferencia y diversidad respecto a nuestro propio modo de ser, sabiendo que las diferencias han sido planeadas por el mejor Artista que jamás se repite y siempre nos envuelve a todos en su eterna mirada de complacencia y amor.

SOR M^a EUGENIA MAESO, O. P.
Salamanca (España)

El camino de san Bernardo de Claraval hacia el amor perfecto

San Bernardo (1090-1153) desarrolla su doctrina del amor a partir de su concepción de persona. El amor de Dios se manifiesta en la capacidad que tiene de perdonar nuestros pecados. Éstos son grandes y muchos, pero Dios por su gran amor nos perdona.

El amor a Dios es una necesidad para los humanos, ya que Dios nos amó primero. Él es amor (cf. 1Jn 4,8) y se entrega a nosotros. Dios, en la persona de Cristo, es nuestro Redentor y éste es un título de amor. Así, a Dios le amamos por ser, en primer lugar, nuestro Creador y nuestro Redentor.

Ya que el amor a Dios se convierte en una necesidad para la persona, éste se realiza por medio de la unión con Dios. Según san Bernardo, el camino espiritual hacia la unión con Dios se desarrolla en cuatro grados de amor.

El primer grado es el *amor carnal*. Es donde la persona comienza por amarse a sí misma y por sí misma. Es carnal porque nace de la concupiscencia. En el origen, este amor no es malo. Lo es cuando se dirige sólo a la persona en sí misma. Pero, afortunadamente, por medio de la razón este amor se puede encaminar a Dios, ayudándonos así a acercarnos a Él. Esto se produce cuando el amor carnal no mira hacia sí mismo sino hacia los demás.

El segundo grado es el *amor egoísta* o interesado. Amamos a alguien, no por sí mismo, sino por nosotros. Es decir, que en este amor aún buscamos nuestro propio beneficio. Al igual que san Agustín, san Bernardo considera que este tipo de amor se da cuando tememos al castigo de portarnos mal con Dios. Este amor se perfecciona cuando nos ponemos a su servicio. Nos conduce a grados más elevados cuando en el servicio a Dios descubrimos que el amor a Dios ha de ser desinteresado.

Y así llegamos al tercer grado: el *amor desinteresado*. A este amor se llega tras pasar por las sendas de la carne, es decir, por el amor en los dos grados anteriores. Así, de carnal y egoísta pasa a convertirse en espiritual. Ya no amamos por el temor al castigo, sino que descubrimos que amar a Dios es una gracia más grande que el miedo. Seguimos siendo siervos de Dios pero ahora somos siervos por amor.

El cuarto grado es el *amor puro* a Dios. Es donde sucede la unión mística. San Bernardo habla de ello por medio de la imagen del matrimonio místico. Es cuando nosotros amamos solamente a Dios por sí mismo. Ya no hay temor ni leyes intermedias. Es un amor tan íntimo y puro como el que tiene el esposo con su esposa. Éstos ya no son dos personas sino que se convierten en uno.

Como vemos, san Bernardo considera que el amor perfecto es la unión con Dios. En sus sermones *Sobre el Cantar de los Cantares* y en su *Tratado sobre el Amor* nos invita a practicarlo. Apoyándose en su propia experiencia, san Bernardo nos dice que la unión con Dios se puede alcanzar en la vida terrena. Aunque hay que esperar a la resurrección para vivir este amor en plenitud.

FRAY JAVIER ARMENTA, O.P.
Oaxaca (México)

LITURGIA

Liturgia de las Horas:

13. Lectura de la Escritura, de los Santos Padres, de algún santo o del Magisterio

(OGLH 140-158)

Al revisar los Leccionarios de la Misa y de los otros sacramentos, constatamos cómo todos ellos se han visto abundantemente enriquecidos con la Palabra de Dios. No podía ser excepción la Liturgia de las Horas, de modo especial en el «Oficio de lectura», y no sólo con textos de las santas Escrituras, sino también con las de los Padres u otro santo, y los del Magisterio. Por lo tanto, esta Hora nos brinda la posibilidad de leer dichos textos en clave de alabanza, de enseñanza y de cultivo y crecimiento en la fe.

El número 140 de la OGLH afirma que *«en el curso del año, la Iglesia de Cristo desarrolla [en orden al misterio] desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor»* (SC 102) la lectura de la Sagrada Escritura.

El Oficio de lectura no supone que se constituya en una clase de Sagrada Escritura ni de Patrología, pues está enmarcada en la oración: Himno, salmodia y sus antífonas, responsorios y oración conclusiva. Por lo tanto es oración *litúrgica*, donde la Palabra revelada

adquiere tonalidades de «alabanza». Texto extenso de la Palabra y de los Padres que se alimentan recíprocamente con la salmodia, para integrar un «todo celebrativo» (cf. OGLH 140).

Cuando en su trabajo post-conciliar, la Iglesia integró equipos para llevar a buen término la renovación deseada, en la distribución de los textos de la Escritura en el «Oficio de lecturas» tuvo en cuenta lo que la Tradición de la Iglesia nos había legado, así como el libro de los «Hechos de los Apóstoles» cobra un relieve singular en la Misa.

Complementado así las lecturas de la celebración de la Eucaristía, se ofrece una visión totalizante de la Historia de la Salvación. En esto –como en otros casos– captamos cómo la Liturgia de las Horas forma un marco adecuado a la celebración de la Misa, para que ambas configuren el ámbito y la realidad para que la Iglesia pueda ser llamada «Iglesia en oración». Iglesia que, cantando, aprende a cantar, y cantando y orando, acrecienta su capacidad de alabanza, acción de gracias y súplica (cf. OGLH 143).

Los textos más destacados del Nuevo Testamento se leen en la Misa y en la Liturgia de las Horas. Pero en ésta última se ha hecho una selección más estricta de las lecturas del Nuevo Testamento, puesto que algunas de ellas requerirían una formación bíblica más profunda, que no está frecuentemente al alcance de los laicos, a quienes también está destinada la Liturgia de las Horas, que quiere ser la oración de todo el Pueblo de Dios, y no sólo de clérigos y religiosos (cf. OGLH 145-146).

La Ordenación General nos dice algo que no carece de interés: *«Los libros del Antiguo Testamento se distribuyen según el orden de la historia de la salvación. Dios se revela a sí mismo en el decurso de la historia del pueblo, que es guiado e iluminado paulatinamente»*. Esta conducción y luz son obradas por el Espíritu Santo, que nos presenta a Cristo e interpreta su Palabra. *«Por ello, los profetas son leídos entre los libros históricos, teniendo en cuenta el tiempo en que vivieron y enseñaron»* (OGLH 152).

Continúa diciéndonos la OGLH que *«cada una de las perícopas guarda, en la medida de lo posible, cierta unidad; por ello, para no sobrepasar los límites adecuados que, por lo demás, son distintos, según los diversos géneros literarios, se omiten, a veces, algunos versículos»* (OGLH 155).

Con la selección ofrecida de textos de los Santos Padres a los que se añaden los de otros santos, se ofrece al Pueblo de Dios una rica trama cuyos hilos van configurando, unos con otros, la imagen de Jesús y de su proyecto redentor, de modo ordenado y armónico.

Si bien es verdad que estos textos nos obligan a formarnos más y mejor, es también verdad que su mismo uso y frecuentación, ayudará a nuestro conocimiento del material que se nos propone y que tenemos entre manos (cf. OGLH 159-165).

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Sor Benigna Fernández, O.P. (1923-2011)

Una vida entregada por la Unidad

Siempre que leemos la reseña de buenas personas que ya se han ido al cielo, alabamos a Dios por el testimonio de sus vidas, por sus ejemplos de entrega y sacrificio, por ese «rastros de Dios» que nos dejan, para seguir e imitar.

Hoy, nosotras, os presentamos otro testimonio de vida, el de sor Benigna Fernández: creemos que merece la pena desvelar un poco su intimidad con el Señor, para ver las obras que Dios hace en las almas y darle gloria por ello.

El día 28 de marzo de 2011 se nos fue, al encuentro del Señor, nuestra querida hermana. Era natural del pueblo de Llamas de Ambasaguas, perteneciente al concejo asturiano de Cangas del Narcea.

SU VOCACIÓN DE UNIDAD

Nacida el 1 de diciembre de 1923, en el seno de una familia sana, acomodada y cristiana, recibió como preciada herencia, un buen lote de dones personales, que le capacitaron para su ulterior desarrollo humano y cristiano. Dotada de clara inteligencia, fina sensibilidad y firme voluntad, creció en un ambiente familiar

de confianza, equilibrio y seguridad. En su familia, una de las más pudientes de Llamas, al lado de Cangas del Narcea, siempre hubo abundancia de pan y trabajo. Los padres, José y Benigna, y los hermanos, que eran muchos, se llevaban bien y se estimulaban unos a otros en el esfuerzo de cada día por cubrir las labores de la labranza, sin descuidar la formación humanística y religiosa.

Junto con estos bienes naturales, también disfrutó de los espirituales. En su casa, no sólo se respetaban los derechos de los demás, sino ante todo los de Dios. La suya era una familia creyente, que vivía las obligaciones de la fe. La bautizaron de niña, dándole la incomparable riqueza de la vida cristiana. Y la ayudaron a cultivarla y acrecentarla según sus posibilidades.

Tenía también una tía monja dominica en el convento de la Encarnación de Cangas, y un tío sacerdote con el que pasó algunos años de su infancia. Éste murió mártir en la Guerra Civil española. Sus ejemplos y testimonios también influyeron en su vida espiritual.

Sus padres, profundamente cristianos, le inculcaron el amor a Jesús, a la Santísima Virgen y el valor del trabajo y sacrificio callado. Dice ella: *«Me enamoré de Cristo en el regazo de mi madre, cuando ella nos hablaba de lo que Él había hecho por nosotros. Y sólo pensaba qué haría yo por Él para agradecerle tanta gracia. Y me esforzaba por darle gusto en todo»*. Cuando iba a ayudar en el trabajo del campo, o a cuidar las vacas, decía ella, *«siempre estaba en la presencia de Dios, y rezaba el rosario mirando hacia la ermita de la Virgen del Acebo»*, muy querida en esta región. *«Desde niña,*

en mis tiempos de pastora por las lomas del Pando, le he rezado muchos rosarios...». Con los ejemplos de su familia y su docilidad al Espíritu Santo, su alma estaba tan preparada que, según nos cuenta, «a los nueve años hice mi Primera Comunión y le prometí al Señor que mi amor sería todo para Él».

Cuando venía al colegio de las monjas, le pidió a su profesora, sor Ángeles (que luego fue priora de la comunidad) que la enseñase a hacer oración, y ella le habló, providencialmente, de la oración sacerdotal de Cristo, es decir, de Jn 17, de todo el capítulo, pero más especialmente de los versículos 16 al 24:

«[Padre,] ellos no son del mundo, como no soy del mundo Yo. Santifícalos en la Verdad, pues tu Palabra es Verdad. Como Tú me enviaste al mundo, así Yo los envié a ellos al mundo y Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad. Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en Mí por su palabra, para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, para que también ellos sean uno en nosotros y el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, a fin de que sean uno como Nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean perfectamente uno y conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a estos como me amaste a Mí».

Pues bien, la meditación de estas palabras de Jesús le supuso a sor Benigna una profunda experiencia espiritual. Así lo expresa ella misma: *«esa lectura caló tanto en mi alma que no la olvidé nunca. Sobre ella oraba y meditaba. No sabía hacerlo de otro modo».*

En este clima tan cristiano que la envolvía, era fácil que surgiera la vocación religiosa, como otra gracia extraordinaria del Señor. A los doce años, dice ella: *«me empezaron a gustar los chicos, y ellos me querían. Pero el amor a Cristo era un rechazo a todo otro amor. Y si alguna vez sentía afecto por alguno, en seguida el Señor me reprendía por medio de la conciencia. Sólo pensaba en ser monja y cuánto antes.*

A mis 14 años tuve una gran lucha, pensando si tendría fuerza suficiente para dejarlo todo y perseverar en la vida religiosa. Entonces me postré ante la Virgen del Carmen de mi pueblo y manifestándole mi preocupación le dije: “Ayúdame Madre mía, ya ves mi debilidad y mi impotencia. En Ti confío”. Quedé tan convencida de que me ayudaría, que se me fue toda preocupación y me decidí a seguir adelante, aunque pensando si estaría loca por entrar a los 15 años o si sería de verdad un acto de generosidad con el Señor. Para mí, humanamente, era enterrarme viva cuando empezaba a vivir. Pero, mirando a Cristo, del que estaba enamorada, que por mí había muerto en la cruz, no me parecía mucho entregarle ya las primicias de mi juventud».

Él la llamó, y ella respondió generosamente, y a los 15 años ingresó en nuestro convento: el monasterio de la Encarnación. Dice ella: *«Me dispuse a entrar en el convento. Y a pesar de desearlo tanto, al despedirme de mis padres y hermanos sentí como un desmayo y parecía que se me rompían los huesos».*

Fue para ella un cambio radical, que la situó en un plano muy superior. *«Cuando ingresé en el convento, el mismo día, me puse de rodillas tras las rejas, mirando a*

tu Sagrario, y me sentí como liberada de los atractivos del mundo. Y aunque tuve mis luchas, nunca pensé en volverme atrás, pues desde el primer día me sentí en mi centro». Y añade sor Benigna: «Estuve muy contenta y gozosa, aunque con muy duras pruebas que el Señor me mandó».

La Oración Sacerdotal de Cristo fue penetrando tan profundamente en su alma que, ya en el noviciado, cuando ella tenía 17 años, quiso ofrecerse al Señor como víctima por ese ideal que le quemaba el alma: El «*Ut unum sint*» –es decir, *que todos sean uno*–, pero su director espiritual no se lo permitió por ser todavía muy joven.

En la comunidad desempeñó varios oficios, como son el de sacristana, procuradora, organista, profesora del colegio, etc., siempre con mucha generosidad y entrega... Estaba siempre dispuesta a lo que la obediencia le indicara.

SU AMISTAD CON EL P. MANUEL BUENO

Pero retrocedamos un poco en el tiempo. No había entrado aún en el convento, cuando, según nos cuenta ella, «*un día vi a un niño, Manolín, el hijo de Periquín, el albañil [así llamaban a su padre]. Le observé de pies a cabeza y me dije: “Si el Señor quisiera dar vocación a este niño... y que fuera fraile...”*. Y desde entonces siempre que oraba, me venía a la memoria y pedía por él». Ya en el noviciado, sor Benigna se enteró de que aquel niño había entrado en el convento de Corias. Hay que decir que las monjas

alababan la generosidad de su padre, pues le dejó marchar para fraile, a pesar de lo mucho que le necesitaba para que le ayudara a llevar el pan para su familia. Pues bien, entonces sor Benigna sintió una profunda emoción y empezó a orar más fuerte por su perseverancia. Pasó mucho tiempo, hasta que un día en el recreo leyeron la primera carta de un dominico recién ordenado sacerdote, ¡era el P. Manuel Bueno!, pidiendo celebrar su primera Misa en la iglesia de nuestro convento.

Dice sor Benigna: *«No puedo expresar el gozo que sentí en mi alma cuando aquel 14 de julio le vi subir por primera vez al altar, mi emoción subió de punto y mi alma desbordaba de gozo»*. Poco después pidió hablar con él en el locutorio; y en distintas ocasiones dialogaron y fueron conociéndose. Hasta que *«un día, con mucha timidez y profunda emoción, le confíé mi alma»*, nos dice sor Benigna. Le hablaba al P. Manuel con tanto entusiasmo de la Santísima Virgen, del ideal que quemaba su vida: *«que todos sean uno»* y de su deseo de ofrecerse víctima por la causa de la Unión de las Iglesias por medio de María, que el fraile quedó como tocado y cautivado por este ideal y por el gran objetivo de la unión de los cristianos. Éste, varias veces comentó a lo largo de su vida, que se sentía fruto de la oración y la vida religiosa de sor Benigna, y que tanto era así, que le debía su doble vocación: la dominicana y la ecuménica. Y también él dedicó su vida a trabajar por la Unidad. Incluso fundó una Congregación Religiosa dedicada a orar y trabajar por la Unión de los Cristianos por medio de María.

SU ENTREGA AL SEÑOR

El acto más solemne de oración de Cristo ha sido su oración por la Unidad, la noche del Jueves Santo, antes de entrar en la Pasión que sufrió por todos nosotros. Repetir con Él una y otra vez: «*Padre, que todos sean uno*» es prolongar en el tiempo y en el espacio la oración más perfecta de Cristo, lo que debe complacer sobremanera al Padre. Cristo se inmoló hasta derramar la última gota de su preciosa Sangre por todos nosotros. A los que asume para orar con Él por la Unidad, les da también parte en su Cruz y su Pasión, para que estén siempre donde Él está. Sí. Antes de llegar a la Unidad de la Trinidad, han de pasar por la Unidad de la cruz. No sólo han de ser sacerdotes, sino también víctimas de la Unidad, lo cual es una singular finura de su amor.

Esto sucedió con sor Benigna. Una vida de inmolación, de purificación, de sacrificio. No sólo en la observancia de todo lo que conlleva nuestra vida: oración, silencio, trabajo y obediencia. Además era muy observante, así como obediente en todos los cargos o disposiciones de los superiores. Dejó nuestra comunidad por tres veces, porque así se lo pidieron, para ir en ayuda de otros conventos que la necesitaban: Quejana, Alcalá y otra vez a Quejana durante veintitrés años, hasta que vio que ya no podía ayudarlas por su invalidez y se volvió para Cangas. Dice ella: «*En febrero del año 2000 regresé con mucha alegría a Cangas, mi convento de origen, después de llevar en Quejana 23 años. Estoy muy contenta de haber podido hacer ese servicio a la Federación y a aquella comunidad. Sea todo para gloria de Dios. Ahora sólo me queda aprovechar el tiempo espiritualmente*».

¿Noches en el espíritu y purificaciones del alma...? ¿Sufrimientos físicos? Tantos, que ni para contar. La cogió tan fuerte el Señor entre dolores, hospitales, operaciones –nueve, sólo de caderas, además de otras–, rechazos de las caderas, infecciones... ¡un martirio!

ALGUNAS PALABRAS DE SOR BENIGNA

Dice ella en sus escritos:

«Madre mía, no me resisto de la cadera, parece que me la están arrancando a gajos. Cada paso que doy es como si me martillearan con clavos. Pero todo lo ofrezco por aquella intención divina que Él tuvo entre sollozos y sudor de sangre. Nunca le pedí que me los quitase, sino que me diese fuerza para llevarlos...».

«Madre mía, renuevo mi consagración como víctima por la Unidad. Me uno a vuestro “Fiat” y al “Heme aquí” (Lc 1,38). Estos dolores que trituran mis huesos día y noche, ¡qué noches...! Tú lo sabes. Pero silencio. No me interesa que lo sepan las criaturas... También sabes mis tentaciones contra la fe... Si tanto sufrimiento servirá para algo... si será útil para tu Iglesia... Valga o no, yo lo acepto y te los ofrezco unidos a los de Jesús, por aquella intención de que “todos seamos uno”. Señor, me cuesta mucho, pero te doy gracias porque me haces participar de tus sufrimientos. Me asocio a tu Pasión. Aumenta mi fe. Dame fuerzas. Acércame a Ti. Méteme en Ti hasta la inmersión de mi vida en la tuya».

«Jesús, mira cómo estoy... No tengo un hueso que no me duela... Con gran esfuerzo y dolor camino lentamente. Cada vez que subo las escaleras pienso en la

fatiga que pasarías Tú camino del Calvario... me uno a Ti... Te acompaño. Dame fuerzas, para que “todos seamos uno”. Calca en mí tu Ser para que los que me vean puedan creer. Pase lo que pase en mi vida, no retiro mi ofrenda. No me dejes Señor. Acércame a Ti. Méteme en Ti».

«Hoy hace 40 años de mi Profesión Solemne. Qué mal lo he vivido, Señor. Mucho yo. Perdóname.

Madre mía, tú que has tenido tanta parte en mi vocación, ayúdame a realizarla. En tu corazón me vació toda entera. Méteme en Jesús; ayúdame a penetrar hasta el fondo en el misterio de su Encarnación y Redención. Méteme en Él para que se transparente todo Él en mí... Ya ves cómo me duelen las caderas, cada paso que doy es un martillazo. No te pido que me lo quites, sólo que me des la fuerza que necesito. En tus manos lo pongo para que se lo ofrezcas a Él por aquella intención divina de su última oración. Ut unum sint».

«Enséñame, Señor a caminar en la oscuridad. No te veo, ni te siento, ni te oigo. Pero CREO. Tú eres la luz de mis pasos. Mi esperanza. Dame la fuerza que necesito para caminar en perpetua desolación. Sin ver nada. Por el desierto se llega a la Tierra Prometida».

«Señor, aumenta mi fe. Despójame de mí, Señor, de mis proyectos, mis iniciativas, mis criterios, mis puntos de vista, mis juicios y... mis prejuicios. Que el silencio penetre hasta el fondo de mi ser, para que allí pueda estar a tu gusto. Aunque no te sienta, sé que estás ahí. Con gusto camino en el silencio de la noche. Porque sé que voy a Ti. Experiencia de hoy. Necesidad de soledad, vacío...».

«Señor, Tú ves lo que me cuesta dejarme aniquilar, desaparecer... QUE NO ME TENGAN EN CUENTA. Si tuviera fe como un grano de mostaza... ¿qué me importaría todo? Señor, haz Tú, Tú, que yo crea en Ti.

Hoy tengo una gran lucha con la necesidad que tengo de anonadamiento. De no ser. Que no me tengan en cuenta... Con este yo que quiere figurar, ser estimada, que piensen en mí... El Señor me pide despojarme, vaciarme y soledad para unirme con Él.

¡Qué lucha Señor!, hazme tu querer. Parece que hasta se me rompen los huesos. Pero como... ¡tu gracia trabaja conmigo...!

«Dame, Señor la fe suficiente. ¡Es tan oscura...! A veces me siento como si me echase en el vacío sin fondo. Pero no, en el fondo estás Tú, están tus manos de Padre».

«Cuando me viene la tentación, la angustia, la turbación, me pongo en las manos del Padre. Sé que Él cuida de mí; aunque no lo sienta, Él está...».

«Padre, Padre nuestro, que nos has dado para nuestro rescate a tu Hijo Amado, el de tus complacencias. Puesto que nadie puede ir a Él si Tú no lo envías, ACÉRCAME A ÉL, MÉTEME EN ÉL. DISPONME para que pueda APROPIARME Y ASIMILAR todo el misterio de su Encarnación y Redención. ¡Oh, Santísima Trinidad! quiero amaros con todo mi ser. Aunque no siento nada, os entrego toda mi vida para que TODOS SEAMOS UNO, como Vos. Alabanza y gloria por siempre a Ti, ¡oh Santísima Trinidad!».

«...Esta noche he llorado amargamente de tristeza, de angustia y desasosiego, de pensar en lo inútil que me voy a quedar. Uno mis lágrimas, penas y dolores a las que

Tú has sufrido en el Huerto y en toda tu Pasión. Ofrécete-las al Padre, tú que eres el Sacerdote Eterno, por aquella intención que ofrecías las tuyas: Que el mundo crea. Que todos seamos uno. Santifícanos en la Verdad. Tú eres la Verdad. Jesús, fortaléceme. Aumenta mi fe».

«Señor, otra vez me has visitado con el dolor. Bendito seas. ¿Qué quieres de mí? Lo acepto todo. Te lo ofrezco todo y a mí misma por lo que Tú quieras. No tengo nada, todo es tuyo. Soy toda tuya. Dispón como gustes. ¡No me dejes sola! Confío en que me darás la fuerza que tanto necesito. Da también fuerza a tantas almas que flaquean, para que no se aparten de Ti. Todo está en tus manos con tal de que tu voluntad se cumpla... y que todos seamos uno... santifícanos en la Verdad».

«Debo servir a Dios con humildad y generosidad. Seguir siempre el soplo del Espíritu sin temor a las pruebas: la soledad, la incomprensión, y la deshonra, si fuera necesario. Él me dará la suficiente fortaleza para luchar hasta llegar a la meta. No me importa nada de nada. Sólo llegar. Pero a la hora de la verdad, me puede la debilidad».

Consigna para el año 1991

«Debo darme, olvidarme; servir y amar sin esperar recompensa, que no se pierda por mi mal ejemplo o discusión, aquel por quien Cristo murió.

El Señor vive en cada una de mis hermanas. Tratarlas, respetarlas, amarlas como a Él, por lo menos como quiero que me amen a mí...

Mucha oración.

No complicar la vida.

Alegrarme de los cargos que ocupan las demás. Es más el que más ama. Sólo me realizaré amando de verdad.

DAR LA VIDA CADA DÍA TRAS EL ANONIMATO en mil ocasiones que no se ven.

Mucha y constante fidelidad en las cosas pequeñas.

Evitar las críticas. Soportarlas por amor a Él que también fue criticado.

Él ama a cada uno hasta dar la vida. Como Él, también yo la tengo que dar por mis hermanos...»

Ese mismo año escribía lo siguiente:

«Recuerdo con emoción, y está fresca en mi memoria tu primera llamada. ¡Cómo me has seducido! Y me dejé seducir. Me has cogido de la mano y llevado a tu aire, más por el camino del dolor que por el gozo, pero con mis más y mis menos, te he seguido y te sigo gozosa hasta que me concedas la gracia de ser Tú en mí y yo en Ti. Esto quiero y te pido».

CONCLUSIÓN

Seríamos interminables hablando de la entrega de sor Benigna, de su vida ofrecida en el ara del altar de Dios, pero, para terminar, vamos a dar los últimos retoques de lo que fue su vida entre nosotras.

No creamos que con tantos sufrimientos estaba o se mostraba triste, o cabizbaja, ni mucho menos, era muy amena, siempre tenía a punto el chiste, sacado de la vida real, o la anécdota graciosa con que nos hacía pasar ratos muy agradables.

Vino de Quejana andando con dos muletas, justo para defenderse ella en sus idas y venidas por el convento, pero pronto tuvo que quedar en silla de ruedas.

Cuando le quedaban cinco o seis años para reunirse con el Señor, no podía ya caminar ni casi estar sentada. De la cama se la ponía en un sillón un rato y luego otra vez a la cama, con el agravante de que, según se la ponía en la cama, así se quedaba sin poder mover ni una pierna, siempre boca arriba. Pero contenta, con mucha alegría y aceptando la Voluntad del Señor.

Cuando íbamos a verla y le preguntábamos cómo estaba, decía *«me muero de dolor, no aguanto esta pierna... pero más sufrió el Señor»*. Luego cambiaba de conversación y te decía: *«estaba cantando a la Virgen "Al cielo, al cielo sí, un día a verla iré"»*... o cualquier otra cosa que desviara el tema de sus dolores.

Algunas monjas decían que, cuando iban a verla, les parecía que salían de unos Ejercicios Espirituales. Tal era el fervor que demostraba en todo momento.

Más de setenta años de vida inmolada, entregada al Señor, son un cúmulo de gracias, un regalo de Dios, que recibidas por ella con amor y generosidad, fueron labrando su alma e identificándola con su Amado Cristo. Como ella misma decía: *«Para reflejar a Cristo en todo mi exterior, tengo que grabarlo primero en el corazón. Señor, cuando me absorbas seré una sola cosa Contigo, con el Padre y el Espíritu, para gloria de los Tres. Ayúdame Madre mía»*

Al final, se fue apagando como una vela gastada en el altar del sacrificio y en el dolor.

No dudemos de que Dios aceptó su vida por la causa de la UNIDAD.

MONJAS DOMINICAS
Cangas de Narcea (España)

Presentación del «Breve tratado sobre la vida contemplativa», de Petrus Dierkens

A finales del siglo XVII, la espiritualidad mística había perdido gran parte de la fuerza con que se desarrolló a lo largo de todo el siglo anterior. Algunos autores, al ver que un tesoro tan preciado permanecía olvidado y hasta despreciado –incluso por los mismos religiosos–, intentaron recuperarlo realizando un gran esfuerzo de síntesis para ofrecerlo de un modo sencillo, sin la oscuridad conceptual propia de los manuales al uso, demasiado extensos y confusos para los lectores no especializados.

Entre esos autores se encuentra el dominico flamenco Petrus Dierkens. Profesó en el convento de Gante en 1620 y, tras completar estudios en Winokbergen, fue enviado al Estudio General de Lovaina para enseñar filosofía. Su labor en esta institución no debió de pasar desapercibida, ya que llegó a ser Regente de estudios. Más tarde regresó a Gante, donde desempeñó la función de Maestro de novicios. Las fuentes de la época aseguran que Dierkens tuvo una enorme influencia en los círculos eclesiásticos y laicos de esa ciudad, en la que murió en 1675.

Su obra no es muy extensa. Lo más destacado de su producción espiritual son dos obras que él mismo

concibió como complementarias: *Ejercicios espirituales de diez días* y la que ofrecemos aquí a nuestros lectores: *Breve tratado sobre la vida contemplativa*.

Después del éxito de los *Ejercicios espirituales de diez días*, dedicados a la vida activa, Dierkens pensó que faltaba un texto dedicado a la descripción de la vida contemplativa y a su práctica. El dominico subsanó dicha carencia con el *Breve tratado sobre la vida contemplativa*.

Esta obra no es, en absoluto, original. Su autor ha ido libando el néctar de algunos de los mejores escritores dedicados a esta materia (Taulero, San Buenaventura, San Bernardo, Cayetano, Bartolomé de los Mártires, Blosio, Francisco de Sales, Santa Teresa, etc.) y ha ofrecido a sus lectores un compendio de lo más esencial. En el tratamiento de esta temática se muestra tradicional, flanqueado por la autoridad doctrinal de Santo Tomás de Aquino y la guía de Taulero, a quien sigue de cerca en la exposición de los puntos más delicados de la mística.

La vida activa y la vida contemplativa –Marta y María (cf. Lc 10,38-42)– son las dos columnas sobre las que se debe apoyar el edificio espiritual. La primera nunca debe despreciarse en este mundo, aunque acabe en él; la segunda es más fecunda, ya que se inicia en este mundo para perfeccionarse en el otro, y además es el sostén de la primera.

El camino místico descrito por Dierkens en el *Breve tratado sobre la vida contemplativa* es el clásico de las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva. El hombre, según expone este dominico, debe preparar

el terreno de su alma para recibir en él las simientes de la contemplación, que necesitan una tierra limpia de los abrojos de una vida sin ascesis y sin la práctica asidua de la oración interior. Estas son condiciones imprescindibles para ascender a la oración contemplativa.¹

ÍNDICE DE LOS TEXTOS

Hemos dividido esta obra en seis partes, que hemos titulado así:

1. Los dos caminos a seguir.
2. Pasos y tipos de la contemplación.
3. Presupuestos y práctica de la contemplación.
4. La perfección de la vida contemplativa.
5. La terminología mística.
6. Las interrupciones de la contemplación.

Deseamos que su lectura ayude a nuestros lectores a madurar como contemplativos.

DON SALVADOR SANDOVAL MARTÍNEZ, O.P.
Murcia (España)

1. Los datos biográficos los hemos tomado de Bernard M. Hansoul, «Dierkens (Pierre)», en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique*, Beauchesne (París), tome 3, colonne 879 (edición digital).

Breve tratado sobre la vida contemplativa

1. Los dos caminos a seguir

(Prefacio y capítulos I y II¹)

En él se explica de forma breve y clara la naturaleza y la praxis de la contemplación, de manera que pueda ser comprendida y practicada fácilmente por cualquiera, con inexplicable amor de Dios y fruto de las almas.

Compuesto por el reverendísimo y excelentísimo P. Pedro Dierkens, Doctor en Sagrada Teología, de la Orden de Predicadores en Gante.

A cuyo fin se han añadido algunos capítulos que habían sido omitidos en el primer Tratado de los Ejercicios Espirituales.

En Gante, en la imprenta de Maximiliano Graet con el sello del Ángel. 1663

Dice san Bernardo: *«Esta sabiduría la enseña la unión y la aprende la experiencia; no se requiere para ella un intelecto sutil, sino un amor humilde y ardiente»*².

1. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

2. SAN BERNARDO, *A los hermanos de Monte Dei* y Bartolomé de los Mártires, *Compendium spiritualis doctrinae*, part. 2, cap. 10, 11 fol. 58.

Y añade san Alberto Magno: «*El pensamiento es sin esfuerzo y sin fruto; la meditación, con esfuerzo y fruto; la contemplación, sin esfuerzo y con fruto*»³.

PREFACIO

Así como donde acaba el físico empieza el médico, así también donde acaba la meditación empieza la contemplación. Y como después de la aplicación de los medios sigue la consecución del fin, así, después de los ejercicios de la vida activa, que son medios para la consecución del sumo Bien, sigue la vida contemplativa, que es la unión estrechísima con el sumo Bien, el reposo en él, sin el cual los demás ejercicios permanecen imperfectos.

Por ello, después de editar los *Ejercicios espirituales en diez días*, que contienen las reglas de la vida activa, era conveniente sacar a la luz, como complemento de ellos, unas buenas reglas que conciernen a la vida contemplativa y su praxis, y declarar cuánta perfección hay en ella.

Se han escrito muchos libros sobre este tema, pero encuentran pocos amantes, pues se trata de una materia muy oscura, con términos y modos de expresión inusuales, publicada en tratados muy extensos y compuestos en un orden que no facilita su comprensión a los principiantes, que por esta causa descuidan su lectura, pues, como dice el filósofo Aristóteles, no se puede amar lo que no se conoce.

3. SAN ALBERTO Magno, *Paraíso del alma*, cap. 33.

Pero es especialmente deplorable que un tesoro tan grande del amor de Dios, un beneficio tan grande para las almas, esté tan descuidado en la Iglesia, y que ejercicios tan santos y saludables se aprecien tan poco.

Por eso juzgué que sería muy útil escribir un pequeño tratado sobre esta materia, como complemento y apéndice de mis *Ejercicios* hace poco editados. En él explicaré de forma breve, ordenada y clara la naturaleza de la contemplación, su praxis, los grados y el orden en que es conveniente llegar a ella. Aclararé también los oscuros e inusuales conceptos y modos de expresión de los místicos, de manera que la brevedad anime a su lectura, la claridad y explicación de los conceptos ayuden a su comprensión, su comprensión invite a la experiencia y la experiencia, un poco continuada, afiance la perseverancia.

Pues la contemplación, apenas degustada, engendra un fuerte deseo de perseverar en ella, o de volver a ella constantemente, pues la palabra de fuego del Señor da a los pequeños la sabiduría. Tan pronto como se haya gustado los dulcísimos deleites de esta vida celestial y se haya experimentado aquella paz de la conciencia, jamás podrá uno apartarse de los suaves brazos del Esposo. Así dice un místico doctor.

Aprended, pues, esta saludable disciplina, especialmente vosotros, los que profesáis la perfección, y no la rechazéis más tiempo, no sea que el Señor se enoje porque en su casa despreciáis estas delicias celestiales, mientras fuera perecen de hambre muchísimos hombres, no siendo vosotros mejores que ellos. Y, en fin, para que no os desviéis del camino justo con aquellos que dijeron al Señor: no queremos el conocimiento de tus caminos.

TRATADO BREVE SOBRE LA VIDA CONTEMPLATIVA

CAPÍTULO I. QUE LA VIDA EN LA IGLESIA
ES DOBLE, Y CUÁL ES LA MEJOR

En la Iglesia hay dos caminos que conducen a la vida eterna: la vida activa y la vida contemplativa. Ambas son santas y laudables; sin embargo, ésta es mejor que aquella. La vida activa es laboriosa y fecunda; la contemplativa es reposada, pero no desidiosa; sin esfuerzo, pero más fecunda que aquella. La activa está prefigurada por la solícita Marta; la contemplativa, en cambio, por María sentada a los pies del Señor escuchando su palabra (cf. Lc 10,38-42). La vida activa se acaba por completo en este mundo; la contemplativa, sin embargo, continúa en el otro y en él alcanza su perfección. Una y otra fueron aprobadas por Cristo el Señor, cultivadas por Él mismo y sus apóstoles, imitadas por los santos y, hasta el día de hoy, continuadas con la máxima abundancia de gracias.

Acerca de la vida activa traté extensamente en el opúsculo titulado *Ejercicios espirituales en diez días*. En este espiritual *Compendio*, extraído del manuscrito del tratado tercero de los *Ejercicios espirituales*, me ocupo de la vida contemplativa.

CAPÍTULO II. QUE ESTA DOBLE VIDA NO SOLO ES ÚTIL,
SINO INCLUSO NECESARIA PARA LOS ECLESIAÍSTICOS

Ambas vidas son muy seguras y útiles para el que quiere entrar en el reino de los cielos; más aún, son necesarias para los que profesan la perfección evangélica.

ca. Ya probé esto extensamente, por diversos medios, en el primer tratado de los *Ejercicios espirituales* (cap. I). Por eso, ahora lo probaré brevemente apoyándome en lo que han escrito los santos y los místicos sobre la vida contemplativa. En razón de la brevedad, reflejaré más el sentido de sus palabras que la literalidad.

En primer lugar, San Buenaventura, enfatizando que el recogimiento espiritual y la oración interior con sus ejercicios son como el alimento del alma que desea amar debidamente a Dios según su obligación, dice: «*La vida religiosa en que no tienen fuerza la oración mental y los ejercicios espirituales es árida y abocada a la ruina*».

Sobre este tema, el Prepósito General de la Compañía de Jesús, Claudio Aquaviva, dio consejos utilísimos a los jesuitas en una carta que escribió a propósito de la práctica de la oración en la Compañía. En ella, este sabio padre exhorta a todos a la práctica de la teología mística, escribiendo lo siguiente: «*No hay que oponer resistencia a la verdad ni depreciar la experiencia atestadísima de los Santos Padres. La contemplación no debe ser relegada ni prohibida a los nuestros. La opinión común de muchísimos Padres prueba que la verdadera y perfecta contemplación es más poderosa y eficaz que cualquier otro tipo de meditación para quebrantar y sacudir los espíritus soberbios de los hombres, estimular en los perezosos la obediencia a sus superiores y encender en los tibios un deseo más ardiente de la salvación de las almas*».

Y Belarmino dice: «*Estoy seguro de poder afirmar que sin el cultivo de la oración interior nadie será jamás*

una persona espiritual ni alcanzará grado alguno de perfección. Vemos a muchos que acuden al sacramento de la Penitencia varias veces al año y se esfuerzan, cuanto lo permite la debilidad humana, en expiar la suciedad y las manchas de sus pecados. Sin embargo, nunca avanzan, siempre son los mismos. Si, transcurridos ocho días desde la última confesión, vuelven otra vez a ella, llevan exactamente los mismos pecados que la vez anterior.

Es más, vemos incluso a algunos religiosos, y no pocos sacerdotes, que profesan la virtud en el oficio y las ropas, y no solo esto, sino que además leen la Sagrada Escritura, celebran el culto divino –si no asiduamente, sí con frecuencia–, no tienen esposas ni hijos, sino que están libres de toda preocupación y solitud que pudieran impedirles o apartarlos del cultivo de la piedad y que, sin embargo, están tan áridos, tan sin espíritu, tan fríos en el amor del Señor, pero tan fervientes en el amor del mundo, con el saco tan lleno de ira, envidia y pasión, que en nada parecen distinguirse de los seglares. Una sola es la causa de todo esto: no entran en el corazón ni se preocupan de otra cosa que del hombre exterior».

Por el contrario: *«Permanecer un solo momento en el amor de la contemplación es mejor que realizar cualquier obra de la propia voluntad y que un montón de oraciones vocales».* Más aún: *«Más aprovecha a la Iglesia un alma contemplativa en una sola hora que un sinnúmero de almas que no lo son en muchos años».* Esto dice el doctor místico San Juan de la Cruz –y lo mismo afirma Blosio–. Cuánta verdad hay en ello, después se explica.

«Apartar a un alma contemplativa de tal amor para dirigirla hacia las realidades exteriores y sensibles es para ella más duro y penoso que arrebatarse los gozos del paraíso y experimentar las penas del infierno. Quienes estorban a tales almas y las apartan de la oración interior para llevarlas a la oración vocal y sensible, actúan peor que los judíos y los paganos al alejarse del verdadero culto de Dios». En este sentido se expresan innumerables santos y místicos, como San Bernardo, San Alberto Magno y otros que han experimentado aquello de lo que hablan.

Por ellos consta cuán perniciosamente actúan sacerdotes y religiosos que, habiendo profesado la vida contemplativa, estando obligados a tender a la perfección en virtud de su promesa y llamándose y debiendo ser personas espirituales, sin embargo, ignoran y descuidan los medios necesarios para llegar a este fin, «pues el hábito y la tonsura aportan poco, pero la conversión de vida y una íntegra mortificación de las pasiones moldean al verdadero religioso». Es la vida espiritual lo que hace al hombre espiritual.

Y el venerable Abad Ludovico Blosio asegura que todos los cristianos deberían ser espirituales. Lo mismo pide San Francisco de Sales en su *Filotea*, y otros místicos con argumentos muy convincentes tomados de la Sagrada Escritura.

FRAY PEDRO DIERKENS

Aquí en este silencio¹

Aquí en este silencio
con olor a cantueso y mejorana
oigo tu voz, Señor, que está en el viento
que confunde mi pelo y me transmuta.
Oigo tu voz, Señor, que está en las olas
de esta yerba que piso, enamorada
de esta tierra que hierve.

Cierro los ojos, desde dentro veo,
azul, verde, violeta y el trasfondo
de un algo misterioso que me envuelve.
Se escarian las arterias
y el llanto silencioso que arrastrara
se enreda entre los fresnos,
se escurre como un pez
y soy pasto de luz, amor entronizado
y me llagas, Dios mío, de infinito,
de dulce criatura que se engarza en mi carne.
Oh carne estremecida, llameada,
–Tu presencia vibrante, fugitiva–
y ¿es locura, sentir que nos unimos?

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

1. Tomada de: Isabel Díez Serrano, *Las horas detenidas*, Cardeñoso, Vigo 1998, p. 48. I Accésit Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística 1996

Bibliografía

DOLORES ALEXANDRE, *Escondido centro. Viaje al interior de 25 palabras bíblicas*.

Editorial Sal Terrae, Santander 2014. 156 pp.

Dolores Alexandre es hermana del Sagrado Corazón, y fue profesora mía de la asignatura «Teología bíblica de la oración» en la Universidad de Comillas (Madrid). Actualmente está jubilada, lo cual no impide que siga escribiendo buenas obras de temática espiritual y bíblica, por lo que es bastante conocida. Para escribir esta obra, Dolores ha escogido 25 palabras bíblicas significativas, pero ha evitado aquellas de las que ya hemos oído hablar mucho en charlas y homilías o retiros. Por poner un ejemplo, los cinco primeros capítulos tratan, respectivamente de: «el interior», «descanso», «unirse», «propiedad peculiar» y «uno».

Cada capítulo es muy corto, de unas cinco o seis páginas, en las que Dolores habla de los diferentes significados o matices que tiene la palabra en cuestión según los textos bíblicos en los que aparece, mostrando, así, su «escondido centro». Como es normal en esta autora, lo hace con un estilo fluido y entretenido, aportando anécdotas, ideas y puntos de vista muy sugerentes, y a veces con una chispa de humor. Cada capítulo finaliza con varios pequeños textos en los que otros conocidos autores ofrecen una luz al respecto.

Aunque esta obra no destaca por aportar grandes conocimientos espirituales o bíblicos, personalmente, he de decir que he aprendido mucho con ella. Me han resultado especialmente iluminativos el capítulo en el que Dolores habla del silencio interior (capítulo 8. Callar) y el que analiza la conversación entre Jesús y Nicodemo (capítulo 21. De arriba, de nuevo).

Se trata, en definitiva, de una obra muy recomendable para toda persona deseosa de conocer algo más de Dios por medio de la meditación bíblica.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

GUSTAVO GUTIÉRREZ, *La espiritualidad de la liberación. Escritos esenciales.*
Editorial Sal Terrae, Santander 2013, 272 pp.

Daniel Groody, sacerdote de la Congregación de la Santa Cruz, junto con un grupo de generosos colaboradores, ha tenido la feliz idea de recoger la entraña espiritual que fundamenta las abundantes publicaciones y conferencias acerca de la *Teología de la Liberación* del dominico peruano Gustavo Gutiérrez.

La Teología de la Liberación fue un fruto maduro y esperanzador de los horizontes abiertos por el Concilio Vaticano II, y de su contacto con los teólogos más sobresalientes de esos años, como fueron Kart Rahner, Hans Hüng, Johannes B. Metz, Henri de Lubac,... La Teología de la Liberación trata de Dios. El amor de Dios y la vida de Dios son, en última instancia, su único

tema... El amor inmerecido y universal de Dios a todos los humanos es el mensaje más importante de la Biblia... Sin gratuidad, el Evangelio carece de sentido.

El reto que se plantea Gustavo Gutiérrez, es: ¿Cómo hablar de Dios desde el contexto de la pobreza e injusticia globales? ¿Cómo responder a Cristo en medio de las desigualdades del mundo? El camino más seguro y auténtico, para el teólogo de *la liberación*, es Cristo que está en el centro de la más profunda búsqueda de la liberación... Solamente profundizando en su mensaje y en el don gratuito de su vida, podremos ofrecer el amor gratuito recibido de Él a los demás... El amor conduce a la acción; pero la acción sin amor o el servicio sin Espíritu conducen a un activismo vacío, no a la auténtica santidad.

Terminamos nuestra reseña con unas palabras finales de Gustavo Gutiérrez recogidas por Daniel Groody: «Espero que mi vida, *al final, trate de dar testimonio del Evangelio, sobre todo que Dios ama al mundo y a los más pobres del mundo*».

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O. P.
Peña de Francia (España)

RENÉ LAURENTIN, *La presencia de María*.
Editorial San Pablo, Madrid 2014. 292 pp.

El autor es un sacerdote francés que es historiador, periodista y, sobre todo, teólogo especializado en Mariología. En este libro nos habla de María desde la perspectiva de su «presencia» en la Historia de

Salvación, en el Misterio de nuestra redención, en el seno de la comunidad eclesial y en la vida particular de cada uno de nosotros. Se trata de una presencia que puede descubrirse en la Revelación y la Tradición de la Iglesia, y, así mismo, en nuestro corazón.

A lo largo de la obra, el P. Laurentin hace un recorrido de cómo María se hace presente en la Sagrada Escritura, en la liturgia y piedad popular, en la vida de las Iglesias locales y en destacados autores teológicos y espirituales. El penúltimo capítulo expone un pequeño estudio doctrinal y teológico de la «presencia» de María en el que, entre otras cosas, trata de mostrar la validez del concepto «presencia» en relación a otros conceptos mariológicos como «maternidad», «realeza» y «mediación». Concluye el libro dándonos algunas pistas sobre cómo vivir la presencia de María en nuestra vida de un modo realista, sin caer en la subjetividad ni en la exageración devocional. Al final, a modo de apéndice, el P. Laurentin nos ofrece una recopilación de pequeños textos de muy diversos autores en los que se nos habla de la presencia de María.

Pues bien, este libro, escrito en un lenguaje sencillo y comprensivo, está especialmente indicado para los amantes de la Mariología y para personas devotas que deseen ahondar en la experiencia espiritual de nuestra Madre Santísima.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La dulce agonía de una anciana contemplativa

En un humilde monasterio situado a las afueras de un pueblo, se debatía entre la vida y la muerte sor Ana. Tenía 81 años y hacía 65 que entró en el monasterio, siendo una tímida adolescente. Hasta entonces apenas había enfermado, salvo por algunas gripes y constipados.

Era la encargada de la huerta, labor que realizó —con la ayuda de otra hermana— hasta que le sobrevino la enfermedad y ya no pudo moverse más. Hacía dos días que había perdido la consciencia. Y el médico advirtió a la comunidad de que podía fallecer en cualquier momento. Por ello la priora le pidió al capellán que le diese la Unción y el Viático.

Sor Ana estaba acostada en una cama de la enfermería del monasterio. Tenía muy abierta su pequeña y arrugada boca, pues cada vez le costaba más respirar. Arropada, sus brazos reposaban sobre la manta. Agarraba con fuerza un rosario que la madre priora le había puesto con cariño en su mano derecha. Y la mano izquierda temblaba levemente. El resto de su cuerpo permanecía totalmente inmóvil.

Pero, en su interior, sor Ana no sentía la enfermedad. A pesar de su aparente inconsciencia, su corazón estaba claro y despierto. Algo le hizo retroceder en el tiempo, a su época de joven profesa, cuando, con 19 años, subía y bajaba de los frutales de la huerta con la agilidad de una ardilla. Súbitamente, revivió en su corazón aquel momento que le marcó toda su vida.

Había entrado en el monasterio sin ninguna ilusión. Su familia era muy pobre y apenas había jóvenes casaderos en la comarca debido a la guerra. Ante aquella situación, su madre le aconsejó hacerse monja, pues su otra alternativa era trabajar en la casa del señor conde, a sabiendas de que él podría hacer con ella lo que le diese la gana. Por muy mala que fuese la madre priora del monasterio, siempre sería mucho mejor estar sometida a ella que al señor conde.

Y, así, con 16 años recién cumplidos, la joven Ana ingresó en el monasterio, abriéndose ante ella una incierta y oscura perspectiva de vida. Sus primeras semanas fueron muy difíciles. Tenía mucho miedo. Pero pasó el tiempo de prueba y comenzó el noviciado. Poco a poco se fue dando cuenta de que la madre maestra, bajo su estricta severidad y exigencia, tenía un corazón compasivo y tierno. Y lo mismo atisbó de la madre priora, a pesar de que no trataba casi nada con ella. Acabado el noviciado, la madre priora le puso a trabajar en la huerta, pues veía que le gustaba mucho ese oficio. Y así era, pues aquella labor le hacía olvidar que estaría encerrada en aquel monasterio para toda su vida...

Pero todo cambió un día. La comunidad celebraba el Domingo Pascua y la hermana sacristana le había

pedido a sor Ana que buscara un buen manojito de flores para ponerlas junto al altar. Era la primera vez que le encargaban algo así. Sor Ana se puso un poco inquieta pues no sabía qué tipo de flores querría Jesús para una celebración tan importante. Así que, con toda inocencia, se dirigió interiormente a Él para preguntárselo. Pero, a modo de respuesta, sor Ana sintió que Jesús estaba triste porque ella no era feliz en el monasterio. Y eso la conmovió mucho.

Se dirigió sosegadamente a una zona apartada de la huerta, se arrodilló, y le contó a Jesús todo lo que sentía. Entonces Él le dijo dulcemente: «*Sor Ana, fui Yo quien ha hecho que entrases en el monasterio, porque te quiero con locura y deseo que seas toda para Mí*». Ante esas palabras, el corazón de sor Ana se puso a latir con gran fuerza y se sintió abrasada por un amor sobrenatural que, por unos instantes, la transportó al Paraíso. Cuando recobró el sentido, del tierno corazón de sor Ana brotaron espontáneamente, a modo de letanía, estas palabras: «*Te quiero, Amor mío, te quiero, Amor mío, te quiero, Amor mío...*».

Eso es lo que revivía sor Ana en la enfermería mientras su cuerpo se apagaba. Una de las hermanas que la acompañaba dijo: «*No se la entiende muy bien lo que dice, parece que está delirando*». Pero la madre priora contestó mansamente: «*No está delirando. Nuestra hermana está llamando a su Amado. Cantemos juntas al Señor para que la acoja en su seno*». Y, elevada por el bello canto de sus hermanas, el alma de sor Ana subió suavemente, como una mariposa, hacia el cielo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Teologalidad de la vida cristiana

La base humana

La base humana es la concepción de nuestra vida como un camino hacia lo divino, hacia Dios.

El ser humano, por su propia condición, tiende a superarse, a salirse de sí para ser más que su propio ser. Eso quisieron los primeros padres, ser como dioses. A ello se refieren los mitos griegos de Prometeo, Ícaro... que pretenden alcanzar el Olimpo de los dioses. Hoy, cuando Dios no es una referencia ni frecuente ni obligatoria, el ser humano pretende ser superhombre, «*superman*».

La fe cristiana se fundamenta en que ante ese anhelo inserto en lo hondo de la condición humana de ser como Dios, el mismo Dios asume en Jesús de Nazaret esa condición humana. Así, siendo Jesús *hombre* perfecto y perfecto hombre, el ser humano, caminando hacia Él, avanza a su perfección como ser humano, y, en el mismo andar, se acerca a quien es también nuestro *Dios*: se va divinizando al unirse con quien es una misma cosa con el Padre.

Ser persona humana es avanzar hacia la perfección del ser, es decir: hacia la verdad plena, la bondad absoluta, la belleza total, en definitiva, la felicidad sin límites. O sea caminar hacia Dios. Es necesario subrayar que vivir humanamente es ante todo caminar,

ir construyendo la propia vida, avanzar hacia ser mejor de lo que uno es. Para ello es necesario mirar hacia el horizonte donde podemos encontrar lo que buscamos: Dios, el único ser donde encontramos lo absoluto, la plenitud. He ahí lo que llamamos «dimensión teologal» de nuestra vida.

En *Veritatis splendor*, encíclica de Juan Pablo II, cuando comenta el episodio del joven que se acerca a Jesús preguntando qué tiene que hacer de bueno (cf. Lc 18,18-25), podemos leer: *«para el joven más que una pregunta sobre las reglas que hay que observar, es una pregunta de pleno significado para la vida [...] Esta pregunta es, en última instancia, un llamamiento al bien absoluto, que nos atrae y nos llama hacia sí, es el eco de la llamada de Dios, origen y fin de la vida del hombre. Precisamente con esta perspectiva, el concilio Vaticano II ha invitado a perfeccionar la Teología moral de manera que la exposición ponga de relieve la altísima vocación que los fieles han recibido de Cristo, única respuesta que satisface plenamente el anhelo del corazón humano»*.

No seamos ingenuos: es cierto que si no miramos hacia el horizonte, si lo perdemos de vista, nuestro caminar es ciego. Pero también es cierto que tenemos que recorrer un camino que día a día debemos conocer y discernir. Sin la visión teologal, nuestra moral es ciega, sin la vida moral del día a día los proyectos teologales, que miran a Dios, están vacíos.

E igualmente hemos de ser realistas: Dios es meta utópica, hacia Él caminamos sin alcanzarle nunca. Como utópica es la perfección, la plenitud, lo absoluto.

Y además nuestro caminar no es lineal y nítido, es fácil distraerse, perder de vista a Dios por momentos o temporadas. Nos movemos en el misterio, no en la evidencia. Y a veces tropezamos en el caminar, nos cansamos, somos tentados a sentarnos y dejar pasar la vida desde lo cómodo.

EL DIOS HACIA EL QUE CAMINAMOS

El Dios que es nuestro horizonte es el *Dios de la historia*; no es un Dios lejano, que está en el más allá, no habita sólo en el horizonte hacia el que caminamos, se hace presente en nuestro caminar histórico. Tener a Dios en el horizonte no es olvidarse de sí mismo, alienarse, ni olvidar a quienes nos acompañan en el caminar. Dios es cercano y está en ese caminar, nos sale al encuentro en nosotros y en nuestro prójimo. Todo como consecuencia de su irrupción en nuestra historia en Jesús de Nazaret.

La teologalidad de nuestra vida es una *teologalidad cristiana*. Nuestro Dios es el que se manifiesta en Jesús de Nazaret. Cristo es *la imagen de Dios invisible*, en quien se manifiesta la plenitud de la divinidad, a la vez que la de la humanidad. Cristo es la revelación en carne y hueso de Dios. *Es nuestro Dios*. La referencia a Él que exige la teologalidad es referencia a Cristo. A Cristo tal como fue su vida en la tierra, según los relatos de los evangelios, y a Cristo resucitado, a la derecha de Dios Padre. Por lo tanto, la dimensión teologal que pretenda obviar la referencia a Cristo y conectar directamente con Dios, se expone a querer referirse a un falso Dios. No al Dios revelado en Cristo.

La dimensión teologal de la vida permite tomar conciencia de que *es Dios quien ha tomado la iniciativa en el desarrollo de nuestra vida*. La ha tomado por pura gratuidad. Esto nos permite ser conscientes de que si sabemos algo de Él y en Él tenemos *fe*, es porque Él habló, se nos reveló. Si mantenemos la *esperanza* en medio de las dificultades es porque es un Dios de promesa y es fiel a lo que promete. Si en nosotros existe *amor*, es porque él *nos amó primero* y nos ha hecho partícipes de su amor.

LA DIMENSIÓN COMUNITARIA

Finalmente la *dimensión comunitaria* de la condición humana se basa, desde la perspectiva cristiana, en la referencia a Dios como Trinidad, al Dios comunidad. El proyecto de ser hombre/mujer no es un proyecto de ser el mejor en el grupo, sino de que el grupo sea mejor. Es *un proyecto comunitario*. Caminamos en comunidad.

Si somos imagen y semejanza de Dios, hemos de avanzar hacia una imagen y semejanza cada vez más perfecta. Si Dios es comunidad trinitaria, seremos más semejantes a Él cuanto más comunitaria es nuestra vida. Formando una comunidad constituida, como la de la Trinidad, por la comunicación amorosa. Con una precisión importante: como en la Trinidad, la persona humana tiene su propia intimidad que no se diluye en la comunidad.

Esa visión comunitaria tiene una especificidad concreta en los cristianos que es la dimensión eclesial. Es

decir: la orientación teologal de nuestra vida implica las exigencias de nuestra pertenencia a la Iglesia: «*Cuanto más la Iglesia es consciente de sí, más asiente al misterio trinitario, más sigue su identidad, más se ve movida a fijar la mirada y el corazón en el Reino y a orientarse en la perspectiva de la dimensión escatológica de la creación*» (DTM, 1902).

EN CONCLUSIÓN

Desde la visión teologal entendemos *la dimensión antropológica, teológica, cristológica y eclesiológica* de la vida humana cristiana. Esto es positivo para conseguir algo tan necesario como una comprensión unitaria del ser humano. Sólo la visión que incluye los diversos aspectos de la vida humana es auténtica. Y ésta es la teologal.

Así se supera la sectorización que se hace en el concepto de la vida cristiana entre: naturaleza y gracia, fe y obras, compromisos individuales y eclesiales, lo profano y lo sagrado, Dios y ser humano. Esa teologalidad de la vida es la que definen la fe, la esperanza y la caridad.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

El Concilio Vaticano II:

2. Cronología y documentos

En la primera parte de este estudio hemos hablado de la «prehistoria» del Concilio Vaticano II. Prosigamos.

DATOS CRONOLÓGICOS

Preparación del Concilio

Fue anunciado por Juan XXIII el 25 de enero de 1959 y se preparó en dos tiempos. La fase antepreparatoria se abrió el 2 de mayo de 1959, presidida por el Cardenal Tardini y se clausuró el 1 de mayo de 1960.

La fase preparatoria se abrió el 5 de junio de 1960. Se convocaron para el 14 de noviembre de 1960 diez comisiones, tres secretariados y la comisión central. A partir de entonces, estos organismos trabajaron en la elaboración de 73 esquemas y se cerró la fase el 11 de junio de 1962.

Las cuatro sesiones del Concilio

La *primera sesión* transcurrió entre el 11 de octubre y el 8 de diciembre de 1962. El hecho más destacado fue la decisión de la asamblea de retrasar varios

días las elecciones para las comisiones debido al rechazo de aceptar las listas preparadas por la Curia.

La *segunda sesión* se desarrolló entre el 11 de octubre y el 4 de diciembre de 1963. El momento más destacado de esta sesión fueron las discusiones sobre la sacramentalidad y la colegialidad del episcopado.

La *tercera sesión* tuvo lugar entre el 14 de septiembre y el 21 de noviembre de 1964. Se adoptaron los esquemas reelaborados sobre la Iglesia, el ecumenismo y las iglesias orientales.

La *cuarta sesión* transcurrió entre el 14 de septiembre y el 8 de diciembre de 1965. Lo votaron definitivamente y se aceptaron los esquemas sobre la función pastoral de los Obispos, la vida y ministerio de los sacerdotes, el apostolado de los laicos, la educación cristiana, las misiones, los religiosos, la Revelación divina, la libertad religiosa, las religiones no cristianas y la Iglesia en el mundo actual.

La composición de la asamblea conciliar

Llegados de 136 países, con 93 nacionalidades distintas, se reunieron 2650 Obispos –entre los que había 80 Cardenales y 7 Patriarcas– junto a 97 superiores religiosos que tenían voz pero no voto.

Una clara división aparece en el debate sobre el esquema *De Revelatione*. A los defensores de una teología clásica, conceptual y prevenidos de todos los riesgos de la modernidad, se oponen los padres que acuden a las fuentes bíblicas y patrísticas de la Tradición y que son sensibles a la evolución histórica,

teniendo en consideración un mundo transformado por la secularización.

Además de los asesores de los Obispos –como por ejemplo Joseph Ratzinger, asistente del Cardenal J. Frings– se nombran más de cuatrocientos expertos oficiales del Concilio: Henri de Lubac, Yves Congar, Karl Rahner, etc. Asimismo, invitados por Juan XXIII, participan 93 observadores representando a 28 iglesias y confesiones cristianas separadas. Su presencia en el aula es simbólica. Con análogo estatus de huéspedes son invitados personalmente por el Papa los hermanos Roger Shutz y Max Thurian de la comunidad ecuménica de Taizé, Oscar Cullmann y el laico Jean Guitton. Más adelante, Pablo VI invitó a 29 auditores laicos y a 23 auditoras laicas y religiosas.

El discurso inaugural del Papa

El Concilio se propone reafirmar el Magisterio de la Iglesia. Ésta, iluminada por la luz de este Concilio, crecerá en riquezas espirituales y mirará sin miedo al futuro, intentando que todos los hombres orienten su vida hacia Dios.

El Papa se posiciona frente a las personas que sólo ven desgracias y desastres en la situación mundial que se vive en tiempos del Concilio, y que piensan que esta época es peor que las anteriores. Ciertamente, el contexto en el que se desarrolla el Concilio tiene una ventaja con respecto a los anteriores, y es que la Iglesia es más libre e independiente del poder político.

El Concilio tiene entre sus principales objetivos impulsar la doctrina de la Iglesia. Lo hace sin olvidar

el sagrado depósito de la fe, pero teniendo en cuenta las nuevas situaciones que vive la sociedad. Efectivamente, siendo la doctrina de la Iglesia verdadera e inmutable, hay que exponerla según el lenguaje del mundo en el que vive. Una cosa es el sagrado depósito de la fe, y otra distinta el modo como ha de enunciarse su contenido, conservando siempre el mismo sentido y significado.

Con respecto a los errores doctrinales, la Iglesia siempre se ha opuesto a ellos y los ha condenado, aunque a veces con mucha severidad. Sin embargo, en el Concilio la Iglesia prefiere emplear la medicina de la misericordia y no las armas de la severidad. La Iglesia quiere mostrarse madre amantísima de todos, llena de bondad y de paciencia.

Otro de los grandes objetivos del Concilio es lograr la unidad ecuménica entre todos los cristianos y la sintonía entre todos los hombres de cualquier religión, e incluso sin religión.

En definitiva, la Iglesia dice a la humanidad lo que un día san Pedro dijo al paralítico que le pedía limosna en la puerta del Templo: «*No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda*» (Hch 3,6).

LOS DOCUMENTOS CONCILIARES

Las cuatro constituciones

1. Constitución *Sacrosanctum Concilium* (sobre la liturgia): escrutinio solemne y promulgación el 4 de diciembre de 1963.

2. Constitución dogmática *Lumen Gentium* (sobre la Iglesia): escrutinio solemne y promulgación el 21 de noviembre de 1964.
3. Constitución dogmática *Dei Verbum* (sobre la Revelación): escrutinio solemne y promulgación el 18 de noviembre de 1965.
4. Constitución pastoral *Gaudium et Spes* (sobre la Iglesia en el mundo actual): escrutinio solemne y promulgación el 7 de diciembre de 1965.

Los nueve decretos

1. Decreto *Inter Mirifica*, sobre los medios de comunicación social (4 de diciembre de 1963).
2. Decreto *Orientalium Ecclesiarum*, sobre las iglesias orientales católicas (21 de noviembre de 1964).
3. Decreto *Unitatis Redintegratio*, sobre el ecumenismo (21 de noviembre de 1964).
4. Decreto *Christus Dominus*, sobre la función pastoral de los Obispos (28 de octubre de 1965).
5. Decreto *Perfectae Caritatis*, sobre la vida religiosa (28 de octubre de 1965).
6. Decreto *Optatam Totius*, sobre la formación de los sacerdotes (28 de octubre de 1965).
7. Decreto *Apostolicam Actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos (18 de noviembre de 1965).
8. Decreto *Ad Gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia (7 de diciembre de 1965).

9. Decreto *Presbyterorum Ordinis*, sobre la vida y el ministerio de los sacerdotes (7 de diciembre de 1965).

Las tres declaraciones

1. La declaración *Gravissimum Educationis*, sobre la educación cristiana (28 de octubre de 1965).
2. La declaración *Nostrae Aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas (28 de octubre de 1965).
3. La declaración *Dignitatis Humanae*, sobre la libertad religiosa (7 de diciembre de 1965).

En las dos siguientes partes de este estudio trataremos sobre la actividad teológica del Concilio Vaticano II y haremos un breve balance crítico del mismo.

SATURNINO PLAZA AGUILAR
Madrid (España)

Historia de una sustitución

Relato novelado de inspiración bíblica

Jerusalén / Fortaleza Antonia / Año 46: Simón, hermano mío, deja ya de mirar, desesperado, nuestros «*patibulum*»¹ y acércate para que te pueda contar una historia antes de morir. Ya sé que ahora no tienes ganas de historias, pero ésta me aconteció a mí, y estoy seguro de que te sentará tan bien escucharla como a mí desahogarla, pues nunca se la he contado a nadie. ¡Anda, ven!, hazlo por mí. Siéntate aquí y no me interrumpas... Por aquellos días estaba en este mismo calabozo en que ahora estamos, con dos compañeros de milicia, Gestas y Dimas, esperando a ser crucificados por el asesinato del alto magistrado de Séforis² que envió a la cruz a nuestro padre, Judas de Gamala³, tras el asalto a la guarnición romana de

1. Brazo horizontal de la cruz, que era cargado por el reo hasta el lugar del suplicio, donde le esperaba la «*stipes*» o palo vertical, clavado en el terreno, en que aquél se encastraba.

2. Ciudad muy próspera y antigua capital de Galilea, situada a 8 kms. de Nazaret y conocida como «Adorno de toda Galilea», que se levantó contra Roma con Jehudá ben Ezequías, cuando el censo de Quirino, y que fue arrasada por los romanos, quienes vendieron como esclavos o crucificaron por miles, a las puertas de Jerusalén, a todos los supervivientes de la masacre.

3. Activista mesiánico judío, fundador de la secta beligerante de los zelotas y responsable del levantamiento de Séforis, tras el cuál murió crucificado.

aquella ciudad, durante la revuelta judía contra el censo de Quirino.

A través del sucio ventanuco enrejado podíamos ver, frente a nosotros, como tú ahora, nuestros «*paticulum*» apoyados contra la pared, como un recordatorio de lo que nos esperaba —el mío era el del centro—, mientras desfilaban ante nosotros, vacías de contenido, nuestras últimas horas. Comencé a pensar en los compañeros de armas que habían dado sus vidas por la causa judía antes que nosotros, cuando me vino a la cabeza la cara del viejo Simón, al que apodábamos «El Zelota», pues, a pesar de serlo todos nosotros, él había estado en el origen de nuestra secta, junto con mi padre y Zadoq «El Fariseo», sus fundadores principales, y tenía a gala el serlo más que ningún otro, hasta que desertó.

Después de muchas idas y venidas, el muy bribón, decidió dejar la lucha armada, pues afirmaba haber encontrado un medio mejor de liberar al pueblo. Se volvió pacifista y se puso al servicio de un Rabí galileo, con porte de rey, a quien todos llamaban «Hijo de David»; un tipo que se denominaba a sí mismo «El Hijo» y que afirmaba ser el «Elegido», el «Esperado de los tiempos», el «Mesías de Dios», y que ofrecía una liberación que pasaba por ser mansos y sencillos, por amar y perdonar a los enemigos y ponerles la otra mejilla. ¡Con un mesías así, íbamos a tener romanos para rato!

Aquel día, seguí a Simón «El Desertor» hasta donde el Rabí galileo se encontraba, rodeado de una gran multitud de todo tipo de gentes, especialmente humildes

—no me extraña que Simón quedara deslumbrado por su número—, y pude escucharle por mí mismo; decía algo así como: *«El Hijo no hace nada por sí mismo, como no lo vea hacer al Padre; todo lo que hace el Padre lo hace el Hijo. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, el “Hijo del hombre” da vida a los que quiere, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace, y le mostrará obras mayores que ésta para vuestro asombro, pues el Padre está en mí y Yo en el Padre»*. ¡Caray! Yo me hacía llamar Bar-Abba (el «hijo de mi padre») para no usar abiertamente el apellido Gamala, pues todos sabían a quién me refería, pero, en verdad te digo, Simón, que aquel hombre merecía más que yo tal apodo, pues ¡no paraba de nombrar a su Padre para todo!

Yo estaba realmente intrigado: ¿Quién podría ser el Padre de semejante «Hijo»? Iba a preguntárselo a uno, cuando se lo escuche decir a Él mismo: *«Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, de quien vosotros decís: “Es nuestro Dios” y, en verdad, en verdad os digo, que tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo único para que el mundo se salve por Él y no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna»*. ¡Fiuu!... salvar al mundo...resucitar muertos, como su Padre... vida eterna... todo aquello era como decir que el Padre y Él eran la misma cosa, que Él no sólo era el «Hijo de Dios», como afirmaba gratuitamente, sino... casi, casi... Dios mismo hecho hombre. ¡Pobre iluso!... Él y el viejo Simón iban a tener muchos problemas con las autoridades religiosas si continuaba hablando así.

Por último, le oí decir: *«Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, conoceréis la*

Verdad y la Verdad os hará libres, pues si el Hijo, que ha visto obrar al Padre, os hace libres, seréis realmente libres. Sin embargo, vosotros sois esclavos del pecado, pues hacéis como vuestro padre...». ¡No quise escuchar más! ¿Tanta sangre vertida por la liberación del pueblo judío, incluida la de nuestro padre, y aquel hombre se atrevía a afirmar que nuestros padres nos habían hecho esclavos, mientras que Él, con tres discursos escuchados a su Padre y su Verdad, pretendía ser el único que nos podía liberar? Salí de allí decidido a que todo el mundo supiera que Judas de Gamala seguía vivo en su primogénito: Juan de Gamala, y que éste culminaría la obra de liberación iniciada por su padre.

Aún estaba en estas reflexiones cuando varios centinelas irrumpieron en nuestra celda y, aprovechando nuestra sorpresa y confusión, nos separaron unos de otros como si fuéramos ganado, para sacarnos al patio uno por uno e irnos cargando el leño de castigo sobre los hombros, atándonos fuertemente a él. Después, encorvados bajo su peso, fuimos puestos en fila y atados por el tobillo, cada uno con el siguiente, para hacer un cordón, y, por último, nos dejaron al sol hasta que dieran la orden de salida a la comitiva de castigo. Llevábamos así un buen rato, cuando llegó un correo para el jefe del pelotón de ejecución, que maldijo ostensiblemente la contraorden contenida en el rollo que le habían entregado y, entre aspavientos, ladró una orden a dos de los soldados, que soltaron mi tobillo y me sacaron de la formación con los extremos de sus lanzas, para tirarme al suelo y, una vez allí, me liberaron del «*patibulum*» y, a golpes, me obligaron a

levantarme y a seguirles, entrando a empujones en las entrañas de «La Antonia»⁴.

Cuando salí de la oscuridad de los calabozos a la luz del día y llegué enceguecido a la presencia del gobernador Pilato, pude ver, de pie a su lado, una figura ligeramente encorvada que brillaba sobremanera, en un color rojo brillante, bajo el sol del mediodía. Aquella visión me sobrecogió. ¿Qué haría un Ángel del Señor al lado de un romano como aquél? La sola idea me revolvía el alma. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, pude ver que aquella figura luminosa era, en realidad, un hombre, un hombre al que yo conocía: mi contrapartida pacífica, aquel Mesías galileo que me hacía la competencia y se quedaba con mis hombres; le habían convertido en una pura llaga y estaba todo Él bañado en su propia sangre. Sentí repulsión por lo que veía y odio por la brutalidad de aquellos despiadados romanos...

Entonces caí en la cuenta de algo. No sé si el gobernador romano era consciente de ello, pero allí estaban expuestos, como en un escaparate de feria, el «mesianismo espiritual» representado por aquel Rabí galileo y el «mesianismo político y armado», representado por mí, el judío zelota a quien llamaban «Bar-Abba» (el «hijo de mi padre»); para bien o para mal, ambos hicimos lo que habíamos oído que hacían nuestros padres. Por último, el charlatán de aquella feria no podía ser otro que el propio Pilato, que, apenas llegué, comenzó un asqueroso mercadeo donde

4. Nombre de la fortaleza romana que invadía uno de los ángulos del recinto del Templo de Jerusalén.

los dos mesianismos fueron ofrecidos en puja al mejor postor. Pilato no era imparcial y apostaba por el Nazareno, pero ¿tendría la última palabra? ¿Cuál sería el mesías elegido por el pueblo? ¿Qué mesianismo triunfaría? ¿Cuál sería desechado?

Yo sabía que los bandos fariseo y zelota, allí presentes, no dejarían de corear mi nombre, en atención a mi padre y a lo que yo simbolizaba para ellos; y después estaban los herodianos y la gente del Templo, con su tesoro invertido en acallar conciencias y unificar voluntades, los cuales no estaban directamente en favor mío, pero sí abiertamente en contra de aquel Rabí galileo, cuyos seguidores habían huido. ¡Mal lo tenía aquel hombre! Finalmente, la genial ocurrencia del gobernador Pilato no funcionó como él esperaba: Yo quedé libre por aclamación popular y aquel desdichado al que pretendía liberar, fue estrepitosamente despreciado y... crucificado en mi lugar. Y, con la cabeza gacha y las manos húmedas, agarradas a una toalla, el muy cobarde se desentendió de todo, dejando a aquel hombre lacerado y a su suerte... ¡Y una suerte de cruz!

A empujones, aquel Galileo ocupó mi lugar, tanto en el cordón de ajusticiados como en el Calvario, llevando en mi lugar el «*patibulum*» que me habían asignado. En aquellos momentos, la alegría de verme libre para seguir con mis pretensiones mesiánicas no me dejó ver la esencia de lo ocurrido: Que Él cargó con mi cruz, con mi culpa, con mi castigo y mi condena y que fue crucificado en mi lugar, mientras que yo quedaba libre en su lugar. ¡Su condena por mi liberación, su muerte por mi vida! Había habido una elec-

ción popular de por medio, lo sé, pero, a fin de cuentas, aquello había sido ¡una sustitución en toda regla!

Como preso liberado, no tuve más remedio que acompañar el cordón de ajusticiados hasta el lugar del suplicio, donde sería definitivamente liberado. Ahora iba atado el último de todos y mis antiguos compañeros no podían evitar mirarme con una mal disimulada envidia. Era un paseo macabro, pero merecía la pena: ¡Tendría un final feliz!... Al menos para mí. ¡Es curioso!, los beligerantes éramos nosotros, pero los castigos, insultos y latigazos más duros se centraban en Él, hasta convertirlo en un auténtico despojo humano y todo ello sin que Él se rebelara o se quejara.

Cuando llegamos a la cima de «La Calavera» y fue izado en alto, me llamó la atención la valentía, dignidad y entereza de aquel hombre, que ni siquiera gimió cuando le clavaban, *«mudo como una oveja llevada al matadero»*; me sorprendí a mí mismo usando con Él esta expresión que el profeta Isaías aplicaba al Siervo sufriente de Dios. Sin saber por qué, seguí recordando nuevos fragmentos del profeta Isaías: *«Como oveja llevada al matadero»*, *«enmudecía y no abría la boca»*, *«cargado con nuestros crímenes»*, *«varón de dolores»*, *«sin apariencia humana»*, *«fue tenido en nada»*, *«sus heridas nos han curado»*... Sentía que todas ellas estaban describiéndome lo que tenía ante mis ojos.

Un fuerte tirón en la cuerda que me ataba me sacó de mis cavilaciones; uno de los soldados me desató y, dándome un fuerte empujón, me sacó del perímetro de castigo con el asta de su lanza y, una vez fuera, se desentendió de mí. Aunque tenía a mis compañeros

allí, preferí sentarme en el suelo frente a la cruz del Rabí galileo, para dar rienda suelta a mis cavilaciones; fue entonces cuando acudieron a mi cabeza los fragmentos de un salmo del Rey David: «*Me hacen burlas y me insultan*», «*menean la cabeza*», «*me taladran las manos y los pies*», «*echan a suertes mis vestidos*», «*se pueden contar mis huesos*», «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*»....

Aquella frase resonó en mis oídos como un lamento, no como un reproche, ¡no cabía duda!, Él también estaba recordando el mismo salmo que yo y lo oraba en voz alta desde la cruz, como haciéndolo suyo, pues le describía a Él; era como si hubiera sido escrito para Él por... el Rey David... ¿su padre?... Si aquella gente le llamaba «Hijo de David», sería por algo... ¡Mi confusión era enorme...! ¿Quién era aquel hombre de la cruz?... ¿A ver si era verdad que había un Mesías elegido directamente por Dios, para ser Mesías según Dios? ¿Y si el único digno de morir como «Rey de los Judíos» era Él y no yo? Eso decía aquel cartel... Y, en ese caso, ¿qué plan había sido trazado, que me excluía a mí como «mesías y rey de los judíos» y le entronizaba a Él en aquella cruz? Muchos habían coreado mi nombre hacía un rato, pero ¿qué habría dicho el cartel de mi cruz si le hubieran liberado a Él? Miré por el rabillo del ojo a los carteles de mis compañeros; lo decían claramente: «Homicida». Aquel descubrimiento terminó por deprimirme.

Entonces oí a unos del Templo discutir con el oficial a cargo de la ejecución sobre la necesidad de cambiar el texto de una de las cruces, que no debía decir: «*Jesús Nazareno Rey de los Judíos*», sino «*Éste*

se hacía llamar Rey de los Judíos». Solté una carcajada; tenía los nervios a flor de piel: ¡Aquello ya era afeitarse un huevo! Me encaré con ellos y les llamé «panda de desocupados». ¿Qué más daba una cosa que otra? Si yo ya estaba libre y Él en la cruz, ¿qué más daba ya el resto?; ¡que le dejaran morir tranquilo! Ellos me llamaron «ignorante» y me dijeron que quién era yo para meterme donde no me llamaban. O sea, que yo, «Bar-Abba», hijo de Judas de Gamala, era un «don nadie». Como la cosa amenazaba tumulto, el oficial cortó por lo sano enviándolos al gobernador, con el aviso de que él no cambiaría nada.

Todavía estaba riéndome de la estupidez de los del Templo cuando lo vi... ¡Esa era la causa de sus protestas y la razón por la que querían cambiar el título de la cruz! ¿Cómo no lo había visto antes? En lugar de fijarme en la frase escrita, me dio por fijarme en las iniciales de cada palabra y así, el texto hebreo «Yeshua HaNotzri V'Melej HaYehudim» (Jesús de Nazaret Rey de los Judíos) se quedaba en «YHVH» (Yahvéh), el tetragrama sagrado impronunciable, el nombre de Dios. Estupefacto, caí de rodillas y me tapé los ojos, escandalizado. Según el cartel, el que se estaba desangrando, en mi lugar, en aquella cruz, era «Yahvéh»; según el cartel, el «Hijo del Padre» era, en realidad... ¿Dios mismo?

Entonces, pude oírle hablar nuevamente con su Padre: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*». En ese momento, todo se conmocionó: el suelo tembló, retembló y se quebró, la luz del día se apagó y un viento gélido barrió el lugar; la gente gritaba como loca, presa del pánico, y huía despavorida; los soldados

comenzaron a romperles las rodillas a mis hombres y Él, como acababa de morir, fue alanceado por el jefe de la guarnición, que recibió de lleno la sangre... ¡y el agua! salidos de su costado... Una vez más, los profetas volvieron a mi cabeza: «*No le quebrarán un solo hueso*», «*mirarán al que traspasaron*»... ¡Y eso era lo que yo estaba haciendo ahora!

Entonces se lo oí decir al romano de la lanza: «*Verdaderamente, este hombre era el Hijo de Dios*». ¡Aquello era el colmo! ¿Cómo podía un romano reconocer lo que a mí, siendo judío, se me ocultaba? ¡Ya no podía más! Salí huyendo de allí; huyendo del Rabí galileo y huyendo de mí. Algo se me había roto dentro y no sabía lo que era. Sin embargo, nunca más consentí en ser llamado «Bar-Abba», me parecía la usurpación de un nombre sagrado y sólo digno de ser usado por aquel hombre, el verdadero «Hijo del Padre». Comencé, entonces, a utilizar mi propio nombre: «Juan de Gamala» y muchos se me unieron entonces, incluido tú, Simón, hermano mío, pero también atraje sobre mí todo el celo de Roma, que no paró hasta verme preso.

Al final de mis días, reconozco que Él tenía razón: el odio engendra odio y la violencia, más violencia. Tras años de lucha y sufrimiento, cosechando muerte y destrucción, mientras trataba de liberar a mi pueblo por las armas, lo único que conseguí fue exterminarlo. Él, en cambio, por medio de sus discípulos, ha conseguido unir a judíos, griegos y romanos en una fe común en el único Dios, al que Él llamaba Padre suyo y Padre de todos. En verdad, en verdad te digo hoy, Simón, hermano mío, que el amor y el perdón son

más fuertes que la ira y el rencor, que la espada y la violencia; y la ley del talión nada tiene que hacer frente a la ley del perdón y del amor. Queda poco tiempo ya. ¡Ven, arrodíllate y reza conmigo!

¡«Hijo del Padre», yo te reclamo hoy, ayúdanos! Soy Juan de Gamala, hijo de Judas de Gamala «El Galileo», ¡Tú me conoces! Tú te cambiaste conmigo cuando tan solo era «Bar-Abba» (el «hijo de mi padre»). Tú tomaste mi cruz y el castigo que me correspondía, ¿Te acuerdas? Hoy estoy en la misma celda que entonces con mi hermano Simón, pero esta vez es el procurador Alejandro el que me crucifica. Sé que no estás aquí para cambiarte conmigo, como en aquella ocasión que no supe aprovechar, pero Tú sabrás cómo hacerlo... Una vez dijiste que tu Verdad nos haría libres, enséñanos tu Verdad y quedaremos libres.

¡«Hijo de Dios»!, así te llamó el centurión aquella vez, Tú eres el Mesías Salvador; haz brillar tu Rostro sobre nosotros y danos tu Fuerza en el momento de nuestra muerte, para que sea un tránsito hacia Ti. Tú eres nuestro Rey y nuestro Dios, como decía el título de tu cruz, nos postramos ante Ti, Señor. Hoy te decimos de corazón lo que aquel día le oí decir a Dimas, mi compañero y amigo, poco antes de morir a tu lado, en la cruz: *«Acuérdate de nosotros cuando lleguemos a tu Reino»*; por favor, Señor, creemos en Ti, dinos también a nosotros lo que aquel día le dijiste a él... *«Paz a vosotros»*... ¡Esa voz...! *«No tengáis miedo»*... ¡Es Él! *«Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin; Yo soy el retoño y el vástago de David, la Estrella luciente de la mañana. Todo el que cree en el Hijo posee la vida*

eterna. Vosotros sois mis hijos, Yo os he engendrado hoy. Os lo aseguro, hoy estaréis conmigo en el paraíso».

– ¡De pie, vamos! ¡Levantaos del suelo... y pegaos a la pared, los dos!... ¡Separaos más!... ¿Qué era ese resplandor rojizo que invadía la celda?... ¿Con quién estabais hablando? ¡Responded!... ¿Ante quién estabais postrados?... ¡Contestad, vamos!... ¿Sonreís?... Bien, veremos quien sonríe el último. ¡Guardias, flageladlos antes de atarlos al «*patibulum*»! Quiero ver la sangre correr por sus espaldas... ¿Qué decís ahora..., seguís sin decir nada?... Y tú, que tanto sonreías, ¿no tienes nada que decir?...

– Pues sí, una sola cosa; se la escuché a mi Dios antes de morir en la cruz: «*Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen*».

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM
Madrid (España)

El Silencio, dejarse hacer

«Dios quiere que, sin que el alma entienda cómo, salga de allí sellada con su sello; porque verdaderamente el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello; que la cera no se le imprime a sí, sólo está dispuesta, digo blanda; y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente. ¡Oh, bondad de Dios, que todo ha de ser a vuestra costa!

Sólo queréis nuestra voluntad, y que no haya impedimento en la cera».

SANTA TERESA DE JESÚS¹.

Muy a menudo, en el camino del Silencio, se compara al alma con la tierra que se deja labrar. El P. José Fernández Moratíel O.P., tal vez por provenir de una familia agricultora, solía recurrir a menudo a imágenes tomadas del campo para explicar cómo va sucediendo la transformación del espíritu en el Silencio.

Y es que, en el Silencio, *lo nuestro* es dejarnos hacer, igual que la tierra se deja labrar, pacientemente, y no opone resistencia a la reja del arado. Quien ha contemplado un campo recién sembrado sabe de qué

1. TERESA DE JESÚS, *Las Moradas*, Morada quinta, cap. 2, n. 12.

estoy hablando. Se percibe allí un Silencio que no es desierto, sino plenitud. Es como si la tierra estuviera preñada de vida, aguardando pacientemente las bendiciones del otoño para despertar. Pero, por encima de todo, a la tierra le basta con *dejarse hacer*.

Pues así sucede también en el camino del Silencio. Por más que nos esforcemos y luchemos por avanzar, no hay auténtica transformación hasta que nos entreguemos, hasta que nos dejemos hacer, como una pieza de arcilla en manos del alfarero. El Silencio pide de nosotros que nos permitamos perder el control, dejarlo todo a merced del Padre y permitir que Él imprima en nosotros la huella de sus manos.

Así lo expone Santa Teresa en el pasaje que hemos seleccionado de *Las Moradas* y con el que abríamos este texto. Decía la Santa que Dios quiere que de la oración, del profundo encuentro con Él en el Silencio, el alma salga *sellada con su sello*, impregnada del aroma del encuentro con el Señor y renovada tras el abrazo con Jesús en lo profundo de la oración.

Dice el Evangelio que, estando Jesús en casa de Lázaro, María le ungió con un perfume que olía a nardo, y que toda la casa quedó impregnada de ese aroma (cf. Jn 12,3). También nuestra alma, cuando nos encontramos con Jesús en la oración, puede quedar impregnada con ese aroma a nardo, marcada con el sello del Señor. Y para eso no tenemos que hacer nada; al contrario, se trata más bien de que *nos dejemos hacer*.

Igual sucede, como dice Santa Teresa, con la cera que recibe el sello: no tiene que hacer nada, tan sólo estar dispuesta, estar *blanda* para ser marcada por el

sello. Y lo remarca bien: le basta con estar dispuesta, porque ni siquiera ella misma se ablanda. Es el calor, la llama, la que ablanda y derrite la cera. Sólo así estará dispuesta para dejarse marcar.

Igual sucede en el alma inspirada por el Silencio: basta con estar dispuestos, con exponerse lo suficiente a esa llama que es la presencia del Señor en lo profundo del corazón. Y será esa llama, esa Presencia, la que irá ablandando nuestras corazas, haciéndonos más y más permeables a su presencia. Es Él quien ha de ablandar nuestras durezas; lo nuestro no es más que estar dispuestos, disponibles para el Señor, y dejar que Él se abra camino hasta nuestro corazón.

Y dice más Santa Teresa: la cera debe estar *queda*, permanecer quieta; dejar, sin más, actuar al Espíritu. En la misma línea se expresaba el jesuita Jerónimo Nadal cuando describía a San Ignacio de Loyola: *«Ignacio seguía al Espíritu, no se le adelantaba. De ese modo, era conducido con suavidad a donde no sabía. Poco a poco, se le abría el camino, y lo iba recorriendo. Sabiamente ignorante, puesto sencillamente su corazón en Cristo»*².

Éste es también el camino del Silencio: exponernos a esa llama que es la presencia del Señor en el centro de nuestra alma, muy quedamente, muy calladamente. Y será esa llama la que vaya volviendo blando nuestro corazón, disponible para el Espíritu. De este modo, el Señor podrá ir haciendo en nosotros su obra de transformación, que es como una lluvia que

2. J. NADAL, *Diálogos*, N. 17, FN 11, p. 252.

hace germinar la semilla y convierte una tierra vacía en un lugar lleno de vida.

Permanezcamos, pues, *sabiamente ignorantes*, con nuestro corazón *puesto sencillamente en Cristo*, y dejemos que Él vaya realizando su obra en nosotros.

MANUEL LÓPEZ CASQUETE DEL PRADO, CVX
Escuela de Silencio
Sevilla (España)

Lectura de esperanza y profecía a partir de Oseas 2,16-17

«Voy a seducirla llevándomela al desierto y hablándole al corazón. Allí le daré sus viñas, y el valle de la desgracia será Paso de la Esperanza. Allí me responderá como en su juventud, como cuando salió de Egipto» (Os 2,16-17).

El profeta Oseas actuó posiblemente entre los años 750-722 a.C. Tal vez perteneció a una comunidad profética de resistencia al sistema injusto e idólatrico. Así se explica por qué sus palabras fueron coleccionadas mediante un proceso que supuso: comunicación, memoria y escritura. Su actuación se localiza en el Reino del Norte (Israel), sobre todo en la capital: Samaria. Su participación estuvo marcada por la tensión entre santuarios rurales, desde donde surgen sus críticas.

POLÍTICA Y CULTO

El libro de Oseas evidencia dos esferas de la vida pública israelita. De una parte está la esfera política, con el Imperio Asirio que conquista Samaria en el año 722 a.C., causando serios trastornos en la política interna y fomentando la brutalidad social.

De otra parte está el ámbito del culto, en el que «alejarse de Yahvé» es sinónimo de prostitución, en

el lenguaje del profeta. Importa señalar que la causa de esa situación no recae en la imagen femenina, sino en los reyes y en los sacerdotes dirigentes de las esferas señaladas, pues *ambas instituciones no son conductoras, sino seductoras del pueblo*. De hecho, todo el siglo VIII a.C. estuvo marcado por la lucha religioso-política entre Yahvé y sus «rivales», que eran el falso dios *Baal* y toda la infraestructura imperial que lo soporta y promueve.

REFLEXIÓN TEOLÓGICA

Ante la caída del Reino del Norte surge una seria reflexión teológica. A esto contribuyeron los grupos proféticos que, huyendo al Reino del Sur (Judea), llevaron consigo los recuerdos de los dichos y hechos de profetas como Oseas y Amós. En este contexto se formó la primera edición del libro de Oseas, que luego fue ampliada y revisada especialmente en tiempos del exilio y post-exilio.

La comunidad de Oseas deja claro que la profecía es maestra en dignidad humana, la busca y recupera donde está escondida o en peligro. El profeta no queda ofuscado en las señales de muerte, es decir, en el descontento político/religioso ni en la deshumanización/atropello, sino que investiga y escudriña la vida amenazada. Resulta interesante que, para rescatarla, él no recurre a la violencia. Siendo persona de paz, colabora en la capacitación del ser humano para que viva en armonía e identidad con su Dios, resistiendo a un sistema que promueve la confusión y la violencia. Es dentro de este contexto donde podemos interpretar la siguiente frase: «*Voy a seducirla llevándomela al desierto...*».

Generalmente, la frase en cuestión se interpreta en base a dos concepciones mutuamente integradas. Una es antropológica: un profeta que ha sido traicionado por su mujer y que, en vez de repudiarla, intenta conquistarla nuevamente. Y la otra, mucho más importante, es teológica: presenta a Yahvé como un marido paciente empeñado en atraer nuevamente al pueblo, el cual está bajo la imagen de una «mujer/adúltera».

Desgraciadamente, a lo largo de la historia se ha hecho poco énfasis en que la acusación de adulterio no recae sobre la imagen de mujer, sino sobre los varones israelitas que eran gobernantes y sacerdotes en aquella época. Efectivamente, fue el mecanismo político/religioso de ese sector social el que provocó el tropiezo del pueblo y sobre él recae la denuncia.

SEDUCIR

Hay un verbo relevante dentro de la frase analizada: «seducir». En hebreo se lee *patah*, y puede ser traducido por: «ser abierto», «ser espacioso», «ser amplio». Generalmente es utilizado para referirse a personas sencillas, vulnerables a todo tipo de engaños por no haber creado sano juicio referente de lo verdadero y lo falso. El verbo es usado en Dt 11,16 para advertir a Israel: «*Cuídense, no sea que se engañe su corazón y se desvíen y sirvan a otros dioses, y los adoren*». En el relato de Jeremías también aparece este verbo: «*Pero si digo: no le recordaré ni hablaré más en su nombre, esto se convierte dentro de mí como fuego ardiente encerrado en mis huesos; hago esfuerzos por contenerlo, y no puedo*» (Jr 20,7-9). Podemos interpretar que Oseas

nos presenta un Dios que se empeña en enamorar al pueblo que le pertenece, el cual estaba siendo seducido por falsos dioses.

El acto de «seducir», según el contenido de *patah*, nos permite descubrir que, aunque el pueblo se haya dejado influenciar, aún existe esperanza. La literatura sapiencial nos alerta de la paciencia de Dios con las personas de poco juicio, las cuales, algunas veces actúan, no por maldad, sino por falta de criterios para discernir (cf. Pro 1,4). En este sentido, Os 7,11 recuerda que Efraín era como una paloma insensata o carente de juicio.

En el contexto de Oseas, «seducir» se refiere especialmente a la irresistible seducción de Dios en comparación con otras seducciones que son minúsculas pero que confunden al pueblo sencillo. Ésta, en su simplicidad, yerra por ignorancia, y es en esta perspectiva donde la mirada global de Dios interviene en su misericordia hasta el punto de superar la justicia y no retribuir conforme a lo merecido. Estos son parte de los «torcidos» caminos de Dios. Andar con Dios es vivir continuos sobresaltos.

DESIERTO

En el texto que estamos reflexionando, la imagen del desierto cobra importancia. Es el lugar de destino. Allí fue la elección de Israel como pueblo. La relevancia del desierto en la Biblia no recae por él mismo, en tanto que espacio geográfico. Son los pobres que en él habitan los que hacen que destaque.

De este pueblo sencillo Dios prendió su mirada: «*Como uvas en el desierto encontré a Israel*» (Os 9,10). Se trata del germen original de la relación entre Dios y el pueblo. ¿Qué hay de más delicioso que uvas en el desierto? La imagen nos motiva a pensar lo atractivo y hermoso que fue Israel para Dios.

En Os 11,1 se dice: «*cuando Israel era pequeño yo lo amé*». El profeta se interesa en presentarnos a Yahvé volviendo pacientemente con su pueblo al lugar del amor primero para hablarle al corazón.

CORAZÓN

El texto dice: «...y *hablándole al corazón*» (Os 2,16). Es muy bonita la imagen de un Dios dispuesto a conversar. Esto nos habla de su método divino y paciente. Es interesante observar que «corazón» es la palabra hebrea *leb*. En el mundo bíblico es considerado el órgano de la inteligencia y de la percepción. Los hebreos entendían por *leb* lo que hoy entendemos por cerebro.

Efectivamente, la palabra *leb* es usada con frecuencia y casi nunca se refiere al órgano de bombeo de sangre, sino al interior de la persona, a su mente y su voluntad. Esto quiere decir que cuando Yahvé decide hablar a su pueblo al corazón, lo hace con la pedagogía necesaria para que ese pueblo sencillo sea capaz de entender, reflexionar e interiorizar.

ESPERANZA

Una vez en el desierto se transluce la promesa: «*Allí le daré sus viñas, y el valle de la desgracia será Paso de la Esperanza*» (Os 2,17). ¿Qué se espera cuando en una sociedad agrícola se habla de viñas? Ciertamente podemos interpretar que se trata de la tierra y el sustento. Es curioso, en este sentido, que la Biblia comience y termine hablando de tierra, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. El alimento, la dignidad y la salvación son hilos conductores que atraviesan la Sagrada Escritura. Oseas deja claro que es Yahvé –y no los falsos dioses– quien ofrece la abundancia de la tierra.

El lenguaje profético nos muestra que Yahvé es quien tiene autoridad para reorientar los rumbos de la historia. Sin embargo, cuenta con la participación humana. En la complicidad del desierto ofrece pautas para transformar caminos de desgracia en senderos esperanzadores.

El éxodo es memoria de paz. Oseas nos recrea experiencias para que el ser humano vuelva a su centro, a su origen, a su Dios.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

La negación de los deseos desordenados: efecto del amor divino

Por poco que reparemos sobre nuestras vidas, nos será fácil reconocer que gran parte de nuestra energía se consume en el deseo desordenado de los bienes finitos. Ejemplo de lo anterior son el deseo desordenado de los bienes temporales (riquezas, oficios, hijos, parientes, etc.); naturales (hermosura, gracia, donaire, complexión corporal, etc.); sensuales (tanto si proceden de los sentidos como de la imaginación); e incluso de los bienes naturales mentales (buen entendimiento, discreción y otras facultades de la razón).

Abandonado a sus propias fuerzas, el hombre difícilmente está libre de algún deseo desordenado, en gran medida porque la belleza, el carácter placentero y la bondad de los bienes finitos tienen el poder de atrapar nuestra voluntad. Pero, además, porque cuando nuestra voluntad no ha sido orientada hacia la búsqueda de la presencia de Dios, de modo que el goce de cualquiera de los bienes mencionados sea ocasión para que el amor perfecto cobre más fuerza en nuestros corazones, estos últimos se convierten en obstáculos. La razón de lo cual es que, cuando nos gana la fascinación por la belleza y la bondad de aquello

que nos rodea, poco a poco vamos perdiendo la capacidad para remontarnos de las criaturas al Creador y nos acostumbramos a no ver más allá de nuestros ojos. Nos olvidamos de que, comparado con Dios mismo, las criaturas son poco menos que nada.

La tradición religiosa a la que pertenecemos nos enseña que para gozar de la presencia amorosa de Dios es necesario estar libre de todo deseo desordenado o apetito. Sin embargo, sólo cuando caemos en la cuenta de los daños derivados de los apetitos, apreciamos en su justa dimensión la necesidad de hacer cuanto esté en nuestra mano para liberarnos de ellos y recobrar la libertad espiritual necesaria para corresponder al amor con el que Dios nos ha bendecido ya, desde siempre.

Al hablar sobre los daños derivados de los apetitos, San Juan de la Cruz explica que éstos colocan al hombre en una situación miserable, porque lo orillan a buscar la satisfacción de su deseo de sentido de la vida en la posesión y el goce egoísta de realidades que no tienen la capacidad de hacernos vivir plenamente. Podemos pensar que la realización de un cierto encargo, la posesión de alguna cosa material o la presencia de alguien en nuestras vidas, pueden hacernos vivir felices y plenos. Pero cualquiera de esas ideas no pasa de ser un engaño, porque sólo Dios basta para satisfacer la sed de sentido que nos constituye. Pues cuando cualquiera de nosotros «hubiere satisfecho su apetito, quedará más apretado y agravado; [pues] *creció en su alma el calor*

del apetito y así caerá sobre él todo el dolor» (1S 6, 6)¹ proveniente de la insatisfacción de su deseo. El dolor del que ahora se habla proviene tanto de la posibilidad de que nuestras expectativas se vean defraudadas, como del temor por la posible pérdida de aquello que se considera como un bien. Lejos de hallar hartura en el cumplimiento de su deseo, aquel que busca satisfacer su sed de sentido de la vida en la posesión y goce de las criaturas, experimenta mayor sequedad y vacío. El error consiste en que «dejando lo que sólo puede satisfacer [: Dios], [quienes así proceden] se apacientan en lo que les causa más hambre» (1S 6, 7).

Al señalar el daño positivo que causan los apetitos, San Juan de la Cruz aclara: «*cánsase y fatígase el alma con sus apetitos, porque es movida y turbada de ellos [...] sin dejarla sosegar en [un] lugar ni en una cosa» (1S 6, 6). Los apetitos «siempre están pidiendo [...] y nunca se contentan» (1S 6, 3) con la posesión de aquello que persiguen. Encadenada por sus apetitos, nuestra voluntad genera una gran cantidad de expectativas acerca de los sucesos cotidianos, de los acontecimientos extraordinarios y sobre las acciones de los otros. Tales expectativas están condenadas a ser defraudadas. Y eso es así, en primer lugar, porque quien tiene por máxima el cumplimiento de aquello que sus apetitos le presentan como un bien capaz de llevarlo a la plenitud, piensa que su felicidad depende de la satisfacción de sus deseos desordenados. Pero*

1. San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, libro 1, capítulo 6, párrafo 6. En adelante citaré esta obra mediante la sigla S, precedida por el número correspondiente al libro, seguida por los números de capítulo y párrafo.

es absurdo exigir a las criaturas un sentido que sólo Dios puede otorgar a nuestras vidas. En segundo lugar, porque es absurdo desear que el mundo y los actos de los demás se ajusten a nuestras ideas preconcebidas a fin de que seamos felices, dado que no somos los dueños del universo.

Por si fuera poco, al encender la concupiscencia, los apetitos «encandila[n] *al entendimiento de manera que no pueda ver su luz*» (1S 8, 3). Al inclinar la voluntad hacia el deseo de posesión de los bienes finitos, los apetitos provocan que ningún razonamiento sea tenido en cuenta como guía de la acción moral. Huelga decir que «...*el hombre no debe dirigir sus acciones por sus deseos sensibles. Cuando esto acontece, aunque el conocimiento anteriormente se supone* [supuesto que se trate de actos morales, realizados por un ser racional], *los deseos tienen sus efectos en oscurecer a la razón por hacer que ésta dé un valor a las cosas que ellas no tienen*»².

Sólo el encuentro con Dios en Cristo es capaz de satisfacer nuestra sed de sentido de la vida. A diferencia de las criaturas, cuyo goce desordenado no hace más que avivar el vacío que nos aqueja cuando estamos separados de su presencia, Cristo es la fuente de donde mana el agua viva, capaz de saciar esa sed de sentido que nos define. No obstante, cuando la voluntad del hombre está presa de los apetitos, es incapaz de reconocer en Dios el bien perfecto al que aspira su deseo. Por lo cual, San Juan de la Cruz afirma que

2. J. FERRARO, *San Juan de la Cruz y el problema místico: la necesidad de un nuevo concilio*, Editorial Periodística e Impresora de Puebla, Puebla 1976, p. 6.

el mayor daño derivado de los apetitos es que «privan del espíritu de Dios» (1S 6, 1). Ciertamente, dado que «*no pueden haber dos contrarios (según dicen los filósofos) en un sujeto [...] y [asimismo] afición de Dios y afición de criatura son contrarios*» (1S 6, 1), se sigue que «cuanto aquel apetito tiene de más entidad en el alma, tiene ella de menos capacidad para Dios» (1S 6, 1).

Como cristianos, la disyuntiva ante la que nos encontramos es: ¿dónde ponemos nuestro deseo: en el amor a Dios o en el apego a los bienes finitos? No somos lo que pensamos, sino lo que hacemos y nos abstenemos de hacer. Y, delante de Dios, somos lo que hacemos para honra suya, aun en contra de nuestro gusto y contento, a lo que renunciamos por amor a Él. Para alcanzar la unión perfecta con Dios, a la que todos –religiosos y laicos– estamos llamados, es necesario hacer lo propio para vaciarse, para desnudarse, de todo gusto que no sea para honra de Cristo.

El propósito de la purificación de los apetitos es permitir que la voluntad recobre su libertad, a fin de que esté en condiciones de abrirse a la presencia salvadora de Dios. Se trata de ordenar la voluntad sin despojarla de su dinamismo. En tal sentido, el mejor consejo para avanzar en el camino del desapego es, en palabras de San Juan de la Cruz: «cualquier gusto que se le ofreciere a los sentidos, como no sea para honra y gloria de Dios, renúncielo y quédese vacío de *él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto ni le quiso tener que hacer la voluntad de su Padre*» (1S 13, 4).

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:

6. Esther y María

Desde la India a Etiopía, sobre las 127 provincias de su imperio, gobernaba el rey Asuero el Grande. La reina Vasti, su esposa, había sido destituida y repudiada por haberse negado a acudir a la celebración de los grandes fastos organizados por el rey. De los judíos deportados a Babilonia, había una colonia de ellos residiendo en la ciudad de Susa. Allí vivía una judía huérfana llamada Esther, que había sido adoptada como hija por un piadoso judío llamado Mardoqueo.

Esther formaba parte del grupo de candidatas seleccionadas para ser la nueva esposa del rey y, como tal, fue escogida por Asuero. Dice el texto: *«Y el rey amó a Esther más que a las otras mujeres; halló ella en presencia del rey más gracia y favor que ninguna otra virgen y el rey colocó la diadema real sobre la cabeza de Esther y la declaró reina en lugar de Vasti»* (Est 2,17).

Amán, primer ministro del rey Asuero, cogió ojeriza al judío Mardoqueo porque éste no se inclinaba a su paso. Para vengarse de la afrenta, Amán consiguió del rey el permiso de exterminar a todos los judíos que había en las provincias del imperio. Cuando los judíos conocieron

el edicto, la aflicción fue grande y Mardoqueo acudió a la reina Esther: *«Ora al señor, habla al rey a favor nuestro y libranos de la muerte... Quién sabe si precisamente para una ocasión semejante has llegado a ser reina»* (Est 4,8-14). Temblorosa por no haber sido llamada, la reina Esther se atreve a presentarse ante el rey. Cae en gracia e intercede por su pueblo. El rey le concede lo que pide: la destitución de Amán y la liberación de su pueblo.

Nuestra fe nos asegura que María, asunta como ha sido a la gloria del cielo, intercede a favor de todos los que, siendo discípulos de su Hijo, peregrinan en medio de peligros y ansiedad hacia la Patria donde Ella está. El poder intercesor de María y el hecho de que abogue ante Dios en favor nuestro, es la prueba de que Ella es Madre, y en su corazón de Madre encuentran eco las necesidades de sus hijos.

Si Ella colaboró para que llegara el Salvador, ahora, desde el cielo, con su múltiple intercesión, continúa obteniendo para los hombres los dones mismos de la salvación. La Iglesia nos advierte que si a María la invocamos con los títulos de Abogada, Socorro y Mediadora, no deberíamos interpretar tales títulos como si añadieran o restaran algo a la dignidad de Cristo y a la eficacia de su obra. Cristo es, en verdad, el único Salvador, Mediador e Intercesor ante el Padre, pero Él quiso que su Madre cooperase en estas funciones.

Así, la intercesión de María queda subordinada a la de Cristo. La Iglesia la confiesa, la experimenta de continuo y la recomienda a la piedad de los fieles. María es de nuestra misma raza humana y sabe el abanico de necesidades que tenemos los hombres que, por naturaleza, somos menesterosos. Es sensible a lo que nece-

sitamos y vibra ante los peligros por los que pasamos, por ello no deja de atendernos en nuestras necesidades y de abogar por las mismas.

María intercede por nosotros y somos nosotros los que salimos beneficiados de tal poder intercesor. Acudamos, pues, con confianza a la que –no en vano– en la oración de la Salve invocamos como Abogada nuestra. ¡Cuántas son las necesidades que tenemos, desde las materiales a las espirituales! ¡Cuántas son las necesidades que tienen los nuestros!

Pidamos con confianza a Dios, Padre Providente, que nos las remedie y pongamos por intercesora y abogada nuestra a María. Hagámoslo confiadamente, pues su intercesión es poderosa y Ella sabe lo que de verdad nos hace falta, ya que una madre es la que mejor sabe de las necesidades de sus hijos y de lo que más les conviene. No temamos unirnos a la cadena de creyentes que desde los primeros siglos no han dejado de acudir a la Madre para exponerle necesidades y apuros, problemas y angustias, peligros y miedos.

No en vano, las oraciones marianas más queridas del pueblo cristiano son aquellas que destacan el poder intercesor de María: El Ave María: «*Ruega por nosotros, pecadores*»; la antiquísima antifona Bajo tu amparo: «*No deseches las súplicas que te dirigimos*»; o la sentida Oración de San Bernardo: «*Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que a vos han acudido, haya sido desamparado de Vos*».

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

Un sepulcro glorioso

Existen y siempre han existido sepulcros celebres en la historia de la humanidad porque contienen los restos de personajes famosos. Por ejemplo, los sepulcros de los Faraones de Egipto, los de los Reyes, los de celebres guerreros o artistas... En el ámbito religioso, los sepulcros de los mártires y los santos, los de los Papas, los de los fundadores de Órdenes y Congregaciones religiosas...

Pero hay un sepulcro venerado en el mundo entero, el más famoso de cuantos existen, un sepulcro glorioso, paradójicamente, porque ¡está vacío! Porque es el testigo mudo de la Resurrección de Jesús.

Lo que el Pregón Pascual canta de la noche, podemos aplicárselo al sepulcro del Señor: Él solo conoció la hora y el momento de aquel despertar de gloria. Él vio salir de su entraña al Crucificado convertido en chorro de luz, en manantial de luz, eclipsando a la luna de *nisán* y a los reverberos de la aurora.

¡Bendita la mañana que anuncia tu esplendor al universo!

A este sepulcro vacío llegaron la mañana de Pascua Pedro y Juan. Del segundo se dice que «*vio y creyó*». Las vendas y el sudario estaban doblados y en perfecto orden. No había signos de violencia o sustracción del cadáver. Todo respiraba paz, y Juan, el de corazón

limpio, el Apóstol virgen y, por ello, el de las intuiciones más bellas, no necesitó otra señal, ¡creyó! A Pedro le costó un poco más, pero también creyó (cf. Jn 20,3-10). Y así todos, poco a poco fueron cayendo en la cuenta del gran misterio que debían testificar ante el mundo aun a costa de su vida. También Tomás, que, en un principio, fue reacio y puso condiciones: «*Si no veo... si no palpo...*» (Jn 20,25).

Son relatos bellísimos y de un frescor impresionante éstos de la Resurrección. Los que achacan la fe de los Apóstoles a una sugestión colectiva, no se dan cuenta de que todos, sin excepción, estaban en las peores disposiciones para ser sugestionados. Los de Emaús caminan decepcionados y lamentando el fracaso del Maestro (cf. Lc 24,13-35), Tomás no da fe a lo que le cuentan los demás (cf. Jn 20,24-29), los otros no hacen caso de lo que dicen las mujeres porque son fantasías propias de ellas... (cf. Lc 24,9-11). Los primeros en descubrir la grandiosidad del misterio son Pedro y Juan que han corrido a comprobar «el hurto del cuerpo del Señor».

Esta fuerte experiencia con la que se encuentran de pronto los seguidores de Jesús, les marca profundamente y les hace ver las cosas desde otra óptica. Es cierto que en Pentecostés el Espíritu transformará su vida y les llenará de fortaleza, pero ya desde el mismo domingo de Pascua, la presencia de su Señor vivo, resucitado, glorioso y vencedor de la muerte, tuvo que trasladarlos a otra órbita y abrir sus ojos para comprender el porqué de muchas cosas que su Maestro les había enseñado o anunciado.

¡Qué experiencias las de después de la Resurrección! Los Apóstoles ven a Jesús a su lado, reciben su ternura alimentándose con el pescado que Él ha preparado sobre las brasas en la playa, escuchan su voz, está con ellos (cf. Jn 21,9-14); pero a la vez, aparece y desaparece, es otra vida la suya, ahora es todo luz y humanidad transfigurada... se ha escapado ya a la muerte y al dolor derrotándolos para siempre.

Desde entonces, el sepulcro de Jesús es visitado, venerado y conservado como una reliquia. Allí estuvo Él. Allí la semilla muerta dio fruto, allí despertó el Señor para ser el que vive por todos los siglos.

Que también a nosotros Jesús Resucitado nos devuelva con su luz y nos contagie esa vida que se le escapa por todos los poros de su ser. Que, como sus discípulos, seamos capaces de remontarnos desde las pequeñas cosas de cada día, hasta esa región luminosa en la que Él vive intercediendo por nosotros.

SOR M^a EUGENIA MAESO, O. P.
Salamanca (España)

Sobre el amor perfecto en san Agustín

La doctrina de san Agustín sobre el amor a Dios está relacionada con su concepto de caridad como virtud teologal. Ésta se encuentra en toda su obra, pero de manera particular podemos sintetizar lo que nos dice en la *Exposición de la carta de san Juan a los Partos*.

San Agustín afirma que para llegar a la caridad perfecta –es decir, al amor perfecto– es necesario tener como meta la presencia de Dios. Asimismo, es necesario recorrer un camino que consta de tres etapas. En la primera etapa el alma se libra de su sensualidad. Efectivamente, la carne –lo mismo que para san Pablo (cf. Rm 8,12-13)– es el instrumento del poder pecaminoso, el suelo germinal de la energía del pecado. Dominada la carne, toca ahora dominar el espíritu. En esto consiste o ésta es la labor de la segunda parte del camino. Al espíritu humano se le esclarece iluminándole con la luz de la verdad. Ésta sólo se consigue mediante la humildad. Con esto se llega a la tercera etapa del camino. La virtud característica de esta etapa es la oración. El alma libre del cuerpo y del orgullo queda preparada para conversar con Dios.

El santo Obispo nos dice que hay dos tipos de amor a Dios. El primer tipo es cuando tememos por el

castigo que nos llega por haber pecado. Este amor es pasajero y es impulsado por el deseo. El otro tipo de amor a Dios es mucho más elevado, y se da cuando el amor se convierte en «casto». Ya no tememos al castigo sino que tememos alejarnos del verdadero amor, que es el amor que Dios nos tiene. Esto es así porque su amor es casto, es decir, perfecto e incondicional hacia nosotros.

La caridad es una virtud que perfecciona y se relaciona con las otras dos virtudes teologales: la fe y la esperanza. Con la fe se tiene certeza en lo que no se ve; con ella se comprende que existe un designio de Dios. Por otra parte, con la esperanza nos mantenemos firmes y fieles al designio de Dios. También, por la esperanza, aguardamos el Juicio Final con alegría. Esto se da cuando ya tenemos el amor perfecto. La esperanza es esperar lo que no vemos.

San Agustín afirma que por el deseo llega el amor. Por eso, gracias al deseo esperamos ver Dios, de tal forma que con la espera aumenta nuestro deseo, y con él, nuestro amor a Dios.

El amor es el centro de toda Ley en la Sagrada Escritura. El principal mandamiento del Evangelio es el amor (cf. Mt 22,36-40). No tener amor es el mayor pecado.

El amor –o la caridad– que predica san Agustín es una caridad «actual», es decir, que se vive en el mundo y que actúa en él. Ésta se muestra en el amor al prójimo. Esto significa que se ama cuando se ayuda al hermano.

Por último, la caridad perfecta se da en el amor al enemigo. Se trata de desear que tenga con nosotros la vida eterna. Es decir, consiste en desear que se convierta en nuestro hermano. No se trata de amar el daño o el pecado que hace, sino en desear que nuestro enemigo llegue a unirse a Dios. Es una manera muy bella y muy humana de presentar el amor. No se desea el daño que provoca el enemigo sino su salvación. Se ama al enemigo por lo que «puede llegar a ser», es decir, un hermano.

Ya que el amor tiene su fuente en el deseo, san Agustín nos anima a desear el bien al prójimo, al enemigo y a nosotros mismos.

FRAY JAVIER ARMENTA, O.P.
Oaxaca (México)

LITURGIA

Liturgia de las Horas:

14. La salmodia y las antífonas

(OGLH 100-139)

Este artículo será algo más extenso que los otros debido al espacio grande que dedica la Ordenación General de la Liturgia de las Horas a este tema y por su importancia en la celebración litúrgica.

CONSIDERACIONES GENERALES PREVIAS

Aunque escritos antes de Cristo, la Iglesia ha hecho suyos los salmos y la celebración de los mismos en las expresiones de las diversas liturgias.

Son textos antiguos y, sin embargo, textos cristianos.

Todo en ellos nos habla de Cristo y del gran proyecto de un Pueblo que sería «Pueblo de Dios», al ser Jesús el gran proyecto del Padre, preparado desde la eternidad y plasmado en un momento singular de la historia, historia que es «de la Salvación».

Evidentemente, como ocurre en otros campos, orar con los salmos requiere una cierta familiaridad con los mismos, lo que no significa ser un experto en Biblia, ni especialista en nada.

Los salmos expresan un modo de cantar las maravillas de Dios desde la alegría que vive el creyente al constatarlas. También manifiestan la tristeza ante el pecado y ante la fragilidad de nuestra condición de mortales que, a veces, no aceptamos y nos hace caer en el desaliento.

Son el canto de los creyentes que, paso a paso, van descubriendo a Cristo en el pensar del Padre y también en el rostro de tantos hermanos y hermanas a quienes el Señor miró y amó, eligiéndolos para constituir el germen del Reino aquí en la tierra.

Es verdad que podemos orar con nuestras palabras espontáneas y que no hay sólo un modo de hacerlo. Pero también es verdad que, tanto en el primer Pueblo de Dios como en la Iglesia, los salmos se han constituido en una verdadera «pedagogía del peregrino», del que sabe que está caminando pero que todavía no llegó.

Este artículo pretende ayudar a los que caminan y podrían cansarse, si es que no saben que sólo quienes perseveran en la marcha, llegan.

Adentrarnos en la trama íntima de los salmos nos ayudará a orar mejor, uniéndonos a las voces de los que precedieron a Jesús y a las palabras de quienes, habiéndolo conocido cara-a-cara, nos muestran su rostro en esos ciento cincuenta cantos de alabanza, súplica y acción de gracias que se constituyeron en fuente de oración, predicación, catequesis y del quehacer cotidiano de los fieles.

LOS SALMOS EN LA ORDENACIÓN GENERAL DE LA LITURGIA DE LAS HORAS

Son alimento de vida cristiana. Tan alimento como la comida que necesito para estar sano. Además, su contenido es una escuela de vida espiritual.

Los salmos, *«por su origen tienen la virtud de elevar hacia Dios la mente de los hombres, excitan en ellos sentimientos sanos y piadosos, les ayudan de un modo admirable a dar gracias en los momentos de alegría y les proporcionan alimento y firmeza de espíritu en la adversidad»* (OGLH 100).

Sin desdecirnos del valor de los salmos como «escuela de vida espiritual», son sólo una sombra de la madurez y plenitud de los tiempos manifestados por la presencia de Cristo en medio de nosotros (cf. OGLH 101).

Los salmos son composiciones poéticas, y así deben ser celebrados, sin correr el riesgo de recitaciones sin vuelo, chatas y mediocres. El que no sea «capaz de poesía» y carezca de «ojos para leer más allá de donde las palabras llegan», será incapaz de tomar en sus manos una cítara y un salterio, porque será impotente para cantar. Y en el trato con los salmos se trata de «saber cantar», y no me refiero a problemas de voz, volumen, adecuada afinación u otros problemas «técnicos», sino a un estado del alma. Y de la respuesta que pueda dar a la pregunta: *«¿Por qué cantar?»*. Dicha respuesta se halla en el pensamiento de San Agustín: *«Compete al enamorado cantar»* (cf. OGLH 103).

La salmodia es un ejemplo evidente de cómo responder a los interrogantes e iniciativas de Dios con su mis-

ma Palabra. Por supuesto, salmodiar (o cualquier modo de orar) exigirá disposiciones de la inteligencia y concordancia entre el corazón y la voz. Si no se diera, habría allí una real «desafinación». Los salmos no requieren, necesariamente, que se dirijan *a Dios*, sólo que se reciten o canten *ante Dios*. En su presencia (cf. OGLH 108-109).

Celebrar con los salmos nos pedirá comprender su sentido literal y la situación histórica y anímica, tanto del salmista como del Pueblo de Dios. Sin embargo, esto no basta. Debemos atender a su sentido pleno, que mira siempre a Cristo como perfecto cumplimiento de toda la Palabra de Dios: Cristo que habla y escucha al Padre, en tierno diálogo de amor mutuo (cf. OGLH 109).

ALGO SOBRE LAS ANTÍFONAS (OGLH 110-120)

«Las antífonas, ayudan a poner de manifiesto el género literario del salmo, lo transforman en oración personal, iluminan mejor alguna frase digna de atención y que pudiera pasar inadvertida, proporcionan a un determinado salmo cierta tonalidad peculiar según las diversas circunstancias; más aún, siempre que se excluyan arbitrarias acomodaciones, contribuyen en gran medida a poner de manifiesto la interpretación tipológica o festiva, y pueden hacer agradable y variada la recitación de los salmos» (cf. OGLH 113).

Constatamos que muchas antífonas son algún versículo del salmo al que ella se refiere (cf. OGLH 115-117).

Con este artículo, ponemos fin a la serie sobre la Liturgia de las Horas.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Fray Miguel de la Fuente, O. Carm. (1574-1626)

Para escribir este pequeño artículo del P. Miguel de la Fuente, tengo como base una obra suya titulada: «*Las tres vidas del hombre. Corporal, racional y espiritual*».

VIDA

Nace Miguel de la Fuente en Valdelaguna (Madrid), el 2 de marzo de 1574, en el seno de una familia noble y virtuosa. Por entonces, un tío suyo era carmelita calzado y va a ser seguido por su sobrino con el mismo nombre.

Al cumplir los doce años de edad, apoyado por su tío carmelita pasa a Madrid, donde cursará Gramática y Retórica en el colegio de la Compañía de Jesús con gran aprovechamiento. A Miguel de la Fuente le atrae la vida de oración y recogimiento de los carmelitas y la devoción a la Virgen. El 28 de mayo de 1593, a la edad de diecinueve años, viste el hábito del Carmen en el convento de Valdemoro (Madrid), para profesar el año siguiente.

Acabada su formación religiosa en Valdemoro, Fray Miguel de la Fuente pasa a completar su formación científica. El P. Provincial Fray Ambrosio Valderrama le envía al colegio de San Andrés de Salamanca. Durante seis años realiza los estudios de Artes y Teología.

Al terminar el tercer curso de Teología, ya ordenado sacerdote, marcha al convento de Valladolid.

Allí permanece dos años, completando su formación teológica. Posteriormente los superiores le destinan al convento de Ávila como Maestro de Novicios, ganándose la estima de todos.

Se producirá en su vida un deseo de soledad grande y de vida de oración. Pide y obtiene de sus superiores el poder abandonar su vida de estudio para dedicarse más a la oración y se retira al convento de San Pablo de la Moraleja. No debió pasar mucho tiempo en este retiro y se traslada al convento de Segovia con el cargo de Prior y de Maestro de Novicios, que después continuará en el convento de Toledo todo el resto de su vida.

Su magisterio espiritual y dirección espiritual llegaron a seculares, religiosos y novicios, y así ayudó a muchos a caminar hacia la santidad.

Nota distintiva de su apostolado será la devoción mariana, vivida entrañablemente desde la infancia. Fundó más de treinta y nueve Cofradías del Carmen, entre la diócesis de Segovia y Toledo. También realizó una gran labor en favor de los terciarios, contribuyendo de modo decisivo en determinar el carácter de la Tercera Orden del Carmen, tanto en España como fuera de ella.

Muere el 17 de noviembre de 1626 en Toledo.

Obras y doctrina

Entre sus obras escritas hay que destacar: «*Las tres vidas del hombre. Corporal, racional y espiritual*» –que hemos citado anteriormente–, publicada por primera vez en Toledo por Juan Ruiz en 1623. Se propone en este libro tratar todas las cuestiones de la ciencia mística, al menos las más importantes, siendo a la

vez conciso y claro, para que sea asequible a la generalidad de las almas y les sirva de guía en su vida espiritual. Los que han estudiado en profundidad su obra, piensan que sí lo consigue, siendo considerado un clásico de la espiritualidad española del barroco. Aparece en este libro la tendencia psicológica y humanista de la escuela española.

Miguel de la Fuente, siguiendo a los autores de la escuela mística alemana del siglo XIV –también llamada «mística renana»– divide su espiritualidad en el hombre corporal, racional y espiritual. Analiza el desenvolvimiento progresivo de la gracia en su triple estadio: vía purgativa o de incipientes; vía iluminativa o de avanzados; vía unitiva o de perfectos.

Al P. La Fuente le interesa el hombre tal como es, formado por cuerpo y espíritu. Todas las operaciones del hombre, superiores e inferiores, deben estar orientadas hacia Dios, y todas pueden contribuir a la perfección última del hombre, que es la unión con Dios. Ésta se realiza en la porción más suprema del alma, que es la mente suprema, pues incluye el amor afectivo de la voluntad y la simple inteligencia. Para llegar a esta unión, se necesita la purificación de la parte sensible y espiritual del hombre.

Aunque el autor, a lo largo de su obra, distingue entre modos intelectivos y afectivos en la oración, éstos no son nada más que momentos psicológicos de una misma realidad, que él trata de aislar para explicarlos más adecuadamente.

El P. Miguel de la Fuente posee una gran erudición, y al estudiar sus fuentes hay que hablar, en primer lugar,

de su propia experiencia de oración; después, del contacto con las almas que él dirigía; y, por último, de su conocimiento de autores místicos medievales y de otros más de su época. A este propósito dice el P. Sanchís:

«Los antiguos maestros de la mística, entre ellos Agustín, Bernardo, Ricardo y Buenaventura, forman la base sólida de toda su exposición. Los místicos alemanes le prestan como el marco en que divide y clasifica toda la vida espiritual. Y, en fin, los místicos contemporáneos, españoles casi todos, a quienes La Fuente ofrenda un justo tributo de admiración, le ofrecerán ya condimentadas y digeridas las doctrinas que el místico carmelita irá clasificando y distribuyendo dentro del marco preparado.

Allí hallarán un honroso puesto nombres tan españoles y significativos como un San Ignacio, Suárez, Vega, el Maestro Ávila, Gracián, Tomás de Jesús, Osuna; sin olvidar a Santa Teresa de Jesús y a San Juan de la Cruz, a quienes sigue el autor en puntos muy fundamentales, ni a Fray Juan de los Ángeles, tal vez el maestro español que mayormente aprovecha el autor del Libro de las tres vidas. Él, en efecto, allanó al P. La Fuente el camino a recorrer, españolizando, digámoslo así, las teorías y doctrinas de los místicos germanos que el carmelita observante había de incorporar definitivamente al misticismo español»¹.

Para el P. Enrique del Sagrado Corazón, el autor que más ha influido en el P. La Fuente es San Juan de la Cruz. De hecho, se le puede considerar como

1. SANCHÍS ALVENTOSA, J., *La escuela mística alemana y sus relaciones con nuestros místicos del Siglo de Oro*, Madrid 1946, 206-207.

uno de sus mejores intérpretes, cuyas obras conoció ya impresas y leyó con asiduidad.

El P. Crisógono de Jesús Sacramentado afirmaba del admirable *Libro de las tres vidas del hombre*, que es uno de los más insignes monumentos de la escuela carmelitana y lo calificaba de divino.

En opinión del P. Crisógono, el P. La Fuente distingue –con toda la escuela carmelitana– lo que es esencial a la mística y lo que es accesorio. Dice el P. Crisógono:

«Por la fe –dice Miguel de la Fuente copiando a san Juan de la Cruz sin citarle– se une Dios con la inteligencia, por la esperanza se une con la memoria, por la caridad se une con la voluntad. Y el autor de Las Tres vidas entiende esta unión afectiva como toda nuestra escuela: experiencia suavísima de Dios, sentimiento o contacto de la divinidad, íntimo y gustosísimo para el alma. Este es el término de la contemplación. Todo lo demás, visiones, revelaciones, etc., no tiene necesaria dependencia de ella, y el alma, repite el P. Miguel, debe huirlas como cosa innecesaria y peligrosa»².

Que esta unión con Dios es un sentimiento íntimo y gustoso para el alma, puede verse en este texto del P. Miguel de la Fuente:

«El cuarto modo de quietud afectuosa es cuando el hombre íntimo llega a una paz interior muy íntima y del todo infusa, por la cual le suspende, perdida la memoria de todas las cosas, con una suavidad

2. CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *La escuela mística carmelitana*, Ávila 1930, 176-177.

dulcísima y olvidado aún de sí mismo, duerme y descansa en el mismo Dios.

Este grado de quietud interior es mayor y de más intensidad que los demás; que como dijo San Pablo, encierra en sí todo el bien junto, con un cumplido y verdadero gozo muy íntimo y espiritual, y una hartura maravillosa, y una satisfacción cumplidísima, que llena toda la capacidad del alma, de modo que no parece que queda más que desear, según es la abundancia y la superabundancia de delicias y regalos espirituales que se derraman por el alma y llenan maravillosamente toda su capacidad»³.

A modo de conclusión de este apartado, podemos decir que los hombres contemplativos son los «perfectos» en el verdadero amor de Dios; puesto que el divino fuego arde en sus almas y produce actos preciosísimos de amor divino de manera continua.

TEXTOS DE SU OBRA

Veamos ahora algunos textos sacados de su obra: *Las tres vidas del hombre*.

Del centro interior del alma (capítulo III)

«¡Dichosa será el alma que sabe recogerse y encontrarse con su Dios a solas en este centro nobilísimo, templo donde mora la Santísima Trinidad, y le goza, y gusta de sus divinas influencias, por modo excelen-

3. MIGUEL DE LA FUENTE, *Las tres vidas del hombre*, Madrid 1959, 392. Para facilitar la comprensión, hemos hecho unos pequeños cambios en los textos que hemos tomado de esta obra.

tísimo de la divinidad del mismo Dios! ¡Oh, válgame Dios! ¡Cuánta paz, cuánta seguridad, cuánto gozo y cuánta abundancia de todos los bienes que se pueden pedir y desear, gozan aquí las almas que venturosamente entran en este centro tan excelente, que aunque se saben sentir, no se saben explicar, según son inefables y divinos!

Rusbroquio, varón insigne en mística teología, dijo lo mismo. Sus palabras son estas: “Lo esencial y sustancial del alma es la parte más excelente que hay en ella, la cual pende del mismo Dios; es inmóvil, más alta sin comparación que el cielo más supremo, más profunda que el abismo del mar, más ancha y más extendida que el mundo todo con sus elementos; que la naturaleza espiritual excede incomparablemente a todo lo corpóreo; y esta esencia o sustancia del alma es el reino natural de Dios, término y fin de las operaciones del alma; y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su luz, los cuales maravillosamente engolosinan al alma y la atraen a Dios que está dentro de este centro nobilísimo o templo divino, donde jamás se ausenta Dios.

¡Oh centro excelentísimo, donde mora la Santísima Trinidad! ¡Oh cielo suavísimo donde se gusta de la misma eternidad! Más vale una entrada en este centro noble, aunque sea por tiempo breve, que otras obras, aunque sean muchas y por largo tiempo. Dichosa será el alma que acertare a entrar en este centro, aunque sea después de muchos años de oración y otros ejercicios, que como allí goza en lo escondido del mismo Dios, por un modo inefable de puro espíritu, adelántase mucho en la perfección, y es unida venturosamente

con el mismo Dios, y hecha un espíritu con él, y sumida en el mar profundísimo de su divinidad, goza de las dulzuras y regalos del espíritu de Dios”. Todo este texto es del sobredicho autor.

¡Denos Dios su luz y espíritu divino, y enséñenos, por su gran bondad, el camino por donde se entra a este centro íntimo y secreto, y se aprende la verdadera ciencia del espíritu de verdad, que es el fin y blanco de todos los ejercicios mentales, de las Escrituras Sagradas y mandamientos de Dios»⁴.

Si la mística es obra de la inteligencia (capítulo VI)

«Un importante doctor en esta ciencia mística, hablando, y muy seriamente, de esta materia, dice así: si me preguntáis qué es “mística teología”, digo que es una noticia experimental que se tiene de Dios cuando la cumbre más alta de la potencia apetitiva, que es la mente, raíz y origen de las tres potencias, se junta y casa con el mismo Dios.

Han de notarse mucho dos cosas: la una es que la “mística sabiduría” se refiere a la noticia experimental de Dios; la otra, que la parte afectiva se junta por amor con el mismo Dios. De lo cual se ve claramente que la mística teología dice dos cosas: la una es la inteligencia del entendimiento; la otra, el afecto amoroso de la voluntad. Que en lo místico siempre andan juntos conocimiento y amor.

Con la misma doctrina concuerda maravillosamente Monelio, autor antiguo y muy docto; hablando

4. *Ibíd.*, 323-324.

de esta mística, dice estas palabras: esta divina sabiduría, de íntima y esencial contemplación, es la más alta y más levantada oración, por ser en ella más puro y mayor el grado de la caridad y amor de Dios, que de ordinario andan juntas la inteligencia y el amor afectuoso; y la inteligencia aumenta la caridad, y la caridad aumenta la inteligencia.

Trae para confirmación de esto una historia de la Sagrada Escritura, y dice así: cuando los hijos de Israel iban caminando con el Arca para la tierra de promisión, dice el texto sagrado que el Arca precedía a la turba del pueblo, y los iba guiando y enseñando el camino derecho, por donde habían de caminar para alcanzar la tierra prometida; y cuanto el Arca más se adelantaba, más se iba allegando la turba al Arca del Testamento, pero siempre quedaba algún espacio y lugar entre la turba y el Arca»⁵.

De la unión afectiva del hombre íntimo (capítulo XV)

«Los efectos maravillosos, que de aquí proceden, ¿quién sabrá decirlos y explicarlos? Porque esta divina unión comprende toda la sustancia del alma y sus potencias supremas; la gracia habitual y divina, que aquí es copiosísima, coge enteramente toda la sustancia del alma, adonde se sujeta, y con estrechísimo vínculo la une a Dios, según su unidad; la caridad, que es ardentísima, abraza la parte afectiva y la une y transforma en el Espíritu Santo; la fe, que es clarísima, coge la parte intelectual, y esclarecida con soberana luz, la une a la sabiduría eterna del Hijo; la memoria, vacía de

5. *Ibíd.*, 340-341.

formas e imágenes sensibles, y llena de una simple pureza, se une al Eterno Padre, quedando toda el alma, su esencia, sustancia y potencias, unidas con tal unión, y transformada toda en Dios, y Dios todo en ella por modo excelentísimo. Y como se juntan suma gracia, suma caridad, suma fe y suma unión, los efectos que de aquí resultan, son sumamente sumos, sumamente excelentísimos, altísimos y divinísimos, y tanto, que todo cuanto de ellos se puede decir, no llega con mil quilates a la menor parte de ellos»⁶.

SATURNINO PLAZA AGUILAR
Madrid (España)

6. *Ibíd.*, 411-412.

Breve tratado sobre la vida contemplativa:

2. Pasos y tipos de la contemplación

(CAPÍTULO III¹)

CAPÍTULO III. EN QUÉ ORDEN Y QUÉ PASOS HAY QUE DAR PARA ELEVARSE A LA CONTEMPLACIÓN

Puesto que Dios es el objeto de la contemplación y Él existe en lo más alto de la escala de Jacob (cf. Gn 28,10-22) mientras el hombre habita una casa de barro sobre la tierra, el ascenso a las cumbres de la contemplación debe hacerse poco a poco y según cierto orden.

«De otro modo, después de muchos años dedicados en vano a la contemplación, el hombre se encontrará sujeto al pecado, a las pasiones desordenadas e inmortalizadas, a las mismas imperfecciones que antes, vacío de virtudes y verdadero amor, lleno de amor propio y soberbia. Así, ni tendrá vida activa ni contemplativa, ni mezcla de ambas». Así se expresa nuestro Cayetano².

El orden recto hacia la contemplación es este: en primer lugar, ejercitarse diligente y frecuentemente,

1. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

2. Tomás CAYETANO, *Comentario a la Suma de Teología*, II-II, q. 182, en las últimas palabras.

durante largo tiempo, en la primera parte de la vida activa, hasta haber aprovechado bien en ella. Luego podrá aspirar a la vida contemplativa. Finalmente, según algunos, podrá aspirar a la segunda parte de la vida activa, que mira toda –para gloria de Dios– a la utilidad y salvación del prójimo.

Los grados que por medio de la primera parte de la vida activa llevan a la contemplación son estos: purificarse a fondo de todos los pecados pasados, hasta de los más insignificantes; precaverse de los veniales, especialmente de aquellos que acontecen deliberadamente; pero los mortales deben estar lo más lejos posible del amor puro y perfecto de la contemplación; evitar todas las ocasiones de pecado; someter la carne al espíritu por medio de diversos ejercicios; rendir la propia voluntad a otros; mortificar los sentidos interiores y exteriores, cada uno en orden a su propio objeto; y lo mismo las malas inclinaciones y las pasiones, y regularlas bien; evitar toda imperfección e impureza en acciones y obras, buscando en ellas únicamente lo que más agrada a Dios; ejercitarse con todas sus fuerzas en todas las virtudes; y, finalmente, perfeccionarse en el amor.

Todo esto se lleva a cabo eficazmente mediante frecuentes y fervientes meditaciones, y, siguiendo el consejo de San Bernardo, incluyendo cada día alguna sobre la Pasión de Cristo, pues en ella encontrará abundantemente todo lo que necesita: los remedios más eficaces contra el pecado, los mejores estímulos a la virtud y un ejemplo del amor más perfecto a Dios y al prójimo, incluso a los enemigos.

Todo esto se requiere para la contemplación y el perfecto amor de unión con Dios, a quien perturban de modo especial las inclinaciones viciosas y las pasiones indómitas, obstáculos para la acción de Dios en el alma.

También se necesita una gran pureza de corazón y una santidad cultivada por el ejercicio de las virtudes para contemplar como algo muy presente aquel purísimo abismo de toda perfección y belleza, y para alcanzar su amor perfectísimo, que nadie verá sin dicha pureza y santidad.

Que algunos, por especial gracia de Dios, reciben en poco tiempo el don de la contemplación

Todo lo anterior exige un largo y diligente ejercicio, como se ve por sí mismo. Ésta es la vía ordinaria. Pero, como la mano del Señor no es corta, diversas personas han recibido esta gracia extraordinaria después de ejercitarse unos pocos meses en la vida activa, como refiere San Gregorio acerca de algunos casados. Según San Buenaventura, algunos después de dos meses. Y Santa Teresa cuenta que cierto confesor suyo había obtenido tal gracia en poquísimo tiempo.

Tengan cuidado quienes han recibido este don en tan poco tiempo, no sea que abusen de él pensando que ya son algo cuando no son nada y, en lugar de sacar provecho de la visita de la gracia, se aparten de ella y acaben peor. Tales personas se parecen al siervo invitado por el padre de familia a la mesa de los hijos: se ensoberbece por comer del pan de los hijos y ya se considera hijo, por lo cual es echado de la casa. Por lo

tanto, hay que reconocer humildemente esta gracia, hacerla fructificar en obras virtuosas y pedir consejo a los que tienen experiencia. Así lo sugiere San Bernardo a los hermanos de Monte Dei.

Cuántos tipos de contemplación hay y qué es la contemplación estrictamente dicha

Para comprender qué es la contemplación estrictamente dicha y tomada en su verdadero sentido, debemos tener en cuenta lo siguiente.

En primer lugar, ha de notarse que la contemplación, en ocasiones, se toma en sentido más amplio por consideración de la humanidad de Cristo, su vida y su pasión. O por la contemplación de la gloria celestial, o de la propia naturaleza divina, o de sus atributos, y esto en un sentido positivo. Por eso, Dios es comprendido así de un modo muy imperfecto y limitado a causa de la imperfección de nuestro intelecto. El amor que sigue a tal conocimiento es muy imperfecto y limitado por estar truncado y sujeto a los propios conceptos.

En sentido propio y estricto, la contemplación es un tender puro y pleno a Dios, no por medio de un concepto «positivo», sino «negativo», con el que se alcanza a Dios plenamente y como es en sí, aprehendiéndolo como inconcebible e ininteligible –es decir, negando que pueda ser perfectamente concebido y pensado–. Sin embargo, este concepto es positivo en cuanto a *que Dios es* –es decir, supone que Dios existe–, pero es negativo en cuanto a *qué es Dios* –pues nada, salvo Dios, es Dios–. Y aunque nosotros percibimos en cierto modo la misma negación, el intelecto, sin embargo, es incapaz de percibir lo que hay debajo de ella, es decir,

la naturaleza divina tal como es en sí misma. Por eso, esta idea es la más perfecta que podemos formarnos acerca de Dios en esta vida, pues toca a Dios como es en sí, sin medio, sin especie creada alguna, cara a cara. Los místicos la llaman «oscura», pues se dice que por ella entramos en oscuridad. Y el amor que sigue a tal idea llega a Dios inmediata, ilimitada y plenamente como es en sí. De ahí que sea el más perfecto, sin mirada alguna hacia lo creado.

El efecto de esta oscuridad es la libertad de la voluntad, que permite a la persona moverse y nadar libremente por el mar de la bondad y la dulzura divinas.

En segundo lugar, debe notarse que la verdadera contemplación, significada en el reposo de María –la hermana de Marta– (cf. Lc 10,38-42), ve sólo a Dios, sin mirada ninguna a criatura, ni siquiera a sí mismo, pues como afirma San Bernardo, *«cuando el alma tiende a algo distinto de Dios, aunque lo haga por causa de Dios, eso no se llama “reposo de María”, sino “ocupación de Marta”, que anda solícita y afanada en muchas cosas y no puede evitar verse salpicada hasta por una tenue mota de polvo de las acciones terrenales»*.

Por lo cual, aunque el hombre puede acercarse a la contemplación imbuido de diversos afectos y buenos deseos –como el de encomendarse a sí mismo y al prójimo a Dios– que le sirven para entregarse y abandonarse totalmente a la voluntad divina, sin embargo, tan pronto como ha hecho esto, debe olvidarse por completo de todas las criaturas, incluso de sí mismo, y contemplar a Dios solo, permaneciendo en plena unión de amor con Él sin obrar nada más por me-

dio de potencia alguna. Este modo de contemplación se hace por medio de la *aniquilación pasiva*. De este modo se comprende a los místicos cuando dicen que en la contemplación «*Dios es todo y toda criatura es nada*», esto es, en el intelecto y la voluntad del que así ama. El mismo sentido tienen aquellas palabras: «*Confíame a Dios y olvídate de mí en Dios*».

Puede hallarse otro modo de contemplación en el ajeteo de Marta, es decir, entre sus trabajos y preocupaciones externas. Así, cuando uno, por necesidad propia o del prójimo, se ve obligado a dejar aquel santo reposo de María para dedicarse a diversas ocupaciones externas, puede encontrar en medio del ajeteo la contemplación propiamente dicha, siempre que lleve a cabo su trabajo de tal manera que en él, olvidado todo lo creado, solo a Dios tenga presente. Este modo es más difícil y debe adquirirse poco a poco, por medio de una larga y constante práctica de la presencia íntima de Dios. De este modo, toda nuestra vida, como dice el Apóstol, permanece escondida en solo Dios (cf. Col 3, 3). Y en otro lugar se dice: «*Estos usan de este mundo como si no lo usaran*» (1Cor 7, 31).

Este modo de contemplación lo puso en práctica Santa Catalina de Siena. Apartada por sus padres del reposo de María y castigada a trabajar en la cocina, empezó a ver en su padre solo a Cristo, en su madre a la Virgen María y en sus hermanos y hermanas a los demás santos. Lo mismo hicieron otros muchos santos. Y este modo de contemplación es llamada por los místicos «contemplación por aniquilación operante».

POESÍA

Cómo sentir la paz, sin Dios contigo

Cómo sentir la paz, sin Dios contigo
Dios Creador, eterno y verdadero.
A Cristo estoy clamando y, tan certero
que al mismo Dios le pongo por testigo.

Sé que de noche y día está conmigo,
sé que me balancea cual velero
y en días de tormenta y desespero
en sus brazos me toma y me da abrigo.

Oh Cristo Dios, a qué viene este duro
tormento de vivir si tan lejano
te siento y paz me falta en la mañana.

Es dolor lo que siento y es tan puro
que ya grito: ¡Te quiero más cercano!
¡Llaga mi corazón! ¡Clava en la diana!

ISABEL DíEZ SERRANO
El Escorial (España)

Bibliografía

HUMBERTO DE ROMANS, *La formación del predicador*. Editorial San Esteban, Salamanca 2014. 210 pp.

Humberto de Romans (1194-1277) fue Maestro de la Orden de Predicadores, es decir, superior general de los Dominicos. Si bien ingresó en la Orden poco después de fallecer su fundador, santo Domingo (ca. 1172-1221), conoció a muchos frailes que habían convivido con él y vivió en el periodo más álgido de la espiritualidad dominicana. Consciente de que aquel ímpetu primigenio se estaba disipando, hizo un gran esfuerzo por recoger por escrito su esencia con el fin de conservarlo para la posteridad, no sólo para el bien de la Orden dominicana, sino para toda la Iglesia. Un buen ejemplo de ello es este breve y ameno manual de predicación en el que no habla sobre técnicas oratorias –para eso ya había, y hay, muchas obras– sino de los fundamentos y pequeños detalles de la actividad predicadora. Y lo hace con un gran realismo, exponiendo a menudo claros errores que hay que evitar, y buenos ejemplos a seguir, sacados todos ellos de la vida cotidiana de los predicadores del siglo XIII, muy fácilmente aplicables al mundo actual, porque, en lo fundamental, la naturaleza humana no ha cambiado.

En el desarrollo de su exposición, fray Humberto se apoya asiduamente en textos bíblicos, que comen-

ta muy escuetamente con el fin de edificar al lector. También recurre a los Padres de la Iglesia y a grandes teólogos medievales para explicarse más clara y certeramente. La lectura es ágil y agradable, pues los apartados son breves y están bien concatenados, evitando dar largas y aburridas explicaciones. Los temas que trata son los siguientes: características de la predicación, qué se necesita para ser un buen predicador, cómo se llega a serlo, sobre la carencia de la predicación, qué efectos tiene una buena predicación y algunos consejos prácticos.

Obviamente, son muchas las lecciones que uno saca de esta obra. Considera que las tres cosas que más ayudan al predicador son: el estudio diligente, fijarse en otros predicadores y la oración. Hace mucho hincapié en que lo que estudia el predicador debe estar orientado a que la Palabra de Dios llegue a sus oyentes de un modo comprensible y en dosis satisfactorias, evitando mostrar lo mucho que uno sabe o extendiéndose en temas que poco o nada edifican a la gente. Asimismo, el predicador ha de madurar interiormente –no sólo intelectualmente– con el fin de que su persona dé testimonio de aquello que predica. No se trata de recitar lo mucho que uno sabe, sino de dar a conocer lo que antes se ha contemplado y vivido interiormente. Y hay que predicar donde más hace falta, no sólo donde es más fácil o el público se muestra receptivo.

Este es un libro que tiene una gran riqueza. Conveniría que fuese estudiado por los novicios dominicos y por aquellas otras personas que también se sientan llamadas a esta difícil y fructífera tarea. Para finalizar

les dejo esta sabia reflexión: «*En la primitiva Iglesia, siendo pocos predicadores, fueron de tal modo buenos, que convirtieron al mundo entero; hay ahora muchísimos, y sin embargo, logran poco. ¿Por qué sucede esto, si no es porque aquellos fueron buenos predicadores, y éstos no tanto? Es signo de la dificultad de un arte el que muchos lo realicen y sin embargo, pocos lo hagan bien*» (p. 42).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

MANUEL ORDEIG CORSINI, *Deslumbrados por el amor de Dios*.

Editorial Palabra, Madrid 2014. 332 pp.

Estamos ante un libro escrito al estilo de conversación con un interlocutor figurado. Se trata, pues, de un estilo directo y fácil de entender. Es un libro de ascética con aspectos que pertenecerían a la mística en la línea de la espiritualidad del fundador del Opus Dei, san Josemaría Escrivá. El contenido es el clásico de los libros de ascética, con la impronta que ofrece el estilo del Opus Dei. No es fácil de percibir la secuencia lógico-teológico-pastoral de las cinco partes en que se divide, excepto en que comienza en una «línea de salida» y termina en «la Meta». Cada capítulo, en sí mismo, tiene autonomía propia.

Se trata de un libro que no ofrece dificultades para ser entendido. Quizás está demasiado ausente la condición de «misterio» que encierra el camino del ser humano hacia su plenitud en Dios, pues, en este libro, la claridad se impone a las ambigüedades que

dicho misterio puede entrañar. Por eso, no sé hasta qué punto es bueno ofrecer un proceso tan claro, en el que se omite la lucha del discernimiento, del peregrinar en la fe y de lo que implica de superar oscuridades. Supongo que se trata de una característica de la espiritualidad propia de la Prelatura del Opus Dei.

Estamos ante un libro fácil de manejar, que ofrece una oportunidad para la reflexión en su línea espiritual, pero que también abre posibilidades –deseadas o no por el autor– a matizar o, incluso, a criticar dicha línea.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

GERARDO SÁNCHEZ MIELGO, *La vida consagrada a la luz del kerigma*.

Editorial Edibesa, Madrid 2014. 192 pp.

El autor es un benemérito dominico español, profesor de Sagrada Escritura y, ante todo, un hermano muy apreciado por todos los que le conocemos. En este sencillo libro recoge las bases evangélicas de la vida religiosa, centrándose en el «kerigma», que él mismo define como: «*la primera proclamación apostólica de la persona y la obra de Cristo, especialmente su muerte y resurrección, que dio origen a la Comunidad cristiana. Se trata de una propuesta, ofrecida gratuitamente, que solicita la adhesión libre del oyente al acontecimiento salvador por antonomasia: la muerte y resurrección-exaltación de Jesús como cumplimiento de todas las promesas de Dios para los hombres y que debe ser siempre actual y actualizado*» (p. 21).

Estamos ante una obra de fácil lectura, muy sintética y bien estructurada que, con un ameno hilo conductor, lleva al lector, a partir de una breve introducción acerca del contenido del kerigma, a meditar sobre la Cruz y la Resurrección del Señor, la invitación al cambio y la actuación del Espíritu Santo, las bienaventuranzas, la comunidad fraterna y la evangelización, y concluyendo en una sencilla recapitulación de todo lo visto ante la maternal presencia de la Virgen María.

El P. Gerardo se apoya continuamente en las Escrituras, de las que extrae sabiamente su significado más profundo para iluminar y dar sentido a la vida religiosa. Asimismo, ofrece en cada apartado pasajes bíblicos para que el lector los reflexione y deje que Dios le alumbre por medio de ellos. En definitiva, se trata de un libro muy útil para hacer unos días de retiro espiritual o para conocer los fundamentos evangélicos de la vida consagrada.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

FRANCISCO JÁLICS, *El acompañamiento espiritual en el Evangelio*.
Editorial San Pablo, Buenos Aires 2014. 143 pp.

El autor es un jesuita húngaro que estuvo destinado en Argentina en las décadas de los 60 y 70, donde vivió en una barriada pobre, dio clases de Teología y estuvo cinco meses secuestrado por un grupo de ultraderecha. Tomando como base el Evangelio, con este libro trata de ayudar a los acompañantes espiri-

tuales a ayudar a otras personas en su seguimiento de Cristo. Pero, ciertamente, su lectura puede resultar provechosa para todo creyente, aunque no se sea acompañante. Nuestro autor se centra en la *contemplación en la acción*, de honda raigambre ignaciana.

La obra consta de cuatro capítulos que nos van «elevando» hacia el contacto íntimo con Dios a través de estos temas: la armonía con Dios y con el mundo, la llamada de Dios, el silencio interior y el ser. Járlics toma como punto de referencia el pasaje del joven rico (cf. Mt 19,16-30), al cual va aludiendo a lo largo de la obra desde diferentes enfoques. Cada capítulo comienza con una interesante exposición temática y a continuación da una serie de útiles consejos a los acompañantes espirituales.

Járlics nos habla de un modo claro y sencillo. Resultan muy interesantes y enriquecedoras las profundas interpretaciones que hace de algunos pasajes bíblicos y cómo las aplica a nuestra vida interior. Ciertamente, este libro ofrece una buena lectura espiritual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

MANUEL LÓPEZ PARADELA, *Guía Práctica de Almas Espirituales. 2ª Parte. Mística.*

Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2014. 328 pp.

Como se indica en el título, el presente libro quiere ofrecer una guía práctica para alcanzar la perfección evangélica. Va dirigido a todos, pero en especial a las Religiosas. En él se recogen muchas sentencias

y las enseñanzas en este terreno de los Padres de la Iglesia y de los autores espirituales de la historia del cristianismo, mayoritariamente occidental.

El autor divide en ocho capítulos el contenido de su exposición. El primero está dedicado al crecimiento en la perfección cristiana a través de las virtudes cardinales, la humildad, la conformidad con la voluntad de Dios y la «santa indiferencia». El segundo versa sobre las disposiciones para vivir en santidad (vivir en la presencia de Dios, desprenderse de todo lo creado, la unión a Dios y el abandono en Él). El tercero está dedicado al tema de la purificación espiritual, y reflexiona sobre el pecado y la misericordia divina, así como sobre la purificación activa espiritual y la purificación pasiva de los sentidos y del espíritu.

El capítulo cuarto trata sobre los medios de santificación: la unión sponsal con el Señor; la obediencia religiosa, el martirio de la vida religiosa y la oración en general. Como vemos, en este capítulo insiste más en los medios relacionados con la vida religiosa que en los medios comunes de santificación. Se echa de menos la alusión a la importancia de la lectura y meditación de la Escritura, el recurso a los sacramentos, y de modo especial a la Eucaristía y al sacramento de la Reconciliación, o la devoción a la Virgen María; algunos de estos elementos los sitúa en el capítulo séptimo.

El capítulo siguiente está dedicado a los grados de oración. Asocia la oración de simplicidad con el espinoso tema de la contemplación adquirida. El capítulo sexto está dedicado a reflexionar sobre el papel del Espíritu Santo en la santificación de los fieles y a presentar sus dones. El capítulo siguiente trata sobre las grandes

devociones de la piedad cristiana, aunque se limita únicamente a cuatro de ellas, e incluye también en este capítulo el estado religioso, dirigiéndose expresamente a las religiosas; aunque, a nuestro juicio, la vida religiosa no puede ser considerada como una devoción, sino como una realidad de otro orden. Finalmente, el último capítulo está dedicado a las bienaventuranzas.

Es un libro sencillo, fácil de leer, que nos acerca a la riqueza espiritual de la tradición, aunque algunos temas podrían enfocarse de forma diferente, pero el hecho de que haya sido pensado principalmente para algunas religiosas ha condicionado el modo de presentarlos.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ JUAN, O.P.
Salamanca (España)

FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN, *Orar con... santa Teresa de Jesús.*

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2014. 167 pp.

El autor es carmelita descalzo y director de la Universidad de la Mística de Ávila (España). Ante este libro uno se lleva una agradable sorpresa cuando lo abre y encuentra un sencillo y completo manual espiritual que ayuda a conocer los elementos fundamentales de la oración practicada y vivida por santa Teresa. El P. Francisco Javier se limita a dejar que sea ella la que hable, tomando de sus escritos los párrafos más significativos y comentándolos para que sus lectores sepamos encontrar su sentido más profundo.

La obra consta de cinco partes. En las tres primeras acompañamos a la Santa descubriendo el arte de

la oración en el transcurrir de su vida y viendo cómo ora y cómo se recoge ante su Amado. Después se nos ofrecen textos suyos sobre la oración –muy bien organizados por temas– y oraciones compuestas por ella –también distribuidas por temas–. Este fraile carmelita escribe de un modo muy comprensible y sencillo, de modo escueto y empleando una buena pedagogía en la que, como ya hemos comentado, es la propia Santa la que nos enseña.

Se trata de un libro muy aconsejable para todo aquel que desee mejorar su oración y acrecentar su vida contemplativa. También es muy útil para las personas interesadas en conocer la oración teresiana y, asimismo, para los que buscan una buena lectura espiritual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Las 99 ovejas y la purificación espiritual

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra?» (Lc 15,5).

Esta conocida parábola (cf. Lc 15,5-7) está enfocada en la oveja que se pierde –es decir, en la persona que cae en la tentación– y Dios va en su búsqueda para volver a estar junto a ella. Y una vez que lo consigue, se siente muy feliz, pues *«hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión»* (Lc 15,7).

Vamos a meditar sobre esas noventa y nueve ovejas que el Buen Pastor deja solas en pleno desierto, a la intemperie, a merced del sol, la lluvia y el viento, y a expensas del ataque de los lobos o de un ladrón. Esas ovejas que Dios deja en el desierto no representan a unas personas cualesquiera, se trata de *justos*, es

decir, de cristianos que viven rectamente el Evangelio. Por eso Dios no duda en dejarlas solas a la intemperie.

Estas noventa y nueve ovejas de la parábola nos hablan de esos cristianos que, en mayor o menor medida, son personas buenas y virtuosas, que cuando acuden al sacramento de la Reconciliación apenas tienen faltas graves de las que confesarse –si bien las faltas leves les producen gran dolor interior– y que, sin embargo, en su corazón sienten como si Dios las hubiera abandonado en medio de un desierto, porque escasamente perciben su presencia dentro de ellas y, por el contrario, las tentaciones las acucian con bastante frecuencia. Seguro que algunos –o muchos– de los lectores se identifican con esto. San Juan de la Cruz lo vivió intensamente, y lo supo expresar con gran belleza:

«¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido»
(*Cántico espiritual*, 1).

También podemos ver aquí reflejada la figura de Job, «*hombre cabal, recto, que temía a Dios y se apartaba del mal*» (Job 1,1), al que Dios le deja a merced del diablo, para que le ponga a prueba: «*Y Yahveh dijo al Satán: “Ahí le tienes en tus manos; pero respeta su vida”*» (Job 2,6). Precisamente la historia de Job nos permite dar sentido a esas noventa y nueve ovejas dejadas en medio del desierto, porque Job, tras pasar por

esta durísima prueba de abandono, tuvo una profunda experiencia de Dios, que le lleva a decirle: «*Ahora te han visto mis ojos*» (Job 42,5).

Sería lógico preguntar a Job: «¿Cómo dices que “*ahora te han visto mis ojos*”? ¿Y antes qué?, siendo tan “recto y cabal” como eras, ¿no “veías” a Dios?». La respuesta es no. Job era una magnífica persona y gran creyente, pero interiormente no había madurado aún lo suficiente como para *ver* a Dios, es decir, como para unirse íntimamente a Él, pues a Dios sólo le podemos *ver* con el amor.

Como ya hemos comentado –y seguro que muchos de nuestros lectores lo saben por experiencia– esta prueba del *desierto* es muy dura y no todos la superan, como es el caso del hermano del hijo pródigo de la parábola (cf. Lc 15,11-32). A pesar de haber sido un buen hijo, se sintió abandonado por su padre y así se lo dice: «*Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos*» (Lc 15,29). Sabemos que esta persona no maduró interiormente, y por eso no fue capaz de *ver* y entender a su padre. A algunos les pasa lo mismo, no son capaces de afrontar la prueba de sentirse abandonados por Dios en el desierto, y regresan al cobijo del «establo», es decir, vuelven a formas más seguras –e infantiles– de relacionarse con Dios.

Pero los que aguantan en medio del desierto a que el Buen Pastor regrese, no cayendo definitivamente en el desánimo ni en las múltiples tentaciones que puedan tener, entonces, antes o después, le verán regresar,

y Él les conducirá a la «Tierra Prometida», es decir, a la unión mística con Él, pues ahora si le podrán *ver* con los amorosos ojos de su corazón.

Ojalá algún día nos contemos entre esas noventa y nueve ovejas que el Buen Pastor deja en el desierto, y ojala que en ese momento sepamos esperarle fielmente, para que nos encuentre a su regreso como a «las cinco vírgenes prudentes» de la parábola (cf. Mt 25,1-13), que *«entraron con él al banquete de boda»* (Mt 25,10).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

El Concilio Vaticano II:

3. Actividad teológica

En la primera y segunda partes de este estudio hemos tratado sobre la «prehistoria» del Concilio Vaticano II, así como de su cronología y documentos. Comencemos la tercera parte.

INTRODUCCIÓN

Al final de la majestuosa ceremonia de apertura del Concilio Vaticano II (11 de octubre de 1962), Juan XXIII pronuncia un discurso que vino a ser como un programa a seguir por el Concilio. En él daba prioridad a la orientación pastoral.

La elaboración progresiva de los textos

1. *La preparación lejana*. Ésta hizo posible la maduración de los problemas, así como las tomas de decisión que marcan un progreso respecto a la teología anterior.

2. *La fase antepreparatoria (1959-1960)*. En marzo de 1959 se creó una comisión antepreparatoria presidida por el Cardenal Tardini. Las congregaciones romanas, los Obispos de todo el mundo, los superiores religiosos mayores, las universidades católicas y las facultades de teología fueron invitadas a responder con plena libertad a un cuestionario de preguntas.

3. *La fase preparatoria* (1960-1962). En junio de 1960 Juan XXIII nombró las comisiones preparatorias: nueve de ellas corresponden a las congregaciones romanas y están presididas por los prefectos respectivos. Había otras tres comisiones: apostolado de los laicos, comisión de ceremonias y comisión central. Esta última coordinaba los trabajos. También había tres secretariados: comunicaciones sociales, administración y unión de los cristianos, este último presidido por el Cardenal Bea.

4. *El trabajo teológico durante el Concilio*. Los teólogos fueron aportando su contribución a lo largo del Concilio. Unos estaban incorporados a las comisiones en calidad de expertos. Otros colaboraban con los diversos episcopados nacionales y les daban conferencias. Todos ellos cumplieron en general una tarea preciosa ya que fueron consejeros de los padres conciliares y estuvieron en el origen de una intensa producción teológica.

5. *Actos y gestos simbólicos de alcance teológico*. Cada sesión del Concilio debía comenzar por la entronización del Evangelio, que supone el reconocimiento del señorío de Cristo y la expresión simbólica de la sumisión de la Iglesia a la Palabra de Dios. Otros gestos son, por ejemplo: las salidas de Juan XXIII del Vaticano, y los largos viajes de Pablo VI, que mostraban cómo la Iglesia renunciaba a una actitud de repliegue; la actitud colegial de los Obispos, que luego se plasmó en la *Lumen Gentium*; y las celebraciones litúrgicas según los diferentes ritos –especialmente según los ritos orientales– así como la presencia de observadores

de otras confesiones cristianas, que dieron una imagen ecuménica al Concilio.

LOS PRINCIPALES TEMAS TRATADOS POR EL VATICANO II

El misterio de la Iglesia

La Lumen Gentium será la constitución central del Concilio. En el primer capítulo, el misterio de la Iglesia se pone en relación con el misterio de la Trinidad. La Iglesia realiza el designio amoroso del Padre que nos ha elevado a ser hijos de Dios. Para lograrlo, el Hijo inaugura en la tierra el Reino de Dios. Esta Iglesia está animada por el Espíritu Santo.

En este documento no se intenta definir la Iglesia sino dar cuenta de sus diversos aspectos a través de las imágenes bíblicas, evitando caer en el juridicismo.

Iglesia, pueblo de Dios

Si el primer apartado manifiesta la dignidad espiritual de la Iglesia y el segundo recoge su dimensión histórica. Al presentar a la Iglesia como pueblo de Dios, se quiere destacar que es una Iglesia peregrina, marcada por las leyes de la contingencia y que aún no ha alcanzado su etapa definitiva.

Este mismo capítulo subraya la identidad fundamental entre todos los miembros de la Iglesia. De esta manera, se supera la antigua oposición entre jerarquía y «pueblo de fieles» sometido a esta jerarquía. Antes de cualquier distinción, la *Lumen Gentium* habla de

la *dignidad y vocación comunes* de todos los bautizados. Todo bautizado participa de la función profética, sacerdotal y real de Cristo. El *sacerdocio común* da a los fieles posibilidad de tomar parte activa en la liturgia, a profesar y defender la fe cristiana y a ofrecer un culto espiritual a Dios (cf. LG 10 y 34). La *Sacrosanctum Concilium*, anterior a la *Lumen Gentium*, va en este sentido, ya que es el pueblo cristiano el sujeto del acto litúrgico. La liturgia es fundamentalmente una acción de Cristo que concierne a Cristo, al celebrante y a los fieles reunidos.

Los laicos participan en la función sacerdotal de Cristo ofreciendo un sacrificio espiritual con vistas a la glorificación de Dios y a la salvación de los hombres (cf. LG 34).

El pueblo de Dios en su conjunto también participa de la función profética cuando con su vida de fe y caridad da testimonio de Cristo (cf. LG 12). Así, da *sentido* a los acontecimientos de la historia.

Guiado por el Espíritu Santo, el pueblo de Dios tiene una fe segura y sin defecto, de tal forma que el Magisterio de la Iglesia es infalible cuando declara un dogma. Así, el fiel cristiano no es un subordinado al que le corresponda sólo la pasividad, pues cada miembro del pueblo de Dios, al apropiarse del contenido de la fe, se convierte en testigo responsable y en depositario vivo de esa fe. La *Dei Verbum* en el número 25 habla también del importante papel de los fieles en la transmisión de la fe.

Finalmente, los laicos participan de la *función real* de Cristo. El reinado de Cristo en el corazón de los

fieles se debe al triunfo sobre sí mismo y sobre el pecado; de esta forma, cada fiel cristiano participa del triunfo de Cristo sobre las fuerzas del mal. También, con la santidad de su vida contribuye a extender el Reino de Dios en el mundo, sirviendo a Cristo en la persona del prójimo y haciendo de juez respecto a las instituciones y a las condiciones de la vida en el mundo, con la intención de discernir lo bueno y lo malo que hay en las cosas para así poder transformarlas (cf. LG 36).

La colegialidad de los Obispos

Los Obispos, tomados individualmente, representan cada uno a su Iglesia, pero, en cuanto miembros del Colegio episcopal, están obligados a cuidar de la Iglesia universal. En nombre de esta colegialidad, los Obispos son los sucesores de los Apóstoles, según un principio de sucesión colegial (cf. LG 22).

En el número 27 de la *Lumen Gentium* se nos habla de las relaciones entre la Iglesia universal y las iglesias locales. Los Obispos tienen el poder de gobernar sus respectivas iglesias, no ya en calidad de vicarios del Papa, sino en calidad de «vicarios y delegados de Cristo». Es una renovación de la eclesiología anterior, que nos aproxima a la concepción ortodoxa de la Iglesia.

La *Lumen Gentium* recuerda el espíritu con el que los Obispos han de ejercer su poder: se trata de un verdadero servicio que las Sagradas Escrituras denominan «diakonía» o ministerio, a ejemplo del buen Pastor, que da la vida por sus ovejas (cf. Jn 10,11).

Las iglesias no católicas y las religiones no cristianas

El Concilio Vaticano II afirma que el pueblo mesiánico que es la Iglesia, es un germen muy poderoso de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano. Se supera así la antigua eclesiología que tenía tendencia a definir la pertenencia a la Iglesia de modo restrictivo y exclusivo, según lo cual, uno es miembro de la Iglesia en la medida en que pertenece a la Iglesia católica romana.

La *Lumen Gentium*, al dirigirse a los católicos, declara que ellos forman parte de la Iglesia por entero y que están plenamente incorporados a ella, gozando de todos los recursos con los que Dios la ha dotado. Pero al mismo tiempo invita a los católicos a no caer en la presunción, ya que la pertenencia sociológica no puede bastar.

Las iglesias no católicas disponen de una parte – mayor o menor– de los recursos que Dios ha dado a la Iglesia. Forman parte de la Iglesia de Cristo, y esto no es patrimonio exclusivo de la Iglesia católica (cf. LG 15). Por otra parte, el decreto *Unitatis Redintegratio* –sobre ecumenismo– nos invita a ver lo que nos une a los cristianos más que lo que nos separa (cf. UR 3).

Hablando sobre las demás religiones no cristianas, la Iglesia no reivindica ya el monopolio de lo religioso y anima a los cristianos a hacer progresar los valores espirituales y morales que se encuentran en las otras religiones.

En cuanto a los que no han llegado a un conocimiento expreso de Dios, pero llevan una vida recta, el

Concilio declara que no están privados de los recursos necesarios para la salvación (cf. LG 16).

El carácter misionero de la Iglesia

La Iglesia es enviada por Cristo a predicar el Evangelio y es movida por el Espíritu Santo. La Iglesia entera es misionera. Este deber ha de ejercerlo donde no ha sido implantada y en donde ya lo está. En el primer caso, la Iglesia universal es responsable de la primera misión evangelizadora, mientras que, en el segundo caso, las iglesias locales son directamente responsables de la recristianización de los pueblos.

La libertad religiosa

La declaración *Dignitatis humanae* –sobre la libertad religiosa– constituye un giro en la actitud de la Iglesia a propósito de la libertad de conciencia. El Concilio afirma que nadie debería recibir coacciones por parte de los individuos ni de los grupos sociales o de cualquier otro poder, de tal manera que en materia religiosa nadie debería verse forzado a actuar en contra de su conciencia –dentro de los justos límites– tanto en privado como en público.

El papel de María en la Historia de la Salvación

El Concilio insertó en la constitución sobre la Iglesia un capítulo que vincula a ésta con el misterio de María. La primera sección evoca el papel de María en la Historia de la Salvación; y la segunda sección define las relaciones entre María y la Iglesia, situando siempre a Cristo como el único Mediador entre Dios y los hombres.

La Revelación

La constitución *Dei Verbum* presenta la *Revelación* como una iniciativa de Dios a fin de reanudar sus vínculos de comunión con el hombre (cf. DV 2). La concepción demasiado estrecha de pensar la Revelación como un conjunto de verdades que hay que aceptar porque se nos imponen por autoridad, está superada. La Revelación se lleva a cabo con hechos y palabras, y alcanza su plenitud en la persona de Jesucristo.

Al tratar de las relaciones entre el *Magisterio* y *Revelación* la constitución *Dei Verbum* afirma que la teología está al servicio de la Palabra de Dios (cf. DV 10). También el Magisterio está obligado a escucharla y a exponerla fielmente (cf. DV 10). Estudia también la función del pueblo de Dios en la transmisión de la Revelación. Dice que es la Iglesia entera –y no sólo el Magisterio– quien con su vida espiritual adquiere un conocimiento cada vez más profundo y más justo de la Palabra de Dios, contribuyendo así al desarrollo y evolución del dogma (DV 8).

El *sensus fidelium* –es decir, el «sentido de la fe» que reside en el pueblo de Dios– es una realidad bien conocida por los Padres de la Iglesia, al que apelan como un argumento para la determinación de la verdadera fe. El Cardenal Newman (1801-1888) puso de relieve que en los siglos III y IV el *pueblo fiel* se opuso firmemente a una corriente herética que negaba la divinidad de Jesús –la herejía arriana– mientras que ciertos Obispos la aceptaban. Efectivamente, fue el sencillo pueblo de Dios quien aseguró la fe de la Iglesia en un momento en que el Magisterio de los Obispos estaba seriamente oscurecido.

La labor de los *teólogos* con respecto al *sensus fidelium* del pueblo de Dios, suele ser la de ocupar una posición intermedia entre el Magisterio y los fieles. El teólogo expresa y desarrolla el *sensus fidelium* y esto ayuda al Magisterio a la comprensión de dicho *sensus fidelium*.

Por lo que respecta al *Magisterio*, el Concilio aboga por modificar la forma de llevarlo a cabo. El Concilio Vaticano I había exagerado la importancia del Magisterio en el desarrollo del dogma y sobre todo había ensalzado sobremanera el Magisterio del Papa, olvidándose de la labor del pueblo de Dios.

En cambio, el Concilio Vaticano II afirma que el Magisterio del Papa ha de buscar un equilibrio entre el «principio de presidencia», el «principio colegial» y el «principio comunitario», dando suficiente autonomía al Magisterio de los Obispos, que están en contacto con las diversas expresiones del *sensus fidelium* del pueblo de Dios. De este modo, deben darse dos movimientos: uno que vaya del Papa –situado en el centro de la Iglesia– a los Obispos –situados en la periferia– y otro que, cerrando el círculo, vaya de los Obispos al Papa. Si se quiere llevar esto a la práctica, es necesario hacer consultas más realistas: Sínodos trienales que tengan una verdadera responsabilidad, Concilios más frecuentes y una escucha mayor al pueblo cristiano y no sólo a los técnicos y especialistas. El modelo dominante de *autoridad/obediencia* conviene sustituirlo por el de *la comunicación, la proposición y la adhesión*.

La constitución *Dei Verbum* insiste también en las relaciones entre *Escritura y Tradición*, rechazando la

teoría de «las dos fuentes de la Revelación», que tantos quebraderos dio a los teólogos y a los padres del Concilio. Sólo existe una fuente de la Revelación, que es el misterio de Cristo, de donde brota la Escritura y la Tradición, las cuales van creciendo juntas y tienden a un mismo fin (cf. DV 9). Por otra parte, la Tradición abarca la totalidad del cristianismo y no sólo el aspecto doctrinal. Ésta, guiada por el Espíritu Santo, va desarrollando la Revelación definitiva de Jesucristo. Este desarrollo es cuestión de toda la Iglesia: de los Obispos y los fieles (cf. DV 8).

Sobre la *inspiración* divina de la Biblia y su *falta de errores*, el Concilio no quiere entrar en disputas teológicas y opina que la Biblia recoge todas las verdades necesarias para nuestra salvación (cf. DV 11) y que Dios se sirve de hombres para escribir la Biblia, respetando su carácter y circunstancias históricas.

Por lo que respecta a la *interpretación* de la Biblia, el Concilio deja la puerta abierta a las investigaciones históricas y la utilización de métodos modernos como el de «la historia de las formas» y el de «la historia de las redacciones», lo cual enriquece y amplía el campo de la interpretación bíblica.

El último capítulo de la *Dei Verbum* trata de la *Escritura en la vida de la Iglesia*. La Escritura debe nutrir la vida piadosa de los fieles y debe hacerse asequible a todo el pueblo de Dios. Además, ya que la Escritura es Palabra de Dios, debe ser el alma de la teología, de tal forma que ésta debe someterse y estar a su servicio.

La Iglesia y el mundo actual

La constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, es el texto más largo de todos los promulgados y conoció una larga gestación.

La *Gaudium et Spes* insiste en la *solidaridad de los cristianos* con todos los hombres. Los destinatarios no son sólo los católicos, sino también los cristianos no católicos, los creyentes no cristianos y los no creyentes. En una palabra: todos los hombres.

El método utilizado en la declaración es el *método inductivo*, de tal forma que parte de la realidad social. Su objetivo es escudriñar los «signos de los tiempos» (cf. GS 4) y escuchar la llamada que Dios nos hace a través de ellos. El Concilio observa que vivimos en una sociedad dominada por la técnica, que ha traído cambios profundos sobre la persona, la familia y la sociedad.

Después de una descripción más sociológica, hace una síntesis de la *dignidad humana* evitando ofrecer la clásica presentación tomista. Pone el acento en la unidad de cuerpo y alma y en la interioridad de la persona. Es una antropología donde se ve la influencia de Teilhard de Chardin y de Karl Rahner. Buscando las raíces del *ateísmo* como fenómeno de la civilización actual, reconoce la responsabilidad parcial de los cristianos, ya que no hemos dado el testimonio debido a lo largo de la historia. El Concilio anima a entablar un fructífero diálogo con los no creyentes para llegar a construir un mundo mejor.

Pero el hombre es un *ser social* por naturaleza, por ello, en su intercambio con los demás ha de primar el

amor. Los párrafos 27, 28 y 29 rechazan los crímenes que afectan al hombre y su dignidad y que le envilecen, como el aborto, la guerra y el hambre.

En el capítulo titulado «*La actividad humana en el universo*» se presenta una enseñanza sobre el sentido del trabajo humano y sobre el valor de las realidades terrenas. Oponiéndose a los «integristas» y a los «fundamentalistas» que desconfían del hombre, el Concilio reconoce la justa autonomía de las realidades terrenas (cf. GS 36).

Es misión de la Iglesia *servir al hombre* en cuanto persona, en cuanto ser social y en cuanto ser comprometido con las actividades terrenas. La Iglesia no se debe considerar extraña al mundo, sino que debe insertarse plenamente en él. Asimismo, la Iglesia puede aportar al hombre luz sobre el sentido de su existencia, además debe defender a la persona humana contra todo lo que amenace sus derechos. Los cristianos, sobre todo los laicos, tienen que asumir las actividades seculares siendo eficaces en sus competencias.

La segunda parte de la *Gaudium et Spes* toma en consideración algunos problemas urgentes: el matrimonio, la familia, la cultura, el ámbito económico-social y la salvaguarda de la paz.

El *matrimonio* no se presenta en función de su fin primario y su fin secundario. El Concilio pone el acento en la comunidad de vida y amor conyugal entre los esposos, los cuales han de decidir de forma responsable los hijos que quieren tener.

Hay una valoración muy positiva de la *cultura*, sin la cual el hombre no sería hombre. Todos tenemos

derecho a la cultura, por ello los cristianos estamos llamados a elevar la cultura de los más marginados.

En el capítulo sobre el *ámbito económico y social*, el Concilio pone a la persona como el centro de la economía. La actividad económica ha de tener unos límites morales para que su desarrollo sea fructífero para todos y no sólo para una minoría, como está pasando. Por lo que respecta a la propiedad, todos los bienes tienen una función social y deben servir a los demás, ya que «*los bienes de la tierra están destinados a todos los hombres*». La propiedad privada es legítima, pero no debe constituir un obstáculo para la existencia de bienes de dominio público.

El Concilio subraya la distinción entre la Iglesia y la *comunidad política* en lo que atañe a las actividades de sus miembros. Son más bien los laicos cristianos –y no tanto la jerarquía– los que tienen que comprometerse en la labor política buscando el bien común.

Una óptica católica de la secularización

El modelo de «Cristiandad» duró mucho tiempo en la Iglesia católica y llevó a los teóricos a insistir en la subordinación del ámbito terreno al ámbito religioso. Cuando la Iglesia se vio enfrentada con las reivindicaciones de autonomía del ámbito terreno, escogió el camino de la condenación de todo aquello que no se dejaba integrar en ella. Se mantenía la convicción de que la Iglesia tenía que evolucionar hacia dentro según sus propias leyes y que podía dirigirse hacia fuera a todos los hombres con el pretexto de que tenía en sus manos la verdad.

El principio que orienta la redacción de la *Gaudium et Spes* es que la fe cristiana, lejos de apartar al hombre del ámbito terreno, le incita y le estimula a integrarse en él. De hecho, el Concilio se esfuerza en liberar a la Iglesia del reproche marxista de que desvía hacia el «más allá» las energías humanas.

Así, el Concilio se preocupa de no separar la fe y las actividades terrenas, pero sin confundirlas entre sí. Esta unidad de lo religioso y de lo terreno tiene su fundamento en Cristo, que es Dios y hombre a la vez, en la unidad de una misma persona.

En la última parte de este estudio nos aventuraremos a hacer un escueto balance crítico del Concilio Vaticano II.

SATURNINO PLAZA AGUILAR
Madrid (España)

¿Qué es el hombre en la *Suma de Teología*?

Aplicación a la sacramentología tomista

Santo Tomás de Aquino, en la *Suma de Teología*, desarrolla y fundamenta sus argumentos desde una antropología muy clara, en consonancia con la tradición filosófica occidental y la revelación cristiana. Haciendo uso de las categorías metafísicas, entiende que en el ser humano es posible identificar materia y forma, donde el cuerpo corresponde a la primera y el alma a la segunda (cf. *ST I*, q. 75, a. 1). Sin embargo, no reduce al ser humano únicamente a la unión de dos elementos, aunque sí sea posible identificar sus componentes, pues el hombre es *algo más*, compuesto a partir del alma y del cuerpo (cf. *ST I*, q. 75, a. 4).

Debido a la influencia aristotélica, define al ser humano con un «animal racional», donde la racionalidad le viene dada por el alma, primer principio vital del ser humano que se manifiesta por medio del conocimiento y del movimiento. No obstante, el cuerpo también es principio vital, aunque no el primero, puesto que también mueve, y es a la vez mediación para el conocimiento. De esta racionalidad le viene el libre albedrío, ya que, por medio de un análisis

racional, el ser humano puede hacer un juicio libre y decidir (cf. *ST I*, q. 83, a. 1).

Este *algo más* que se puede decir sobre el ser humano, santo Tomás lo expone desde la antropología judeo-cristiana: el hombre es imagen de Dios porque procede de Él y es semejante a Él, aunque lo es de forma imperfecta, debido a que no posee su misma naturaleza. El ser humano es creatura de Dios hecho a imagen suya (cf. *ST I*, q. 93, a. 1). Hablar de «imagen» implica un tipo especial de semejanza que únicamente las criaturas racionales poseen, y que hace referencia a la inteligencia, el libre albedrío y el dominio de sus propios actos, orientados siempre hacia un fin determinado.

No obstante, siguiendo a Boecio, santo Tomás define al ser humano desde la categoría de persona, y desde ella también a Dios. Si bien, para Boecio, persona es *una sustancia individual de naturaleza racional*, constituyendo así lo más perfecto en toda la naturaleza (cf. *ST I*, q. 29, a. 1), santo Tomás, además de hacer uso de esta concepción esencial, desarrolla el aspecto relacional del ser personal. Por lo cual, si bien el concepto de «persona» implica individualidad y unidad, también hace referencia a la relación (cf. *ST I*, q. 29, a. 4).

La sacramentología tomista, por consiguiente, tiene presente estas categorías antropológicas, a saber: el ser humano como animal racional, compuesto de cuerpo y alma, creado a imagen de Dios y que es persona. La explicación sacramental tomista, por tanto, se fundamenta en estos presupuestos antropológicos,

a los que se les suman los relacionados a la gracia y al pecado, y principalmente, el relacionado a la encarnación del Hijo de Dios. Esta última realidad determinará la antropología sacramental tomista, ya que la presencia de Dios en la carne desbordará todo presupuesto antropológico haciendo de Jesucristo la norma y fuente del conocimiento sobre el ser humano.

FRAY OCTAVIO RAMÓN SÁNCHEZ UREÑA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

La mirada del Silencio

Muchas veces me he preguntado en qué consiste el camino del Silencio, cuál es su meollo, su punto central. Es decir, cuál es la vivencia, el modo de estar o de vivir que mejor puede conducirnos a la experiencia de Encuentro que el Señor nos propone en el Silencio. Porque, siendo el Silencio algo absolutamente simple, el camino que apunta a él no puede ser complejo.

Entre las respuestas que he encontrado a esta pregunta, creo que la más acertada es la que indica que el Silencio es, sencillamente, una forma de mirar, un modo de situarse ante la vida. Una mirada que, en la intimidad del cuarto de oración, es capaz de abandonarse en la presencia del Señor, de dejarse llevar, como una cometa sostenida por el viento. En la quietud y en la profundidad del Silencio, la mirada silenciosa es capaz de sentirse seducida por el Señor y entregarse a Él. Y en lo cotidiano, el Silencio es un modo de mirar que es capaz de descubrir lo Sagrado detrás de lo sencillo, que es capaz de percibir los secretos más sublimes de la existencia: una flor, un arroyo, una sonrisa, pueden traer para nosotros un instante de luz capaz de alumbrar nuestro corazón. Pero hacen falta ojos capaces de percibir el misterio.

La realidad que se ofrece ante la mirada del Silencio no es diferente; lo que marca la diferencia es

el modo en que podemos contemplarla. Si sabemos mirar, si nuestros ojos se han adiestrado en ese *arte de la mirada* que es el Silencio, podremos descubrir la perla maravillosa de la que habla Jesús en el Evangelio (cf. Mt 13,45-46).

Así es como podemos salir al encuentro del Señor, tanto en la oración como en lo cotidiano: con una actitud de amorosa atención. Se trata de una actitud muy concreta, muy definida: la de unos ojos que miran la realidad con amor. Esta sola actitud bien podría constituir todo un proyecto de vida. Quien es capaz de mirar con amorosa atención no necesita ya nada más; puede mirarse con amor a sí mismo, sabiéndose criatura íntimamente amada. Puede mirar con amor la creación, la inmensa danza de la naturaleza, el Dios de la vida que se hace presente a través de tanta belleza. Puede mirar con amor cada encuentro, a cada persona, cada sencillo paso de su existencia. Entonces todo cobra un sentido, porque nada hecho con amor es absurdo. Aunque sea la más humilde de las tareas, si podemos realizarla con amor, cobra todo su significado.

Quien ha sido seducido por el Silencio, quien ha aprendido a mirar la vida desde la amorosa atención, nada más tiene que hacer. No hay necesidad de destacarse mediante actos o buscar el interés propio. Al contrario; todo cede, todo encuentra sencillamente su lugar, su cauce. Como el agua de la lluvia, que siempre encuentra el cauce a través del cual fluir.

Quedémonos por un instante con esta imagen del agua; creo que ella contiene lecciones que pueden ser

de gran inspiración. De hecho, Santa Teresa decía así del agua:

«No hallo cosa más a propósito para declarar algunas cosas de espíritu que esto de agua y es, como sé poco y el ingenio no ayuda y soy tan amiga de este elemento, que le he mirado con más advertencia que otras cosas; que en todas las que crió tan gran Dios, tan sabio, debe haber hartos secretos de que nos podemos aprovechar; y así lo hacen los que lo entienden, aunque creo que en cada cosita que Dios crió hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita»¹.

Si Santa Teresa acierta en lo que dice, podemos encontrar muchas respuestas en todo lo que «*crió tan buen Dios*», y muy especialmente –nos dice ella– en el agua. Podemos preguntarnos por qué el agua siempre encuentra el cauce a través del cual fluir. El P. José Fernández Moratíel O.P. lo explicaba frecuentemente en sus retiros: «*el agua siempre encuentra su camino porque, para darse, busca el lugar más bajo*». Qué iluminadora respuesta; es así de simple. Y también nosotros, para encontrar nuestro cauce, nuestro camino, para darnos, podemos buscar el lugar más bajo; no necesitamos grandes obras. La mirada del amor está adiestrada para ver lo pequeño, porque nada de lo pequeño pasa desapercibido a una mirada atenta.

Esta actitud de la *amorosa atención* es como la mirada de alguien *en cuyos ojos se refleja el amor*. En nuestra actividad cotidiana, en nuestros trabajos y en

1. *Las Moradas*, morada cuarta, capítulo 2, número 2.

nuestros encuentros, podemos experimentarnos justo así, como si quisiéramos vivir en nuestros ojos, sintiendo vivamente que nos asomamos al mundo desde ellos. Y sintiendo también que en ellos se refleja el amor; el amor que late en todo lo creado, el amor que anima el Universo entero, la creación entera. Y entonces podemos recibir todo el cosmos como un inmenso don.

Dejemos, por tanto, que nuestra mirada se enfoque desde la amorosa atención; si hacemos la prueba, veremos que una serena alegría estará también presente en cada instante. Así nos sabremos, sin ninguna duda, caminantes en presencia del Señor.

MANUEL LÓPEZ CASQUETE, CVX
Escuela de Silencio
Sevilla (España)

¡Donde hay religiosos hay alegría! (Papa Francisco)

La frase que encabeza esta reflexión sintetiza la particularidad que busca nuestro Papa al convocar un año en torno de la Vida Consagrada: ¡alegría! ¿De qué alegría se trata? El libro del Cantar de los Cantares dinamiza el horizonte al afirmar: «*Encontré al amor de mi alma: lo abracé y no lo dejaré jamás*» (Cant 3,4).

Cualquiera diría que el Papa Francisco no tiene problemas ¿Será? Sucede que la sonrisa dibujada en su rostro comunica la satisfacción de quien ha encontrado el amor de su alma. Cuando nos invita a vivir tal regocijo está convencido de su petición y nos señala el camino, la alegría está en el Evangelio: al abrir estas páginas contemplamos el coloquio entre el ángel y María fundamentándonos la felicidad: «*¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo!*» (Lc 1,28). Participamos de la emoción del hombre que, al caminar en un campo, encontró un tesoro, lo escondió, vendió todo y luego lo compró. Caminamos con el mercader que no dudó en hacer un buen negocio al encontrar una perla de gran valor (cf. Mt 13,44-46). Celebramos con la mujer que, al perder una moneda, barre cuidadosamente la casa hasta encontrarla, convocando a sus vecinas para festejar (cf. Lc 15,8-10)... Jesús invita abiertamente a vivir esta felicidad mediante el camino de la pobreza, el consuelo, la compasión, la pa-

ciencia, el hambre y la sed de justicia en el trabajo por el Reino (cf. Mt 5,3-11).

Este es un año de gracia. Estamos invitados a sacudirnos de las tontas distracciones, los falsos tesoros, las superficiales preocupaciones, los apegos seductores que restan fuerzas para abrazar al Espíritu, motor de alegría que renueva la fe y la Iglesia. Solo así, como señala Francisco, citando *Vita Consecrata*, n.110: «*no solamente tendremos una gloriosa historia para recordar y contar, sino una gran historia que construir*».

En la Carta Apostólica el Papa nos pregunta: «*Jesús ¿es el primero y único amor, como nos hemos propuesto cuando profesamos nuestros votos?*». Esta sencilla cuestión moviliza nuestro interior. Y podemos responder: «No, santo Padre, reconocemos que hemos privatizado nuestra bondad y ternura. Éstas merecen ser desempolvadas. Se nos han distraído los ojos con anémicos amores que, como parásitos, nos enflaquecen dejándonos totalmente vacíos».

Pero, en la misericordia de Dios, también reconocemos la Verdad en lo íntimo de nuestro ser. En nuestro fondo nos identificamos con la cierva que corre hacia la fuente, porque nuestra alma está sedienta del Dios vivo (cf. Sal 42). Por eso, Francisco, nos encanta cuando suele decir: «*Pidamos a María que nos lleve de la mano hasta su Hijo*».

El secreto está en el encuentro. No podemos hablar ni promover las cosas de Dios sin antes haberlas hablado y conocido.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

Cristo: el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas

La parábola de la oveja perdida nos permite comprender que el amor que Dios nos dispensa en Cristo es libre y desinteresado; que no tiene en cuenta nuestros méritos, ni busca ganancia: que es entrega absoluta, que ante todo llama a la conversión a quien se ha extraviado de sus caminos. Jesús dice de sí mismo: *«Yo soy el Buen Pastor; y conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy la vida por mis ovejas»* (Jn 10,14-15). Cristo es el Buen Pastor que a lo largo de las generaciones sale a su encuentro, *«las llama una por una y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz»* (Jn 10,3-4). Porque sacándolas de los gustos y apetitos que antes tenían, atrae a sus ovejas hacia su presencia amorosa. Y habiéndolo logrado, celebra el encuentro con cada una. Es el «pastorcico» al que canta San Juan de la Cruz, que por amor a sus ovejas extiende los brazos en el árbol de la cruz, para la redención universal de los pecados. Es el Dios enamorado que confiesa:

«Si alguno de ustedes pierde una oveja de las cien que tiene, ¿no deja las otras noventa y nueve en el desierto y se va en busca de la que se le perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se

la carga muy feliz sobre los hombros, y al llegar a casa reúne a los amigos y vecinos y les dice: “Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido”» (Lc 15,4-6).

De acuerdo con San Juan de la Cruz, el fin sobrenatural de la vida humana es la unión amorosa con Cristo, que se realiza cuando, al haber sido eliminados los obstáculos que impiden contemplar la presencia divina (vicios, imperfecciones y goces desordenados de los bienes naturales y espirituales), Cristo infunde en el alma amada el hábito y el acto de las virtudes teologales sobrenaturales: fe, amor y esperanza perfectos. De acuerdo con la doctrina del santo, para que las ovejas...

«...conozcan a Cristo como el Padre le conoce y para que conozcan al Padre como Jesús le conoce es necesario que participen en el conocimiento que el Padre tiene de sí mismo y que ha engendrado desde toda la eternidad. Es menester que conozcan la naturaleza del Hijo de un modo proporcionado a su naturaleza divina».¹

Al explicar la parábola del Buen Pastor, Jesús habla de su misión diciendo que Él es la puerta para acceder a la vida eterna (cf. Jn 10,2-9). La iluminación del Verbo es el único medio proporcionado para el conocimiento amoroso de Dios.

El *Evangelio según San Juan* recoge la declaración de Jesús: «Yo soy el buen pastor» (Jn 10,11). Conocer

1. José FERRARO, *Misticismo y compromiso en el Evangelio de San Juan*, vol. I, UAM-Edamex, México 1997, p. 71.

por experiencia que esto es así supone un arduo camino de búsqueda a través del cual el hombre descubre que el lugar donde mora el Buen Pastor es el centro de su alma. Dicho camino es la unión mística a la que todos estamos llamados y para la que todos estamos capacitados, puesto que Cristo murió y resucitó para derramar sobre todos su gracia y hacernos capaces de ser hijos de Dios por adopción.

La Iglesia es la comunidad de quienes desean imitar a Cristo. Algunos de sus miembros hemos elegido ser ovejas mientras que otros se han convertido en pastores. Ovejas son quienes necesitan de la guía y el cuidado espiritual del pastor, a fin de arribar al encuentro con el Buen Pastor; y son pastores quienes tienen a su cargo el cuidado de las ovejas.

Para ser conducida a la morada del Buen Pastor, la oveja tiene que dejarse guiar por los pastores y pastoras que tienen a cargo su cuidado. Por su parte, sólo cuando el pastor del pueblo de Dios ha vivido el encuentro con Cristo, puede orientar a otros en su calidad de «mistagogo».

Mistagogo es quien ha hecho la experiencia de Dios y acompaña en su camino a quien la hace por primera vez. La ayuda consiste, más que en darle normas prácticas, en ayudarle a ser comunicativo ante Dios, dejando que Él mismo entre en comunicación con el hombre y marque las modalidades del encuentro personal².

2. Federico RUIZ, F., *Místico y maestro*. San Juan de la Cruz, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2006, p. 80.

Los pastores saben que Jesús es el Verbo encarnado, que en obediencia al Padre fue crucificado y resucitó, para otorgar a las ovejas el don de la vida eterna. Como la novia del *Cantar de los Cantares*, los pastores que dirigen al pueblo de Dios desean que el Buen Pastor les indique el lugar donde está escondido para dirigirse a su encuentro llevando consigo a quienes se dejen conducir.

En el *Cantar de los Cantares* el novio dice las siguientes palabras a la novia, en la versión de Fray Luis de León: «*Si no te lo sabes, ó hermosa entre las mugeres, salte y sigue las pisadas del ganado, y apacentarás tus cabritos junto á las cabañas de los Pastores*»³. Según Fray Luis de León, lo que dichas palabras significan es: «[los pastores] *te llevarán donde les lleva á ellos su amor, y donde tienen pasto, que es el lugar donde yo estoy con los demás pastores*»⁴. Su interpretación supone que la religión consiste en el empleo de las diversas mediaciones (sacramentos, oraciones, ejercicios espirituales, meditación, etc.) para aproximar a las ovejas al Buen Pastor.

La necesidad del pastor es innegable: cuando no se tiene un guía espiritual, es fácil el extravío. Los pastores orientan a las ovejas, ya sea en la celebración de la eucaristía, en el acompañamiento espiritual, en la catequesis o en cualquiera de las actividades que, según su carisma y dones personales, hayan elegido para gloria de Dios.

3. FRAY LUIS DE LEÓN, *El Cantar de los Cantares*, Espasa-Calpe, Madrid 1958, p. 49.

4. *Ibíd.*, p. 50.

La parábola no sólo nos enseña cuánto ama Cristo a cada uno de nosotros; además, nos recuerda el deber que le es propio a todos y cada uno de los miembros de su cuerpo místico: pastores y ovejas. Y nos conforta, al recordarnos que la salvación siempre es posible; puesto que *«habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que vuelve a Dios que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse»* (Lc 15,7), puesto que no han descubierto aún que sólo la fe salva.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:

7. La madre de los Macabeos y María

Hubo un momento en la historia del pueblo judío cuando éste se vio invadido por una cultura y unas costumbres que no eran sólo extrañas o contrarias, sino además, beligerantes contra las suyas. La gota que colmó el vaso de la paciencia de los judíos piadosos y auténticos fue la profanación del Templo, que perpetró el soberano seleúcida Antioco Epifanes.

En la ciudad de Modín se levantó Matatías que, con sus hijos, declara la guerra santa: *«Todo aquel que sienta celo por la ley y mantenga la alianza, que me siga»* (1Mac 2,27). Como éste, se dieron muchos otros casos de judíos piadosos que no se vendieron y que permanecieron fieles a la Alianza.

Entre ellos destaca la historia de aquella madre, que permaneció firme y fiel a Yahvé en medio del dolor de ir viendo morir a sus siete hijos en el espacio de un solo día, y la de aquellos siete hermanos que se negaron a traicionar su fe. Uno de los hermanos antes de morir afirmó: *«Estamos dispuestos a morir antes que violar las leyes de nuestros padres»* (2Mac 7,2).

Mientras torturaban al segundo, decía: *«Tú, criminal, nos privas de la vida presente, pero el Rey del mundo, a nosotros, que moriremos por sus leyes, nos resucitará a una vida eterna»* (2Mac 7,9). El pequeño de todos ellos habló así al rey: *«Yo, como mis hermanos, entrego mi cuerpo y mi vida por las leyes de mis padres, invocando a Dios para que pronto se muestre propicio con nuestra nación y que tú, con pruebas y azotes, llegues a confesar que Él es el único Dios»* (2Mac 7,37).

Pero el texto bíblico destaca sobre todo la fortaleza de la madre de todos ellos, cuando dice de ella: *«Admirable de todo punto y digna de glorioso recuerdo fue aquella madre que, al ver morir a sus siete hijos en el espacio de un solo día, sufría con valor, porque tenía la esperanza puesta en el Señor»* (2Mac 7,20).

Con este telón de fondo no nos cuesta ahora traer a la memoria la estampa impresionante de María junto a la Cruz, donde agonizaba su Hijo, asociándose a su dolor, sacrificio y muerte. Impresionante la fortaleza de María, que en silencio colaborador, apoya la obra que el Hijo está realizando. El *Fiat* de la Anunciación alcanza aquí –sin palabras– una resonancia aún mayor. La misma presencia de María –firme, consecuen- te y sin perder los papeles– junto a la cruz de Jesús nos está diciendo que Ella no pone impedimento ni estorbo alguno a la obra del Hijo; más aún, que Ella la apoya para que se cumpla y se haga realidad así la voluntad misteriosa del Padre. Ésta fue la tónica en la que se desarrolló toda su existencia.

Así fue como se comportó María cuando José dudó, cuando tuvo que dar a luz en un establo, cuando

se le profetiza su sufrimiento, cuando se queda viuda, cuando el Hijo se le va... María creyente y coherente hasta las últimas consecuencias.

El día de nuestra Confirmación recibimos el Espíritu Santo, fuerza misma de Dios, a fin de afianzar nuestras convicciones bautismales. Ese día dejamos de ser infantes en la fe: pasamos de sólo recibir, a tener que dar; de estar siempre protegidos, a tener que dar la cara por Cristo y luchar por los valores de su Evangelio. Solemos olvidar que nuestra fe cristiana es lucha.

Con frecuencia vivimos un cristianismo bastante comodón y anodino, rebajando sus exigencias para hacerlo fácil y digerible. Hemos logrado que la cruz pesada en el hombro se convierta en una preciosa y liviana crucecita colgada al cuello. Con frecuencia olvidamos que, a la hora de vivir nuestra fe, algo deberíamos arriesgar y que alguna gota de sangre, o al menos de sudor, deberíamos verter por ser fieles y coherentes con nuestra identidad cristiana.

Si ser creyentes no nos cuesta nada, no quedaría garantizada la autenticidad de nuestra fe. No olvidemos que, para esta lucha contra el mal y para esta batalla por el bien, hemos sido fortalecidos y que las pruebas de fidelidad en lo grande se van preparando con pequeñas pruebas de fidelidad.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

En el año de la Vida Consagrada

La vocación a la vida consagrada es una de las que Dios regala a su Iglesia. Y es especialmente hermosa, aunque todas son hermosas, necesarias, complementarias y todas conducen o deben conducir a la santidad. Y es una vocación realizada en la Iglesia, aceptada por la Iglesia y para la Iglesia.

Ciertamente, los que hemos recibido esa llamada a la consagración, hemos de vivir con mayor exigencia la radicalidad del bautismo porque, como dice San Pablo, los cristianos que no se casan tienen un corazón indiviso, centrado sólo en Dios y libre de otras preocupaciones materiales (cf. 1Cor 7, 33-35). Pero esto no significa, en modo alguno, que los religiosos hayan de despreocuparse de los demás hermanos, lo cual sería antievangélico y antihumano. Esto se ve muy claro contemplando los trabajos que realizan los que se dedican al apostolado en los diversos campos que la Iglesia les encomienda: misiones, enseñanza, enfermos.... Es admirable y estimulante la entrega y el derroche de generosidad con los que desempeñan estas tareas. No cabe duda de que viven para los demás olvidándose a sí mismos.

Un poco más en la sombra queda la vida de la que yo formo parte, la de los contemplativos; sin embargo, nada de lo que ocurre en nuestra sociedad nos es indiferente. Nuestros son los problemas, las dificultades, las

alegrías y los logros de toda la humanidad. Nos duelen en lo profundo del corazón o nos llenan de gozo, según se trate de unos u otros aspectos. Todo es nuestro y todo lo llevamos cada día a la oración para que el Señor solucione unas cosas y sea alabado por otras. Ante el sagrario, y en el silencio de toda nuestra jornada, está el palpitar de muchos hermanos que necesitan apoyo, esfuerzo y amor. También vivimos para ellos desde el ocultamiento, el anonimato y el sacrificio.

Lo que se nos pide en cualquiera de los llamamientos que hayamos recibido (vida activa o contemplativa) es que demos testimonio del Reino –de la vivencia del Evangelio– con nuestra propia vida. Más que con las palabras, hemos de ser testimonio de una existencia transfigurada, capaz de contagiar la luz y el amor que Dios derrama sobre los que le buscan. Como decía el beato Pablo VI: el mundo necesita testigos más que maestros y si escucha a los maestros es porque son testigos.

Es una bella tarea a la que estamos todos convocados, a pesar de nuestras limitaciones humanas, que también son ofrecidas al Señor para que las anegue en su misericordia.

Que este año que el Papa Francisco nos ha regalado sirva para lo que él pretende, para que envueltos en la verdadera alegría miremos el pasado con gratitud, el presente con pasión y el futuro con esperanza –según expresa en su Carta Apostólica a todos los Consagrados–, porque, en verdad, la consagración religiosa es apasionante y nunca podremos agradecerla suficientemente.

No podemos silenciar que vivimos una época difícil, que no surgen vocaciones, que los religiosos vamos envejeciendo sin que vengan otros a sustituirnos, pero esto no tiene por qué empañar nuestra alegría. Estamos en las manos de Dios, que son las mejores. Él lleva las riendas de la historia y aunque caminemos por sendas oscuras nada tendremos que temer porque Él va con nosotros, su vara y su cayado nos sosiegan (cf. Sal 22).

Lo nuestro es demostrar que la consagración religiosa merece la pena y nos colma de gozo, de un gozo profundo al que los avatares de la vida no podrán eclipsar.

Por eso, sumidos en la alegría Pascual vivamos con un canto en los labios y en lo profundo del corazón que sólo sepa repetir nuestra gratitud. ¡¡Gracias Señor!!

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O. P.
Salamanca (España)

LITURGIA

El sentido espiritual de la Liturgia de las Horas

Siguiendo la tradición judaica de consagrar a Dios las horas del día y de la noche, la Iglesia desde sus primeros tiempos hizo lo mismo, pero no con la Liturgia «de la semana», tampoco en un solo momento fuerte del día, sino con una Liturgia que consagró a Dios *diversas horas del día*, teniendo como eje las alabanzas matutinas, al comienzo de la jornada: *los Laudes*, y, cerrando el día, el sacrificio vespertino: *las Vísperas*.

Sabemos muy bien que podemos santificar el día de muchos modos: predicando, con la oración privada y personal, trabajando en favor de los pobres y marginados, poniendo en práctica las obras de misericordia, no desdibujando el rostro de Cristo impreso en nosotros desde el bautismo, ni entristeciendo al Espíritu Santo, o no siendo un temerario que no reconoce la poquedad de sus fuerzas y se pone en riesgo de pecar. Nadie niega esto, pero hay una forma superior, y ésta es la de una celebración litúrgica, comunitaria, en sintonía con la Liturgia que se celebra en el cielo y que –por Cristo– ha irrumpido en nuestra tierra. Por eso, la celebración de la Liturgia de las Horas, sin excluir a las acciones antes citadas, las supera por ser obra *de Cristo y de la Iglesia*, en su clave óptima: la celebrativa, haciendo memorial de las maravillas realizadas por Dios en el mundo y en la Iglesia, que si bien pueden ser detectadas en un pasado histórico, se

expanden de tal modo que siempre están presentes en la vida de la Iglesia y de los creyentes.

¿QUIÉN ES «EL SUJETO» DE ESTA CELEBRACIÓN?

Lo mismo que en el resto de las acciones litúrgicas: el sujeto es la Iglesia, encabezada y presidida por Cristo. Es acción *de Cristo y de la Iglesia*.

Si hablamos de «sentido espiritual»: ¿Qué lugar ocupa la celebración de la Liturgia de las Horas en nuestro día y en nuestra vida de creyentes? Si logramos convencernos de que *donde están dos o tres bautizados, en el nombre del Señor* (cf. Mt 18,20), ahí está la Iglesia de Cristo revelando su identidad y las gracias pascuales del Resucitado, habremos dado pasos positivos en orden a una comprensión más perfecta del tema.

Para penetrar más hondamente en esta dimensión de la oración de Cristo y de su Cuerpo, no debemos salir de nosotros mismos y escudriñar en algún rinconcito del cielo para constatar cómo cantan los ángeles y los santos, ya glorificados, sino que hay que realizar el movimiento inverso: es Jesús el que viene a nosotros como «cántico nuevo», inaugurando en la tierra lo que se canta en el Reino, como nos lo dice la Constitución conciliar sobre la sagrada Liturgia:

«El Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. Él mismo une a sí la comunidad entera de los hombres y la asocia a este divino himno de alabanza...» (SC 83).

Vemos que es Jesús quien tiene la iniciativa al respecto, como quien susurra a nuestros oídos una melodía que sólo él conoce y que desea comunicarla a otros, para que todos podamos asociarnos en comunión de voces.

HABLAMOS DE «SENTIDO ESPIRITUAL» O «ESPIRITUALIDAD»

Siempre he sostenido que este tema debe arraigar, so pena de aparecer como algo teórico y «de papeles», en la obra que realiza el Espíritu Santo en la inteligencia y el corazón del bautizado, sea que celebre la Eucaristía u otra acción litúrgica, en nuestro caso, la Liturgia de las Horas.

Se trata de saber cómo era el cristiano «antes de la celebración» y qué frutos ha dejado el Espíritu en su alma, una vez vivida una experiencia espiritual nueva, en consonancia con la realidad producida por el Espíritu en Pentecostés, cuya venida cambió la vida de los discípulos.

Y aquí no podemos dejar de afirmar que una espiritualidad cristiana es, primaria y eminentemente «bíblica», nutriéndose de las obras de Dios en medio de su Pueblo y del mundo y de cómo se aceptó y se vivió tal presencia. Entra en juego la fidelidad de Dios y la de muchos de su Pueblo, así como también la infidelidad de quienes se alejaron del verdadero Dios, fabricándose ídolos con pies de barro. Dicho tejido va construyendo mucho más que la mera historia personal de quienes vivieron los acontecimientos marcados por las relaciones entre Dios y los hombres –tanto en su fidelidad como en sus traiciones– pues estas

relaciones van forjando la Historia de la Salvación, que culminará cuando Cristo irrumpa en la historia del mundo como Salvador, usando los medios que Él usó: el derramamiento de su sangre en la Cruz, en medio de dos delincuentes y escarnecido por los asistentes al cruel espectáculo del Calvario. Efectivamente, en el transcurso de la Historia de la Salvación se van montando, pieza por pieza, los elementos que integrarán el Misterio pascual del Hijo de Dios, en la humanidad en que el Verbo se encarnó.

Esta espiritualidad, arraigada en aquello que la Escritura muestra acerca del paso del Espíritu por el Pueblo de Dios y por la Iglesia, irá forjando diversas «espiritualidades», según los tiempos y las historias de quienes celebran las acciones litúrgicas. Por ello, los «modos» de celebrar la Liturgia de las Horas serán diferentes según los vivan, por ejemplo, unos monjes benedictinos en una gran Abadía, o una comunidad parroquial o misionera.

Efectivamente, *los textos* podrán ser idénticos, pero *los modos* serán tan diversos como diversas son las comunidades que los celebran, pues la Liturgia de las Horas debe adaptarse a la vivencia de cada «comunidad en oración».

¿QUÉ REALIDADES DEBE MANIFESTAR LA CELEBRACIÓN DE LA LITURGIA DE LAS HORAS?

Debe manifestar, con la mayor verdad posible, tanto la presencia de Cristo en la Iglesia como en nuestras almas, sin dejar de mostrar la realidad de los creyentes, pues la oración es un diálogo donde los interlocutores

hablan y escuchan. Dios-Padre, por mediación de la humanidad de su Hijo, nos hablará de sí mismo y de su vida, revelándose de un modo singular a cada creyente. Nosotros volcaremos nuestras vidas en sus manos, desplegando en ellas una existencia que nuestra historia personal entreteje con la vida de los demás. Así, en el ida-y-vuelta de un intercambio personal, nos iremos adentrando en la mente y el corazón de Dios, para quien nada de lo que es humano le es extraño.

Sin lugar a dudas, esta oración que irrumpe en nuestro mundo como regalo de Dios nos hará conocerlo para mejor amarlo, pero también nos ayudará a conocernos, pues nos miraremos con el «ojo de Dios», enamorado de sus creaturas. Este mutuo conocimiento se traducirá en gestos de mutuo amor, actitud que nos impulsará a «comulgar» con Él (es decir, a entrar en su mente), para *–desde allí–* entrar en comunión (es decir, en común unión), haciendo que dos sean uno.

Nada de lo que Dios ha creado debe quedar fuera del ámbito de nuestra oración común. Vivos y difuntos. Familia y amigos. Trabajo y reposo. Dolor y alegría. También nuestros pecados, rogando a Dios que los sane con su misericordia compasiva. Nada de lo que es y de lo que nos sucede, es ajeno al penar y sentir de Dios, que se hizo hombre precisamente para experimentar; como tal, lo que compete al hombre: ejercer un sano dominio sobre la Creación.

TIEMPOS LITÚRGICOS

No será tarea difícil descubrir el sentido espiritual de la Liturgia de las Horas en los Tiempos fuertes del Año litúrgico.

Así, el Adviento estará marcado por el memorial de la primera venida de Cristo, en Belén, tensionados hacia la segunda y última venida, cuando Él ponga punto final a nuestra Historia. El corto Tiempo navideño nos marca con la humanidad que asumió el Verbo de Dios, para ser uno de nosotros y uno como nosotros.

En la Cuaresma, no sólo nos recordará la gesta del primer Pueblo de Dios dirigiéndose hacia su Patria, la Tierra prometida, sino que también nos marcará a nosotros, como Iglesia peregrina que camina hacia el Reino, tierra de abundancia «*que mana leche y miel*» (Ex 3,8).

El Tiempo Pascual, desde la Gran Vigilia, celebrará a Cristo-Resucitado y nos mostrará a los bautizados como hombres y mujeres rescatados del poder de la Muerte.

Una vez celebrados los «Tiempos fuertes», y llegado el «Tiempo Ordinario», el día Domingo –como Pascua semanal– nos da la «coloración» de este Tiempo y su «espiritualidad». Asimismo, el Santoral nos brinda numerosos ejemplos de santas y santos que pueden mostrar una espiritualidad particular cuando la Liturgia los celebre.

De este modo, con el correr de los días, la celebración de la Liturgia de las Horas irá formando en nosotros un sentido espiritual, un camino a recorrer para que nuestros pasos sean los de Jesucristo y su Iglesia orante.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Sor Pilar Fernández Berdasco, O.P. (1874-1898)

Primera dirigida del P. Arintero¹

Subiendo desde Corias al famoso Santuario del Acebo, por un camino húmedo y pedregoso, bajo la ancha sombra de nogales y castaños, se llega pronto a un altozano donde hay una blanca ermita consagrada a san Antonio. Es San Antonio de Curriellos: un pueblo formado por diez casas rodeadas de árboles frutales, a un kilómetro bien medido de Cangas del Narcea.

En él, la Nochebuena de 1874, vino al mundo un alma que había de ser, algún día, muy favorecida de Dios: Pilar Fernández Berdasco. Sus padres, Joaquín y Manuela, eran labradores. En todas esas aldeas –a excepción del maestro, cura o médico, si los hay– todos son propietarios rurales. Cada cual tiene su prado, su vaca, etc. Todos viven del campo. Y, porque viven del campo, saben mirar al cielo, de donde les viene todo bien, más que los hombres de las ciudades.

Eran estos esposos muy cristianos. Como eran en otro tiempo las gentes de España. Don Joaquín, sobre todo, dejó fama. No se ha olvidado aun lo bueno que era.

1. Este texto fue publicado por la editorial Fides en Salamanca el año 1945. Hemos modificado algunas expresiones para su mejor comprensión. También hemos eliminado los cinco primeros párrafos.

Este matrimonio tuvo numerosa prole: María Pilar, Josefina, Constantino, José, Gabino y Ramón. Y, conscientes de sus deberes paternos, Joaquín y Manuela inculcaron a sus hijos los buenos principios cristianos. Todos ellos –aunque por caminos diferentes– dieron gloria a Dios. Constantino, por ejemplo, regentó la parroquia de Merillés (Tineo).

Pilar era la mayor y hacía de niñera de sus hermanitos. También ayudaba a su padre en los quehaceres del campo.

Algún día, ya de religiosa, recordará sus primeros años:

«Yo apenas pude dedicarme a los juegos propios de los niños. Por ser la primera, tuve que servir de niñera de mis hermanos desde que apenas tenía fuerza para sostenerlos. Muchas veces me rendía con su peso; pero no me quejaba... Les quería mucho y con gusto me sacrificaba por ellos. Les enseñaba a hacer la Señal de la Cruz y a rezar todas las oraciones que yo sabía y otras que, para este fin, procuraba aprender».

Y luego, nos dejó este jugoso comentario:

«Si por los seres que amamos hacemos con tanto gusto todo género de sacrificios, llegando hasta parecernos dulce y suave lo más penoso, ¿qué no debemos hacer por Dios nuestro Señor, que nos ama con amor infinito y nos ha traído a este paraíso de la vida religiosa, sacándonos del mundo, donde tantos peligros se encuentran que ponen en riesgo nuestra salvación? Todo lo que la vida religiosa tenga de penoso, por mucho que ello sea,

debemos estimarlo por nada con tal de agradar a Dios y conseguir tesoros espirituales para bien de las almas».

Pilar, antes de ingresar en el convento, apenas tiene historia, al menos en lo externo. Se sabe sólo que era muy buena. Dotada de un fino instinto sobrenatural, era dócil como cera virgen, a la forma que la educación paterna le imprimía. Frecuentaba los sacramentos en el convento de los frailes dominicos de Corias. Allí, un confesor –el P. Inocencio García–cultivó su vocación a la vida religiosa.

De entonces data su intensa devoción a la Eucaristía. Hubiera estado, de realizarse su mejor ensueño, constantemente –tal que un serafín– en perpetua adoración, doblada como un lirio, rendida como una azucena, como mística centinela, ante el Tesoro. Sólo un intenso amor al cumplimiento del deber, le hacía, dejando a Dios por Dios, posponer el gusto santo, la afición sagrada, la devoción cordial... a la obligación en seco que su calidad de hija o hermana mayor o ama de casa le imponían. Pero había entonces un claro síntoma –¡aquella sonrisa suya!, ¡aquel, su rostro tranquilo, inalterable!– de que seguía conversando con Jesús: era su habitual recogimiento, su buena cara al mal tiempo de una amonestación o circunstancia adversa.

¿Sus devociones de entonces y de siempre? La Santísima Virgen, santo Domingo, santo Tomás... Y también san Antonio de Padua. Pero no era en ella la devoción a este santo, como a veces ha pasado con algunas jóvenes, un dato de frivolidad y hasta de intromisión de la moda en el ámbito religioso. San Antonio es el patrón de Curriellos. Ya hemos aludido a la ermita que hay en

sus afueras –evocación de romería con misa cantada, cohetes... y gaita el 13 de junio–. En esta capilla, y como fruto de los ahorrillos infantiles de la que será más tarde sor Pilar, se conservan dos cuadros de los Sagrados Corazones. En este santo y pintoresco sitio daba cita ella a todos sus convecinos, durante la Cuaresma, mayo y octubre, a fin de rezar o cantar con ellos el rosario. Y en todo tiempo se reunía allí con los pequeños para hacer entre ellos, con ardor apostólico, una intensa labor catequética...

No sólo era devota sino que procuraba hacer devotos a todos. Trabajó particularmente, con buenos consejos y palabras alentadoras, la vocación sacerdotal de su hermano Constantino. Le inculcó la devoción a la Virgen y «me contaba tales cosas –habla el citado sacerdote–, *que yo quedaba asombrado*». Pilar, para comprar un cuadro de Nuestra Señora de Lourdes, consiguió de su hermano todos los ahorros –¡quince céntimos!–. Fue un triunfo. «Y se los di sintiendo quedarme sin mi capital». Tenía ya la futura religiosa el don de la elocuencia persuasiva cuando se trataba de la gloria de Dios.

Es lástima que no se conserven más datos de su vida de niña piadosa y de honesta moza en el mundo. La causa es la falta de testigos en aquel estrecho ambiente de una aldea de ocho o diez vecinos. Por más que la verdadera historia es la que Dios, a veces invisiblemente, escribe en las almas de los suyos, siendo el Espíritu Santo la pluma.

Quería ser religiosa y como no podía costearse la dote –sus padres eran pobres y cargados de familia– aprovechando sus buenas cualidades, empezó a

aprender solfeo, preparándose para organista. Así tenía más probabilidad de ser admitida. Esta coyuntura la aprovechó ella para formar en Curriellos un coro todo lo afinado que fue posible, dados los elementos de que allí podía disponer, y esto redundó en lucimiento para el culto de Dios.

Su maestra de música: doña Adela Arango, de Cangas –más tarde salesa en Oviedo–, a pesar de sus virtudes, tenía un genio muy fuerte. Pilar lo pudo comprobar bastantes veces por propia experiencia. ¡Pobre de la discípula a la que se le escapase un sostenido o un bemol!... Pilar, con dulzura, paraba el choque y acabó por ganar el amor y deferencia de su profesora, quien hizo con ella la caridad de prepararla gratuitamente, cooperando de modo eficaz al logro de sus deseos de ser religiosa dominica en el observantísimo convento de la Encarnación de Cangas.

Mientras tanto, iba creciendo en edad, en gracia y en sabiduría. En edad, porque ya –víspera de entrar en el claustro– ha cumplido veinte años; en gracia, porque la acción de Nuestro Señor, por dentro, y la vida, por fuera, habían ido modelando su espíritu; y en sabiduría, porque su asidua asistencia al convento de Corias, donde las misas, sermones y catequesis eran, en palabras de ella: «grandemente majestuosas y solemnes», la habían inculcado el espíritu dominicano. Espíritu alegre y serio; optimista y grave a la vez. Así, su espiritualidad más tarde no será triste ni frívola.

ENTRADA EN EL CONVENTO

Y llegó –¡por fin!– el día, señalado con piedrecita blanca en su vida, de la entrada en el convento. Dijo

¡adiós! al pequeño mundo que la rodeaba, y un hermoso día de primavera, cuando todo era una explosión de vida, traspasó, libre y espontáneamente –¡que lo sepa el mundo, que compadece como a cautivos a los religiosos!– los límites de la clausura.

El tiempo de espera, que hoy es de rigor antes de tomar el santo hábito, lo que jurídicamente se dice «postulantado», no exista entonces. Personas conocidas y que ofrecían a los superiores religiosos solidas garantías de perseverancia, probada ya su aptitud y vocación por su buena conducta en el mundo, hacían, sin trámites ni dilaciones, la ceremonia de vestición.

Tal sucedió con nuestra hermana. Fue el 5 de mayo de 1895, fiesta de san Pío V, gran santo dominico, coincidente aquel año con la del Patrocinio de san José, muy celebrada por nuestras monjas. Ofició en el acto el que hasta entonces había sido su confesor, el ya citado P. Inocencio, quien predicó una plática de circunstancias y le hizo a nuestra hermana las preguntas rituales.

Recibió luego el santo hábito. Una aurora de gozo centelleó en el centro de su espíritu. Después será el martirio lento de toda una vida –breve, pero bien aprovechada– de exacta observancia, de negación de la naturaleza... Pero ahora es un pregusto del cielo... Como el gran poeta dijo de sí mismo, Pilar, entonces, «...tenía veinte años y una estrella en la mano...».

Inició su año de espiritual aprendizaje bajo la subordinación de la madre sor Asunción Blanco Flórez-Valdés, alma muy dada a la vida de oración. Sor Pilar sentía –bienaventurada ella– «hambre y sed de

justicia» (Mt 5,6), anhelos hondos de santidad, y deseaba con ardor ser instruida para poner en práctica toda fórmula que pudiera llevarla pronto a Dios. Dulce, suave y simpática –en el mejor de los sentidos– atraía los corazones de todos. Era espejo de observancia y *vivía* las lecciones recibidas de libros o personas. Más que ciencia, iba adquiriendo la sabiduría y experiencia personal de las cosas divinas.

Se inmoló. Como en un sacrificio de holocausto, lo ofrendó todo al Señor. Y por un fino instinto que le venía de lo Alto –Pentecostés de amor– empezó a *entender* muchas cosas.

Y se le hicieron claras –¡epifanía de luz!– esas verdades profundas de la vida espiritual que, de no vivirse, parecen paradojas... «¡*Gustad y ved!*» (Sal 33,9). «Y sólo sabe del don aquel que to recibe» (Ap 2,17).

Se le dio a entender algo de los atributos de Dios. Y ella, la antigua chiquilla de Curriellos, con estas luces, se animó más y más a seguir a Jesús, que es «el CAMINO, la VERDAD y la VIDA» (Jn 14,6).

El noviciado –a excepción de las primeras semanas o días– lo hizo sola, circunstancia que le permitió tener más intimidad con su madre maestra, quien podía dedicarle todo su desvelo, por entero. En reciprocidad, la novicia no veía en su superiora un *enemigo* –o un policía– de quien guardarse, sino un guía. Verdad es que la reverenda madre Asunción tenía más de *madre* que de *reverenda*.

Gozaba esta religiosa de poca salud. Una afección de la garganta tenía a la pobre en continuo sufrimiento. Por propio impulso, sor Pilar se propuso ser

enfermera suya. Todas las noches, estando ya acostada la maestra, la novicia le daba, con cierta pomada, fricciones en la garganta. Llegó esto a oídos de la madre priora quien, un tanto alarmada, presentó el caso a la consideración del médico. El diagnóstico de éste fue que la madre maestra tenía tisis en la laringe.

Fue entonces cuando sustituyeron a sor Asunción por aquella santa mujer –lumbreira de la comunidad– que se llamó sor Filomena Vallín (fallecida en 1935), tan influyente, luego, en la evolución espiritual de nuestra novicia.

Este cambio, por de pronto, fue un rudo golpe sentimental para ella. Así lo afirmaba, confidencialmente más tarde.

Por un cauce de observancia iba discurriendo, pacífico, el periodo de prueba. El Espíritu Santo, escultor de almas, va modelando –cada golpe de su buril es una caricia de la gracia divina– a aquel espíritu sencillo, exento de toda complejidad y doblez. El programa de vida de sor Pilar consistía en traducir a la práctica el cuadro de distribución del tiempo y del trabajo de la santa morada en que vivía. De la celda al coro, del coro a la sala de labor, del obrador a la huerta... Y así, engarzando ocupaciones y lugares en un círculo de paz y de felicidad hogareña, transcurría su existencia en compañía de sus hermanas, tan gratas todas a Dios.

Pero, en aquel cielo de su vida tranquila, apareció, de pronto, una nube.

Avezada en la oración y ducha en el sacrificio, Dios le pedía uno, muy costoso por cierto: circuló entre las monjas el rumor de que sor Pilar tal vez no profesara.

Estaba enferma. Muy alta y delgada, pálida, demacrada, así lo parecía. Además, se dudaba, con o sin fundamento, de su pericia como organista.

Cuando ella lo supo, sintió verdadera consternación ante la sola posibilidad de abandonar la casa del Señor. Con todo –alma superior–, fiándose de la amorosa Providencia de Quien a la vida religiosa la llamara, permaneció tranquila. «En tus manos...» (Lc 23,46; Sal 30,6).

Pronto se solucionó todo. El organista de Corias, a petición de las monjas, examinó a sor Pilar y la encontró lo suficientemente preparada para cumplir bien su cometido.

«Dios me ayudó –decía después ella–: Tuve mucha serenidad para tocar. Además, noté en seguida la buena voluntad del organista, que tenía interés en favorecerme».

La falta de salud no fue tampoco obstáculo. El P. Inocencio García, su antiguo confesor, visitó espontáneamente a las monjas, convenciéndolas de que debían admitir a sor Pilar para hacer la profesión. Las monjas la votaron favorablemente siguiendo el consejo de este fraile pero, sobre todo, porque estaban prendadas de la novicia. Aunque, ciertamente, en cuanto a la precaria salud de sor Pilar, las monjas estaban en lo cierto.

Ni que decir tiene lo contenta y agradecida que quedaría ésta con el Dios de toda misericordia y consolación. Y, así, entró decididamente por el camino estrecho de la perfección pasando antes por el túnel de los santos ejercicios.

SOR PILAR CONOCE AL P. JUAN GONZÁLEZ ARINTERO

Para el difícil recorrido, el Señor le deparó un buen guía: el P. Arintero, que acababa de ser nombrado Confesor ordinario de la comunidad, cargo que desempeñó durante el trienio de 1895-1898.

Era entonces el P. Arintero, a sus 35 años y recién venido del convento de Vergara, el especialista en Ciencias Naturales y el profesor de Matemáticas, pero no era aún el «místico». Lo será más tarde y, de ese modo, en 1921 fundará la revista *Vida Sobrenatural*.

Pues bien, como causa ocasional del pensamiento místico del P. Arintero, Dios le puso en su camino a sor Pilar. Esta alma –quizá no tan grande como otras cuyas vidas habían de coincidir, más tarde, en santa interferencia, con la vida del P. Juan– fue para éste la iniciación, el *primer caso* que le hizo abrir los ojos y estudiar la Mística. Fue entonces cuando el P. Arintero se dio cuenta de su vocación para ser padre de almas al vislumbrar las maravillosas perspectivas del reino de la gracia, luego de haber admirado los prodigios del Dios de la naturaleza...

Así que el favor, la edificación y el beneficio fueron en ellos recíprocos. Él fue guía para ella; ella despertador para él. Cada uno fue voz y espejo de Dios para el otro. Y así, las dos almas se apoyaron *el uno al otro* por los senderos espirituales.

Tuvo sor Pilar durante los ejercicios grandes nostalgias: «*ansias de morir para ir al cielo*», como ella dirá más tarde. Era todo fuego. No tenía secretos para el P. Juan. Su alma se hizo transparente para él.

Como pilares de su futura santidad, procuró clavar, bien hondos –sobre cimientos de humildad– unos propósitos de vida. ¿Cuáles fueron éstos? No se sabe. Pero dieron frutos de oración, de recogimiento, de un santo horror a toda culpa –y menos aún, falta o imperfección– deliberada...

Siguió progresando sor Pilar de claridad en claridad, y el 25 de mayo de 1896 –fecha aurea en su breve vida religiosa– hizo su entrega, por los santos votos, en manos de la priora, que lo era entonces sor Encarnación Gafo.

Quedó muy agradecida a la comunidad por tan señalado favor:

«A pesar de mi ruindad, me concedieron la singularísima gracia de la profesión. En adelante me consideraré cosa que pertenece exclusivamente a Dios y a la comunidad y, por tanto, no me buscaré en nada a mí misma».

PERO SOR PILAR CAE GRAVEMENTE ENFERMA

Se entregó a Dios, no a medias sino del todo, y así tuvo divinas compensaciones. A sus generosidades correspondía siempre, con creces, el Amado. En seguida, Éste le regaló la mejor de sus alhajas: la cruz. Al mes, una noche, en el refectorio, cantando el *Miserere* –acción de gracias después de cenar– el primer vómito de sangre anunciaba claramente la tuberculosis... (¡la enfermedad de santa Teresita!).

Tuvo que vivir, desde entonces, anormalmente, al margen de la comunidad, tormento terrible para las

almas observantes... Fue puesta a régimen... Una sonrisa heroica camufló su entrañable pena. Hacía honores –rostro alegre– a la Divina Voluntad, que se le manifestaba en la cruz de cada día, de cada hora, de cada momento. Y procuró santificarse más y más –ejemplo y estímulo de perezosos– en ocasión de su dolencia. Dolencia que, inexorablemente, recortaba sus esperanzas, prefijando, a corto plazo, un funesto desenlace..., pero sin socavar la reciedumbre de su ánimo.

Su rostro inalterable no deja ver la enorme lucha que su espíritu sostiene:

«Esta enfermedad –dice sor Pilar– parece a primera vista que no causa sufrimiento, y es todo lo contrario, porque se siente un desasosiego y nerviosidad tales que parece que va una a deshacer todo lo que se le pone por delante».

Durante dos años –no se le concede más tiempo– su vida transcurrirá así, con ligeras intermitencias de alivio. De vez en cuando, el vómito de sangre recordaba, como un aviso trágico, el proceso inexorable de la enfermedad:

«Tal vez haya cogido yo esta enfermedad con la madre maestra –sospechaba sor Pilar–. Cuando le daba las frotaciones me daba cuenta que aspiraba su aliento; y esto es malo, según tengo entendido».

Pero no decía tal cosa en son de queja, sino para prevenir a sus hermanas del posible contagio si trataban con ella:

«Procuren ustedes estar siempre a cierta distancia de mí, por si acaso. Cuando Dios manda la enfermedad, debemos aceptarla con santa resignación

y hasta con alegría; pero no debemos buscarla ni ponernos en peligro de contraerla a no ser para ejercitar la caridad».

Se dio de veras a la vida de oración. Su cruz era un acicate para desear tener conversación con Dios. Quedaba en actitud modesta, como un ángel lleno de reverencia ante la Divina Majestad. Su «presencia de Dios» podemos decir que era ininterrumpida. En palabras de Nuestro Señor: «*Donde está tu tesoro, allí está tu corazón...*» (Mt 6,21). Y, así, sor Pilar dialogaba con el divino Huésped en todo momento. Sus faenas domésticas no la disipaban. Manos de Marta y corazón enamorado de María (cf. Lc 10,38-42).

Su incapacidad para expresar sus sentimientos –inefables– la ponían, a veces, conturbada y llorosa: «*¿Qué le sucede, sor Pilar?*». Le preguntaban sus hermanas. A lo que ella respondía:

«Es que no sé decir al P. Juan lo que me pasa en la oración. Como él tiene tanta caridad, me anima y me dice que no me apure, que se lo diga de la manera que pueda y como me sea más fácil... Pidan mucho por mí».

Tenía que estar, por prescripción facultativa, algunas ocasiones en rigurosa quietud. Entonces aprovechaba esa tregua en el trabajo corporal para ahondar más en su entrega a Dios. Y muy bien, como el místico, pudiera decir ella: «*que ya sólo en amar es mi ejercicio*».

Su seriedad, al considerar lo trascendente de la vida, no era espiritual melancolía. Ella era alegre... profunda y santamente alegre. Taciturna, a veces –el dolor hace a todos reflexivos–, pero amable siempre.

Gozaba sobremanera cuando había Exposición del Santísimo Sacramento, derramando ante el Divino Trono los mejores fervores de su alma. La Eucaristía y la Pasión –es decir, Cristo y su vida– eran el tema ordinario de sus místicas introversiones.

Según testimonio de una señora –que fue amiga íntima de sor Pilar–, un Viernes Santo, cuando era aún seglar, lo pasó en vela toda la noche. Cuando le aconsejaron que descansase algo, ella contestó:

«No es día de descansar, sino de orar y hacer compañía a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen en su soledad».

No transgredió nunca la santa ley del silencio. No era huraña. Pasaba la recreación en plan de santa jocosidad inofensiva, salpicando la charla con algún chiste, siempre de buen gusto. Pero, al sonar la campana –voz de Dios– volvíase sor Pilar santamente muda. Sólo por razones de caridad o de necesidad rompía este hermetismo. Y, a veces, al ser preguntada, respondía con un gesto. Así lo hizo, en cierta ocasión, con una novicia. Ésta, extrañada, pues no era tiempo de silencio profundo, preguntó: «¿Por qué no me contesta con palabras?». Y sor Pilar, con dulzura, le contestó:

«Me pareció que bastaba contestar por señas y, también, porque el Padre me dice que, ya que no puedo rezar el Oficio divino, por mi debilidad, procure hablar lo menos posible y esté recogida, conversando con Dios interiormente».

Claro es que su frágil complexión la inhabilitaba para hacer penitencias excesivas; practicaba, por eso,

con preferencia, la mortificación interior. Dicen las que la trataron que *«no se sabía cuándo una cosa le agradaba o desagradaba»*. Comía sin gana, y sin demostrar repugnancia sensible, aunque mucho le costara. Sentía grandes dolores y no lo daba a entender.

Tenía tal debilidad que, en las grandes solemnidades, para que tocase el armonio en el coro, era preciso llevarla en unas parihuelas y que otra hermana diera a los pedales, por sentirse ella incapaz de este esfuerzo. Entonces, soportaba sus dolores con buen ánimo, gozosa de prestar algún servicio, pero sufría por el trabajo que daba a las demás. Y era ésta su queja:

«La comunidad ha tenido muy poca suerte conmigo. Pero ha sido voluntad de Dios. He visto clarísimo que el Señor me quería aquí. Me estuvo sosteniendo hasta que profesé y pude llevar todo el peso de la Observancia, sin dispensa, incluso el ayuno a pan y agua el Viernes Santo –poco antes de mi profesión–, en que tuve la lectura en el refectorio y tres meditaciones, y todo lo hice sin dificultad porque Él me ayudaba».

Pero no se desalienta sor Pilar en su fracaso. De la falta de salud sacará tesoros de resignación y el mérito de una gran conformidad con el divino beneplácito:

«Ahora sólo tengo que pensar en santificarme porque así lo quiere Dios».

Y se le presentan perspectivas de sobrenaturales esperanzas:

«Estoy muy contenta porque voy a vivir poco y pronto me iré al cielo. Por eso el P. Arintero no quiere que desperdicie ni un momento. Desea que

el Señor me encuentre vigilante y con la lámpara bien provista de aceite (cf. Mt 25,1-13)...».

Otras veces elogiaba la caridad del P. Juan:

«¡Qué bueno es este Padre! No sólo se preocupa del espíritu sino también de la salud, y se cuida, entre otras cosas, de mandarme hablar bajo para que no tenga yo que esforzarme, pasando él así mucho más trabajo para oírme».

Como director espiritual suyo, el P. Juan tuvo siempre fobia al «camino rastrero», por ello la empujó en seguida por la senda estrecha. Y su alma ancló pronto en el jardín interior. En el huerto sellado. En la torre de marfil del recogimiento perfecto. El Divino Espíritu halló en ella una criatura dócil, y su soplo fecundo y vital puso en su corazón gérmenes de eterna felicidad. Fidelísima a la gracia, supo escuchar a la Verdad que habla dentro –sin ruido de palabras–. Y «*escuchar* –ha dicho un gran poeta– *es el primer momento de responder*».

Pero no siempre sesteaba a la sombra de místicos olivos. Padeció también el embate furioso de la tentación. De fuera venían, de cuando en cuando, olas que se rompían en el acantilado en que ella –en el centro de su alma– vigilaba, impávida, encendido su faro, esperando optimista porvenires de gloria...

Pero estos combates interiores apenas se traslucían: «*Sor Pilar* –habla una novicia de genio inquieto que es la viveza misma–, *es usted muy dichosa con su modo de ser* [tan dulce y pacífico]. *Créame, que le tengo envidia. ¡Quién me diera ser como usted!*». La humilde sor Pilar dio pronta e ingeniosa respuesta:

«No tenga pena. Las dos tenemos que trabajar. A un caballo tardo y perezoso hay que darle con la espuela para que camine; al fogoso, en cambio, es preciso tirarle del freno para que no ande más de lo justo. Como ve, las dos tenemos que luchar para llegar a ser como Dios nos quiere».

¡Llegar a ser como Dios nos quiere! ¡Qué hermoso y sintético programa de santificación! Dar respuesta, con nuestra cooperación, a sus designios eternos.

«*Moriré pronto*» había asegurado sor Pilar. ¿Corazonada? ¿Profecía?

Había perdido el apetito. Alguna monja le propuso que solicitara un cambio de alimentación. Pero ella no quiso pedir tal lujo a la madre maestra:

«Me cuidan muy bien. No necesito nada... Si estuviera en casa de mis padres lo pasaría peor. No podrían darme tanto como aquí. Los pobres tienen que trabajar mucho y comer mal para salir adelante».

Así seguía de resignada nuestra enferma.

Y LLEGÓ LA HORA DE LA PARTIDA

Un día –el 29 de junio de 1898, fiesta de san Pedro, portero del Cielo– un repentino y agudísimo dolor de costado fue el mensajero, el místico heraldo, que le anuncia la visita del Esposo, como dice el Apocalipsis:

«He aquí que Yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno me abre entraré y cenaré con él» (Ap 3,20).

«Mira que estoy a punto de llegar» (Ap 3,11).

Estaban simbólicamente a la sombra de un laurel –imagen de triunfo– en el recreo del mediodía... «*Se-rá cosa de un momento*», pensaron las monjas. Pero no. Sor Pilar tuvo que ser llevada, con fiebre, al lecho. El doctor, que fue avisado con urgencia, tras de un detenido reconocimiento de la enferma, se mostró muy pesimista. Inexorablemente, aquel era un caso desesperado. Entonces, el capellán –el P. Manuel Flórez Sierra– le administró los Santos Sacramentos. Por lo precipitado del suceso se desistió de ir a Corias –que estaba a dos kilómetros y ya noche– a llamar al P. Arintero, aunque sor Pilar mucho deseó ser asistida por su padre espiritual en aquellas circunstancias: «*Ella suspiraba por tenerle a su lado en aquella hora*», declara una religiosa. Fue, sin dada, esta ausencia involuntaria de su guía, la última cruz.

Sin agonía penosa, como una flor que al crepúsculo del estío pliega su corola de hermosos pétalos, hasta el alba siguiente en que volverá a sonreír a la luz, así sor Pilar, antes de los 24 años, cerró sus ojos místicos al desfile de las cosas efímeras, para abrirlos, de par en par, definitivamente esclarecidos, en el reino de las esencias inmutables.

Y como un último eco de los sonos de la tierra, confundido con el prelude de un motete de ángeles, las monjitas –blancas, blancas, blancas– cantaban: «*Salve Regina, Mater Misericordiae...*».

FRAY LUIS DE FÁTIMA LUQUE, O.P.
Salamanca (España)

Breve tratado sobre la vida contemplativa:

3. Presupuestos y práctica de la contemplación

(Capítulos IV y V¹)

CAPÍTULO IV. DE LO QUE HA DE PRESUPONERSE PARA LA CONTEMPLACIÓN

Siete supuestos

1. Cuando quieras llegar inmediatamente a la contemplación, recuerda que Dios está perfecta e íntimamente presente en todas partes; capta vivamente esa presencia e intenta conservarla de continuo. Tan pronto como te sorprendas distraído, renuévala de inmediato, lo que puedes hacer especialmente por medio de dulces coloquios con Dios o aspiraciones.

2. Recuerda que todas las cosas que nos suceden, incluso las más insignificantes, nos vienen de una providencia especial de Dios y de un orden positivo (excepto el pecado, que sólo lo permite), y esto siempre para nuestro bien.

1. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

3. Ten presente que la voluntad divina es la principal y la más perfecta regla de nuestras acciones, por lo que la bondad o perfección de éstas se mide en conformidad con aquella.

4. Recuerda que la causa principal de perfección en nuestras acciones, por nuestra parte, no es el intelecto, sino una buena voluntad. De ahí que leer mucho, saber mucho y obrar mucho por medio del intelecto no es *per se* la perfección, sino obrar mucho por medio de la buena voluntad. Esto es lo perfecto: amar y dirigir a Dios, por medio del amor, las obras de las demás potencias. Por eso, la bondad de éstas tiene su origen en la buena voluntad.

5. Recuerda que la mejor preparación para alcanzar el perfecto amor de Dios es ésta: proponte firmemente, cada mañana, en todo lo que te suceda a lo largo del día, en lo que has de hacer o experimentar, estar atento únicamente a la voluntad de Dios e intentar cumplirla de acuerdo con su beneplácito. Para llevarlo a cabo, pide la gracia de conocerlo, poderlo y quererlo.

Después, hazte varios propósitos que quieras cumplir particularmente en ese día, y desde el fondo del beneplácito divino intenta cumplirlos, al menos virtualmente.

Para incrementar la perfección en tus obras, mantente perfectamente unido a Dios todo el día, fundiendo amorosamente tu persona con la del mismo Dios, estrechándote a Él como una madre abraza a su amado hijo.

6. Une tu voluntad con la voluntad de Dios de tal manera, que todo lo que Dios hace se considere tuyo,

procedente de tu voluntad como de su causa moral; y que todo lo que tú haces se considere especialmente procedente de la voluntad de Dios.

7. Une tus obras con las obras de Dios. Esta unión está fundada en la Sagrada Escritura: Jn 17,21.

De igual modo, únete con la humanidad de Cristo, de la bienaventurada Virgen y de todos los santos. Por medio de tales uniones, la perfección crece sin medida en nuestras obras. Y tanto más aumenta la perfección cuanto aquella unión se hace con mayor amor, y más en particular en relación con estas o aquellas buenas obras. Y después de aquella primera unión de la mañana, realiza todas las obras a lo largo del día volviéndote a estas uniones, como en un único movimiento, durante tus quehaceres. Finalmente, encomienda amorosamente todo lo que deseas pedir a Dios respecto de ti mismo, de tus amigos vivos y, especialmente, difuntos.

Todo esto lo encontrarás y estará contenido en la simple mirada y amor de la contemplación, que luego sigue. Cuantas veces repites la mirada, tantas se repiten todas las cosas ya dichas en este séptimo supuesto, y siempre se renuevan, lo que, por la costumbre, sucede en un solo momento, en un abrir y cerrar de ojos.

Supuestas estas cosas, prosigue tu camino a la contemplación del modo siguiente.

CAPÍTULO V. CÓMO SE PRACTICA LA CONTEMPLACIÓN, EN QUÉ CONSISTE Y EN QUÉ SE BASA

Capta, de una forma muy viva, la íntima y perfectísima presencia de Dios, como se ha dicho en el primer

supuesto. Hazlo por medio de una idea oscura, como cara a cara; contempla tan gran Majestad con sumo temor reverencial, enmudece en su presencia, admira la suprema excelencia de su perfección y adórala con toda humildad y reverencia. Persevera en esa actitud teniendo en cuenta lo dicho en el quinto supuesto.

Únete a Dios y abandónate a su santísima voluntad; sumérgete totalmente en aquel océano abisal de toda dulzura y perfección. Olvídate en él de ti mismo, de todas las criaturas y de todas las cosas que antes has propuesto y encomendado; contempla únicamente a Dios unido a ti con aquella mirada amorosa con la que un pobre y miserable mendigo mira a un rico generoso que tiene frente a él dispuesto a socorrerlo; con la que un pobre enfermo mira al médico que tiene el poder y la voluntad de curarlo, cuando el enfermo no es capaz de explicar sus necesidades y deseos salvo con la mirada y el movimiento de los ojos. Piensa cuántos y qué deseos se contendrían en la mirada de esos ojos, y qué no expresarían. Pues cosas mayores que éstas se expresan en la mirada contemplativa.

Persevera, pues, cada día en esa mirada amorosa del intelecto a Dios, en la medida de tus posibilidades, uniéndote a Dios como una madre a su amado hijo cuando lo besa con todo su amor. De este modo, aguarda a la acción de Dios en el silencio interior, en el reposo, en la cesación de toda otra actividad. Y Dios, al verte así dispuesto, realizará en ti su nobilísima obra, es decir, su mística unión. Pues Dios quiere atraernos a todos y unirnos a Él, si nos encuentra libres y desocupados de las demás cosas, como suele el sol derramar su luz en un espejo brillante orientado

hacia él e imprimir en él su imagen. Esto considera Bartolomé de los Mártires.

Nota 1. No presentarse ante Dios debidamente

Como ya he dicho, aquella mirada a Dios cara a cara, es decir, a Dios presente ante ti, debe hacerse con la máxima reverencia y con toda la humildad posible. Esto lo exige la inefable majestad de Dios a tan vil criatura suya, pues es Dios quien, total y continuamente, le da el ser y la conserva en él. De otro modo, ofendemos más a Dios que lo aplacamos y con la oración lo provocaremos más al castigo que a la misericordia.

1. Esto consta claramente por varias fuentes. Pien­sa qué merecería un mendigo si se comportara de forma irreverente con un gran rey en presencia de toda su corte.

2. Los bethsamitas fueron castigados por el Señor por mirar el Arca de la Alianza sin la debida reverencia (cf. 1Sam 6,19).

3. El sacerdote Oza fue igualmente castigado por el Señor por haber extendido su mano hacia el arca del Señor para impedir que se cayera (cf. 2Sam 6,7).

4. De igual forma, un fuego bajado del cielo devoró a dos quincuagenarios con sus cincuenta hombres por no hablar con suficiente reverencia al siervo de Dios Elías (cf. 2Re 1,10).

5. También dice el Sabio: que el nombre de Dios no esté asiduamente en tu boca (cf. Eclo 23,10). Aquí solo se prohíbe la irreverencia, pues es óptimo tener a Dios continuamente en la boca y el corazón, cuando se hace con la debida reverencia.

En nuestras oraciones y coloquios con Dios debemos imitar a los Serafines, los más próximos a Dios, que por temor reverente cubren su rostro con sus dos alas; las Potestades tiemblan ante Él; las Dominaciones lo adoran con suma reverencia. Los ángeles que se acercan a Él se dan inmediatamente la vuelta asombrados de tan gran Majestad. Abrahán, queriendo hablar con Dios, se echó humildemente a tierra y pidió reverentemente permiso para hablar alegando su indignidad. Bernardo, al hablar del alma que llega a la perfección del amor, dice sobrecogido: *«tal alma puede ser admitida a besar a Dios»*.

Debemos considerar con sumo cuidado todas estas cosas y ver cómo nuestros sacrificios y oraciones concuerdan con lo que se ha dicho.

Nota 2. La unión con Dios

Por aquella perfecta unión, en la que el alma se une estrechamente a Dios, abrazándolo con todo el amor y como penetrando en Él, ésta se convierte en cierto modo en Dios, se transforma en Dios, se hace deiforme, se deifica y llega a ser en alguna manera como Dios, como le sucede al hierro unido estrechamente al fuego: se enciende, reviste la forma del fuego y no parece otra cosa que fuego. Entonces, se olvida de sí y de todas las criaturas y, con el profeta real, solo de Dios se acuerda.

Y aunque la propia contemplación admita previamente muchos actos, en realidad intrínsecamente consiste sólo en dos: en la mirada a Dios y en la unión perfecta con Él.

En cuanto a estos actos hay controversia sobre en cuál de los dos consiste esencialmente. Para Santo Tomás, la esencia de la contemplación reside en la mirada; para San Buenaventura, en la unión. Esta cuestión especulativa poco importa para la praxis.

Controversias aparte, se pueden encontrar ahí dos actos, y la unión es el de mayor importancia y de máxima perfección. Ésta, aunque simple y una, contiene virtualmente innumerables actos y perfecciones, como enseguida explicaré. Y aunque los actos previos son variados y muchos, según la devoción del que contempla, quienes se han ejercitado alguna vez en la contemplación se centran de manera perfecta en Dios en un solo momento, y se unen a Él. Y cuando advierten una distracción, o después de una interrupción, retoman la contemplación a lo largo del día.

Acerca de las distracciones en la contemplación

Si durante la contemplación ocurren a menudo distracciones, agitaciones e inquietudes, no discutas con ellas, sino apártalas de ti modesta y suavemente y, como antes, vuélvete a Dios de inmediato. Si la tempestad arrecia, no te inquietes por ello, sino súfrela pacientemente como venida de la mano del Señor, como se dijo en el segundo supuesto, y haz como antes.

Si las distracciones te molestan tanto que te impiden contemplar a Dios del modo dicho, podrás decirte con San Buenaventura y Santa Teresa, que sufrieron esas mismas molestias: siéntate aquí el tiempo establecido con aquel buen sentimiento en olor de tu Señor; o intenta estimularte a la contemplación de tu Señor mediante amorosas aspiraciones o por medio del piadoso

recuerdo de su pasión o de la inefable bondad de Dios y de sus beneficios, que conducen al amor contemplativo y restituyen en él.

Si todo lo dicho no te sirve o no te complace, podrás regresar a los ejercicios de la vida activa y a las obras acostumbradas, que intentarás realizar continuamente, como se ha dicho en el quinto supuesto, atendiendo en todo solo al beneplácito de Dios.

A lo largo de todo el día, podrás también perseverar en aquel amor unitivo, al menos virtualmente, si, durante la actividad, cuando te acuerdes de ello, repites suavemente este beso o sentimiento hacia Dios.

Los grados de perfección

Has de tener en cuenta lo siguiente para que en tus ocupaciones diarias percibas qué es lo que más agrada a Dios, pues en ellas hay distintos grados de perfección.

1. Está el de aquellos que cumplen la voluntad de Dios con una suavidad y deleite sensibles. En estos, la parte superior –es decir, el entendimiento y la voluntad– actúa apoyándose en la parte inferior –es decir, los sentidos y las pasiones–. Pero aquel deleite sensible debe ser referido a Dios. Es el grado más bajo ordinariamente, porque incluso a los hombres más perfectos Dios les concede muy a menudo un grandísimo y dulce consuelo, especialmente después de duros combates. Así lo muestran Santa María Magdalena, Santa Teresa, San Jerónimo y muchos otros.

2. Otro grado es el de quienes hacen todas las cosas sin deleite sensible alguno, pero con apenas pequeños

o ningún obstáculo. Éstos, aunque la parte inferior no les ayuda, tampoco encuentran mucho impedimento en ella.

3. Hay otros que cumplen la voluntad de Dios con gran dificultad y obstáculos, bien a causa de una mala disposición corporal, bien por culpa del diablo o por amigos o enemigos cercanos. Ello les provoca grandes distracciones, arideces, desolaciones, tristezas y otras cosas por el estilo, por las cuales la parte superior es víctima de gran abatimiento, se aparta de Dios y se ve muy impedida en la realización de su propósito.

4. Hay quienes están tan gravemente abrumados en el espíritu por obstáculos como los citados u otros semejantes, que se vuelven como insensibles en las buenas obras sobrenaturales, de tal manera que apenas pueden sentir que ellos creen, esperan, aman y hacen otras cosas semejantes. Acerca de esto, he puesto un ejemplo en las Adiciones que aparecen en mi libro sobre los *Ejercicios espirituales* en el Capítulo VII². Entre tales impedimentos se cuentan los graves escrúpulos de conciencia y graves tentaciones carnales. Si uno resiste a ellas con serenidad y las recibe agradecido de la mano del Señor, este es el grado supremo de perfección.

FRAY PEDRO DIERKENS

2. Se refiere al *Tractatus 4* de los *Exercitia spiritualia desumpta ex tota theologia mystica*, p. 364, del que este *Tractatus brevis de vita contemplativa* no es más que un resumen.

POESÍA

He comido tu pan¹

He comido tu pan y me alimento,
he bebido tu sangre y, me redimo,
así, cada Domingo a Ti me arrimo
y a todos voy gritando mi contento.

Qué solos han de estar si no te comen,
sedientos de tu Ser, si no te beben,
qué tristeza, Señor, si no se atreven
a llegar a tu altar y los perdonen.

Yo fui tu pecadora y me salvaste
de la vida mortal, que tanto temo,
ahora, soy inmortal y me dejaste
tu palabra por guía y por sustento.

Quiero seguir comiendo cuerpo y sangre
hasta calmar las ansias que aún siento.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

1. Tomada de: Isabel Díez Serrano, *Las horas detenidas*, Cardenoso, Vigo 1998, p. 52. I Accésit Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística 1996

Bibliografía

JESÚS ESPEJA, *Meditación sobre la Iglesia. Lo que no se puede decir.*

Editorial San Pablo, Madrid 2014. 312 pp.

Incansable en su fiel servicio a la Iglesia, el dominico Jesús Espeja, en plena madurez teológica, nos ofrece una renovada *Meditación sobre la Iglesia*, abierta a los nuevos problemas y desafíos de nuestra sociedad. Partiendo de que la razón de ser y piedra angular de la Iglesia es *el mensaje evangelizador de Jesucristo*, la comunidad eclesial ofrece a la sociedad actual la buena noticia de «un camino de verdadera y plena humanización, que se preocupa de veras por los excluidos, los pobres, los emigrantes».

El P. Espeja, siguiendo los horizontes abiertos en el Concilio Vaticano II, desea que el nuevo rostro de la Iglesia no sea el de un «*eclesiantrismo de mal humor, encerrado sobre sí mismo, sino el de una Iglesia servidora de todos, que busca más porvenir evangelizador, abierta a todos los seres humanos de buena voluntad*».

Meditación sobre la Iglesia es un libro de fácil lectura, muy recomendable para clarificar cuál debe ser la auténtica misión de la Comunidad Cristiana en su servicio de esperanza en la sociedad actual.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

JUAN JOSÉ LARRAÑETA, *El fardel de la palabra: Homilías breves para todos los días del año. Ciclos A, B, C y Santoral.*

Editorial San Esteban, Salamanca 2014. 640 pp.

Mons. Juan José Larrañeta, vicario apostólico emérito de Puerto Maldonado en Perú, ha dedicado su condición de «emérito», entre otras muchas tareas que se le han confiado, a preparar un libro de homilías para cada día del año litúrgico.

Se trata de breves reflexiones que aportan ideas y pautas para que cada sacerdote construya su homilía. En ellas ha sabido conciliar una oportuna información sobre el texto evangélico y su contexto, junto al modo de aplicarlo a la vida. Cada pensamiento de la homilía está numerado para poder organizar bien lo que se quiere decir y luego se pueda predicar con orden y precisión. Dado que el libro ha sido pensado originariamente para ser editado en Perú (con el título «Homilías breves para todos los días del año» por el Centro Cultural José Pío Aza), al elegir el santoral se tiene en cuenta los santos con relación especial con esa nación; e igualmente las advocaciones del Señor o de María que allí tienen un relieve especial. Como dominico, incluye santos y santas de la Familia Dominicana que quizás no aparezcan en los calendarios litúrgicos oficiales, pero sí en el de la Orden. Y antes de la homilía ofrece un apunte biográfico de cada santo o santa.

El trabajo ha sido ingente, pero ha merecido la pena, pues es un valioso servicio pastoral el que Mons. Larrañeta realiza. Tras muchos años de servicio en la selva peruana, sigue siendo el mismo pastor que quie-

re ofrecer a sus ovejas lo que en sus actuales circunstancias puede brindarles. Por ello hemos de agradecer el constante e inteligente esfuerzo que ha supuesto la redacción del libro. Por supuesto, no sólo se pueden servir de él los sacerdotes misioneros; a todos los que ejercemos el ministerio sacerdotal nos pueden aprovechar las reflexiones de esta obra. También cualquier cristiano que quiera estar al tanto de la Palabra de Dios de cada día, encontrará en este libro un medio asequible y valioso para conseguirlo.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

JOSEP OTÓN, *El reencantamiento espiritual posmoderno*. Editorial PPC, Boadilla del Monte 2014. 210 pp.

Josep Otón es doctor en Historia y profesor en el Instituto de Ciencias Religiosas de Barcelona. Este libro, en el que describe y explica con gran detalle y amplitud la espiritualidad de la sociedad actual, ha obtenido –muy merecidamente– el XXII Premio de ensayo Joan Maragall. Siendo un libro de un alto valor teórico, ha sido escrito con mucha claridad, de tal forma que está al alcance del gran público. Ciertamente, está muy documentado y aporta datos de gran interés que nos ayudan a entender la situación religiosa actual, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella, describiendo multitud de espiritualidades extraeclesiales que, por lo general, resultan muy atrayentes y, además, son fácilmente asequibles para cualquiera. Desgraciadamente, ello está conduciendo a muchas personas a caer en el «eclecticismo», pues fabrican su propia espiritualidad uniendo elementos espirituales

tomados de muy diversas corrientes religiosas, filosóficas y psicológicas.

También analiza la decadencia y esterilidad en la que están cayendo las religiones clásicas, sobre todo la cristiana –debido a errores que se han cometido en los últimos años– y, a su vez, habla de los fundamentalismos que surgen dentro de ellas: los lefevrianos y los movimientos evangélicos dentro del cristianismo, los ultraortodoxos dentro del judaísmo y el wahabismo dentro del Islam. Asimismo, habla de influencia de las sectas, de las religiones orientales (budismo, taoísmo, jainismo, etc.) y de la llamada «Nueva Era». Todo ello está produciendo un nuevo concepto de Dios y una nueva mística.

Curiosamente, hace unas décadas, parecía que la espiritualidad iba a quedar reducida a una minoría a causa de la secularización, el materialismo y el cientificismo. Pero no ha sido así pues, actualmente, hay una sincera búsqueda de una profunda vida interior entre mucha gente joven –y no tan joven–. Y esto lo están sabiendo aprovechar muy bien otras religiones y movimientos extraeclesiales, aunque ofreciendo a menudo una espiritualidad superficial. Ante esta crisis espiritual, Josep Otón propone a la Iglesia que recupere la mística, que explore nuevos lenguajes más acordes a la sociedad actual y que abra espacios de acogida para tantas personas que buscan a Dios. Como ven, se trata de un libro indispensable para todo aquel que quiera conocer los problemas de la espiritualidad actual y algunas buenas soluciones.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

EMILIO BARCELÓN MAICAS. *La frescura del amor primero. Constitución fundamental de la Orden de Predicadores*. Editorial Edibesa, Getafe (Madrid) 2014. 174 pp.

Oportuno libro el que nos ofrece el P. Emilio Barcelón. Ciertamente que esa oportunidad la sentiremos sobre todo los frailes de la Orden de Predicadores, que somos los que nos regimos por la Constitución fundamental. Pero también es válido y aconsejable para los que con un fin u otro quieran acercarse a conocer lo que implica ser fraile dominico.

Resulta un libro de gran valor documental y a la vez con vertiente manifiesta hacia la vida, al modo de vivir los frailes su vocación dominicana. Conviene subrayar esto: el P. Barcelón es un reconocido jurista, pero no se ciñe a realizar una exégesis de los textos desde la pura perspectiva del Derecho: su libro está impregnado del carácter existencial del seguidor de santo Domingo y del afecto con el que el autor se deja conducir por la Constitución fundamental, más allá de verse como fraile cumplidor o un observante estricto de lo legislado.

Este libro, en definitiva, ayuda a vivir la consagración dominicana e ilumina a los que quieran acercarse a conocer y experimentar el carisma del fraile predicador.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

JOSÉ MANUEL BERNAL LLORENTE, *Reflexiones incómodas sobre la celebración de la Eucaristía*.

Editorial PPC, Boadilla del Monte 2014. 179 pp.

El autor es un fraile dominico español, especialista en Liturgia y profesor de Teología Dogmática en Roma y Valencia. En este libro hace una recopilación de diversos escritos que ha ido publicando en diferentes medios, en los que expone reflexiones cortas, interesantes y bastante críticas sobre cuestiones litúrgicas. A veces se trata de temas conflictivos, por ejemplo: la conveniencia de celebrar la Eucaristía según el Misal de san Pío V (1570), los «bautizos laicos», la excesiva improvisación y sustitución de ritos, lecturas y oraciones en algunas Eucaristías, o la conveniencia de que algunos laicos puedan presidir la Eucaristía ante la falta de sacerdotes. También aborda temas curiosos como la formación de los Leccionarios a lo largo de la historia, o la estructura y sentido de la Anáfora o Plegaria Eucarística. Explica y corrige los errores más comunes que se cometen en liturgia, aportando soluciones prácticas y bien sustentadas teológicamente. Me ha parecido especialmente interesante el último capítulo, en el que habla sobre los distintos tipos de cantos de la Eucaristía, su sentido, cómo hay que cantarlos y con qué instrumento musical, para que sean bellos y dignos.

Es un libro muy recomendable para aquellos que aprecien la liturgia y para los que quieran saber más sobre ella.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ALBERTO GARCÍA-VERDUGO, *Así rezaron. Breve antología de orantes de todos los tiempos*. Editorial CCS, Madrid 2014. 144 pp.

«Cualquier persona inteligente reza», así presenta el autor el libro. Sólo cierto tipo de «superhéroes» que creen tener una gran fuerza muscular, tan presentes en la literatura y otros medios de comunicación, prescinden de rezar. Como prescinden de razonar. El libro es una antología de textos que son oración. Empieza con escritos de autores previos o ajenos al cristianismo en Egipto, la India, la Grecia clásica, el Islam, y también algunos del Antiguo Testamento. Luego nos ofrece textos de autores cristianos según las épocas distintas de la historia, desde el alba, dice, de la fe cristiana hasta nuestro tiempo. Algunos son textos conocidos a través de la liturgia o devocionarios; pero la mayoría son bastante desconocidos, sobre todo los que se refieren al mundo contemporáneo, que ocupa la mitad del libro. Sus autores a veces no son creyentes, como sucede con un texto Jean-Paul Sartre, y no pocos tienen como autores a no católicos.

Es un libro que se puede entender como un elogio de la oración, dado quienes son los autores de los textos y la belleza de la mayoría de ellos. Y es útil como devocionario diario, tanto para la oración privada como para la comunitaria.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

BRUNO MAGGIONI, *El rostro nuevo de Dios. Dichos y gestos de Jesús.*

Editorial Sal Terrae, Santander 2014, 133 pp.

El autor es un benemérito sacerdote diocesano que ha sido profesor de Teología en Milán. En este bello libro comparte con nosotros una lectura espiritual de la vida de Jesús: su infancia y su vida oculta, su modo de hablar y de mirar, sus parábolas y milagros, su oración, el motivo de su venida, su postura ante los incrédulos, las bienaventuranzas y el misterio de su Pasión, Muerte y Resurrección.

En la introducción, el P. Maggioni nos dice que el Evangelio no deja de asombrarle, porque siempre podemos descubrir algo nuevo en él. Y así es. De hecho, en cada gesto o dicho que analiza nuestro autor, le gusta detenerse en pequeños detalles, algunos de los cuales nos pasan desapercibidos incluso a los más acostumbrados a leer los Evangelios. Y al descubrirlos y encontrar su sentido, nos topamos ante un nuevo y significativo rasgo de la imagen de nuestro Salvador.

Como pueden ver, se trata de un libro especialmente indicado para quien desee tener una buena lectura espiritual o conocer mejor a Cristo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La misteriosa voluntad de Dios

Siendo un joven universitario, Jaime asistió a una charla informal que un misionero dio en su parroquia a los catequistas, hablándoles de lo que le había movido a irse a las misiones y de lo feliz que era dirigiendo en una pequeña isla de la Polinesia un colegio en el que se educaba a niños de familias muy pobres.

En aquella charla, Jaime sintió cómo el Espíritu de Jesús le llamaba a ser «pescador de hombres». Desde entonces, supo que debía ingresar en la Congregación de los misioneros que llevaban su parroquia. Aunque él hubiera querido hacerlo en ese momento, el sentido común le animó a acabar la carrera que estaba estudiando, que era Ciencias Económicas, pero, una vez que acabó los estudios, pidió el ingreso en la Congregación, soñando en ser un gran misionero.

Pasados los años, cuando hubo hecho los votos perpetuos y fue ordenado sacerdote, su corazón ardía en deseos de ser enviado a un país lejano y pobre. Pero la cosa no fue así. El Provincial le dijo que sería más útil ocupando el cargo de ecónomo del colegio

que la Congregación tenía en la capital, en un barrio de clase media-alta, pues la buena gestión económica de ese colegio permitiría poder enviar mucho dinero a las misiones. Estas fueron las palabras del Provincial: «*P. Jaime, haces más falta en la retaguardia*».

Al principio estuvo contento, pues comenzó a ejercer de sacerdote y las actividades del colegio en ayuda de las misiones le satisfacían mucho. Pero poco a poco empezó a sentir que no encajaba allí. Por una parte, la comunidad estaba compuesta por religiosos mayores cuya forma de ver la realidad distaba mucho de la que él tenía. Y, sobre todo, lo que más le pesaba era que su labor en el colegio poco tenía que ver con lo que a él le movió a entrar en la Congregación, pues se trataba de una labor burocrática que, además, podía ser ejercida por un seglar.

Cada vez con más fuerza, oscuros y lúgubres pensamientos le rondaban por la cabeza: «*Se dice continuamente que hacen falta “obreros para la mies”... pero a mí me tienen comprobando facturas, hablando con distribuidores y asistiendo a reuniones en el ayuntamiento?... ¿Para esto he dejado yo todo?... ¿Qué sentido tiene mi vida?...*». Todo esto se lo expresó al Provincial, pero nada cambió. El P. Jaime era tan buen ecónomo que la Congregación no podía prescindir de él enviándole a misiones.

Y, así, el P. Jaime se veía cada vez más «enjaulado» en una vida que no quería, y aquellas oscuras preguntas que le perseguían, comenzaron a tener terribles respuestas: «*Quizás debería acomodarme, disfrutar de las ventajas de vivir en un barrio rico y buscarme ami-*

gos que compartan conmigo su buena vida... O quizás, mejor, debería dejar la Congregación, buscar una mujer y dedicarme a ser ecónomo de otro colegio: total, iba a hacer la misma labor que hago ahora, pero, al menos, mi vida cobraría mucho más sentido teniendo una familia a la que cuidar y amar».

Viendo que su vida estaba «al borde del precipicio», aprovechó un fin de semana para visitar a su antiguo Maestro de Novicios y contarle su gran pesar. Se trataba de un anciano que había pasado la mitad de su vida en una pobrísima parroquia de un suburbio centroafricano. Por su sangre corría el espíritu misionero del fundador de la Congregación y su corazón estaba lleno de sabiduría. Conocía muy bien al P. Jaime, y sabía que era un buen religioso. Pero también comprendía los motivos por los que el Provincial y sus consejeros le retenían en la capital.

Ante una situación tan complicada, el anciano misionero llevó al P. Jaime a la capilla del noviciado y allí, delante del Sagrario, le preguntó qué es lo que hizo Jesús cuando, en el Huerto de los Olivos, sintió que su futuro no tenía sentido: «*Le pidió al Padre que se hiciera su voluntad*», respondió el P. Jaime. El Maestro siguió preguntando: «*Y ¿qué hizo nuestro fundador cuando sus padres le pidieron que renunciara a su sueño de ser misionero porque sólo él podía hacerse cargo de la empresa familiar?*». Bajando la cabeza, dijo el P. Jaime: «*Él también se puso en manos de la voluntad de Dios*». El Maestro le puso la mano sobre la espalda y le dijo dulcemente: «*Entonces ya sabes qué es lo que tienes que hacer: regresa al colegio, y pídele a Dios que se haga su voluntad y no la tuya*».

Con el corazón tranquilo y sosegado, el P. Jaime siguió el consejo de su Maestro. Todas las noches acudía a la capilla para suplicar a Dios: «*Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras Tú*» (Mt 26,39). Aquello le ayudó mucho a dar sentido a su trabajo en el colegio.

Pasado un año, el Provincial le pidió que acudiera a su despacho para comunicarle que el Consejo y él habían decidido nombrarle Ecónomo Provincial. Querían que se desplazase a todas las misiones de la Provincia para que ayudase a los misioneros a gestionar mejor sus recursos. También querían que idease un plan Provincial para fundar una ONG para que los laicos pudiesen colaborar activamente en las misiones. El Provincial le dijo: «*Gracias a tu magnífico trabajo en el colegio, estamos seguros de que sabrás llevar a cabo estas importantes tareas misioneras*». El P. Jaime, echándose las manos a la cara, se llenó de una gran alegría, porque, por fin, iba a poder colaborar directamente en las misiones, y, además, lo iba a hacer junto a los laicos amigos de la Congregación.

Todos los que le conocen, notaron que el P. Jaime cambió mucho desde entonces, se le veía lleno del Espíritu de Dios. Su Maestro decía a menudo: «*Nuestro Jaime ha resucitado*».

Así dijo el Señor a sus discípulos: «*He bajado del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*» (Jn 6,36).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

El Concilio Vaticano II:

4. Balance crítico

Anteriormente, en este estudio sobre el Concilio Vaticano II hemos hablado de su «prehistoria», su cronología y documentos y sobre su actividad teológica. A continuación nos disponemos a concluir nuestra exposición.

CALIFICACIÓN TEOLÓGICA DE LAS CONSTITUCIONES DOGMÁTICAS

El Concilio evitó hacer condenaciones e intentó poner de relieve la doctrina cristiana, evitando expresiones que pudieran proponer verdades nuevas que hayan de ser tenidas definitivamente como verdades de fe.

Las constituciones dogmáticas *Dei Verbum* y *Lumen Gentium* tienen afirmaciones cercanas al dogma, pero sin llegar a ser propiamente dogmas. Efectivamente, la mayor parte de los padres del Concilio no querían definir nuevos dogmas.

Pero sí que hay textos conciliares que piden de nosotros una adhesión hecha con espíritu de fe y docilidad, de tal forma que deben regir nuestra conciencia

y comportamiento. Asimismo, las afirmaciones del Concilio cuya temática es de carácter pastoral, deben ser leídas y acogidas con el máximo respeto, ya que se trata de la doctrina de un Concilio ecuménico.

BALANCE TEOLÓGICO

A la hora de hacer un breve balance de los documentos del Concilio, vamos a comenzar exponiendo los aspectos negativos –es decir, los límites– y, a continuación nos centraremos en las novedades y en las constantes teológicas.

Límites

Los expertos han detectado ciertas limitaciones en las constituciones del Concilio:

- La *Dei Verbum* no tiene suficientemente en cuenta al ser humano como receptor de la Revelación.
- La *Lumen Gentium* debería haber tratado más extensamente el tema de la escatología y haber aclarado mejor la relación entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial.
- La *Sacrosanctum Concilium* no hace un desarrollo amplio de la teología de la liturgia.
- La *Gaudium et Spes* se basa, en parte, en presupuestos poco claros.

A nivel general:

- El Concilio da una visión de la salvación que no integra suficientemente el aspecto socio-político de la fe cristiana.
- Algunos grupos de sacerdotes no quedaron contentos sobre el significado de su misión que aparece en los textos.
- A los laicos se les sigue presentando subordinados a la jerarquía, a pesar de las ideas expuestas sobre el sacerdocio común.
- Algunas grandes cuestiones del hombre actual han sido marginadas, al centrarse demasiado en el aspecto eclesiológico.

Novedades

En los documentos del Concilio Vaticano II encontramos estas novedades respecto al enfoque y al método empleado:

- *Un enfoque pastoral*, no dogmático. El Concilio trató de responder a las preguntas y necesidades del hombre contemporáneo.
- *Un enfoque histórico*. La teología anterior era de tipo conceptual y los artículos de fe se presentaban con un lenguaje abstracto, partiendo de tesis establecidas y aplicadas de forma deductiva. El Concilio renuncia a este lenguaje asumiendo los resultados de la investigación histórica.

- *Un enfoque más bíblico.* El Concilio vuelve a las fuentes bíblicas para dar respuesta a los grandes problemas de la Iglesia, del hombre y del mundo. Se supera así una visión escolástica a la que se había atribuido hasta entonces una importancia desmesurada.
- *Un enfoque más patristico.* La vuelta a las fuentes supone un conocimiento mayor de los Padres de la Iglesia, cuyos textos tienen una enorme importancia, aunque están supeditados a las Sagradas Escrituras. Estos conocimientos influirán en gran medida en la teología del Concilio.
- *Apertura ecuménica.* Juan XXIII creó el Secretariado para la Unidad de los Cristianos y también invitó a las comunidades e iglesias a enviar observadores que expusieran libremente sus puntos de vista.
- *Apertura al mundo moderno.* Buscando comprender mejor a la Iglesia, el Concilio se vio llevado a precisar de forma más correcta y existencial las relaciones entre la Iglesia y las realidades humanas.
- *Diálogo con los no cristianos.* Renunciando a las condenas y a la severidad de otras épocas, el Concilio pretende entablar un diálogo con los no creyentes. Para ello opta por utilizar la misericordia antes que el castigo.
- *Un nuevo estilo en la redacción de los textos.* Parte del análisis sociológico y del método in-

ductivo, buscando lo que une el pensamiento cristiano con los otros pensamientos.

- *Un principio teológico nuevo.* El Concilio habla de una jerarquía de verdades donde el centro es Cristo y la Trinidad.

Constantes

En los documentos del Concilio podemos encontrar estas constantes teológicas:

- *La Historia de la Salvación.* El contenido esencial de la Escritura es la Revelación de la salvación que se produce en un proceso histórico y en unos acontecimientos históricos. Dios quiere la salvación de todos, y la Iglesia es el sacramento de salvación, de tal modo que todos los hombres estamos ligados a la Iglesia, aunque de modo diverso.
- *El teocentrismo en función de una teología trinitaria.* La constitución dogmática *Lumen Gentium* explica cómo la Trinidad es la fuente y el fin de la comunidad de los creyentes. En la Iglesia es donde se realiza el proyecto de amor del Padre que consiste en elevar al hombre a la condición divina. Para llevar a cabo este proyecto, el Hijo inaugura en la tierra el Reino de Dios y la Iglesia es después animada y vivificada por el Espíritu.
- *La antropología.* Lo mismo que Cristo es imagen del Padre, el hombre –creado a imagen y semejanza de Dios– se comprende en profundidad a partir de Cristo. El hombre es capaz de conocer a

Dios. Es el señor de la creación, está abierto a los demás y está llamado a la comunión con Dios. Esta antropología se encuentra de forma explícita en la constitución *Gaudium et Spes* y de forma implícita en otros documentos.

CONCLUSIÓN

Podemos decir, en definitiva, que a pesar de ciertas limitaciones, el balance del Concilio Vaticano II es muy positivo, pues ha ayudado enormemente a la Iglesia a abrirse al mundo en el que ha de anunciar la Buena Noticia.

SATURNINO PLAZA AGUILAR
Madrid (España)

La vida consagrada en el siglo XXI

Evangelio, caridad y contemplación

Coincidiendo con el 50 aniversario del decreto *Perfectae caritatis*, el año litúrgico de 2015 ha sido proclamado «Año de la Vida Consagrada». Por ello nos hemos aventurado a elaborar este pequeño estudio en el que hacemos un recorrido desde los orígenes de esta forma de vida y, a partir de ahí, analizamos sus principales problemas y retos actuales. Hemos querido tener muy presente al Espíritu Santo, pues, misteriosamente, de un modo u otro, directa o indirectamente, ha guiado a la Iglesia en su devenir histórico, y la guiará hasta la resurrección.

Como punto de partida de esta reflexión sobre la vida consagrada –o vida religiosa–, debemos partir de dos hechos: la crisis vocacional que ésta sufre y el auge que tienen algunos Movimientos laicales como el Camino Neocatecumenal, Comunión y Liberación y, en Latinoamérica, la Renovación Carismática. Ante esta realidad, se oyen voces que afirman que la vida consagrada será reemplazada por los Movimientos laicales a lo largo de este siglo. Dejemos esta cuestión en suspenso para retomarla más tarde.

ESENCIA DE LA VIDA RELIGIOSA

Antes de meternos de lleno en la realidad del siglo XXI, es importante hacer un pequeño apunte sobre el fundamento de la vida consagrada, porque sólo así podremos encontrar su sentido en la actualidad. Pues bien, dicho fundamento no es otro que *seguir a Cristo, dejándolo todo*. Cuando un cristiano deja su familia, su trabajo, su lugar de residencia, sus costumbres, sus posesiones y hasta su voluntad para entregarse por entero a Dios y a la gente, aunque no ingrese en un Instituto religioso, se le puede considerar que forma parte de la vida consagrada.

El *seguimiento de Cristo* es propio de todos los cristianos. A nivel de vida religiosa, la clave de ese seguimiento radica en *dejarlo todo* para conseguir algo mucho mejor: el Reino de Dios. Jesús se lo dijo así al joven rico: «*Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme*» (Mt 19,21).

Origen

Si queremos conocer bien la esencia de la vida consagrada, debemos dirigirnos a sus comienzos. Se considera que los primeros religiosos fueron los monjes del desierto: personas que –movidos por el Espíritu Santo– lo dejaron todo para unirse íntimamente a Dios en la soledad de la naturaleza con el fin de ayudar espiritualmente a los cristianos que vivían en los pueblos y ciudades. Los primeros datan de la segunda mitad del siglo III, en Egipto. Pero la gran eclosión de esta forma de vida se da en el siglo

IV, pues, gracias a la Paz de Constantino (313), el cristianismo dejó de ser perseguido y las comunidades eclesiales crecieron y se masificaron y, debido a ello, su calidad espiritual descendió, y esto movió a muchos a buscar una vida cristiana más auténtica fuera del ámbito urbano.

Así, aquellos que se sentían llamados por Dios para seguirle fielmente, se adentraron en el desierto para integrarse en colonias de eremitas –que vivían solos en sus cabañas– o en comunidades monásticas, la primera de las cuales fue fundada por san Pacomio (290-346) en el año 323 en la región del Tabennesi, en la ribera del Nilo. Se trataba de una comunidad masculina. Años más tarde también fundó comunidades femeninas. Asimismo, hubo mujeres eremitas, pero en mucha menor cantidad que los varones debido a las circunstancias sociales y, sobre todo, al peligro que corrían por estar a merced de maleantes y bandidos.

Sabemos que hubo anteriormente –en el siglo II– otras personas que se consagraron a Dios: se trata de las vírgenes, que pronto llegaron a tener gran importancia en las comunidades cristianas. También había varones consagrados –los llamados «ascetas» o «continentes»–, pero en menor número. En ambos casos, no se les puede considerar todavía como una forma de vida religiosa porque no renunciaban a sus posesiones y, a menudo, vivían con sus familias. Pero, ya en el siglo IV, el Espíritu Santo va a animar a las vírgenes a formar comunidades regidas por una regla de vida, guardando los tres votos –pobreza, castidad y obediencia– y bajo la autoridad del

obispo, constituyendo así las primeras comunidades religiosas urbanas.

Tanto las vírgenes consagradas como los monjes del desierto, se dedicaban fundamentalmente a la oración. También realizaban trabajos manuales para mantenerse económicamente y asistían espiritualmente a todos aquellos que lo requerían. Las vírgenes se ocupaban a menudo de criar y educar a niños huérfanos y abandonados.

Desarrollo, masificación y decadencia

Pues bien, según fueron cambiando las circunstancias sociales a lo largo de los siglos, el Espíritu Santo ha ido suscitando diversas formas de vida religiosa con el fin de edificar el Reino de Dios en este mundo: predicando el evangelio, hospedando a peregrinos, curando a enfermos, liberando a esclavos, educando a niños y jóvenes, atendiendo a ancianos, visitando a presos, acompañando a enfermos terminales, etc. Pero el excesivo desarrollo de la vida religiosa ha tenido como consecuencia su masificación.

A comienzos del siglo V se contaban por millares los monjes que habitaban en el desierto de Egipto. Los testimonios escritos de los propios monjes revelan que su calidad espiritual decayó entonces enormemente. ¿Cuál fue el problema?: que muchos de ellos abrazaron esta forma de vida movidos por motivos equivocados, pues los confundieron con una llamada del Espíritu Santo. Muchos, a pesar de ello, vivieron como buenos monjes, pero otros no: de ahí

la degeneración que sufrió el monacato del desierto, sobre todo el eremítico, pues no estaba guiado por ninguna Regla de vida, sino por la sabiduría de ciertos monjes que ejercían de guías espirituales –o *apas*– de las colonias de ermitaños. Y cuando los buenos *apas* murieron y fueron reemplazados por otros de menor calidad espiritual, las colonias cayeron en la decadencia.

Este fenómeno, desgraciadamente, se ha reproducido a lo largo de toda la historia. En demasiadas ocasiones ha habido personas que, en vez de dejarlo todo para entregarse a Dios, lo han hecho para mejorar su estatus de vida. En consecuencia, cuando esto ocurre masivamente, la calidad espiritual de las comunidades religiosas se resiente mucho, pues dejan de ser un lugar donde se vive el Reino de Dios para convertirse en un «reino» muy terrenal. Pero hay otras circunstancias negativas, por ejemplo: cuando fallece el fundador y aquellos que convivieron con él, el Instituto religioso, generalmente, pierde parte del ímpetu primigenio de la fundación.

La historia de la Iglesia nos revela que casi todos los Institutos religiosos han tenido unos comienzos santos y edificantes, pero, a medida que han ganado fama y poder, han perdido su santidad original, cayendo en la decadencia. Por ello, antes o después, han tenido que «reformarse» para retornar a su espiritualidad original. Los monjes cartujos son una excepción a esta realidad: fundados por san Bruno (ca. 1032-1101) en 1084, la rigurosidad de su Regla de vida ha impedido su degeneración.

CRISIS VOCACIONAL ACTUAL

Veamos a continuación cuáles son los motivos fundamentales que han conducido a la crisis vocacional que vive la vida religiosa en la actualidad.

Las familias cristianas

Después de la Segunda Guerra Mundial hubo un gran aumento de la natalidad en el mundo occidental. Era normal que un matrimonio tuviese de cinco a diez hijos, aunque después le costase alimentarles y, más aún, educarles. Afortunadamente, los Institutos religiosos, a pesar de la penuria económica, tenían capacidad para alimentar y educar a muchos niños y jóvenes. Por ello, las familias cristianas animaban a sus hijos a entrar en la vida consagrada, que, además, gozaba de mucho prestigio. Pues bien, en los años 60 había tal cantidad de vocaciones, que la mayoría de los Institutos religiosos tenían problemas para hacerse cargo de todas ellas. Pero, pasado un tiempo, las cosas cambiaron radicalmente: a partir de los años 70, las familias pasaron a tener uno, dos o tres hijos, dejaron de tener dificultades para alimentarles y educarles, y además, se descristianizaron. El resultado todos lo conocemos: en Occidente las familias han dejado de ser una fuente de vocaciones. Y este cambio está llegando a los países menos desarrollados, por lo que este problema ya abarca, prácticamente, a todo el mundo.

Nuevas circunstancias sociales

Está claro que la sobreabundancia de religiosos de los años 60 no estaba sostenida por el impulso

del Espíritu Santo, sino por las circunstancias socioeconómicas. Y lo mismo podemos decir respecto a la crisis vocacional actual: no se debe a un deseo del Espíritu Santo, sino también a las circunstancias socioeconómicas.

Ciertamente, la vocación a la vida consagrada no es mayoritaria ni masiva, es de unos pocos, pues Dios pide a la mayoría de los cristianos que funden una familia, como dice el capítulo primero del Génesis: «*Sed fecundos y multiplicaos*» (Gn 1,28). Podríamos decir que es excepcional que alguien lo deje todo por el Reino de Dios. Por ello, debe ser algo minoritario. Pero, ¿tan minoritario como lo es en la actualidad?: todo indica que no. Así como la vida religiosa estuvo «superpoblada» hasta hace unos años, ahora está «despoblada». Es lógico afirmar que, así como antiguamente era común que alguna –o mucha– gente entrase en la vida religiosa sin ser llamada por el Espíritu Santo, ahora ocurre lo contrario: hay algunas –o muchas– personas que, siendo llamadas por el Espíritu Santo, no entran en la vida religiosa. Ahí está la clave del problema.

Hemos dicho que parte de ello es causado por el cambio acontecido en las familias, pero se trata de un problema mucho mayor: nos referimos al cambio cultural y social que han experimentado los países tradicionalmente cristianos, pues si hace 60 años la sociedad veía bien la entrada en la vida religiosa, ahora, por lo general, lo ve como algo extraño o, incluso, ridículo.

Un difícil salto al vacío

Entrar en la vida religiosa es como dar un salto al vacío, porque uno lo deja todo para entrar en una forma vida que no sabe a ciencia cierta qué le deparará. Pero ahora, en demasiadas ocasiones, ese «salto al vacío» es excesivamente difícil, pues la persona con vocación no sólo debe vencer sus propios miedos internos, también debe superar los obstáculos que le pone la sociedad actual, como son: unos padres que se oponen rotundamente, unos amigos que se burlan, unos medios de comunicación que sobrevaloran el dinero y los placeres físicos, etc.

Además, hay otro problema importante: el Espíritu Santo necesita de la ayuda humana para hacer llegar su llamada. La gran mayoría de los religiosos han entrado en su Instituto porque hubo una persona o una comunidad por medio de los cuales el Espíritu Santo les tocó el corazón. Pero, actualmente, eso es muy difícil, porque la presencia cristiana apenas se percibe en los ámbitos en los que se desenvuelve la gente normal. Curiosamente hay una importante excepción: Internet, que se ha convertido en una plataforma por medio de la cual el Espíritu Santo está haciendo actualmente una gran llamada vocacional. En algunos Institutos o monasterios, la mayoría de las personas que entran no lo hacen porque han conocido a alguien de dentro, sino porque, casualmente, se toparon con su página web y en ella hubo algo que les llamó profundamente la atención, y, tras pensárselo un poco, iniciaron el proceso de acercamiento vocacional. Esto es un claro signo de que las circunstancias socioculturales han cambiado mucho.

¿ES ENTONCES NECESARIA UNA RENOVACIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA?

Si contemplamos la historia de la Iglesia, podemos ver que la vida consagrada ha pasado por varios momentos de crisis, y de todos ellos ha sabido recuperarse: bien retornando a la espiritualidad de las raíces fundacionales, o bien creando nuevas formas de vida religiosa, como fueron, por ejemplo, las Órdenes mendicantes en el siglo XIII o la Compañía de Jesús en el siglo XVI.

¿Es éste un momento para renovar o reformar los Institutos religiosos?: los superiores de éstos no lo creen así por dos motivos: porque eso ya se hizo hace poco, tras el Concilio Vaticano II y, fundamentalmente, porque consideran que la falta de vocaciones no se debe a que haya una crisis interna en el Instituto sino a la situación social actual, que dificulta la entrada de nuevas vocaciones en la vida consagrada –como ya hemos expuesto más arriba–. Por ello, los superiores abogan sobre todo por mejorar la vida comunitaria y la labor pastoral de sus comunidades y por acrecentar los «canales de comunicación» por medio de los cuales el Espíritu Santo pueda contactar con aquellos que ha llamado a entrar en su Instituto, es decir: apostando por una buena pastoral vocacional.

Sin embargo, también hay muchos religiosos que creen que la falta de vocaciones se debe a que la vida religiosa actual está en decadencia. Pero cuando se les pregunta cómo podría solucionarse este problema, podemos escuchar todo tipo de respuestas. Por

poner tres ejemplos: hay quienes abogan por retomar la antigua observancia anterior al Concilio Vaticano II –uso continuo del hábito, clausura más estricta, teología escolástica, etc.–, otros consideran que hay que optar por una entrega y una pobreza radicales –imitando literalmente al fundador del Instituto– y otros creen que los religiosos deben dejar las instituciones que mantienen –como los colegios o las casas de ejercicios– para integrarse lo máximo posible en el mundo secular, respetando, claro está, los tres votos. Es decir, no hay una idea clara de cómo habría que reformar la vida consagrada.

¿SON LOS MOVIMIENTOS LAICALES UN SUSTITUTO DE LA VIDA RELIGIOSA?

Llega el momento de dar respuesta a la pregunta que dejábamos en suspenso al comienzo de este estudio. Sabemos que la vida consagrada a veces ha salido de sus antiguas crisis generando nuevas formas de vida. Por ello, hay quienes piensan que, ante el éxito de algunos Movimientos laicales, éstos podrían acabar reemplazando –en parte– a la vida religiosa, como en su día las Órdenes mendicantes reemplazaron –en parte– a la vida monástica y la Compañía de Jesús, a su vez, a las Órdenes mendicantes.

La respuesta a esta cuestión es fácil si recordamos cuál es la esencia de la vida consagrada: *dejarlo todo por el Reino*. Por ello en modo alguno los Movimientos laicales pueden reemplazar a la vida religiosa, pues ocupan un ámbito diferente dentro de la Iglesia. Éstos acogen a cristianos a los que el

Espíritu Santo anima a compartir e intensificar su experiencia de fe con otras personas, sin dejar –generalmente– a su familia, su trabajo ni su lugar de residencia. Un miembro de un Movimiento laical no es un religioso. Ambos pueden ser igualmente santos, pero se les exige –a priori– un diferente compromiso con el Reino.

Es más, no sólo los Movimientos laicales no van a reemplazar a la vida consagrada, sino que, de hecho, están ofreciendo al Espíritu Santo una magnífica ayuda para llamar a personas a esta forma de vida. Por ejemplo, casi todos conocemos a monjas que han encontrado su vocación contemplativa dentro de un Movimiento laical.

¿CÓMO EVOLUCIONARÁ LA VIDA RELIGIOSA EN EL SIGLO XXI?

Como es lógico, es difícil hacer predicciones de futuro. Pero si nos basamos en la realidad actual y en lo que ha venido sucediendo a lo largo de la historia, podemos llegar a algunas ideas clave. La primera es que ahora están desapareciendo multitud de Institutos de vida religiosa, empezando por los más pequeños y menos significativos. Es más, hay Institutos que antaño tuvieron cientos de religiosos que se ven abocados a la extinción porque apenas cuentan con personas de menos de 60 años o porque entre sus nuevos miembros hay demasiados con deficiencias culturales, morales, espirituales o psicológicas, debido a que les dejaron ingresar sin un minucioso examen vocacional o/y no se cuidó bien su proceso de formación.

Pero también conocemos Institutos que, al menos en ciertos países, han sabido adaptar su carisma fundacional a las nuevas circunstancias sociales, de tal forma que son un referente espiritual en el ámbito en el que se desenvuelven. A ellos, el Espíritu Santo les está enviando nuevas vocaciones de una gran calidad psicológica y espiritual. En su mayoría se trata de personas adultas que ya han acabado sus estudios académicos y se han integrado en el mundo laboral. Pues bien, ésta es la segunda idea clave: es necesario saber adaptarse a las circunstancias actuales, sin renunciar al carisma fundacional. Para ello no hace falta emprender grandes «reformas», sino pedir a Dios que nos dé fundamentalmente tres cosas: *sabiduría* para conocer lo que Él quiere que hagamos en la sociedad actual, *valor* para llevarlo a cabo y *humildad* para reconocer que estamos en sus manos, no en las nuestras. Los Institutos religiosos que no sean capaces de hacer la voluntad de Dios en el mundo actual desaparecerán.

Por último, y como tercera idea clave, podemos constatar que una exitosa estrategia de adaptación es unir fuerzas. En los grandes Institutos se están unificando provincias con el fin de optimizar los recursos y fortalecer las instituciones. También se están uniendo comunidades monásticas de la misma Orden. En el caso de las pequeñas Congregaciones esto es mucho más complicado, pues si los superiores quieren seguir esta estrategia, deberían estudiar cómo unirse a otras congregaciones que compartan el mismo carisma. Esto es más fácil –aunque sigue siendo muy complejo– cuando se trata de Institutos que forman

parte de una misma Familia religiosa, como la franciscana, la ignaciana o la dominica.

¿QUÉ SENTIDO TIENE LA VIDA RELIGIOSA EN EL SIGLO XXI?

Muchos de los que consideran que la vida religiosa va a ser reemplazada por los Movimientos laicales, piensan así porque creen que carece de sentido en la actualidad. Obviamente, nosotros no estamos de acuerdo. Veamos por qué.

Una mirada al pasado

La vida consagrada ha tenido siempre un papel de «contrapunto» dentro de la Iglesia y, sobre todo, en la sociedad. Durante los tres primeros siglos no hizo falta la vida religiosa porque la Iglesia perseguida vivía el Evangelio con una entrega ejemplar. Pero, como ya hemos visto, esto comenzó a cambiar en el siglo III y sobre todo con el fin de las persecuciones (313), pues las comunidades cristianas aumentaron su tamaño y su estatus social y económico, y, consecuentemente, decayeron espiritualmente. Por eso el Espíritu Santo llamó a algunos para que habitaran en la desprotegida soledad del desierto, y así mostraran a todos Quién es el que realmente sostiene a la Iglesia y la defiende de los peligros. Ciertamente, el recuerdo de los monjes del desierto sigue siendo un referente espiritual para los cristianos actuales.

Tras la caída del Imperio Romano (siglo V), muchas ciudades desaparecieron y la población se desplazó al campo. Europa estaba sumida en el caos. Por ello, el Espíritu Santo suscitó la proliferación de

monasterios en las zonas rurales para que diesen testimonio del orden y equilibrio del Reino de Dios. Los monjes, con su liturgia y su trabajo manual, trajeron armonía –espiritual, moral y social– a aquellas gentes.

Una vez que las ciudades recuperan su importancia en Europa como centros de poder político, económico y cultural (siglos XII-XIII), en ellas surgen ideas y espiritualidades contrarias al Evangelio que son muy dañinas para los que las practican. Pero la Iglesia jerárquica no estaba capacitada para darles respuesta porque por entonces era demasiado inculta y opulenta. Esto movió al Espíritu Santo a hacer surgir las Órdenes mendicantes, que se van a asentar en las ciudades y sus frailes van a salir de los conventos para predicar el Evangelio. Efectivamente, aquellos frailes ofrecieron una edificante pobreza y una consistente teología. Lo mismo podemos decir de las Órdenes rectoras y hospitalarias por medio de las cuales el Espíritu Santo ofreció una valiosa ayuda a los encarcelados y enfermos.

Llegado el siglo XVI, Europa ya había dejado atrás la Edad Media. El mundo conocido se estaba ensanchando enormemente gracias a los descubrimientos de nuevas tierras en Asia y América; el saber se había enriquecido con el humanismo griego proveniente del extinto Imperio Bizantino; los monarcas tenían ahora un gran poder autoritario; y la Cristiandad se estaba desgajando en diversas Iglesias protestantes que no aceptaban el poder de la Santa Sede. Ante esta situación, el Espíritu Santo hizo surgir una nueva forma de vida religiosa: la

Compañía de Jesús, que ofrece un servicio ágil y eficaz a Dios y a las personas, fundando buenos colegios y universidades, y haciendo lo que haga falta por el Reino de Dios en toda Europa y en las nuevas tierras de misión.

Después, en los siglos XVII y XVIII, ante unos Estados autoritarios que se limitaban a cobrar impuestos y no ofrecían apenas ningún servicio a sus súbditos, el Espíritu Santo inspiró la fundación de diversos Institutos religiosos que –siguiendo en mayor o menor medida el carisma de la Compañía de Jesús– crearon colegios, hospitales, sanatorios, orfanatos, geriátricos y todo tipo de instituciones de ayuda a los necesitados. Esta proliferación de Institutos religiosos se acrecentó en el siglo XIX, cuando la Iglesia sufrió terriblemente los cambios políticos y sociales promovidos por la Revolución Francesa, quedando acorralada. Entonces el Espíritu Santo hizo que los religiosos extendieran el Evangelio por todo el mundo.

Como vemos, cada vez que el transcurrir de la historia ha deparado cambios sustanciales, el Espíritu Santo se ha servido de la vida religiosa para dar una respuesta evangélica.

La «Era Posmoderna»

Pues bien, en los años 90 tomó fuerza la llamada *Posmodernidad*, basada en la democracia capitalista que se ha impuesto en la mayoría de los países y que se sustenta en el consumo, de tal forma que, cuanto más y mejores consumidores haya en el mundo, mejor funciona la macroeconomía de los países y las

empresas, que es la que, a su vez, hace funcionar la microeconomía de las personas.

Ahora la información llega a todas partes, pero controlada por unos pocos que se ocupan de filtrarla y acomodarla para que seamos buenos «consumidores». En este fenómeno es muy importante la difusión del pensamiento posmoderno, en el que se nos alienta a que seamos: *individualistas*: pensando sobre todo en nosotros mismos; *utilitaristas*: dando más importancia a aquello que reporta beneficios; y *relativistas*: considerando que ningún valor moral o religioso tiene un valor absoluto. Estos tres elementos son la base de la Era Posmoderna, pues nos convierte en excelentes consumidores. Y es lógico pensar que el Espíritu Santo está animando a la vida religiosa a que sea su «contrapunto», ofreciendo a la sociedad una alternativa evangélica. Veamos cómo.

Evangelio, caridad y contemplación

Frente al relativismo: predicación del Evangelio. Donde más se hace sentir el relativismo es en la espiritualidad que vive la gente normal de la sociedad actual. Podemos ver cómo se está extendiendo con gran fuerza una «espiritualidad consumista» que ofrece múltiples caminos para que la persona escoja aquellos que considera que mejor le convienen para su bienestar espiritual, psicológico y físico. Ante eso, todo lo demás es relativo: los valores morales, las personas y, sobre todo, Dios, al que se pretende amoldar a los caprichos del consumidor espiritual. En consecuencia, la Iglesia y, concretamente la vida consagrada, deben mostrar al mundo que hay algo que no

es relativo: la Palabra venida de lo Alto, pues es «*el Camino, la Verdad y la Vida*» (Jn 14,6). Sólo ella nos depara la felicidad plena y eterna. Sabemos que es difícil anunciar el Evangelio a una sociedad consumista que es continuamente bombardeada por miles de apetecibles y sugerentes propuestas no evangélicas. Pero para vencer ese obstáculo contamos con la indispensable ayuda del Espíritu Santo.

Frente al individualismo: caridad fraterna. Los medios de comunicación nos animan a buscar nuestro propio bien, aunque sea a costa de nuestros amigos, de nuestra familia o del mismo Dios. Es cierto que el egoísmo nos puede reportar a corto plazo muchos beneficios, pero a medio y largo plazo nos conduce a la soledad y el sinsentido. Por eso, la vida religiosa debe mostrar que cuando pensamos más en los otros que en nosotros mismos, a todos nos va mejor. Dios envió a su Hijo para darse totalmente por el bien de la humanidad. Su amor caritativo derramado en la Cruz nos ha abierto el camino de la salvación. Por eso la caridad es el mejor testimonio que podemos dar al mundo actual.

Frente al utilitarismo: contemplación. Lo que ahora más se valora es lo que produce más beneficios, es decir, lo más útil. Y cuando algo deja de ser útil se tira a la basura. Cuando nosotros presentamos públicamente a una persona, tenemos tendencia a hablar de sus títulos académicos y el puesto que ocupa en la empresa, para que así pueda verse su potencial productivo. Y lo mismo hacemos respecto a todo, incluso respecto a Dios. Porque la sociedad posmoderna

tiene ojos cuantificadores. Pero Jesús nos invita a ver el mundo con ojos contemplativos, que no cuantifican, sino que descubren en todo la bondad y la belleza del Creador. Por eso, la vida religiosa debe mostrar que todos valemos mucho simplemente porque *somos* hijos de Dios, independiente de las habilidades y cualidades que *tengamos*. Y ha de animarnos a dedicar parte –o todo– nuestro tiempo a contemplar a Dios. Efectivamente, a ejemplo de María la hermana de Marta (cf. Lc 10,38-42), debemos ofrecer al menos una parte de nuestro tiempo en estar con nuestro Amado gratuitamente, sin buscar nada a cambio, pues, estando con Él, permaneciendo en su amor (cf. Jn 15,9), todo lo demás se nos dará por añadidura (cf. Mt 6,33).

CONCLUSIÓN

Hace unas décadas, dar testimonio del Evangelio, de la caridad y de la contemplación no significaba algo novedoso ni significativo. Ahora, en cambio, en plena Edad Posmoderna, es claramente un «contrapunto». ¿Cómo podemos dar este testimonio? Quizás algunos lectores hubieran deseado que este estudio desarrollase más esta cuestión. Pero deben darse cuenta de que esto es algo que compete a cada persona y a cada comunidad. Cada uno de nosotros deberíamos meditarlo, orarlo y dialogarlo fraternamente, teniendo en cuenta un peligro muy cierto: si un Instituto religioso se deja diluir en los vicios y defectos de la Posmodernidad, entonces habrá perdido su sentido y está abocado a desaparecer.

Afortunadamente, el Espíritu Santo es quien mueve y alienta a la vida consagrada, y Él sabrá suscitar en ella ese contrapunto tan necesario. Para ello va a ser fundamental que los Institutos religiosos pidan a Dios que les dé la sabiduría, el valor y la humildad que son precisos para cumplir este cometido. Los que así lo hagan, no sólo subsistirán, sino que crecerán y se convertirán en un árbol en cuyas ramas anidarán las aves del cielo (cf. Mt 13,32).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Acción de gracias por mi Ordenación sacerdotal¹

El día que yo nací los médicos decidieron dejarme ingresado en el hospital. Padecía ictericia, que a causa de un aumento de bilirrubina, produce un amarilleo de la piel y otros tejidos. Por aquel entonces las madres no se quedaban con los hijos, por lo que mi madre, Alicia, tuvo que irse a casa sin mí. ¡Imaginaos la tragedia! ¡Una madre separada de su hijo recién nacido! El caso es que todos los días mi madre y mi padre, Emilio, iban a verme al hospital. Uno de esos días, el día 5 de octubre de 1980, día de san Froilán, venían a verme, como era ya costumbre, mis padres, esta vez acompañados de mi abuela Victoria, que está ahora viéndonos desde el cielo.

Alguien tuvo la idea de parar aquí, en el Santuario de la Virgen del Camino –patrona de la provincia de León–, antes de continuar el viaje hasta León capital. Mi madre cuenta que –siguiendo una costumbre ancestral – ella fue a tirarle de las narices a san Froilán, y le pidió que le devolviesen a su hijo. Mi abuela rezó a la Virgen del Camino, pidiéndole también que sanase cuanto antes. No sé si ustedes creen en los milagros. Poco importa. Lo que es cierto es que ese mis-

1. Celebrada en la Basílica de la Virgen del Camino (León) el 20 de diciembre de 2014.

mo día los médicos me dieron el alta, y por fin, con apenas ocho días de vida, fui a casa con mis padres y mi abuela. Desde que me contó esta historia, mi madre me llama todos los años, para felicitar me por mi segundo cumpleaños.

No voy a hacer ninguna exégesis ni interpretación de este acontecimiento, que cada uno de los protagonistas del mismo llevaremos a buen seguro de modo diferente en nuestro corazón. Pero sí os diré que, tras lo que os acabo de contar, parece de sobra justificada mi presencia hoy aquí. Un día esta Virgen estuvo al comienzo de mi camino en la vida, y ahora ella está en este nuevo comienzo. Un día la Virgen hizo algo por mí, y yo ahora vengo a agradecerérselo. Y es que de eso es de lo que se trata, de dar gracias.

¿Sabéis cuál es una de las razones por las que creo que existe una vida después de esta? Porque en esta vida no hay tiempo suficiente para dar gracias por todas las cosas que hemos recibido. De hecho, dar gracias es probablemente uno de los gestos más humanos que se pueden realizar. El que da gracias reconoce lo que ha recibido, reconoce al que le ha dado lo que tiene, reconoce al donante. Además el que da gracias en cierto modo se compromete con lo que ha recibido, lo asume como lo que realmente es: un regalo que conlleva una responsabilidad.

Los regalos expresan la personalidad de quien regala y la de quien recibe el regalo: pero no solo expresan esas personalidades del donante y del receptor, sino que las enriquecen, las constituyen, las crean. Un regalo es un acto libre que crea y recrea a las personas.

Un regalo es un acto creador. Un regalo es un puente entre dos corazones, un lazo de amor entre dos personas. El que da gracias de verdad, en un sentido profundo, existencial, reconoce que todo es don, que todo lo que tiene le es dado gracias a otro. Uno es más uno mismo cuanto más es capaz de darse cuenta de que las cosas importantes que tiene le han sido dadas por otro. Otro de los nombres del don es el amor. Dar gracias es reconocer que el corazón de todo lo que existe, que la fuente pura de la que todo mana, es el Amor, es Dios. Todo tiene su origen y su destino en ese regalo indecible por el que Dios regala de su ser a todas las cosas para que existan.

Entonces, si es verdad lo que he dicho, no se trata de dar gracias, que es absolutamente necesario, sino de vivir agradecido, que es algo mucho más importante y profundo. No quiero entonces solamente dar gracias, sino que quiero vivir fiel y responsablemente con todos los dones que se me han otorgado.

Quiero ser, vivir agradecido, hacerme responsable del inmenso don de la vida, de un mundo lleno de luces y sombras. Un mundo en el que, si se sabe mirar, la maravilla es más frecuente que la desgracia, y en el que la gloria de Dios resplandece en cada cosa y en cada acontecimiento. Cada partícula del cosmos, escribió Elmar Salman, es una zarza ardiente. Quiero vivir agradecido por cada instante de tiempo que se me ha regalado, porque como dice en algún momento la liturgia, *«es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo»*. ¡Si yo pudiese transmitirlo lo que siento! ¿Cómo expresar que vivo *arrastrado por la maravilla?*

¿Cómo mostrar la gloria que resplandece en absolutamente todas las cosas? ¿Cómo alcanzar la fuente de ese brillo? ¿Podemos estirar la mano y tocarla?

Quiero ser, vivir agradecido, por el inmenso regalo de una familia como la mía: mis padres, mis hermanos, mi abuelo, mis tías y primos, y más primos aún. Recuerdo también a todos los que han muerto, especialmente a mi abuela Victoria. Yo he sentido que ella me ayuda y me sostiene desde el cielo. En mi familia he aprendido algunas de las cosas más importantes de la vida, entre las que puedo mencionar la entrega, el trabajo, la fidelidad, la generosidad, el compartir, el amor. ¿Qué más hay que aprender que estas cosas en la vida?

Quiero ser, vivir agradecido, por los amigos: ellos son como columnas de la vida de uno, faros que te acompañan, caminantes que hacen contigo el camino. ¡Qué gran regalo y qué misterio profundo el de dos almas amigas! Con razón utilizó santo Tomás de Aquino la amistad para hablar de las relaciones del ser humano con Dios.

Quiero ser, vivir agradecido, por la Iglesia, porque me ha enseñado a Jesucristo (¡qué cosa más grande se puede decir de la Iglesia!), y dentro de la Iglesia, por la Orden de Predicadores: en ella he encontrado mi nicho ecológico, por decirlo con metáfora biológica. La Orden, o mejor, las personas que la forman, son la causa de mis desvelos y mis alegrías. En ella he encontrado amigos, hermanos, algún que otro contraejemplo y una inmensa mayoría de santos a los que algún día me gustaría parecerme. Quiero mencionar especialmente a los frailes de mi comunidad de san

Pablo y san Gregorio de Valladolid, que son para mí un auténtico regalo de Dios, y a todos los frailes que residen aquí, en La Virgen del Camino, porque se han volcado desde el principio en la preparación de esta ordenación. Mención especial a Sixto, que también es responsable de que esté hoy aquí, ¡y eso que no está ordenado!

Quiero ser, vivir agradecido, por todos los que de una u otra forma me acompañáis en el camino de la vida: amigos del Movimiento Juvenil Dominicano, seglares dominicos, alumnos de la Universidad de la Experiencia, personas cercanas a nuestros conventos o que trabajáis en ellos. Todos vosotros sois un regalo para mí. Y os agradezco que hayáis querido estar hoy aquí. Me gustaría ser para vosotros un regalo.

Quiero ser, vivir agradecido, por último, a don Julián –Obispo de León–, sin el cual nada de esto habría sido posible. Él tiene una agenda apretadísima, pero desde el principio ha mostrado su disponibilidad y su ilusión contagiosa. Gracias don Julián: desde ahora nos une una relación espiritual especial. Espero que podamos volver a tener conversaciones tan interesantes como las del otro día. Rece por mí y por mi ministerio, que yo haré lo mismo por el suyo.

En definitiva y conclusión, como dijo el Maestro Eckhart, y yo siempre lo repito, una sola palabra es suficiente para orar: Gracias.

FRAY MOISÉS PÉREZ MARCOS, O.P.
Valladolid (España)

Teología a partir de las águilas

Entre las cosas sencillas que desde pequeña cautivan mi atención son las relacionadas con las «alas» y el «vuelo». Dibujos, canciones, poemas, escritos y las más diversas expresiones que incluyan tales referencias embelesan mis sentidos. No por casualidad el nombre que me asignaron, «Ángela», me provoca instintos de puente y libertad. Y qué decir de las gaviotas que se extienden por las sendas del Mar Caribe captadas bajo mis pupilas fotográficas hasta desaparecer en la superficie del horizonte azul. Con estas especies me identifico y, por tal motivo, me detengo a reflexionar en lo que he denominado «teología a partir de las águilas».

Podemos recurrir a variadas informaciones sobre las águilas. Estas, en su pluralidad de especie, forman parte de la familia *Accipitridae* (miembros de las aves de presa). Físicamente son robustas, con cabeza pesada y pico puntiagudo con el cual descuartizan su presa. Igualmente sus garras son vigorosas y, gracias a la fuerza que las distingue, pueden acechar a presas más pesadas. El águila se caracteriza por su visión, preparada para focalizar a significativas distancias. Poseen la propiedad de vivir largamente, hay quienes hablan de 20 a 30 años, sufriendo un curioso proceso de renovación a la mitad del ciclo. Ellas, retirándose, renuevan especialmente su pico y sus plumas. En la

etapa procreadora cuidan sus pichones protegiéndolos de los peligros, del sol o del viento, y los alimentan hasta tornarlos aptos para volar. En esta etapa, una vez plumados los pichones, el ave progenitora agita su nido para forzarlos a su primer vuelo.

El antiguo Israel, para referirse al águila, acepta el sustantivo hebreo *neshet*. Con el término englobaban las grandes aves de vuelo elevado, designándole las particularidades de fuerza y agilidad. La protección y el cuidado extraordinarios del Dios de Israel son comparados con los de un *neshet*. Veán, por ejemplo, estas referencias ilustrativas: «*Como un águila alimenta a sus polluelos, y revolotea sobre ellos, así Él extendió sus alas y los tomó, y los llevó sobre sus plumas*» (Dt 32,11; Ex 19,4). Encontramos en esta cita la experiencia del Dios que, en una relación íntima con los suyos, oye, ve y convive con su pueblo. Es Él quien alimenta y, al mismo tiempo, quien revolotea, para espabilar el vuelo de la esclavitud a la libertad. Es quien sustenta y guía mientras guarda valiente a los que caminan en su presencia.

Interesa también citar al Salmo 103,5: «*Él te colma de bienes en la vida y, como el águila, renueva tu juventud*». La presencia de Dios renueva el vigor y la juventud. Entiéndase el deseo y el sentido de la vida. Su presencia hace superar las viejas y estériles costumbres, pensamientos, modales..., lanzando a sus hijos por nuevos y frescos horizontes con olor a justicia.

El pensamiento de Isaías recoge el perfil profético del asunto en cuestión: «*Los que esperan en Yahvé sentirán que se les renuevan sus fuerzas, y que les crecen*

alas, como de águilas. Correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse» (Is 40,31). Esto, en la tradición profética, puede estar relacionado con la esperanza de quien lucha insistentemente por la justicia manteniendo la esperanza de no ser defraudado.

En consideraciones finales, las referencias a las alas y al vuelo hablan de una esencia primera: Dios nos soñó libres. Alguien ha dicho que el misterio de la libertad humana consiste en que el mismo Dios se detiene ante ella. Volar es necesario, pero direccionar el horizonte del vuelo es fundamental. La iniciativa de emprender el trayecto es tan importante como la brújula que direcciona el rumbo hacia la captura de sueños y objetivos fértiles para la vida.

Cuando más desapegados y centrados estemos, más espontáneos y llevaderos serán tanto el camino como la visión.

Que Dios renueve nuestras ganas de volar hacia Él y con Él. Siempre.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

A imagen de Dios fuimos creados

El libro del Génesis nos relata en estos términos la creación del hombre: «*Dijo Dios: “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”*» (Gn 1,26). El pasaje resulta familiar para todos los cristianos. Pero al escucharlo, ¿realmente comprendemos que el haber sido creados a imagen de Dios supone que la finalidad de nuestra vida es convertirnos en reflejo de su perfección?

Ser imagen de Dios significa que cada uno de nosotros es parecido a un espejo o claro cristal donde, de un modo único, se refleja la presencia de Dios. Cuando el espejo está libre de manchas, se parece al río en cuyas aguas se refleja la belleza de lo creado; mas cuando está sucio y opaco, es semejante al agua mezclada con fango, porque entonces no se puede distinguir nada de lo que está oculto bajo su superficie, por majestuoso que sea.

El propósito de la actitud ascética es hacer del alma un espejo limpio donde pueda reflejarse en todo su esplendor la presencia de Dios. La finalidad de todas aquellas prácticas y ejercicios que buscan eliminar las inclinaciones equivocadas de nuestra voluntad –que constituyen la raíz de nuestros vicios

y pecados– es que alcancemos la pureza necesaria para poder reflejar, a nuestro modo, según nuestra peculiar condición, a Dios, que por amor y para amar nos creó.

Al respecto, cada uno podrá juzgar por sí mismo, hasta qué punto, la totalidad de sus actos cotidianos y su manera de concebir la vida y de relacionarse con los demás, son reflejo del Dios vivo y verdadero. En todo caso, lo cierto es que, mientras estemos vivos, tenemos la posibilidad de limpiarnos, de liberarnos de nuestros vicios e inclinaciones erróneas, para acceder a la experiencia de Aquel que nos ha creado para sí. Pero la única «lejía» capaz de devolverle al espejo de nuestra alma su pureza es la determinación de dejar atrás todos aquellos hábitos, gustos y contenidos que no nos acercan a Dios y que, por lo mismo, opacan su presencia en nuestros corazones. Y la única clase de agua capaz de limpiar la huella profunda que nuestras malas inclinaciones dejan en la voluntad, es la gracia de Dios, que se da con la infusión del Espíritu Santo, cuya fuerza regeneradora libera nuestra voluntad de toda inclinación contraria al amor que Dios es, a fin de que cada uno de nuestros actos sean manifestación de su presencia interior.

La limpieza interior –que tienen por fin los ejercicios ascéticos– no es solamente una pesada tarea propia de los principiantes espirituales. Es cierto que la primordial característica del principiante es la negación de todos aquellos gustos, dependencias y apetitos que eclipsan la presencia interior de Dios. Sin embargo, ni siquiera en los estados más avanzados

del camino espiritual, se puede prescindir de la lejía y del agua de las que hemos hablado.

Cuando el espejo que somos cada uno de nosotros está manchado por nuestros pecados y apetitos voluntarios, por más que Dios siga habitando ese «castillo interior» que es nuestra alma, somos incapaces de percibir su presencia. Y eso es así porque son tantas las otras imágenes de nuestros gustos y deseos egoístas, que ocupan por completo el castillo y hacen del Rey un prisionero. Pero cuando el proceso de purificación y limpieza progresa, los intrusos que han usurpado el castillo comienzan a retirarse. Entonces empieza a relucir la presencia interior de Dios en cada uno, que se adecua a la forma de ser y condición personal, puesto que la manera en que somos habitados por Dios *«no opera en el vacío, sino que respeta y tiene en cuenta el propio modo de ser humano»*¹.

Por naturaleza somos imagen de Dios. Gracias a ello estamos en condiciones de participar de su amor. Sin embargo, depende de nosotros la decisión de limpiarnos o no de todo aquello que empaña la belleza de nuestro ser, a fin de convertirnos en imagen y semejanza suya. Ser semejante a Dios es liberar espacio en nuestras vidas; es echar a un lado todo aquello que estorba nuestra comunicación y comunión con Dios; es relativizar y valorar en su justa dimensión la importancia que nuestros afanes cotidianos tienen, comparados con el fin último de la salvación; todo ello a fin de permitirle a Dios habitar en el castillo de nuestra alma.

1. GRAEF, H., *Historia de la mística*, Herder, Barcelona 1970, p. 70.

El amor crea semejanza entre el que ama y aquello que se ama. El que ama puede decir, como San Pablo: «*Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gal 2,20).

Teniendo presente lo anterior, las preguntas que se imponen son: ¿dónde ponemos nuestro amor?; ¿a qué se asemeja nuestra vida?

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:

8. La novia del Cantar de los Cantares y María

Este libro sagrado es una auténtica composición poética y lírica, cuyas páginas y versos recogen el amor de una novia hacia su novio con el que se va a casar. Toda la composición es una alegoría, que habla del amor del pueblo de Israel hacia Yahvé, expresando dicho amor con imágenes, bellas sobremanera.

Recogemos ahora algunas. Le dice la novia al novio: «*¡Con qué razón eres amado!*» (Ct 1,4). Dice la novia de sí misma: «*Negra soy pero hermosa*»(1,5); «*enferma estoy de amor*» (Ct 2,5). Dice la novia del novio: «*Semejante es mi amado a una gacela, o a un joven cervatillo*» (Ct 2,9); «*mi amado es para mí, y yo soy para mi amado; él pastorea entre los lirios*» (Ct 2,16). Y le dice el novio a la novia: «*Levántate, amada mía, hermosa mía y vente. Porque, mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido*» (Ct 2,10-11); «*ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía,*

mi perfecta, que mi cabeza está cubierta de rocío y mis rizos del relente de la noche» (Ct 5,2).

Los místicos han leído con frecuencia este libro y han sabido descubrir en él, bajo el rico ropaje de las imágenes, la relación de amor que debe darse entre el alma y Dios. Las frases anteriormente aludidas, leídas desde esta óptica, adquieren un significado extraordinario. Y las podemos aplicar a la relación personal de cada uno de nosotros con Dios y las podemos aplicar también a la relación de la Iglesia –Esposa con Cristo, su Esposo–. Y también es legítimo ver, tras la novia del Cantar de los Cantares, a la Virgen María.

Con frecuencia nos imaginamos a María como una mujer totalmente entregada a lo que Dios le pedía, pero como si no tuviera sentimientos. Nada más lejos de la realidad. María, antes que a las cosas que Dios le pedía, estaba entregada a Dios. Esta relación tan estrecha de María con Dios fue una relación permanente. María nació en amistad con Dios y en ella se mantuvo. Incluso la muerte no fue capaz de romper esta relación; antes al contrario, permitió que esta relación y unión se afianzara hasta la plenitud.

Junto al carácter permanente, hay que indicar que la relación de María con Dios estuvo informada por un carácter totalizante. María se entregó por entero a Dios y a su obra, sin hacer exclusión de facetas o áreas en su vida; sin reservarse nada y sin poner fronteras o trabas a su relación fiel con Dios.

En tercer lugar esta entrega de María a Dios, permanente y totalizante, estuvo siempre caracterizada

por el amor. María amaba a Dios con toda su alma, con toda su mente y con todo su corazón. Por Dios, Ella lo hacía todo; lo sufría todo; aguantaba todo; llevaba todo; callaba todo. Y todo esto es lo que se esconde detrás de la afirmación de que María fue Virgen fiel, que guardó en su lámpara el aceite de la fidelidad, abundante y limpio. En María el pueblo de Israel y la Iglesia vienen a ser en plenitud la novia ideal descrita en el Cantar de los Cantares.

Nuestra relación personal con Dios debe estar marcada por la fidelidad a Él. Para enfocar bien el tema de nuestra fidelidad habría que tener en cuenta que nuestra fidelidad nunca es el primer paso del movimiento, sino que siempre es respuesta a la fidelidad primera y permanente de Dios. Si amamos a Dios es con el amor que Él puso previamente en nuestros corazones. Mi fidelidad será siempre respuesta a un don previo y totalmente gratuito de parte de Dios hacia mí.

Dicho lo cual, se entiende claramente que la vida de oración, la guarda de los preceptos morales y la aceptación creyente de las verdades de la fe, sean medios para demostrar nuestro amor y fidelidad a Dios. Desde esta perspectiva deben ser enfocados los compromisos bautismales que adquirimos en su día y que están compendiados en las renunciaciones y promesas del Bautismo. Es desde esta óptica desde donde se entiende mejor la razón del trabajo, del apostolado, del sufrimiento, de la misma fe.

Y es también desde esta perspectiva desde donde entendemos mejor cuál es la naturaleza del pecado; que no será ya el mero quebrantamiento de una ley,

norma o mandato, sino la infidelidad a Dios, que tanto nos quiere y ama.

Y así también se entiende que el arrepentimiento será el dolor por haber traicionado el amor de Dios, el amor de un amigo.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

La música callada

El tema del silencio no es de actualidad en esta sociedad que tenemos llena de ruidos, estrépitos, voces, vértigo... Sin embargo, el silencio no es exclusivamente para los monjes y monjas contemplativos, es un valor cristiano y necesario para todo aquel que quiera vivir a fondo su encuentro con Cristo.

Hasta psicológicamente es imprescindible para penetrar en el interior de uno mismo, para reflexionar aún desde el punto de vista humano, para tomar momentos de reposo y relajación.

Si esto es así, cuánto más necesario será para sumergirse en el ámbito de Dios, para escuchar su Palabra de vida, para cultivarse espiritualmente incluso viviendo fuera de un monasterio, como seglar comprometido.

Ciertamente, la palabra es un don de Dios que nos permite la relación con los demás, que nos capacita para aprender y enseñar todo lo necesario para la vida humana, por eso hay quienes opinan que el silencio empobrece. Esto puede tener su parte de verdad cuando el silencio se entiende como, un callar por callar, mientras la mente divaga locamente por infinidad de mundos ajenos a ese ámbito de Dios al que hemos aludido. Pero cuando el silencio es una necesidad para escuchar al Señor, para estar con Él, para captar su onda, es un enriquecimiento increíble y abre unos horizontes inmensos de luz desconocidos para aquellos que no están dispuestos a silenciar su interior.

Es muy bella y expresiva la canción que el Padre Boada O.P. enseña a los que participan en sus retiros. Empieza de este modo: «*Cuando cesan los ruidos comienza la canción del corazón*». Sí, es preciso hacer el vacío, acallar todo lo que turba, todo lo que empuja a la superficialidad, para arrojarse de golpe en la atmósfera de Dios, para escuchar su «música callada», en frase de San Juan de la Cruz. Entonces el silencio hace posible que la PALABRA habite en nuestro interior y, así, la vida se vuelve densa, colmada, llena de paz, y es una fuente de gozo para este mundo sediento que se muere de sed sin acusar la causa.

Ya decía San Agustín que nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en Dios. Es una experiencia constatable. Muchas veces esos ruidos, esas carcajadas estrepitosas, esa apariencia de felicidad de algunas personas (pensamos sobre todo en algunos de nuestros jóvenes) no son sino máscaras que encubren un interior lleno de dolor, de ansiedad, de congoja, de insatisfacción. Si escarbamos un poco en su interior, y son sinceros, reconocen que en ellos no hay sino vacío y soledad.

El P. José Fernández Moratiel O.P. hablaba de todo esto en lo que él denominaba «Escuela del Silencio». Insistía en que, aunque no se puedan eludir las ocupaciones absorbentes, es necesario buscar momentos de calma silenciosa.

Que el Espíritu del Señor, que se comunica como un susurro suave, nos capacite para vivir este silencio que es plenitud, porque introduce en lo profundo del Océano de Dios y transforma la vida.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O.P.
Salamanca (España)

La santidad como meta de la vida espiritual

La «santidad» es la transformación por medio de la cual una persona pasa a imitar la vida de Jesús. Es decir, hace referencia al cristiano que realiza su camino de trascendencia bajo la fuerza interior del Espíritu Santo. En este sentido, los místicos hablan de «unión» del alma con Dios. Esta unión transforma a la persona. La mueve desde su interior para que su vida sea un reflejo de ésta unión con Dios.

La llamada a la santidad es voluntad de Dios. Esto lo hace para que el ser humano alcance, en la medida de su capacidad, la plenitud.

El cristiano participa de la divinidad de Dios por medio de la contemplación de Cristo. Él, por medio de su cruz y de su resurrección transmitió a la humanidad la capacidad de «divinización». Esto sucede siempre y cuando la persona acepte a Jesús como salvador.

La divinización es la participación en la naturaleza de Dios. Es también la participación en la vida santa.

La santidad es una vocación de la Iglesia. El Concilio Vaticano II nos dice en la constitución *Lumen Gentium* (n. 39) que la Iglesia es santa porque Cristo, que la amó como esposa, entregó su vida por ella. Él es santo y, por ello, se unió a su esposa para santificarla.

Tras la santidad que Dios nos da en el bautismo, el primer aspecto de nuestra santidad es el aspecto moral. Como ya decíamos, la santidad es el reflejo de la unión que el creyente ha alcanzado con Dios. Esto se refleja en un comportamiento conforme a lo que se vive y experimenta en esta unión.

La base de esta unión es el amor, por tanto, la vida santa es la vida en el amor a Dios y a la humanidad.

En su aspecto más práctico, se trata de aceptar los mandamientos de la Ley de Dios, contenidos en la Sagrada Escritura y revelados a los seres humanos. Es vivir conforme al ejemplo de Cristo y sus enseñanzas.

También supone un «vaciamiento» interior a ejemplo de Cristo, que se abajó haciéndose hombre y entregó su vida por nosotros. Esto lleva al creyente a experimentar su propia «nada». Efectivamente, la persona que sigue el camino de la santidad ha de vaciarse interiormente para que, en dicho vacío, Dios lo sea todo.

Por coherencia, una vez que Dios habita en nosotros, no podemos seguir viviendo de la misma forma que antes. Nuestro actuar ha de ser –en la medida de lo posible– el actuar de Dios. Y, así, de ese modo, pasamos a actuar como «santos».

FRAY JAVIER ARMENTA, O.P.
Oaxaca (México)

LITURGIA

Sacramentos, sacramentales y bendiciones

En la vida de la Iglesia necesitamos un sinnúmero de «mediaciones», gestos sensibles por los que manifestamos realidades ocultas a nuestros ojos. Muchos Padres de la Iglesia se referían a Cristo como al «proto-sacramento» de Dios Padre, como ese insustituible eslabón sensible mediante el cual Dios se nos manifiesta con nuestros modos de captarlo: modos humanos.

SACRAMENTOS

Lo que hoy de modo propio llamamos «sacramentos» son signos sensibles que hacen presente una realidad vivida por Jesús y por su Iglesia –realidad de la que no hemos sido testigos– y también hechos futuros –incluyendo a la Parusía, aún no acaecida–. En esos signos podemos descubrir y leer, paso a paso, la Historia de la Salvación. En tiempos patrísticos, el término «sacramento» era muchas veces referido a realidades más amplias. Por ejemplo, san Agustín se refiere al «sacramento del lavado de los pies», manifestando la faceta de Cristo-Servidor, a los pies de sus hermanos y debajo de ellos. Desde hace tiempo, la Iglesia lo restringe a los siete sacramentos.

Sobre este tema (los sacramentos), remito a los lectores al *Catecismo de la Iglesia Católica* (especialmente

los números 1113-1134). Allí encontrarán substancioso material. Más adelante (en los números 1210-1666) serán tratados los siete sacramentos en particular.

SACRAMENTALES

Pero, además de los sacramentos, se dan signos instituidos por la Iglesia, llamados «sacramentales» (cf. CIC 1667-1673). Son *«signos sagrados con los que, imitando de alguna manera a los sacramentos, se expresan efectos –sobre todo espirituales– obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida»* (SC 60; CIC 1667). No debemos olvidar la referencia que se da siempre entre un sacramental y el sacramento al cual hace referencia (p.ej. agua bendita-Bautismo; pan bendito-Eucaristía; bendiciones varias a los esposos-Matrimonio).

Aunque los sacramentales no confieran las gracias del Espíritu tal como se da en un sacramento, sin embargo, *«la Liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los acontecimientos de la vida [...] sean santificados por la gracia divina que emana del Misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, de quien reciben su poder todos los sacramentos y sacramentales»* (SC 61; CIC 1670).

BENDICIONES

El Bendicional es un libro que podríamos denominar «litúrgico» en sentido amplio, porque incluye

sacramentales y devociones que enmarcan la vida de cualquier persona: bendición de personas, de los hijos, de las casas y lugares de trabajo, de los instrumentos de trabajo, de las comidas, así como también de los objetos usados en las celebraciones litúrgicas y devocionales (por ejemplo, bendición de rosarios, imágenes, campanas...). Asimismo, este libro incluye ritos variados ligados, principalmente, a la religiosidad popular o piedad de los fieles.

Pues bien, el Catecismo nos dice que *«estas expresiones prolongan la vida litúrgica de la Iglesia, pero no la sustituyen»* (CIC 1675).

CONCLUSIÓN

El Documento de Puebla (n° 448) afirma que *«la religiosidad del pueblo, en su núcleo, es un acervo de valores que responde, con sabiduría cristiana, a los grandes interrogantes de la existencia [...] Esa sabiduría es también para el pueblo un principio de discernimiento, un instinto evangélico que capta espontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo se lo vacía y asfixia con otros intereses»*.

Por tal motivo *«se necesita un discernimiento pastoral para sostener la religiosidad popular y, llegado el caso, para purificar y rectificar el sentido religioso que subyace en estas devociones y para hacerlas progresar en el conocimiento del Misterio de Cristo»* (CIC 1676).

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Fray Manuel Suárez Fernández, O.P. (1895-1954) ya está en el Paraíso

Les ofrecemos la lectura de una carta escrita por Ineke Spangenberg, laica dominica de origen holandés y calvinista, convertida en Milán al catolicismo por los frailes dominicos de Santa Maria delle Grazie.

En sus frecuentes viajes a Bolonia, esta buena mujer conoció a fray Manuel Suárez Fernández, Maestro de la Orden de Predicadores, con quien entabló una profunda amistad. En su último viaje dijo a los frailes de la comunidad: «Guardarme bien a este ángel».

Se trata de una carta sobre la muerte del P. Suárez dirigida a fray Félix Martínez del Cura en 1954. Aquí comienza:

El 29 de junio de 1954 era la fiesta de mi primera comunión, la cual no olvidaré jamás. Era un sábado. Tenía libre el domingo y decidí pasar la fiesta en Bér-gamo, en casa de una familia amiga. La fiesta se celebró con mucha alegría.

A la hora de ir a la cama, dormí tranquila y serena. En el corazón de la noche me desperté bruscamente oprimida por una angustia indescriptible como si se acercase un terremoto o una tremenda calamidad.

Salté del lecho y me puse de rodillas para rezar ante la inminencia de aquella catástrofe que estaba por abatirse de un momento a otro y de la que yo ignoraba su naturaleza.

Pensé en mi familia: quizá habría sucedido algo a mi padre o a alguno de mis hermanos. Llegó el día 30, domingo, fiesta de mi madre. Pero mi madre ya había muerto y estaba en el Paraíso. Nada podía sucederle. Me dirigí al Señor para suplicarle por todos aquellos que pudieran encontrarse en peligro. Exhausta, volví a la cama, y con las primeras luces del alba me dirigí a la catedral para rezar delante del Santísimo Sacramento.

Tornó, entonces, la calma, pero siguió intacta la opresión interior. Escribí una carta urgente a mi casa. Quería saber si había sucedido algo. Volví a Milán para dirigirme al Consulado de Holanda al día siguiente, siempre con la opresión y la desgana de todo. Sin interés por nada. En ese estado, llegó el 3 de julio y me dirigí al Consulado en tranvía. Eran alrededor de las 9 de la mañana. Curiosa, dirigí la mirada al periódico del señor que estaba sentado junto a mí en el tranvía y leí un anuncio de parte de los frailes dominicos del convento de *Santa Maria delle Grazie* en el que se comunicaba que el Maestro de la Orden de Predicadores, fray Manuel Suárez Fernández, había muerto el día 30 a las primeras luces del alba, es decir, a la misma hora en que yo me había dirigido a la catedral de Bérgamo para orar delante del Santísimo. En el comunicado se decía que el Oficio fúnebre se celebraría a las 10 de la mañana. Quedé de piedra y, como un relámpago, me vino a la memoria la angustia sufrida aquella noche.

Llegué al Consulado pálida, de tal modo que me preguntaron si realmente me encontraba bien. El mismo Cónsul, viéndome en tan mal estado, me pidió que volviera a mi casa para que descansara. Pero, dejado el Consulado, me dirigí a la iglesia de los dominicos para asistir al funeral. Sentía un dolor inmenso por el padre espiritual perdido y pensé en el luto de toda la Orden. Llegué a la iglesia unos minutos antes de las 10. La iglesia estaba vacía. No había nadie, ni siquiera las clásicas viejecitas que no faltan nunca a nada.

Me senté en un banco a esperar. Pasó el tiempo y nada sucedió. Todo esto me pareció una eternidad. Me dirigí interiormente al P. Suárez y le dije: «*¿En vida, cuanta gente en torno a ti! ¿Te acuerdas en Verona cuánto te urgían, porque hasta el Obispo tenía que esperar? Pero tú respondías: “No hay ninguna prisa, dejad que las hijas vengan al padre”. Y ahora, ¿no estarán presentes ni siquiera las hijas?*». En ese momento se abrieron las puertas de la iglesia y entraron doce religiosas dominicas que se sentaron junto a mí. Eso me consoló un poco.

La Misa comenzó con mucho retraso. La celebró el Prior, con la ayuda de un hermano cooperador. De los demás frailes de la comunidad, no había ni uno sólo. Comenzada la lectura de la Epístola, entró un hombre corriendo con una corona de flores y la colocó con gran ruido en una pared, molestando y distrayendo a los que estábamos en Misa.

En la plegaria por los difuntos, después de la consagración, las hermanas dominicas estallaron en un llanto inconsolable, de tal modo que me contagiaron, uniendo mis lágrimas a las de las hermanas. Sólo ellas

estaban presentes en aquella inmensa iglesia. Ese clamoroso abandono me impresionó profundamente.

De aquella extraordinaria masa de gente que se congregaba en Milán cuando venía aquel Maestro de la Orden, ¿sólo quedaban ellas para orar por su alma? Así que, en un ímpetu de amor filial, dije al Señor, plenamente consciente de aquello a lo que me comprometía, que si Él así me lo concedía, yo misma purgaría en esta vida por cuanto el P. Suárez debiera purgar en el Purgatorio. Y añadí que haría un juramento solemne ante su tumba durante las vacaciones de verano.

Me informé de donde lo habían enterrado y al final de julio me dirigí a Caleruega. Traía conmigo una carta de presentación escrita por el Prior de Bérghamo. Llegué un poco tarde y la iglesia estaba cerrada. Al día siguiente por la mañana, me dirigí a la tumba del P. Suárez, que aún estaba abierta.

Tenía idea clara de mi compromiso y de las consecuencias que acarrearía, pero mi amor filial era tan inmenso que no contaba para nada lo que pudiera sucederme. Apoyadas sobre el ataúd las manos con las que tenía apretados el rosario y el crucifijo, pronuncié lentamente la fórmula del compromiso.

Entonces se hizo un gran silencio e, improvisadamente, mi alma se llenó de luz y de paz, de modo que supe con absoluta certeza que el compromiso no era necesario: porque el P. Suárez ya goza del Paraíso.

Alabado sea el Señor.

DOÑA INEKE SPANGENBERG, O.P.
Milán, Italia

ESCUELA DE VIDA

Breve tratado sobre la vida contemplativa:

4. La perfección de la vida contemplativa (Capítulo VI¹)

CAPÍTULO VI. EN ÉL SE DECLARA CUÁNTA PERFECCIÓN HAY EN LA CONTEMPLACIÓN

Por lo que ya se ha dicho, pueden comprenderse el modo y la práctica de la contemplación, que los místicos llaman de modo diverso: oración interior, espiritual, oración de silencio y aquel santo reposo de María Magdalena que tanto han encomiado Cristo y los santos, en el que sólo Dios obra maravillas inefables.

Quienes no son versados en la teología mística, piensan que la cesación de todas las operaciones no es más que una pérdida de tiempo, y que aquel reposado «estar sentado» es vano e inútil, por eso lo censuran como Marta a María (cf. Lc 10,38-42). Pero dan muy lejos del blanco. En efecto, la cesación de toda obra y actividad, interna y externa, cuando por ella no se pretende nada más, es vana e inútil; sin embar-

1. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

go, no es vana cuando se hace por otra causa, como para evitar los malos pensamientos, o para descansar cuando se está fatigado, pero sobre todo cuando se hace para alcanzar la caridad más perfecta, como en el caso presente. Vista así, el Maestro de toda perfección la enseña como la mejor parte, y la prefiere, con mucho, a la actividad de las obras. Puede esto demostrarse por los bienes y perfecciones tan grandes que en ella están contenidos.

Pues ese «estar sentado» contemplativo incluye el más perfecto y puro amor de Dios, la más perfecta unión con el sumo Bien sin atención a criatura alguna, lo cual es el fin de todas nuestras buenas obras y en él todas se consuman.

Incluye, además, el pleno abandono de la propia voluntad en la voluntad de Dios respecto de todo cuanto puede acontecer, y la conformidad con la voluntad divina, que es regla de toda perfección. Por eso, aunque todos nuestros trabajos y padecimientos sean innumerables, al menos en la preparación del espíritu se tiene, en cierto modo, la plena perfección de todas las virtudes, que están contenidas en aquel «estar sentado».

En la preparación del espíritu se contienen innumerables buenas obras. La prueba de ello es que, aunque las cosas que ocurren están siempre determinadas en especie y número, pueden, sin embargo, ocurrir sin determinación alguna en especie ni en número algunas cosas respecto de las cuales tal voluntad se comporta activamente. Puede explicarse esto con el ejemplo que usan los teólogos en materia de pecados. Si uno estuviese dispuesto de tal manera que quisiera

matar al primero que se encontrara, fuese quien fuese, padre o madre, familiar o extraño, clérigo o laico, pontífice, obispo o simple sacerdote, emperador, rey o simple laico, tal voluntad contendría en sí la malicia de todos los pecados que en aquella materia pueden cometerse. Así, en propósito, una voluntad resignada a cumplir todas las cosas según el beneplácito de Dios, incluye en la preparación del espíritu la perfección de todos los bienes que aquí y ahora pueden hallarse, que son innumerables.

Además, puesto que, previo al acto de contemplar, nuestra voluntad estuvo unida con la voluntad divina en todo lo que Dios hace, e igualmente con la voluntad creada de Cristo el Señor, de la Santísima Virgen y de todos los justos existentes en todas partes, en razón de aquella unión con la que se estableció en Dios, todas las obras de aquellos proceden también de nuestra voluntad como de su causa moral, y se hacen nuestras, y tanto más perfectamente cuanto más perfecta es la unión de amor, que es causa de aquella procedencia, y consecuentemente el amor increado se hace en cierto modo nuestro. Por eso, se piensa que amamos a Dios con su amor increado y, de forma similar, con el perfectísimo amor creado de Cristo y de todos los justos existentes en todas partes.

Por el contrario, en razón de la estrechísima unión con la que abrazamos y besamos a Dios, pasamos y penetramos completamente en Él y, en cierto modo, sentimos que nos transformamos en Dios. Así lo dice San Gregorio Nacianceno: «*Cuando lo haya alcanzado* (se refiere al perfecto amor de la contemplación), *uno habla entonces como con familiares –temo que lo dicho*

por mí parezca demasiado atrevido— es decir, a modo de un dios unido a otros dioses».

Y aunque hayas olvidado todos los buenos propósitos y deseos generales y particulares con que te estableciste en Dios en el mismo acto de la contemplación, como se ha dicho, y lo mismo acerca de todas las recomendaciones con las que te encomendaste a ti mismo y a tus amigos, y aunque, repito, todas esas cosas las hayas olvidado y perdido en Dios, todas ellas se hallan mucho más ampliamente en este amor y en la voluntad de Dios como en la causa perfectísima y actual de todas las cosas predichas, y también se hallan en nuestra voluntad antecedente, que es continuada en el acto de la contemplación.

Finalmente, aquel «estar sentado» contemplativo es una oración efficacísima por todas sus necesidades y las de los suyos, tanto vivos como muertos, no vocal sino real, que expresa de modo admirable todos nuestros deseos, como antes expliqué con el ejemplo del mendigo y el enfermo en el Capítulo V. Pues si cualquier obra buena dirigida al fin de la oración, que es impetrar, se llama en verdad «oración», ¿cómo no va a ser esto cierto de este amor tan excelente?

Ésta es aquella oración que los místicos llaman «interior» o «mental», que es toda espiritual, arde en el fuego de la caridad, oración de silencio, pero que expresa muchas y grandes cosas, que rompe las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que alcanza eficazmente cualquier cosa de Dios y —con la inspiración de Dios— de la ayuda de los santos para poder

amar a Dios en la tierra con el mismo amor con que es amado en el cielo.

Por lo dicho, se hace evidente, en primer lugar, que esta oración está a una distancia abismal de las oraciones vocales y de cualesquiera obras rudas y corporales, en las cuales se encuentra poco espíritu y escasa perfección, como se dijo en el Capítulo II.

Así también escribió Cayetano: *«Se equivocan quienes prefieren cumplir con un número de oraciones vocales cada día antes que las meditaciones y oraciones mentales. Abandonan el fin por el medio»*.

Se hace también evidente, en segundo lugar, que hacen un mal mayor los confesores, predicadores, superiores, etc., que apartan a tales almas de la oración interior y de la contemplación para llevarlas a sus rudos y corporales modos de oración, odiando o impidiendo en otros lo que ellos mismos ignoran. ¡Cuánto daño hacen a tales almas, de cuánto fruto privan a la Iglesia, cuánto amor y cuánta gloria arrebatan a la Santísima Trinidad! Pues, como se ha dicho, *«un alma tal es más útil a la Iglesia de Dios que muchas otras que no son tales en muchos años»*. Así lo afirma aquel místico doctor, San Juan de la Cruz.

Se hace evidente, en tercer lugar, que el reposo de la contemplación no es una pérdida de tiempo, no es vano, ni desidioso, sino una gran ganancia de tiempo, porque en un breve espacio se consume gran cantidad de tiempo; está lleno de buenas obras, como ya se ha mostrado, y más que laborioso, es, como dijo San Bernardo, *«el trabajo de los trabajos»*. Y no sucede sin acciones secretas y perfectísimas, del mismo

modo que no está ocioso un discípulo que escucha atentamente la enseñanza del maestro, pues percibe interiormente su doctrina y la aprovecha, aunque parezca estar inactivo. Del mismo modo percibe el contemplativo la inactividad de Dios, la unión mística, el beso del esposo y sus inefables bienes, aunque sea acusado de ocioso por hombres inexpertos, como lo fue María por su hermana Marta.

De la doble unión mística, y en qué consiste

Todas las perfecciones citadas, y muchas más, las contiene en sí el ejercicio de la contemplación, y están contenidas en la unión mística. En ella todas las cosas se encuentran unidas y por medio de ella nos unimos con Dios.

Esta unión mística es doble: activa y pasiva, dice Bartolomé de los Mártires².

La activa es aquella por la que el que contempla con numerosos buenos sentimientos y deseos siente que se transporta totalmente a Dios, se abandona plenamente a su santísima voluntad, se une íntimamente con Dios, lo abraza amorosamente, como penetrando en Él y besándolo. De esta unión ya se ha hablado.

Y aunque se insiste en que esta unión, en comparación con la pasiva, procede efectivamente de nuestra voluntad, se perfecciona mucho por la acción de Dios en los hombres bien dispuestos. Las señales de esta acción en las personas que se ejercitan debidamente en la contemplación son:

2. Cf. Bartolomé de los MÁRTIRES, *o.c.*, part. 2, cap. II. §. 2, al principio.

- Experimentan un incremento paulatino en su conocimiento de esta materia, que no han aprendido de ningún hombre, sino que la gracia se lo ha enseñado.
- Se dan cuenta no sólo de cualquier pecado venial, por insignificante que sea, sino que intentan evitar cualquier inmortificación, imperfección e impureza de intención en todas sus obras.
- Experimentan que son más humildes y mortificados, que su fe aumenta, que su esperanza se fortalece, que su caridad arde, que diferentes virtudes se acrecientan, y quienes antes en la vida activa necesitaban de diferentes motivos e ideas para obrar bien, ahora realizan cualquier obra, incluso la más difícil y ardua, con una simple mirada a la voluntad de Dios y sin discursos, como se refiere de San Ignacio, que para resignarse en las situaciones más complicadas no pedía más tiempo que el que necesitaba para poder ver el beneplácito de Dios en el trabajo de que se tratara.

Estas cosas y otras semejantes son signos claros de la caridad que crece mucho y arde suavemente en las almas de los contemplativos: *pues la caridad, emperatriz y motor de todas las virtudes, no es ociosa, sino que obra grandes cosas, si está presente; si se niega a obrar, no es caridad.*

Y no es un signo seguro de que la caridad no crezca el que no percibamos sensiblemente todas estas cosas. Las plantas crecen continuamente, aunque no nos demos cuenta. La caridad arde suavemente en

el alma como el fuego en el carbón, y sus actos interiores, que son espirituales, no son percibidos por los sentidos. Dios dispone esto de tal modo que tales personas se mantienen en la humildad mientras no son conscientes de la gracia y de los grandes dones de Dios. Si no fuera así, ellos se llenarían de soberbia y se envanecerían. Esta es la unión activa del amor, que siempre está en los auténticos contemplativos y permite a estos besar al Esposo.

La otra unión es la pasiva. En ella, por el contrario, la esposa pide ardientemente ser besada por el Esposo con un beso de su boca (cf. Cant 1,2). Esta unión consiste en un amor eminentísimo que Dios obra secretamente en las almas elegidas que se muestran pasivas, como Dionisio escribe de San Doroteo, «*que en la contemplación sufría lo divino*». Esta unión es de la más elevada excelencia y absolutamente inaplicable, incluso para aquellos que la perciben, como se muestra en el Apóstol raptado hasta el tercer cielo, «*si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe, allí oí palabras misteriosas que no es permitido al hombre expresar*» (2Cor 12,4).

San Agustín escribe algo parecido de sí mismo en el libro X de las *Confesiones*, cap. 4. Y San Bernardo, en el sermón 23 sobre el *Cantar de los Cantares*, escribe que los que están en aquella unión ven sobre sí las maravillas celestiales, cuyo recuerdo, cuando han salido de ella, conservan confusamente y no pueden explicar.

Por lo cual, aunque tales contemplativos estén con Moisés en la oscuridad del Monte Sinaí, ven, sin embargo, con los tres apóstoles elegidos la gloria

del rostro del Señor en el Monte Tabor, si bien oscuramente, y son transformados en la misma imagen, son deificados, dejan en cierto sentido de estar en sí mismos y su vida está totalmente escondida en Dios; son completamente absorbidos en Él, enajenados de sí mismos, sufren el éxtasis, son raptados, para su estupor, por encima de sí, unidos íntimamente a Dios en el júbilo y el amor frutivo; descansan dulcemente en Él; regresan ebrios de la bodega del Esposo; y se olvidan completamente de sí mismos con el solo recuerdo del Esposo.

Este es el fin de todos los ejercicios de esta vida, por lo cual todas las cosas cesan en aquella quietud y en ella todas se hallan perfectamente. El contemplativo prefiere disfrutar del cielo transitoriamente y durante un solo momento que habitar largo tiempo rodeado de los placeres de Salomón. Y recibe fulgores visibles de una luz más elevada e inusual.

A qué personas se les concede esta unión pasiva

«Pero este beso no se concede a un alma infantil y recientemente convertida a Dios –escribe san Bernardo–, sino ya avanzada, para que, llegada a la edad perfecta y a los años adecuados para el desposorio (me refiero a los méritos, no al tiempo) se haya hecho idónea para las nupcias con el Esposo celestial. Esta sola puede decir “que me bese con los besos de su boca”»³. Añade otros requisitos hermosísimos que allí dice.

3. La cita pertenece a la *Epistola ad fratres de Monte Dei*, atribuida largo tiempo a San Bernardo, aunque es de Guillermo de Saint Thierry.

No se conceden estas prerrogativas sino a personas que han ardido durante mucho tiempo en el fuego de diversas tribulaciones, que han sido probadas en las adversidades como el oro en el crisol y que por medio de distintos y largos ejercicios de la vida activa han vencido claramente su naturaleza y sus sentidos. Se trata de personas que no se dejan arrastrar al pecado ni por la adversidad ni por la prosperidad, sino que gozan de una paz estable. Por eso, ningún estado turbulento puede durar en ellos mucho tiempo. Y asimismo se trata de personas que, en el amor de la contemplación, hicieron los máximos progresos. De ahí que San Basilio escribiera que Moisés se entregó durante cuarenta años a la contemplación en la tierra de Madián, desde los cuarenta años hasta los ochenta, antes de empezar a gozar de la intimidad divina, cuando el Señor le habló desde la zarza.

Santa Teresa había sido probada durante dieciocho años en el fuego de diversas tribulaciones: en enfermedades del cuerpo, en la aridez y abandono de espíritu, en oposiciones del pueblo, sobre todo de los poderosos, antes de empezar a gozar de los consuelos divinos. Lo mismo se sabe de otros muchos.

Este amor de contemplación tiene varios grados, más altos y eminentes en perfección, en los que aumentan también los carismas divinos y los consuelos. Taulero dijo a menudo que tales contemplativos son raptados a tal estado de gozo y júbilo espirituales que, al no poder soportarlo, se ven obligados a irrumpir en palabras, suspiros y gestos singulares. Si no lo hicieran, de su boca brotaría sangre (como consta que a menudo ha sucedido) o pondrían en grave peligro su salud. Así afirma Taulero.

Por eso, en estos casos hay que proceder suave y discretamente, no sea que por una excesiva vehemencia o aplicación dañes tu cabeza y destruyas tus fuerzas naturales.

Por esa causa, esos tales tienen que interrumpir la contemplación por la vehemencia del amor. Algunos tuvieron de guardar cama frecuentemente. Así lo afirma Bartolomé de los Mártires, quien dijo haber sido testigo de ello⁴.

Estas cosas constan en la *Vida* de la bienaventurada Teresa, en la que se dice que Dios la dotaba tan generosamente de sus divinos carismas que a menudo pedía a gritos que se le impusiera una medida a los beneficios divinos en ella. Pero el más grande de todos, y ejemplar de los demás, fue el divino e incomprendible amor de Cristo el Señor, que le arrebató la vida en la cruz. Pues aunque sus tormentos bastaran para arrebatarle la vida cientos y cientos de veces, no lo hicieron porque no quiso Él, que era el Señor de la muerte, sino que fue su amor ardiente lo que le quitó la vida, como pone en el *Libro de los ejercicios* del bienaventurado Francisco de Sales⁵.

Esto mismo leemos que ocurrió a algunos santos. De Santa Teresa se dice en su *Leyenda* que murió de un intolerable fuego de amor antes que por la violencia de la enfermedad. Por ello, no puede dudarse que

4. Cf. Bartolomé de los MÁRTIRES, *o.c.*, part. 2, cap. II, §. 2, más allá del medio.

5. Cf. Francisco de SALES, *Libro de los ejercicios*, tratado 2: la Pasión del Señor.

esto se haya concedido, por encima de todos, a la Reina de todos los santos.

Nadie debe admirarse de que el amor pueda crecer tanto como para quitar la vida al que ama. Lo vemos en personas que se aman con tal intensidad que se debilitan hasta enfermar de amor, como ya hemos mostrado mediante ejemplos. De este místico amor, la esposa dice en el *Cantar de los Cantares* que languidece de amor (cf. Cant 2,5).

Así pues, cuando se ha dicho antes que la práctica de la contemplación es muy fácil y puede ser ejercitada por cualesquiera personas, por rudas y simples que sean, debe entenderse que es fácil por la parte que toca al intelecto, ya que no se necesitan sus operaciones.

Así lo afirma Alberto Magno en el *Paraíso del alma*⁶, al hacer esta triple distinción: el pensamiento es sin esfuerzo y fruto; la meditación es con esfuerzo y fruto; y la contemplación es sin esfuerzo y con fruto. Sin embargo, por parte de la voluntad que ama intensamente a Dios, el cuerpo se fatiga mucho y el espíritu se agota y languidece.

FRAY PEDRO DIERKENS

6. Cf. San ALBERTO MAGNO, o.c., cap. 33, letra B.

POESÍA

La santa andariega

Hoy vamos recorriendo tus moradas
Teresa, sí, la ausente,
la que nunca dejaba reposando
sus sandalias

que siempre iban de vuelo.

Descalza en la pobreza
sobre la sombra fría de tus éxtasis,
de tu viejo puchero y de tu lumbre
donde hervías la fe y a borbollones
nos hacemos hoy cómplices.

Varona de Dios

y de Jesús Teresa

aquí tu voz se oye

«por la secreta escala disfrazada».

Y huele a santidad. Y yo en los santos creo.

Qué luz. Qué misticismo

que hasta el pintor se niega a darle forma.

Oh azucena tocada por la gracia.

Carmelita del duro resplandor.

Hoy paseo mis ojos

por ésta, la ciudad amurallada

que recogió tu palpito,

tu sed, tus terquedades,

tus muchas fundaciones.

La que

cual cinturón de piedra para guardar la historia

con voz de cuatro siglos te recrea,
nos habla del camino y la escalada,
de tu mujer enferma y del cansancio,
del fuego y la cellisca
que quemaban tus carnes andariegas.
Tú, peón del Carmelo.
Eras la claridad en los abismos,
la estrella de la tarde en las cañadas,
cancionera de fe, divina errante
demudándote de águila en paloma.
Eras como relámpago en la noche
cabalgando los tolmos de Castilla.
Y llegas, y con Dios te enseñas
quedando tus dolencias en un pozo tan hondo
que Él llenaba con vino
de la eterna fontana.
Tu castillo interior..
Y a solas os quedábais platicando.
Qué envidia de esa plática
–Mística plenitud–
–Celebración fecunda–
–Sagrado Matrimonio–.
Qué envidia, digo
y cómo le gustaba –mujer docta y poeta–,
que te llevó con Él como si fueras ángel
asida al crucifijo y muriendo en su Amor.
Y qué Amor, Teresa. Y qué Amor.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

Bibliografía

ANSELM GRÜN, WILLIGIS JÄGER, *El misterio más allá de todos los caminos. Lo que nos une, lo que nos separa.*

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2014. 157 pp.

Los autores son dos conocidos monjes de la abadía benedictina de Münsterschwarzach (Alemania) que afrontaron de muy diferente manera su descubrimiento de otras espiritualidades no cristianas. Grün ha hecho un gran esfuerzo por integrar en la espiritualidad católica todo lo bueno que ha descubierto fuera del cristianismo. Sin embargo, Jäger decidió abandonar la fe cristiana para abrazar el budismo zen, por lo que ya no vive en su abadía. Pues bien, ambos autores se han hecho famosos por su propuesta espiritual y cuentan con muchos seguidores. En este libro entran en diálogo hablando sobre los elementos fundamentales de su experiencia de fe. Tratan, por ejemplo, de cuál ha sido su recorrido vital, cómo fue madurando su fe, qué dificultades han tenido que superar, qué personajes han influido en su espiritualidad, quién es Dios y cómo se relacionan con Él, etc.

Jäger expone los elementos básicos de la espiritualidad zen. Nos narra cómo descubrió que su «yo» es algo creado por su mente, y, al trascenderlo, nos dice que alcanzó la plena consciencia y la capacidad de contemplar la realidad misma. Según

él, no existe un Dios personal sino un «fundamento originario atemporal». En cambio, Anselm Grün nos habla de su vivencia interior desde la fe cristiana y, al final del libro, le dice a Jäger aquello en lo que está de acuerdo con él, y aquello en lo que no lo está, empleando un tono muy comprensivo y fraterno.

Es un libro muy interesante que interpela con fuerza las bases de nuestra fe y de nuestra relación con Dios. Además, se aprende mucho sobre espiritualidad.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JOÃO BATISTA LIBANIO, *¿Cuál es el futuro del Cristianismo?*

Editorial San Pablo, Madrid 2014. 199 pp.

El autor es un sacerdote jesuita brasileño y profesor de Teología, fallecido en 2014. Este libro lo escribió en portugués en 2006. Intentando darnos una serie de pautas y claves sobre el futuro del Cristianismo, nos ofrece este magnífico libro en el que va analizando los hitos más importantes de su historia de la Iglesia hasta el momento actual: la figura de Jesús, las primeras comunidades cristianas, la Iglesia perseguida que pasa a ser la Iglesia del Imperio Romano y de los reinos medievales, la ruptura con los protestantes, la modernidad y la actual posmodernidad. De ésta, nos dice que sus puntos más negativos son: el narcisismo, el materialismo, la falta de esperanza, la pobreza y la deshumanización.

Afirma lo siguiente: «*La mayor oportunidad del Cristianismo no vendrá de su contenido doctrinal –que*

es maravilloso—, ni de la eficacia organizativa de las actuales formas de la Iglesia, sino del modo en que las comunidades vivirán los valores del futuro de la humanidad: solidaridad, paz, convivencia humana, esperanza en las tribulaciones, fe y confianza en el ser humano a pesar de las terribles decepciones y perversidades» (p. 167).

Es un libro muy recomendable para todo aquel que quiera conocer los elementos principales de la historia de la Iglesia y los retos que ésta tiene respecto al futuro.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

PAULA RIGUES. *Dame una señal propicia*.
Editorial Monte Carmelo, Burgos 2014. 89 pp.

El libro relata la trayectoria espiritual de su autora. Espiritual y humana. En su adolescencia y juventud tuvo un director espiritual, pero después, tras muchos años de separación y relación reducida al protocolo de la felicitación navideña, cuando la vida había herido a la autora con no pocas circunstancias adversas y vivía cierta frialdad ante un Dios que no se manifestaba, volvió a conectar con su antiguo director espiritual, que la ayudó a descubrir una «señal propicia de Dios». Su vida interior se hace entonces densa.

La trayectoria de Edith Stein, en cuyo conocimiento su director la introduce, le sirve de orientación. Tanto, que al fallecer su madre —a cuyo cuidado había dedicado muchos años— decide ingresar en un monasterio como monja contemplativa. La falta de

salud la obligó a salir de él. Pero ese tiempo le ayudó a conocerse a sí misma, a conocer el mundo de la vida consagrada y a conocer su entorno. La muerte de su director en un accidente ha sido el último golpe que la vida le ha dado. Para entonces, Dios le había mostrado una señal propicia y en medio del dolor supo superar su ausencia, o presencia lejana. La autora, laica comprometida con asuntos de Iglesia, escribe su vida para ayudar a descubrir a Dios en este mundo que, según ella nos dice, parece vivir de espaldas a Él. Con su relato quiere «proclamar que Dios existe, Dios nos ama, Dios nos escucha».

Un testimonio vital siempre tiene la fuerza de la misma vida, la cual es mayor que la de los argumentos, aunque sea menos universal y con más imprecisiones.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

MIGUEL ÁNGEL MESA, *Espiritualidad para tiempos de crisis*.

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2014. 202 pp.

El autor es un laico madrileño, padre de familia, que forma parte de una comunidad de base cristiana. Esta obra contiene 62 pequeños capítulos (de no más de tres páginas) en los que nos ofrece buenas ideas y reflexiones sobre cómo relacionarnos con Dios, con las personas y con nuestro entorno natural. Trata temas de honda raigambre cristiana como, por ejemplo: la amistad, la alegría, el amor fraterno, el compartir, la comunidad, la contemplación, la cruz, la resurrección, la ecología, los pobres, la sencillez, la solidaridad, etc. Cada capítulo comienza por una

interesante cita de otro autor, y finaliza con una bella y animosa bienaventuranza compuesta por el propio Miguel Ángel Mesa.

Su principal referencia es la Teología de la Liberación, especialmente Pedro Casaldáliga –aunque cita a otros muchos autores– y en su horizonte utópico está el que pueda llegar a formarse una gran familia humana que sea capaz de superar sus diferencias gracias a la espiritualidad, pues ésta «*no es exclusiva de ninguna religión, sino que forma parte esencial del ser humano*» (p. 15). A Miguel Ángel Mesa le mueve el loable deseo de alcanzar un «*hermoso y divino macroecumenismo*», en el que nadie tenga que renunciar a su propia identidad religiosa, sino, antes bien, «*purificarla, vivirla intensamente, sin fanatismos, ni leyes absurdas*» (p. 80).

Sin embargo, hay algo muy desconcertante, pues habla de Jesús como si fuese un «gran profeta» o un «gran personaje» al nivel de Buda, Sócrates, Mahoma, Francisco de Asís, Martín Luther King, Gandhi, Helder Cámara, Óscar Romero y Nelson Mandela (cf. pp. 44, 142 y 172). No sabemos si Miguel Ángel Mesa no habla de la divinidad de Jesús intentando así congraciarse con otras religiones, o si realmente no cree que sea el Hijo de Dios. En todo caso, el Papa Francisco –y otros muchos personajes de la Iglesia– nos muestran que es posible hacer el bien y orar junto a personas de otras religiones sin tener que renunciar a la esencia de nuestra fe.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

PEPE RODADO. *Rezar con la inmigración*.

Editorial Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2010. 139 pp.

El libro está escrito en el ámbito de una pastoral integral con los inmigrantes en Barcelona. Es presentado por el autor como un instrumento para encuentros de oración con ellos. Y lo hace desde la perspectiva, por supuesto, de la necesidad de acogida que un cristiano debe ofrecer al inmigrante. Sirve también para encuentros interreligiosos desde la convicción de que la Iglesia es sacramento para toda la humanidad. El libro no consta sólo de oraciones, también ofrece reflexiones previas referidas al fenómeno de la inmigración, apoyadas por textos de diversos autores o de experiencias personales que van desgranando los problemas propios del inmigrante y de aquellos que viven en su país. La reflexión suele estar apoyada por un texto bíblico. A ello se unen oraciones, unas bíblicas –como, por ejemplo, salmos– y otras de diverso origen. Y así hasta 64 capítulos con sus reflexiones y oraciones.

Entiendo que es un libro que hace pensar, que cualifica nuestra fe ante la pregunta de qué hacemos con el mundo de la inmigración como Iglesia, como cristianos. Además, puede ayudar a encuentros con inmigrantes o con nativos que viven en un torno de inmigración. Se trata de una publicación valiosa y recomendable.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

JOSEP OTÓN, *La mística de la Palabra*.
Editorial Sal Terrae, Santander 2014. 197 pp.

Josep Otón es doctor en Historia y profesor en el Instituto de Ciencias Religiosas de Barcelona. En este libro nos ofrece 59 reflexiones cortas (de tres páginas), sencillas y profundas sobre cuestiones fundamentales que aparecen en la Biblia, sobre todo en los Evangelios. Aborda –entre otros– los siguientes temas: el lento paso del tiempo, el endiosamiento de nuestro ego, el problema del mal, el precepto del sábado, la distinción entre lo puro y lo impuro, la resurrección, la experiencia de Jesús en Betania, la pobreza y los pobres, los milagros, la experiencia mística, el ayuno, la crisis espiritual y la vivencia de la Eucaristía.

Leyendo este libro podemos percibir la sabiduría de Josep Otón. En él aporta profundos temas de meditación para aquel que busca una buena lectura espiritual. Además, resulta muy instructivo, pues proporciona interesantes conocimientos espirituales y bíblicos.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ÁLVARO GINEL, *Cuidar la celebración de la Eucaristía*.
Editorial CCS, Madrid 2014. 40 pp.

Desde muy diversos ámbitos, incluido el Papa Francisco, se oyen quejas acerca de lo deficientemente que a veces se celebra la Eucaristía, lo cual es otro motivo más para que cada vez acudan menos fieles a este sacramento. Pues bien, Álvaro Ginel, salesiano y director de la revista *Catequistas*, nos ofrece

este pequeño libro como ayuda para paliar esta lacra. En él, de modo claro, conciso y resumido, expone lo esencial de cada parte de la celebración eucarística, subrayando los errores más comunes que se suelen cometer. En vez de dar largas explicaciones teológicas, prefiere centrarse en los elementos más básicos y prácticos, lo cual es de agradecer, pues esto hace que la lectura sea ágil y amena.

Es un libro muy apropiado para sacristanes, acólitos, lectores y cualquier otra persona que colabore en la Eucaristía o desee tener unas bases litúrgicas sobre la misma. También es recomendable para aquellos sacerdotes que quieran mejorar su forma de celebrarla, pues nunca es tarde para aprender.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

GIANFRANCO RAVASI, *¿Dónde estás Señor? Símbolos del espacio en la Biblia.*

Editorial Verbo Divino, Estella 2014. 158 pp.

El Cardenal Gianfranco Ravasi, además de destacar por su profunda formación espiritual, ha sido profesor de Biblia en Milán. En este libro nos habla de una importante ayuda para relacionarnos con Dios: los símbolos que ofrecen los tres tipos de «espacio» que aparecen en la Biblia: el humano, el natural y el del más allá. Como era de esperar, comienza con un capítulo introductorio en el que nos explica qué es un símbolo en la espiritualidad cristiana y cómo une lo finito –terreno– con lo infinito –divino–. Después aborda cada uno de los tres espacios bíblicos.

Hablando del «espacio habitado», subraya la importancia de los santuarios, por cuanto en ellos Dios se hace especialmente presente, bajando humildemente para poner su tienda entre nosotros. También hace una comparación entre Babel –dividida por el orgullo– y Jerusalén –unida por Dios–. En el capítulo dedicado al «espacio creado» trata sobre cuatro elementos naturales: la tierra, el cielo, los montes y las aguas. Y en el último capítulo, «El espacio más allá del espacio», habla sobre el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, entendido éste último bajo tres aspectos: el Jardín del Edén, el Reino Celestial y el Cantar de los Cantares. Acabando el libro, nuestro autor hace un interesante estudio de los textos en los que aparece el término «paraíso» en el Nuevo Testamento.

Este es un libro que, si bien trata teológicamente el tema de los símbolos, también ofrece una buena lectura espiritual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

GILBERTO CAVAZOS-GONZÁLEZ, *Más allá de la devoción. La vida espiritual, la justicia y la liberación cristianas*. Editorial Verbo Divino, Estella 2014. 170 pp.

Fray Gilberto Cavazos-González es un franciscano estadounidense –de origen mejicano– y profesor de Espiritualidad en Chicago y Roma. Este libro es fruto de su curso de formación espiritual, y a lo largo de él va compartiendo con los lectores sus muchos conocimientos y su gran especialización espiritual. A la base de su pensamiento encontramos el carisma franciscano y la Teología de la Liberación. Los temas que trata

son los siguientes: ¿dónde se vive la espiritualidad?; ¿quién nos ayuda y desafía a crecer como cristianos?; ¿qué conforma nuestra formación y crecimiento espiritual?; ¿cómo podemos expresar y fortalecer nuestra vida espiritual cristiana?; y ¿por qué la vivimos? (cf. p. 27).

Este fraile no se opone en modo alguno a la devoción tradicional, aunque sí nos anima a no quedarnos en ella, sino a ir más allá, para que así pueda convertirse en una espiritualidad liberadora, implicada en la realidad cotidiana, que nos renueve a nosotros y al mundo en el que vivimos, y que nos anime a ayudar a los pobres. Lo que sí rechaza es la nueva espiritualidad *New Age* (Nueva Era) que él define como de «autoayuda».

Me ha llamado especialmente la atención cómo explica el sentido de las peregrinaciones y la espiritualidad mariana, cómo podemos hacer comunitariamente la lectio divina y la revisión de vida, cómo hemos de vivir «en familia» nuestra experiencia de Dios y cuáles son los tres «libros» que nos hablan de Él: la Biblia, la naturaleza y la historia. Se trata, pues, de un buen libro de espiritualidad, bien documentado y escrito de un modo muy sencillo y asequible.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Claves espirituales del rezo del Rosario

Sabemos que el Rosario ha sido –y aún sigue siendo– la oración mariana más extendida. Por desgracia, está cayendo en desuso sobre todo entre la gente joven, pues resulta –aparentemente– anticuada y aburrida. Sin embargo, cuando uno vence estos prejuicios y se anima a rezarlo a diario, descubre gratamente que esta oración alberga una gran riqueza espiritual: por eso es la oración mariana por excelencia. Veamos qué hace del Rosario una oración tan especial.

Primeramente, podemos resaltar que tiene una estructura muy sencilla, en la que lo más importante son el Padrenuestro, las diez Avemarías y el Gloria que se rezan en cada misterio. No hace falta seguir el guion en un libro de oraciones ni que haya varias personas. El Rosario se puede rezar en privado o en comunidad, en una capilla, en la intimidad de nuestra habitación o en un autobús mientras vamos a nuestro lugar de trabajo. Además, el hecho de que combine las oraciones más conocidas por los cristianos, no sólo facilita

su rezo: sobre todo le dan una gran profundidad. Para completar las oraciones más importantes, el Rosario finaliza en algunos lugares con el Credo.

Por otra parte, nos invita a contemplar pasajes –o misterios– fundamentales de los Evangelios y de la vida de María, lo cual hace que nuestro modo de contemplar a Dios sea diferente a medida que avanzamos en el rezo del Rosario. Por ejemplo, no es lo mismo lo que sentimos cuando rezamos las Avemarías mientras contemplamos la Anunciación, a cuando contemplamos el Nacimiento del Señor, la oración en el Huerto de los Olivos o a Jesús muerto en los brazos de su Madre. También interviene mucho nuestro estado anímico, pues no es igual rezar el Rosario con la alegría de haber conseguido un buen puesto trabajo, a hacerlo desde la angustia de tener a un familiar gravemente enfermo. Todo eso es lo que hace del Rosario un camino orante que cambia día a día.

Asimismo, se trata de una oración repetitiva que, cuando se reza con devoción y un ritmo bien acompañado, nos ayuda a recoger nos dentro de nuestro corazón y a alcanzar un «estado contemplativo» que nos sitúa ante la amorosa presencia de Dios. Pero esto, por lo general, no se consigue rápidamente, pues requiere de práctica. Nuestras mejores maestras son las señoras mayores que se reúnen por las tardes en la parroquia para rezar juntas el Rosario. Si nos fijamos, lo hacen con un ritmo muy marcado, que casi parece un canto. Puede que estas buenas mujeres –exteriormente– no pronuncien bien las Avemarías, pero –interiormente– éstas van penetrando y purificando

su corazón, gracias a la acompasada cadencia de su devota oración.

Y es que, a medida que vamos tomando pericia y destreza en este rezo, notamos cómo va aunando y armonizando las dimensiones de nuestra persona –intelecto, corazón y corporalidad– y las recoge en nuestro interior para focalizarlas en Dios. Por una parte, nos pide tener el intelecto atento en el misterio que estamos contemplando, así como en lo que le decimos a la Virgen María. Si no estamos atentos, el Rosario pierde bastante de su sentido. Pero este «estar atentos» no significa que necesariamente debamos razonar el contenido de lo que estamos orando. Aunque no está contraindicado hacerlo, más que razonar, es mejor limitarnos a contemplar. Por eso, en vez de meditar los misterios mientras hacemos un silencio reflexivo, lo hacemos mientras rezamos Avemarías, porque el objetivo es contemplar los misterios con los ojos de María.

Por otra parte, es muy importante tener el corazón encendido en amor hacia María y su Hijo. En efecto, a medida que rezamos el Rosario, vamos experimentando cómo el amor que sentimos en nuestro corazón se convierte en el motor que nos mueve a contemplar a Dios. Como decíamos anteriormente, una ayuda muy importante es rezar con un ritmo bien acompasado, porque esto nos ayuda a sentir cómo el Espíritu de Dios entra en nosotros (cf. Gn 2,7), y su amor enciende nuestro corazón (cf. 1Jn 4,8). Esto no es fácil de conseguir al principio. Requiere práctica y una dolorosa transformación interior.

Curiosamente, al rezar el Rosario también interviene activamente nuestro cuerpo, pues debemos

sostener con nuestra mano el rosario e ir pasando una a una las cuentas a medida que avanzamos en la oración. También interviene nuestra respiración si dejamos que se acompañe a la cadencia de la oración: lo cual es un buen ejercicio contemplativo practicado sobre todo en la Iglesia Ortodoxa. Asimismo, nuestro cuerpo participa en el Rosario cuando lo rezamos dando un paseo por la calle, en el jardín de nuestra casa o en el claustro de nuestro convento. En ese caso es bueno que la oración marque el ritmo de nuestro caminar.

Pues bien, cuando nuestro intelecto, nuestro corazón y nuestra corporalidad rezan armónicamente el Rosario, entonces sentimos cómo convergen «naturalmente» hacia Dios, centro de nuestra vida y de nuestro corazón. Pero, por lo general, esta armonía no se logra rápidamente. Hacen falta semanas, meses o años para alcanzar una cierta maestría. Cuando eso ocurre, uno llega con facilidad al estado de recogimiento y descubre que el Rosario es un maravilloso medio para estar junto a Dios.

No debemos olvidar otro importante factor que ha hecho que el Rosario se extienda tanto por todo el mundo: son muchos –muchísimos– los testimonios de personas y ciudades enteras que aseguran que su rezo fue fundamental para que Dios les atendiera una petición muy importante. Hablamos de miles de personas sanadas, de maridos e hijos que volvieron sanos y salvos de la guerra, de ciudades liberadas del asedio de un ejército enemigo, de regiones que superaron los devastadores efectos de una epidemia o de una erupción volcánica, etc. Y eso es así porque el Rosario nos

ayuda a pedir debidamente lo que nos conviene (cf. Rm 8,26), y a aceptar dócilmente la respuesta de Dios, que no siempre es como nosotros la esperamos, pues sus pensamientos no son nuestros pensamientos, ni sus caminos son nuestros caminos (cf. Is 55,8).

Hemos dejado para el final la clave más importante: María. Se alcanza el dominio del Rosario cuando logramos rezarlo junto a Ella, al compás de su corazón, contemplando los misterios con el amor de la Madre, la humildad de la Esclava del Señor y la fidelidad de quien estuvo al pie de la Cruz. Y, así, María nos ayuda a orar en sintonía con el Espíritu de su Hijo, que clama en nuestro corazón palabras inefables (cf. Rm 8,26) que sólo entienden los enamorados. Palabras que brotan en forma de Padrenuestros, Avemarías y Glorias.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Confluencia entre dos libertades

Este estudio pretende mostrar el acuerdo mutuo entre dos libertades: la de Dios y la de los hombres, mediante experiencias tales como la vocación, el envío o la transmisión de la Palabra, para así explicar cómo la espiritualidad profética atraviesa la historia de Israel dando contenido a una alianza hecha con un Dios que cuenta con sus criaturas para hacer prosperar su proyecto salvífico.

El hilo conductor de este estudio es, por tanto, el querer salvífico de Dios y el querer de donación del ser humano, inseparables en la intervención efectiva de Dios en la historia de la humanidad, los cuales, pese a la asimetría que mantienen y la compleja lógica que les configura, se requieren para llevarlo a cabo.

Al mismo tiempo, y teniendo en cuenta la intención de mi argumentación, iré formulando una correlación entre los rasgos que conforman el carisma profético, con la vocación a la que estamos llamados todos los cristianos al adherirnos a Jesús en el Bautismo. Ello nos permitirá identificar en la figura de los profetas del pueblo de Israel, actitudes fundamentales que nos sirvan para renovar la dimensión profética en el nuevo pueblo de Dios, es decir, en la Iglesia.

LA LLAMADA

Partiendo del hecho de que Dios se hace *presente en la historia* a través de su Palabra, es innegable señalar que tal circunstancia se concreta por medio de la participación de personas que libremente asumen el papel de transmisores de dicha presencia en el mundo. El encuentro entre Dios y estos hombres está sujeto, por tanto, a un proceso en el que el hombre experimenta, en su realidad interna, el deseo de conocer el querer de Dios respecto a la historia que le toca vivir.

Tal *proceso de inspiración* se establece en un movimiento dinámico que genera respuestas por parte de los dos interlocutores: Dios y el ser humano. El envío, la misión, la revelación, la acogida, son, por tanto, el resultado de una relación establecida desde el libre deseo de búsqueda del hombre y el conocimiento previo que Dios tiene de su profeta «consagrado», a quien vincula definitivamente a su proyecto salvador a través de su *llamada*.

De este modo, la *relación entre Dios y el profeta* se constituye en un espacio de encuentro en el que el distanciamiento –pues Dios es «el Totalmente Otro»– y, a su vez, la cercanía –pues Dios se hace presente en medio de su pueblo–, determinan una revelación que no proviene de la inteligencia humana sino de la *libertad* que Dios tiene para llevar a cabo su proyecto salvífico, y, asimismo, de la *libertad* que el profeta manifiesta al asumir el encargo.

Esta compleja interrelación entre Dios y los hombres explica la *experiencia fundante* que el pueblo de Israel tuvo a través de sus profetas. De ahí que la

Palabra sea el principio fundamental de su historia y el eje conductor de la interpretación de los *acontecimientos*. Éstos, siendo precedidos del saber de Dios, se han convertido en receptores de una Alianza eterna, que ha superado el tiempo, las circunstancias sociales, la cultura y la lengua, y ha llegado a configurar una imagen cercana y protectora de Dios.

EL PROFETA

Esta *imagen de Dios* manifiesta su dimensión paternal en su Hijo, Jesucristo, quien, en su experiencia personalísima, encarna el mensaje de amor y filiación al que Dios quiere ajustarnos a nosotros. Su propia vida y, sobre todo, su muerte, revelan la densidad del compromiso que Dios ha adquirido con la humanidad y su destino.

La Palabra transmitida por los profetas, por tanto, revela el querer salvífico de Dios en relación a la vida de los seres humanos. La *colaboración del profeta*, entonces, no tiene que ver con una instrumentalización de su persona, sino con que toda su vida, adherida a la propuesta divina, encarna la gratuidad del mensaje en verdad y plenitud, aunque esto le suponga convivir con su experiencia de inadecuación, con sus carencias personales, sus errores, e, incluso, con la resistencia de llevar a término el envío a causa de tener que afrontar situaciones de soledad, de angustia, de peligro o de muerte.

En este sentido, la actividad profética en el pueblo de Israel cuenta con *personajes representativos*: Jeremías, Isaías, Oseas, y otros, que ejemplifican en sus

vidas la dinámica relacional que configura la confluencia de estas dos libertades, las cuales, desde su posición, equilibran la permanencia de la Alianza eterna.

La relevancia de los *profetas* no sólo se halla en que asumen su misión de portavoces de la Palabra de Dios, sino, además, en que su fidelidad y obediencia a Él permiten a sus contemporáneos reconocer la presencia de Dios en su mensaje. Éste, siendo verbo humano, no pierde su estatuto de Palabra de Dios, pues se trata de un verbo que, generando vida, sirve de fuente para la adecuación de nuevas formas de vida en la historia, siendo especialmente significativa la forma de vida cristiana.

En efecto, los *cristianos*, en base a la experiencia salvífica de Dios a través de su Hijo, tenemos la oportunidad, no de ser receptores directos de la revelación, pero sí permanentes «buceadores» de la verdad revelada por Dios en sus criaturas, y protagonistas de la renovación de la fe que nos vincula al proyecto divino.

El profeta es, entonces, el *hombre de Dios* que sólo habla cuando Dios quiere y no dice lo que él mismo quisiera, pues tiene conciencia de que la Palabra proviene de una fuente distinta a su persona, y de que –pese a que ello le suponga conflictos– dicha Palabra pone en marcha su actividad. Esto es así porque el profeta se reafirma en su experiencia de ser llamado a no temer, a confiar en la certeza de que Dios está con él; lo cual le capacita para afrontar la realidad que le toca vivir con fidelidad, llegando incluso a sufrir el martirio, como prueba definitiva del compromiso de Dios con la humanidad.

LA RELACIÓN ENTRE DIOS, EL PROFETA Y LOS DESTINATARIOS DE SU MENSAJE

Al «dialogar» con su *sufrimiento* y su *muerte*, el profeta consigue hacer conscientes a sus contemporáneos de sus infidelidades y fallos. El padecimiento del profeta se convierte así en reflejo del mal que está ocupando las vidas de sus hermanos y del extravío que siguen sus acciones. Dios, aceptando la muerte de su profeta, urge al ser humano a tomar conciencia del abandono por el que ha optado. Pero, asimismo, la aceptación libre de este destino por parte del profeta, expresa el infinito deseo que Dios tiene de conceder plenitud a sus criaturas.

Se trata, pues, de una *relación profunda* que se ofrece en plena libertad, que se compromete y que desvela realidades futuras, que no se limita a materializar la inconformidad de Dios ante las injusticias, sino que se hace presente en los acontecimientos, como un compañero de camino que entrega respuestas y solidaridad.

Las posturas erróneas, los agravios, los desconsuelos, la infidelidad, son, por tanto, espacios de oportunidad para el *encuentro con Dios*, predicado por su Hijo, el cual, en su fidelidad, sigue *hoy* suscitando profetas para que sean luz y guía en la «vuelta a casa» de su pueblo.

La *Iglesia*, como nuevo pueblo de Dios, tiene ahora esta responsabilidad. Los cristianos hemos sido convocados a ser reflejo, denuncia y respuesta comprometida en medio de realidades hostiles, situaciones injustas y momentos decisivos del crecimiento de

nuestros hermanos. Jesucristo opta siempre por la vida que se recrea y se renueva. Y si incorporásemos libremente esta dimensión profética a nuestra vida cristiana, conseguiríamos encarnar también en nuestra historia su excepcional opción.

Pues el profeta está llamado a ser el hermano *solidario* de sus iguales y el *mediador e intercesor* ante Dios. Su *elección*, sujeta a la libertad de Dios y a su propia respuesta, le reserva para los demás, le convierte en un hijo para el mundo y le capacita a ver la profundidad de las cosas y a interpretarlas de manera que puedan ser accesibles.

Es decir, el profeta busca que el mensaje de Dios se haga cercano, provocador, y fuente de sabiduría en las vidas de sus contemporáneos, pues, en definitiva, Dios, desde su libertad, nos quiere libres y conscientes para asumir una relación de reciprocidad y mutua colaboración.

LA LEGITIMACIÓN DEL PROFETA

En este sentido, el profetismo conlleva una *importante carga*, pues el profeta no sólo debe soportar el peso de la revelación y, a su vez, acercar a las personas de todos los tiempos a Dios, sino que, además, en su configuración con el mensaje salvífico, vive en un estado de constante lucha, el cual, le irá transfigurando, renovando, restituyendo y haciéndole signo y gesto profético.

Durante este proceso se irá conformando como hermano de todos y como un ser encarnado en la historia.

Ello le constituirá en legítimo trasmisor de la única Palabra que busca la comunión de la humanidad.

Y es que, en medio de esta experiencia de transformación personal, el profeta se halla en una situación de inestabilidad respecto a la credibilidad que otros puedan dar de su actuación. Su figura no tiene una *legitimación* externa ni jurídica. Pero, afortunadamente, su quehacer queda legitimado por su obediencia y fidelidad. Así, su íntima experiencia de Dios le permite transmitir palabras de verdad que son reconocidas por el mismo Espíritu que habita en los que le escuchan.

El reconocimiento, por tanto, no se ajusta a las cualidades oratorias del profeta, sino a la resonancia de verdad y sabiduría que tiene en sus oyentes. La Palabra, lejos de condicionarle o anularle, le confiere *autoridad*, y, gracias a ella, cuando el profeta predica, es como si Dios mismo estuviese hablando por su boca. De este modo, la autoridad profética se reafirma y se legitima en sí misma y por la verdad que transmite.

EL PROYECTO SALVÍFICO

Se trata, pues, de un misterio que encierra dos realidades –la divina y la humana– unidas por un don: el Espíritu. Dios está físicamente ausente, pero su Palabra se haya inscrita en el profeta. Éste, desde la clara convicción de haber sido elegido, la predica a un público capaz de reconocer la veracidad de un mensaje divino que es siempre nuevo, siempre activo.

Así se genera un proyecto salvífico ideado por Dios para acercarse a la humanidad y revelarse en su

historia. Tal proyecto llega a su cumplimiento con Jesús. Él es *el Profeta* por excelencia y la clave interpretativa de obediencia y compromiso libre, pues toda su vida es signo de fidelidad a la Alianza que Dios quiere mantener con su pueblo.

Sabemos que el proyecto de salvación permanece firme por parte de Dios, pero está a la espera de la respuesta libre y responsable de los seres humanos. La salvación no sucederá si cada uno de nosotros no la acogemos.

Los cristianos, pues, estamos invitados a hacer nuestra esta propuesta, y a responder tal como Jesús lo hizo.

LA ACCIÓN PROFÉTICA EN LA HISTORIA HUMANA

Actualmente, el don de la profecía, por su propia naturaleza, sigue operante en nuestras vidas. Los creyentes sólo debemos afinar el oído y permitir que el mensaje desatasque resistencias, y consiga imprimir su contenido salvífico. La acción profética llega incluso a aquellos que no la acogen, permaneciendo en el tiempo, irrumpiendo en la historia, sin agotarse, y luchando incesantemente por llevar a cabo un proyecto de vida propuesto desde siempre para toda la humanidad.

La predicación del profeta, por tanto, no vuelve a Dios vacía. Actúa, abre o cierra, gana a la persona sin que pierda su libertad, genera confianza o rechazo, es viva y eficaz, es dada para revelar el acontecimiento salvífico del Dios Amor. Por ello, se constituye en

verdad hecha palabra en la historia. Una verdad que consigue dar sentido y significado a la historia de todos los tiempos.

El profeta y la Palabra son uno. La *libre elección* de la persona en confluencia con la libertad proveniente de Dios, descifra el enigma y el contenido de la relación. La Palabra les une y les diferencia. Desde su libertad, cada uno conserva su propia identidad: la de la criatura y la de su Creador, con su absoluta soberanía.

Esta soberanía le permite a Dios actuar, a veces, de una forma aparentemente arbitraria desde el punto de vista humano, pero que, en realidad, indica su constante recrear nuestra historia con su propia participación, y revelando, de esta manera, aquello que es necesario para la puesta en marcha de su Reino en este mundo: nuestra *fe* y nuestra *conversión*.

La Palabra de Dios, por tanto, interpela al ser humano para que desarrolle su historia de acuerdo con el proyecto salvífico. Dios nos quiere como colaboradores suyos. Responsables de una respuesta afirmativa que sirva para unir libertades y orientar direcciones comunes, esperando, con fe, la definitiva instauración de su Reino.

Esta dinámica encierra un profundo misterio referente al *ritmo humano* y al *ritmo divino* en la historia. Dios tiene fijado el momento exacto de su intervención. El ser humano, por su parte, si madura interiormente, tiene la posibilidad de aceptarla y de confiar, además, en que dicha intervención divina llegará sin retrasarse.

Pues bien, ello nos dota a cada uno de nosotros de la fuerza y de la capacidad de discernimiento necesarios para introducirnos libremente en el misterio de salvación, el cual nos llevará a experimentar el crecimiento del Reino en medio de nuestra propia historia personal.

La palabra profética se convierte así en novedad para la vida de la comunidad eclesial, y la gracia divina transmitida por ella se pone al servicio de toda la humanidad.

CONCLUSIÓN

La vocación profética nos llama, pues, a insertarnos en la enferma existencia humana y a tomar una postura definitiva que asegure la curación absoluta del mal. Y ello se realizará, paradójicamente, cuando aceptemos la dinámica –aparentemente imposible– de responder al mal a fuerza de bien.

La libertad es el aspecto clave de todo encuentro salvífico, pues ella configura la donación gratuita de Dios y determina nuestro compromiso a revelar su Palabra desde nuestra propia disponibilidad y obediencia.

Efectivamente, cuando la libertad divina confluye con la libertad humana, el profetismo desata el potencial positivo que tiene la historia y nos conduce a través del proyecto salvífico al que todos estamos llamados a participar.

HNA. NATALIA ABATA MINDA, O.P.
Jerez de la Frontera (España)

El santísimo Rosario: la escuela de María

EL METICULOSO EVANGELISTA SAN LUCAS

En el prólogo de su Evangelio, san Lucas comienza diciéndonos:

«Puesto que muchos han intentado escribir la historia de lo sucedido entre nosotros según que nos ha sido transmitida por los que desde el principio fueron testigos oculares, y ministros de la palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido» (Lc 1,1-4)

Es muy interesante este prólogo del médico Lucas, hombre de letras y estudios, que no se deja convencer por ocurrencias entusiastas de fervientes seguidores. Él, como médico, sabe que la imaginación humana, a través de sus leyendas y fábulas preciosas, nos ha legado cosas verdaderamente hermosas, pero solo son eso, leyendas. Él no quiere caer en ese error de narrar fabulas bonitas, y muy claramente nos lo recalca en el prólogo.

No es por tanto un escritor que se deja llevar de su imaginación calenturienta, sino más bien un hombre

crítico, que busca la precisión de los testigos oculares, y servidores de la palabra, haciendo una alusión clarísima a los apóstoles y a los discípulos que habían vivido con el Señor. Tiene sumo interés en precisar que se ha informado de los testigos oculares, y ministros de la palabra: «Después de informarme exactamente de todo, desde los orígenes, quiero escribirte ordenadamente..., para que conozcas la firmeza de la doctrina que has recibido».

MARÍA CONSERVA TODO EN SU CORAZÓN

Ciertamente, san Lucas está interesado en mostrar que escribe desde *los orígenes*. Y la primerísima fuente sobre Jesús es María, su misma Madre. Junto a san Mateo, son los únicos evangelistas que nos cuentan algo de la infancia de Jesús. En el capítulo segundo, Lucas informa:

«Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: “Vamos, pues, a Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado”. Fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca del niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que decían los pastores. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme se lo habían dicho» (Lc 2,15- 20).

Indudablemente, tuvo que ser María quien contara todo esto. Si el autor nos dice que ha ido a los orígenes a informarse, no puede existir una fuente más original que ella.

En el mismo capítulo, después de haber perdido al Niño Jesús y de encontrarle en el Templo de Jerusalén, resume san Lucas la vida oculta de Jesús repitiendo la misma idea:

«Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,51-52).

Es muy extraño que en un mismo capítulo este autor sagrado, que tanto procura no repetirse, por dos veces casi seguidas exprese la misma frase, y en las dos ocasiones cite expresamente a María. Una vez nos dice: «*María, por su parte guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón*» (Lc 2,19). La otra: «*Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*» (Lc 2,51).

Esta repetición e insistencia es signo evidente de cómo Lucas ha quedado marcado por la manera en que le fueron contados estos acontecimientos, y de cómo los vivía el narrador, en este caso María, la Madre de Jesús.

Me da la sensación de que Lucas, con esta manera de expresarse, nos quiere hacer un retrato, una verdadera definición de la conducta de María con relación

a Jesús. Estas palabras son una descripción de la conducta de María, como persona sumamente reflexiva, que meditaba y sopesaba en su corazón los acontecimientos que le tocó vivir con su Hijo.

Si nos miramos a nosotros mismos: ¿qué es lo que conservamos dentro de nuestra alma?

Cada uno tenemos nuestra propia experiencia. No necesitamos acudir a nadie. Sencillamente, cada uno conservamos lo que nos importa. Así es, existen cantidad de cosas en nuestras vidas que hemos olvidado, pero otras muchas, las que nos han importado de verdad, continúan presentes, aunque hayan pasado muchos años: por ejemplo, el recuerdo de nuestros padres, eso no se olvida, ¿no es verdad? Estos sentimientos están vivos. Se trata de una experiencia personal.

María conservaba cuidadosamente, y meditaba y degustaba todo lo que los pastores de Belén le comentaron sobre su Hijo. Y no solo los recuerdos del nacimiento del Niño, momento muy importante y trascendental para una madre, sino también cuando a los doce años le perdieron en Jerusalén, y, por fin, a los tres días, lo encontraron en el Templo: «*¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?*» (Lc 2,49) o, según otra versión: «*¿No sabíais que tenía que ocuparme de las cosas de mi Padre?*». Es verdad que ellos no comprendieron la respuesta que les dio en ese momento, pero no por eso la olvidaron, sino que la guardaron en su mente y en su corazón, puesto que años después María se la relata a otras personas.

Todas estas cosas solo las puede contar quien las ha vivido y las tiene muy presentes en su corazón, en su vida.

A María, mujer eminentemente reflexiva y contemplativa, es conveniente que la contemplemos también como una mujer activa, que vive los problemas y situaciones de cualquier familia. Pues bien, veamos cómo reacciona María ante la información recibida del ángel Gabriel el día de la Anunciación, cuando le dice que su prima Isabel va a ser madre: «*En aquellos días, se levantó María y fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá, entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. [...] María permaneció con ella unos tres meses y se volvió a su casa*» (Lc 1,39-40.50). Efectivamente, aquí podemos ver cómo, con presteza, sin que nadie la mande, se da una caminata de más de cien kilómetros, desde Nazaret hasta Ain-Karin, donde vivía Zacarías con su esposa Isabel, para ayudar durante tres meses y atender en el momento del nacimiento de Juan Bautista.

A María la vemos muy poco en la vida pública del Señor, apenas conocemos unas mínimas reseñas:

En las bodas de Caná (cf. Jn 2,1-12) podemos contemplar su absoluta confianza en su hijo: «*Le dice a Jesús su madre: "No tienen vino". Jesús le responde: "Mujer, ¿que nos va a ti y a mí? No ha llegado aún mi hora". Dijo la madre a los servidores: "Haced lo que Él os diga"*». Le conocía muy bien, y, sin más, mandó a los criados: «*Haced lo que Él os diga*». Y el agua se transformó en el mejor de los vinos.

Contemplamos cómo María le va siguiendo con otros familiares y un grupo de mujeres. Le hacen

llegar a Jesús la noticia: «*Ahí fuera están tu madre y tus hermanos, y te buscan*» (Mc 3,32). A lo que Jesús responde: «*¿Quién es mi madre y mis hermanos? Todo el que cumple la voluntad de mi Padre ese es mi hermano, mi hermana y mi madre*» (Mc 3,33-34). Claro está que en estas palabras aparentemente tan duras está el máximo elogio a María, puesto que ella era la Esclava del Señor, y siempre y en todo hizo la voluntad de Dios.

La encontramos expresamente en el Gólgota: «*Junto a la cruz de Jesús están su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Jesús viendo a su madre, y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa*» (Jn 19,25-27). Contemplamos aquí a María silenciosa y reflexiva recibiendo de su hijo una misión muy especial: «*Mujer, he ahí a tu hijo*». Al discípulo, a su vez, le dice: «*Hijo, ahí tienes a tu madre*». Y María, la esclava del Señor, sabe que debe cumplir con exquisitez la voluntad del Crucificado. Efectivamente, desde la cruz, esta «mujer» acogerá como nuevos hijos suyos a los «discípulos amados» de su Hijo.

MARÍA ES NUESTRA MAESTRA

¿Qué se pide a una madre, a una maestra?

Lo primero y elemental de todo educador, de todo formador y maestro, es que él mismo conozca la asignatura que tiene que impartir. De otra manera, difícilmente la podrá enseñar. En tanto en cuanto domine

la materia que debe enseñar, la podrá comunicar a los demás.

En el caso de María, parece que la conoce muy bien y con todo lujo de detalles. La Cristología la tenía hecha carne de su carne, y vida de su vida. No solamente con un conocimiento intelectual, sino sobre todo vivencial, porque había vivido con Él, y en su corazón había asimilado toda su misión redentora. Nadie como ella ha hecho «vida de su vida» a Cristo Jesús, desde el «*he aquí la esclava del Señor*» (Lc 1,38), pasando por el «*haced lo que Él os diga*», y llegando hasta «*mujer he ahí a tu hijo*»: toda su existencia fue cumplir escrupulosamente la voluntad de Dios, identificándose con los sentimientos de su Hijo. Así, dice Jesús a su Padre: «*he aquí que vengo a cumplir, oh Dios, tu voluntad*» (Hb 10,7), cosa nada fácil, puesto que le oiremos decir «*Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (Lc 22,42), para acabar expresando en la cruz: «*Padre, en tus mano encomiendo mi espíritu*» (Lc 23,46).

En efecto, María fue la gran discípula de Jesús y, precisamente por eso, es la gran maestra y educadora de sus hijos.

EL SANTÍSIMO ROSARIO

En su escuela espiritual, María enseña ante todo y sobre todo lo que domina como nadie: *la Cristología hecha vida*. Tiene un temario que, por otra parte, nos lo encontramos ya en la carta de san Pablo a los Filipenses, y ha sido reestructurado y arreglado a través de los siglos, sobre todo en el segundo milenio. El

último Papa que ha intervenido en él ha sido san Juan Pablo II.

Este libro de Cristología es el ROSARIO, para algunos «santísimo», puesto que es, en definitiva, la meditación de Cristo. Dividido en cuatro grandes partes: de gozo o infancia; de luz o vida pública; de sufrimiento o pasión y muerte; y de triunfo o glorificación. A su vez, cada una de estas partes tiene cinco capítulos o misterios.

El Rosario, conocido también como «compendio del Evangelio» o «Biblia de los pobres», ha sido el principal medio de oración del segundo milenio, muy apreciado y usado por los santos, y muy recomendado por el Magisterio de la Iglesia. Son muchísimos los Papas que han escrito a lo largo de los siglos sobre el Rosario de María, por medio del cual ella ha sido la gran Madre, Maestra y Educadora del pueblo cristiano.

En efecto, el Rosario ha sido el medio o instrumento a través del cual María nos ha educado y mostrado al Cristo Místico.

Sabemos que reducir toda la vida de Jesús en veinte capítulos es insuficiente, y más cuando su Madre conservaba y meditaba todo, hasta los más mínimos detalles, sin excluir nada: desde su trabajo en el taller, hasta su plácida siesta en la barca (cf. Mc 4,38); desde la resurrección de la hija de Jairo y curar a la Hemorroísa (cf. Mc 5,21-43), hasta mendigar un vaso de agua a la Samaritana (cf. Jn 4,7). Ciertamente, son muchos más de veinte los misterios que podríamos degustar e interiorizar en nuestro corazón. O, mejor, podríamos reducirlos a un solo misterio: CRISTO.

Otra de las notas del buen maestro y educador es conocer las cualidades de cada alumno, y descubrir su vocación o misión. Uno será misionero, otro padre de familia, o religiosa contemplativa y otro será llamado a atender enfermos. Hay muy diversas misiones, pero en todas y cada una de ellas solo se debe alcanzar una realidad, que Pablo resume en una frase: «*No soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí*» (Gal 2,20).

Pues bien, la misión que Dios Padre encomendó a María al escogerla para que fuera la Madre de Jesús y, a su vez, la que le encomendó el propio Jesús, es ésta: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*». En efecto, la misión de María es la de ser nuestra Madre, para conducirnos cariñosamente a Cristo Jesús.

En correspondencia, muchos hijos suyos han colaborado con ella en difundir el Rosario. La lista es innumerable, tanto hombres como mujeres, sabios e ignorantes, ricos y pobres, nobles y plebeyos, pues ha sido la principal forma de oración de todo el segundo milenio, según nos ha dicho san Juan Pablo II.

Lo esencial de esta escuela espiritual es la contemplación de Cristo en sus diferentes misterios o facetas. Y nadie como María lo puede enseñar, pues lo conserva y medita en su corazón.

Y así María va haciendo lo que Dios le encomendó encomendó: guiarnos hacia Jesús. Ella, respetando la psicología de cada persona, como buena maestra, va gravando la imagen de Cristo en cada corazón. Ciertamente, lo que haga ella en las almas es mucho más seguro y más suave, que lo que pudiéramos hacer nosotros.

TRES ORACIONES BÁSICAS

El rezo del santísimo Rosario tiene como una envoltura, un enmarque sencillo que, a su vez, es de suma importancia:

- El *Padrenuestro*: es la respuesta del mismo Jesús a una petición de sus discípulos: «*Señor, enséñanos a orar*» (Lc 11,1). Lógicamente es difícil mejorar al Maestro, y seguro que esta oración es muy completa, más que la nuestra.
- El *Avemaría*: es un conjunto de piropos que el mismo Dios usó para ganarse a María por medio del ángel Gabriel en el momento sublime de la Encarnación (cf. Lc 1,26-37). Y María, cuando nosotros decimos esta salutación angélica, sigue escuchando su propia respuesta: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra*». Y, así, ella, con gusto, nos conduce hacia su Hijo. Tanto más, cuando le decimos: «*Ruega por nosotros ahora, que somos pecadores, débiles y necesitados, y hazlo también en la hora de nuestra muerte*».
- El *Gloria*: es la alabanza a la Trinidad: Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Es la oración de los bienaventurados en el Cielo.

CONCLUSIÓN

En Iglesia existen distintas órdenes religiosas, con distintos carismas, y estilos de espiritualidad: la Compañía de Jesús, por ejemplo, con los ejercicios

espirituales de san Ignacio; los Carmelitas, siguiendo a Teresa de Jesús; así como los ermitaños y anacoretas de otros tiempos. Existen también otras diversas escuelas espirituales, como la mística renana o la devotio moderna.

Pero, junto a todos esos estilos, que, ciertamente, han dado abundantes frutos de santidad, queremos destacar la escuela espiritual de María, donde ella nos invita a contemplar a Cristo por medio del santísimo ROSARIO.

Esto es así porque María conserva y medita cuidadosamente en su corazón todo lo referente a su Hijo.

FRAY LUIS PALOMO, O.P.
La Virgen del Camino (España)

«*Laudato si'*. Sobre el cuidado de la casa común»

Encíclica del Papa Francisco

El día de Pentecostés del año en curso firmó el Papa Francisco una encíclica cuyas primeras palabras son *Laudato si, mi' Signore*, que en italiano antiguo quiere decir «sea alabado mi Señor». Expresión de san Francisco de Asís. Se conoce el amor de este santo a la Naturaleza: a los astros, a los animales, a los vegetales... que se expresa en el canto que comienza con esas palabras.

La encíclica es una invitación ampliamente razonada a cuidar «la casa común», es decir la Naturaleza. Trata, pues, sobre la ecología. Un texto amplio con extensa documentación científica sobre el deterioro de la Naturaleza y sus causas, que justifica la necesidad de que los seres humanos se responsabilicen de cuidar el mundo en que viven. La descripción de la realidad está cargada de tintes negros. El Papa exige un cambio radical en el modo de tratar nuestra «casa común».

Cuidar la Naturaleza no es sólo cuestión de cuidar lo que se nos ha dado para disfrutar, vivir y, a nivel espiritual, contemplar a Dios, es, también, generar el ámbito de una vida humana digna, para ahora y para los que vengan después. Lo que los creyentes llamamos «Creación» haciendo referencia a ese Alguien que

ha determinado su existencia, pertenece a todos. Decir «todos» implica a los seres humanos que ahora la habitan y a los que vendrán después. De esta afirmación se deducen ya dos conclusiones importantes.

Primera. Servirse unos –pocos– de la Naturaleza para su propio interés a costa de que otros –muchos– queden sin que puedan beneficiarse de ella, es un atentado contra la ecología: incluida la ecología humana. Y esto es algo que está sucediendo hoy. El Papa dedica muchas páginas a describir esos atentados ecológicos.

Segunda. Explotar la Naturaleza dejándola esquilada o con peligro de hacerla inhabitable para las generaciones futuras, es una injusticia manifiesta, un atentado de «lesa humanidad».

El Papa insiste en que la explotación de los recursos naturales a costa de deterioros radicales de la Naturaleza está en la línea de una economía que enriquece a unos pocos y genera multitud de pobres. La opción por los pobres incluye la opción por evitar una Naturaleza empobrecida. Es el mismo egoísmo: la incapacidad de salirse de sí mismo y mirar a los demás, lo que determina los atentados contra la Naturaleza y la generación de miseria humana.

Que la encíclica, que trata de la ecología, pase con frecuencia del respeto y el cuidado de la Naturaleza a la necesidad de defender la dignidad humana, tiene su lógica –que no pocos desconocen–, apoyada en el plan creador de Dios: la Creación está en función del ser humano. Éste, el único creado a semejanza de Dios, es el beneficiario y, a la vez, el responsable máximo de la

Creación. El Papa habla de la situación «peculiar» del ser humano en la Naturaleza. *Gaudium et spes dice que el ser humano «no es una simple partícula de la Naturaleza –tampoco un elemento de la sociedad–, sino que en su interioridad es superior al universo entero»* (GS 14).

La interioridad hace referencia al ser, sea cual sea su hacer. Ahora bien, como dice el Papa, el ser humano es lo que es en la Naturaleza: existe una relación imprescindible para vivir con dignidad entre él y la Naturaleza. Si el ser humano descubre a Dios en su interioridad, cierto es que también lo ha de ver reflejado en la Naturaleza. Ésta es producto del amor de Dios, manifestación de su bondad –lo bueno es lo que se ama–. A Dios le pareció bueno lo creado, como dice el capítulo primero del Génesis. Pues bien, el ser humano ha de amarla y continuar la obra creadora de Dios, pues su belleza refleja la belleza divina, y la Naturaleza permite que los seres humanos puedan desarrollar su vida en este mundo, ahora y en tiempos posteriores.

El Papa, al unir los atentados a la Naturaleza a los atentados contra la dignidad humana, que surgen de las políticas de extracción de bienes naturales, de la apropiación indebida y del mal uso y contaminación de elementos necesarios para que todos puedan vivir con dignidad –como el agua, el aire y las especies animales y vegetales...–, hace un alegato muy duro contra una política movida exclusivamente por intereses económicos: una economía generadora de miseria para muchos en provecho de pocos, que se manifiesta en una Naturaleza esquilada allí donde viven los pobres, que queda como legado negativo para generaciones posteriores. Cuidar la Naturaleza es

una exigencia de las relaciones intrageneracionales e intergeneracionales.

Ciertamente, la técnica ha colaborado a mejorar la vida humana –no de la misma manera en todos los lugares–. Pero, sin una referencia ética que la guíe, y creyendo que en sí misma está la razón de su avance, hace que, en determinadas ocasiones, su avance sea la razón única de su existencia, olvidándose de su fin principal: ayudar a la humanidad. Al olvidarse de los aspectos éticos, la técnica ha propiciado, entre otras muchas barbaridades, multitud de conflagraciones mundiales, con destrucción humana masiva, e inmensos destrozos ecológicos, entre los que destaca el llamado «efecto invernadero», que es letal...

Las amplitud de los atentados contra la Naturaleza y, por ello, contra la condición humana, determinan que «*no habrá una nueva relación con la Naturaleza sin un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología*» (n.118). Esto lleva a que el sexto y último capítulo se titule «*Educación y espiritualidad ecológica*», que puede ser el más interesante para los lectores. Tomo expresiones literales de la encíclica para ser más fiel a su enseñanza.

La encíclica ofrece una visión oscura de la realidad en su análisis sobre las causas del daño contra la ecología natural y humana. Pero no quiere el Papa que todo quede en una visión negativa, aunque la situación sea alarmante, así que apunta: «*Sin embargo no todo está perdido, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, también pueden sobreponerse, volver a optar por el bien y regenerarse, más allá de los condicionamientos mentales y sociales que les impongan*» (n.205)

Como conclusión general, afirma: «*Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar*» (n.202). Pues bien, los cambios más significativos que el Papa apunta son estos:

- Terminar con «el consumismo compulsivo» y generar la espiritualidad de la SOBRIEDAD: «*la espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco*» (n.222). «*La sobriedad que se vive con libertad es liberadora*» (n. 223). «*El estilo de vida consumista cuando solo unos pocos pueden disfrutarlo sólo podrá producir violencia y destrucción recíproca*» (n.204).
- Salir de sí hacia el otro para superar lo que el Papa llama «autorreferencia», es decir, el individualismo de nuestra cultura posmoderna: «*Cuando las personas se vuelven autoreferenciales y se aíslan de su propia conciencia, acrecientan su voracidad*» (n.204). «*Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un sistema de vida alternativo*» (n.208).
- Es necesario desarrollar el sentido de la GRATUIDAD. Si gratuitamente hemos recibido la Naturaleza de la que disfrutamos, gratis hemos de ofrecerla a los demás y a quienes nos sigan.
- A esa gratuidad pertenece el dejarnos entusiasmar por la BELLEZA, no solo por lo útil. Eso nos hace personas, no solo medios de producción: «*...en este contexto no debe descuidarse la relación que existe entre una adecuada educación estética y la preservación de un ambiente sano*» (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1090, citado en el n.215).

- Es necesaria una buena EDUCACIÓN, sobre todo en aquellos con responsabilidades en la Iglesia: «...en nuestros seminarios y casas religiosas de formación se eduque para una austeridad responsable, para la contemplación agradecida del mundo, para la atención y cuidado de la fragilidad de los pobres y del mundo» (n.214).

Los dos últimos apartados los dedica a una contemplación creyente de la Naturaleza:

- Los sacramentos son signos de la Naturaleza: agua, aceite, pan y vino. Usamos la Naturaleza como medio eficaz para que nos llegue la gracia de Dios. «La eucaristía es, de por sí, un acto de amor cósmico»... se realiza «sobre el altar del mundo» (n.236).
- Citando a santo Tomás, ve en la interrelación que existe entre los seres de la Naturaleza un trasunto de la relación que existe en el seno de la Trinidad. El mundo fue creado por la Trinidad, creado desde el amor mutuo que existe en el seno trinitario y que se expande a lo que surgió de su amorosa decisión de crear (n.240).

Como peculiaridad interesante, la encíclica termina con dos oraciones, una que puede ser rezada por todo aquel que crea en un Dios creador y otra propia de cristianos.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

La humildad como camino hacia el Silencio

«Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsome delante –a mi parecer sin considerarlo, sino de presto– esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en Verdad».

Santa Teresa de Ávila, *Las Moradas*, Morada Sexta, Cap. 10, nº 7.

No es de extrañar que Santa Teresa considerara la humildad como una de las más importantes virtudes en el camino interior. Bien sabía la Santa que, en el camino que lleva adentro, es el Señor quien toma la iniciativa, y es su amor hacia nosotros quien nos permite avanzar, y no nuestros méritos. Quien ha hecho la experiencia de sumergirse profundamente en la presencia del Señor, sabe que su propia pequeñez queda íntimamente acogida, abrazada, en el seno del Padre. Se experimenta entonces un cierto *anonadamiento*, un cierto derrumbamiento de nuestro pequeño mundo, que se siente conmovido y sobrepasado por la inconmensurable grandeza del amor de Dios. Pero qué descanso se siente, qué reposo y qué confianza, cuando sabemos que no es de nuestros méritos

de lo que depende nuestra vida, sino de su abrazo íntimo, ese que nunca nos ha de faltar.

Así se expresa el carmelita Salvador Ros: «*Quien se ha descubierto a sí mismo ante Dios, ha descubierto también que sólo ahí estaba el lugar donde uno puede conocerse íntegramente, en medio de una luz que nos deja desnudos como nunca antes lo habíamos estado, y a la vez nos cubre de misericordia como nunca antes nadie lo había hecho. No somos humildes más que cuando nos encontramos con Dios, y Dios únicamente puede encontrarnos cuando somos humildes*»¹.

Sólo cuando nos sentimos pequeños ante la inmensidad de Dios permitimos que él obre la maravilla en nosotros. Sólo entonces es posible que detengamos nuestra actividad, nuestro intento de controlar el proceso espiritual. Quien se hace consciente de su propia pequeñez puede rendirse y dejar a Dios ser Dios en nosotros.

Encarnar la humildad en la actividad cotidiana significa también, como dice San Pablo, «*no preciar-se de saber cosa alguna*» (1Cor 2,2), sino vivir en presencia de un Dios que lo puede todo en nosotros. El Silencio es humildad porque es rendición, porque es dejar actuar a Dios desde la firme convicción de que, por nuestras propias fuerzas, no es posible la transformación de nuestra alma.

1. Salvador Ros, OCDS, *La humildad, raíz de la vida espiritual*. Curso de formación OCDS alojado en el sitio de internet: <http://www.santateresadejesus.com/carmelo-descalzo-hoy/la-humildad-raiz-de-la-vida-espiritual/> (consulta: 5 de octubre de 2014).

Dice Simone Weil que «*los fariseos eran gente que contaba con su propia fuerza para ser virtuosa. La humildad consiste en saber que en lo que se denomina "yo" no hay ninguna fuente de energía que permita elevarse. Todo cuanto en mí es valioso procede sin excepción de más allá de mí, y viene, no como don, sino como préstamo que debe ser renovado sin cesar*»².

Cuando intentamos proyectar a los demás nuestros méritos para que nos admiren, estamos cultivando y dando fuerzas a la dimensión más superficial de nuestra persona, aquella a la que llamamos nuestro *ego*. En cambio, el alma que cada día se pone en presencia de su Señor y se funde en su infinita grandeza, sabe que nada de lo que le sucede es mérito propio.

Así, a medida que vamos haciendo más transparente esa coraza que llamamos *ego*, la Luz que nos alumbra desde dentro va haciéndose también más nítida, más perceptible desde fuera. Y entonces nos convertimos en instrumento de la paz de Dios.

MANUEL LÓPEZ CASQUETE, CVX
Escuela del Silencio
Sevilla (España)

2. Simone WEIL, *La gravedad y la gracia*, Trotta Madrid 1994, p. 79.

Abriendo la Biblia encontramos la Vida

Hay Vida en la Biblia

La vida, así como la lucha por su sentido y dignidad, es el hilo conductor que atraviesa y dinamiza la Biblia. La presencia sagrada, diluida entre sus líneas, es lo que hace de las Escrituras una fuente espiritual de perfil transformante. La Biblia no nace de inspiraciones estériles, sino de las raíces histórico-salvíficas que se extienden hasta nosotros releídas a partir de la fe.

La vida es el espacio del encuentro y la experiencia. Es el lugar donde nace y se vive la fe. En este sentido, la fe no es como el pañuelo usado en tiempo de gripe, sino que es inherente a la interioridad humana. Ella se diluye en la dimensión humano-trascendente y es, al mismo tiempo, el propio ser humano hecho camino, convivencia, búsqueda, silencio, palabra, grito y espera... En fin, la vida y sus matices cotidianos son el escenario donde se estrena y se curte la fe que, como bien dice Benedicto XVI en una de las entrevistas, no viene dada por grupos humanos, sino por el mismo Dios.

La Biblia es un libro marcado por la vida y la fe de los pobres y las personas solidarias en una historia concreta. En estas páginas no encontramos la versión de los históricamente fuertes o poderosos,

sino la óptica de los socialmente insignificantes. Sin Sagrada Escritura podríamos hasta convencernos de que la injusticia tiene la última palabra; pero a partir de la Biblia, fundamentamos lo contrario: los pobres y desamparados reinventan los escenarios históricos. La unión teológica y antropológica entre Dios y su pueblo permite afirmar que el Dios bíblico es parcializado por los más pobres, no porque sean santos, sino porque no tienen otra cosa a no ser la confianza en Él. La teología sapiencial ha demostrado que quien confía en Dios nunca queda defraudado.

El Concilio Vaticano II, en su Constitución *Dei Verbum* n. 2, nos recuerda la disposición de Dios para revelarse a sí mismo en esta historia que Él inaugura. La innovación de este documento conciliar es presentar tal revelación no tanto en su carácter doctrinal, sino histórico y cristocéntrico, o sea, focalizando en la historia humana a Cristo como culmen y centro de toda revelación divina.

Nos recuerda Ives Congar –teólogo dominico, con un papel activo en el Concilio Vaticano II– que hay que pasar por la Sagrada Escritura para aproximarnos a la manera en la que Dios ha querido revelarse. En este sentido, puedo interpretar, que la revelación no tiene un contenido neutro. El Dios bíblico es el Dios que actúa desde «abajo», enlodándose, encarnándose, hasta que –por así decir– adquiere olor a gente. De hecho, la particularidad del Dios de Israel, a diferencia de algunas falsas divinidades del Antiguo Oriente, es tener una estrecha vinculación con su pueblo. Dios revelado en la Biblia es Dios desprendido que, al mismo tiempo, enaltece no sólo al ser humano, sino al sistema creacional.

Uno de los textos referenciales que exaltan el interés de Dios por la vida es localizado en Ex 3,7-8: «Y el Señor dijo: Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he escuchado su clamor a causa de sus capataces, pues soy consciente de sus sufrimientos. Y he bajado para librarlos de la mano de los egipcios, y para sacarlos de aquella tierra y llevarlos a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel».

Según la tradición del Éxodo, Dios «ve», «escucha», «conoce» y se compromete. La autoridad de estos verbos se hace sentir. En la lengua hebrea «ver» = *ra'ah*, puede ser interpretado como «tener visión». Escuchar = *shama'*, significa «prestar atención», «dar oído», «entender», «examinar», «discernir». Al verbo «conocer» = *yada'*, se le aplica el significado de «interesarse», «cohabitar», «comprender». Esta gama de posibilidades interpretativas nos capacita para hablar de la sensibilidad de Dios por preservar la vida creada, y conducir y guiar a su pueblo a donde pueda vivir con dignidad.

La teología del éxodo, a mi juicio, también es retomada por Agar, una mujer egipcia. Huyendo de la esclavitud, se sorprende sola, en el desierto, y en medio de su calamidad se le aparece un ángel junto a un manantial (cf. Gn 16,8). Se trata de una interesante experiencia de fe: la fuente es el espacio donde Dios se deja encontrar por ella. El significado de la fuente está unido a la interioridad humana donde Dios habita.

Agar permite que esa presencia, camuflada de manantial, restaure sus huesos secos que mendigan libertad en la esclavitud. Siendo rescatada de su

insignificancia, profesa una bella teología: «*Tú eres el Dios que ve*» (Gn 16,13). Podríamos decir que los ojos de Dios están fijos en la vida y no en las evidencias de muerte. Nosotros no tenemos acceso a los criterios que Dios tiene para revelarse. Pero la Biblia deja claro que Dios se da a conocer desde abajo, desde el contacto, desde la vida, desde los gritos, desde la fuente.

La etimología del nombre «YHVH» (Yahvé) no puede ser estudiada al modo en que escudriñamos cualquier concepto hebreo. Sólo tenemos conocimiento de que estas raíces hebreas están relacionadas con el verbo «ser». No es casualidad que cuando Moisés cuestiona a Dios diciéndole: «*y si me preguntan tu nombre ¿qué les responderé?*», Él le dice: «*yo soy el que soy*» (Ex 3,13-14).

Yahvé es Dios aconteciendo, como bien dice el Salmo 121: «*no duerme ni dormita el guardián de Israel*». Es relevante cómo este Salmo nos pone en contacto con la imagen de Dios que intenta guardarnos de todo mal, tanto en la salida, como en el trayecto y en la llegada. Dios no tiene límite de espacio, Él es la fuente y en la fuente vivimos. A propósito, decía Don Pedro Casaldáliga: «*salimos de la casa, pero no salimos de Dios. Podemos salir de las paredes del templo, pero no salimos de Dios...*». A nosotros nos queda tener la conciencia de esta presencia que nos habita.

El vínculo de la Biblia con la vida está en su propia esencia. La Sagrada Escritura, como nos dice la Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini* n. 30, ha sido escrita por el pueblo de Dios y para el pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu... El libro es precisamente la voz del pueblo de Dios peregrino,

y sólo en la fe de este pueblo estamos en tonalidad adecuada para entender la Sagrada Escritura.

En este sentido, la Biblia, al ser abierta, revela las vivencias y la vida de fe. Así acogida, ella no está limitada al ámbito de la Iglesia. Sus enseñanzas son para la vida cotidiana. Los temas bíblicos incluyen las más diversas comprensiones sociales: hay asuntos vinculados a la tierra, al trabajo, a las relaciones interpersonales, y todo lo que se le pueda añadir... Cuando la Iglesia está vinculada a la vida, entonces la Iglesia también se funde con la Biblia en un sólo propósito pedagógico de aproximar a la humanidad de Dios. Ésta es la función de la Iglesia, en la medida en que, recorriendo la Biblia, encuentra su vocación primera.

¿QUÉ ES LA VIDA, SEGÚN LA BIBLIA?

El vocablo hebreo para designar el verbo «vivir» es *hayah*. También puede ser traducido por «tener vida», «permanecer vivo», «sustentar la vida». Para el Antiguo Testamento, la vida es un bien intrínseco. Esto queda reflejado en el libro de Job 2,4 cuando se dice: «*el ser humano es capaz de dar todo lo que tiene por su vida*». Cuando habla de «vida», el Antiguo Testamento no se limita a ella como principio abstracto de vitalidad, sino que integra el sentido de la vida y la actitud ética dentro de las relaciones comunitarias.

Moisés, por ejemplo, coloca la Palabra de Dios frente al pueblo, desafiándolo a escoger entre la vida y la muerte: «*porque no es una Palabra vana para ustedes, sino que es su vida*» (Dt 32,47). En esta perspectiva, no todos los que respiran están vivos, porque

la complejidad y la esencia humana no se limitan a concepciones biológicas.

La tradición profética deja claro que quien desee encontrar la vida debe, primero, encontrar a Dios (cf. Am 5,4). Éste es el espíritu que anima la Sagrada Escritura y es el espíritu que anima a la Iglesia. La vida que presenta la Biblia estimula a la contemplación desde «abajo». Quien mira la Biblia y la vida desde arriba o fuera de la historia, lo hace de manera superficial.

A esta altura de reflexión se hacen necesarias estas cuestiones: ¿Desde dónde leo la Sagrada Escritura? ¿Desde dónde interpreto la historia, la realidad, los hechos? ¿Qué lentes determinan mi análisis de la realidad? ¿Qué es la vida? ¿Dónde la procuro? ¿Cómo la cultivo? Según la teología bíblica, la vida es un don y una gracia que se le han dado al ser humano para que la cultive y la dirija a su plenitud, que es el mismo Dios.

El Dios bíblico es sensible a la vida. El Salmo 23 lo demuestra al presentarlo como un pastor que guía hacia donde la existencia es posible. Su interés no concluye en gestionar alimento (mediante las imágenes de pastos verdes), sino en instruir por caminos de justicia. A estas referencias teológicas el Papa Francisco alude al recordarnos que los verdaderos pastores tienen impregnado el olor de sus ovejas. Interpreto que se refiere a esa presencia de calidad que desea restaurar la vida para que, una vez restituida, sirva a los desvalidos sociales y espirituales con eficacia.

El Nuevo Testamento evidencia esta teología que integra vida y dignidad. Jesús se interesa por la

necesidad alimenticia del pueblo que le sigue, pero dejando claro que la vida es más que «comida» (cf. Mt 6,25). Así lo confirma el Evangelio de Juan: «Yo soy el pan de la vida» (Jn 6,35). El Hijo de Dios se encarna en la historia escogiendo un lugar geográfico, una visibilidad que le permite el contacto, la vivencia y el habla. Es en este estrecho vínculo donde la Palabra se vuelve compromiso y alternativa: empeñada en construir una nueva humanidad bajo los criterios teológicos revelados por Jesús.

Actualmente, la Biblia y sus instrucciones para la vida tienen presencia en el pueblo. Los pobres tienen pocos libros. Pero en una casa humilde suele estar la Biblia, sin importar el nivel de escolaridad. La Biblia congrega a las personas y forja criterios de comunión fundamentados en el mismo Dios trinitario. La función de la Biblia y del Magisterio de la Iglesia, es enseñar a ver e identificar el camino para llegar a Dios.

Sabemos mucho acerca de la vida y, al mismo tiempo, sabemos poco acerca de cómo vivir. La Biblia nos enseña no sólo a optar por la vida, sino a promoverla entre la diversidad de los seres vivientes. Bajo la inspiración bíblica, la plenitud de la vida no se logra en un distanciamiento del escenario cotidiano, como espectadores, sino en un involucrarse comprometido y comunitario. Ella, al dirigir nuestros pasos hacia la Vida, deja de ser sencillamente un libro para convertirse en fuente de espiritualidad.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

El mirar de Dios y la belleza del alma regenerada por la gracia

Una de las peticiones recurrentes de todo creyente es ser mirado por Dios. Mientras que la ausencia y lejanía de Dios provocan pena; la esperanza de ser mirado por Cristo, aviva la llama del amor que arde en el corazón del hombre de fe. Rogar a Dios humildemente que se digne mirarnos, es pedirle que nos capacite para reconocer su presencia amorosa, puesto que el mirar de Dios es amar. San Juan de la Cruz enseña que «*la mirada de Dios cuatro bienes hace en el alma, es a saber: limpiarla, agraciarla, enriquecerla y alumbrarla*» (CB 33, 1)¹. A fin de avivar el amor que nos une a Dios, para esperanza nuestra, conviene meditar sobre las palabras del santo.

En los inicios del camino de perfección, la gracia de Dios se infunde en el alma para limpiarla de sus vicios, para que, desnuda de cualquier otro amor, pueda corresponder a su llamada amorosa. Pasadas las tentaciones y luchas de la fase ascética del camino de perfección –sabiendo que la purgación es trabajo de toda la vida– la contemplación tiene como fin alumbrar el ejercicio natural del entendimiento, la voluntad y la memoria.

1. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual B*, Monte Carmelo, Burgos 2003, canción 33, párrafo 1. Cito esta obra mediante la sigla CB, seguida del número de canción y párrafo correspondientes.

Tras limpiar al alma de sus vicios, Cristo no le recuerda sus pecados. Pero aunque así sea, «*no por eso conviene al alma echar en olvido sus pecados [...] lo primero, para tener siempre ocasión de no presumir; la segunda, para tener materia de siempre agradecer; la tercera para que le sirva de más confiar para más recibir*» (CB 33, 2).

En el matrimonio espiritual –que es el punto más alto del camino de perfección– el alma atribuye a Dios la paz, la esperanza, el amor desnudo y la fe sobrenatural que ahora goza, «*viendo que de su parte ninguna razón hay ni la puede haber para que Dios la mirase y engrandeciese, sino sólo de parte de Dios, y ésta es su bella gracia y mera voluntad*» (CB 33, 2). Sin embargo, consciente de la perfección que Dios ha puesto en ella, osa pedirle que la mire:

«No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste».

El color moreno de la amada es una imagen proveniente del *Cantar de los Cantares*. Para dar a entender el carácter inmerecido del amor de Dios, el alma dice en Cant 1,5, en la versión de Fray Luis de León: «*No me miréis que soy algo morena, que miróme el sol: los hijos de mi madre, porfiaron contra mí, y pusieronme (por) guarda de viñas: la mi viña no me guardé*»². Leídas en clave cristiana, las palabras de la novia son una

2. FRAY LUIS DE LEÓN, *El cantar de los Cantares*, Espasa Calpe, Madrid 1985, p. 50.

descripción del hombre que, pendiente de los asuntos mundanos, se aleja de Dios. Simbólicamente, el color moreno distingue a quienes se entregan de lleno a sus labores. La viña simboliza el ámbito de la labor donde la amada ejerce su oficio. Ocupada en guardar la viña de sus hermanos, la amada «no guardó su viña porque se olvidó de sí»³. Y al proceder de tal modo, a pesar de haber prestado un servicio bueno en sí mismo, dejó a un lado el cuidado de su alma y la búsqueda de Dios, y perdió su hermosura original.

En la primera fase del camino de perfección (fase purgativa), cuando Dios infunde en ella la contemplación para hacer que conozca el efecto que sus vicios e imperfecciones han hecho en el castillo de su alma, la amada ve que de suyo no merece sino ser despreciada. Sabe que en razón de la desemejanza que hay entre sus bajas operaciones y el ser sobrenatural del Amado, no está en condiciones de ser mirada.

No obstante, cuando ya ha transitado de la meditación a la contemplación, hace suyas las palabras de la novia en Cant 1,4: «*Morena yo, pero amable, hijas de Jerusalem, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón*»⁴. Revestida de la hermosura de su Esposo, dirigiéndose a Él, le dice: «...*ya bien puedes mirarme, después que me miraste, que gracia y hermosura en mí dejaste*». La amada sabe que más que de ella, la hermosura de su alma regenerada es efecto de la gracia divina.

3. *Ibíd.*, p 46.

4. *Ibíd.*, p 35.

Incluso antes de realizarse «*el proceso de embellecimiento y transformación, el amante ya posee algunas de las cualidades del amado. Cuando el amado es Dios, es Él quien ha creado esa semilla, belleza o amor inicial que desembocará en la transformación total*»⁵. Celebrado el matrimonio, el hombre participa de todas las perfecciones de Dios. La consciencia de su grado de perfección es el origen de la osadía que incita al alma a pedirle que la mire nuevamente, mereciéndolo ya, ahora que la infusión de la gracia ha quitado de ella «*ese color moreno y desgraciado de culpa con que no estaba de ver*» (CB 3, 6). Lo cual es pedirle que aumente en ella la gracia que ya le ha infundido por amor.

El mirar de Dios es amar. El mirar del hombre perfecto consiste en corresponder a la mirada. La santidad es gozo en la hermosura que Dios es y ha puesto en el alma regenerada por la gracia. Es el estado de perfección en el que el hombre puede decirle al Esposo Cristo: «Gocémonos, Amado, y vámonos a ver en tu hermosura».

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

5. Domingo YNDURÁIN, «“Y pacerá el amado entre las flores”: la Declaración en prosa», en: Otger STEGGINK (coord.), *San Juan de la Cruz, Espíritu de la llama. Estudios con ocasión del cuarto centenario de su muerte (1591- 1991)*, Vacare Deo- X Studies in Spirituality Supplemente I, Institutum Carmelitanum, Roma 1991, p. 451.

Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:

9. La mujer hacendosa del libro de los Proverbios y María

En el capítulo 31 del libro de los Proverbios se recogen los elogios hacia esa mujer, ideal y anónima, que encarna el prototipo de la perfecta ama de casa israelita. En los versículos del 10 al 31 de dicho capítulo, siguiendo las 22 letras del alfabeto hebreo, están los 22 elogios que se hacen de esta mujer.

En resumen, éstas son las alabanzas: es más valiosa que las perlas; el corazón de su marido confía en ella; siempre es causa de bien y no de mal; trabaja con manos diligentes; es como una nave cargada de mercancías; se levanta de madrugada y organiza el trabajo de los que están a sus órdenes; hace negocios rentables; trabaja con sus propias manos; vigila para que de noche no se apague la lámpara de su casa; teje telas; es buena dando limosna a los pobres; los suyos no temen al frío porque están bien abrigados; ella misma se teje su propia ropa; a su marido se le respeta en el pueblo; con los trabajos de costura que fabrica, hace negocios; vive segura sin temer al futuro; es sabia y habla bien; está al tanto de su casa y no es una

holgazana; tanto el marido como los hijos la respetan y la alaban; aventaja así a las demás mujeres; se preocupa por temer al Señor; merece recibir recompensa y que la alaben por sus obras.

Hasta aquí el resumen de los 22 elogios de la perfecta ama de casa israelita, alabando su laboriosidad, entrega, abnegación, esfuerzo, compromiso y quehacer dedicado. Oyendo los elogios de esta mujer, todos intuimos que hay algo que la anima, impulsa, mueve y empuja a la actividad. Lo que con esa actividad busca es el bien de los que la rodean, cumpliendo así con el mandato divino del trabajo.

La vida entera de María es la vida de una trabajadora por Dios, admirable por sus obras. Madre admirable en Nazaret, en el seno de la Iglesia y desde el cielo donde ahora está.

Cuando Dios hizo el mundo dijo: «*Hágase*» (Gn 1,3). Cuando Dios quiso redimir el mundo, pidió la colaboración de María y dijo Ella: «*Hágase*» (Lc 1,38). Su trabajo consistió en ser la madre verdadera del Mesías y colaborar con Él en la obra de la salvación. En este sentido, la actividad de María comenzó en la hora de la Anunciación, pero no terminó allí.

Habría que recordar que este talante activo de María la llevó a salir para ayudar a su prima Isabel y a dedicarse a la educación de Jesús, atendiendo sus necesidades de alimento, salud, techo, vestido. Este talante laborioso de María la llevó a cumplir con Jesús las prescripciones de la ley de la circuncisión y de la presentación; a liberarlo de la persecución de Herodes; a buscarlo cuando se perdió (cf. Lc 2; Mt 1,18-2,23).

Esta colaboración activa y diligente de María se sigue apreciando igualmente durante la vida pública de Cristo. Así, en Caná consigue que Cristo adelante su hora y ayude a la pareja en apuros (cf. Jn 2,1-12); no perdía detalle de cómo iba transcurriendo la actividad de Cristo y, al llegar el momento de la Cruz, se asoció a la muerte redentora de su Hijo y Señor (cf. Jn 19,25-27).

Pero no cesó allí la actividad de María. Estuvo cerca de los discípulos de su Hijo, animándolos y ayudándolos en sus primeros pasos (cf. Hch 1,14). Y desde el cielo sigue María llevando a cabo su trabajo a favor de la obra de su Hijo. Estos son los elogios que debemos hacer de María, hacendosa y trabajadora, activa y comprometida, atenta y pendiente de todo para nuestro bien.

Hacer el bien, evitar el mal, soportar el sufrimiento, ejercer las virtudes cristianas, luchar contra vicios y pecados, colaborar en el plan de Dios y atender a los demás en sus necesidades exige y demanda de nosotros contar con una energía, fuerza e impulso que no nacen de nosotros mismos. Es Dios quien obra en nosotros mediante la energía de su Espíritu. Esta energía ya la tenemos, pues la hemos recibido el día de nuestro Bautismo y de nuestra Confirmación.

No podemos decir que Dios nos esté pidiendo lo que está por encima de nuestras fuerzas. Nuestro trabajo es dejar que Dios actúe en nosotros, dejándole hacer. Ésta es la clase de colaboración y de trabajo que se nos pide y que se espera de nosotros. La dejadez y el descuido, la pereza y la desidia, la falta de

compromiso y el pasar de todo no van con el talante del verdadero cristiano.

Animémonos a trabajar con esa energía que Dios ha puesto en nuestro interior.

P. LINO HERRERO PRIETO CMM
Madrid (España)

Espiritualidad esponsal

Frecuentemente se denomina «esposas de Cristo» sólo a las monjas o a las mujeres consagradas. Esto es así porque, desgraciadamente, no se entiende o no se reflexiona bien acerca de lo que significa la *espiritualidad esponsal*, que es, diríamos, lo más profundo y elevado de la unión con Dios a la que todos estamos llamados.

Cristo es el verdadero Esposo de la Iglesia, lo cual conlleva el cumplimiento de la misión que le fue dada: la continuidad de su obra evangelizadora y salvadora.

La esposa es para el Esposo y, por serlo, *debe compartir la suerte del Esposo*. Esa «ley» del matrimonio que es «dos en uno». El matrimonio exige la entrega de cada una de las partes en su totalidad, la comunicación de bienes a un nivel profundo. Cristo se entrega, se da Él mismo a la Iglesia, y le entrega *todos sus bienes salvíficos*, con una donación total e irrevocable. Se da como lo que es y como el que es.

La Iglesia corresponde acogiendo estos bienes y ofrendando al Esposo también todo lo que es, todo lo que posee: una boca para alabarle y un corazón para amarle como a su único bien, y para acoger y transmitir la Palabra que el Padre Dios le dirige a ella en su Hijo.

Todo esto que decimos torpemente de la Iglesia, se puede y debe decir de cada cristiano, de cada persona,

sea hombre o mujer, porque el alma es espíritu, no es femenina ni masculina, como tampoco lo es el Espíritu de Dios; todos, hombres y mujeres, estamos llamados a esta unión con Dios. La llamada a la santidad es universal, según aseguró el Concilio Vaticano II.

Pero lo sorprendente es que el matrimonio humano no es, como puede parecer, el icono o modelo del matrimonio espiritual, sino a la inversa. Efectivamente, en el Ritual del Matrimonio existe una frase esclarecedora de esta idea: el sacerdote le dice al esposo, refiriéndose a su mujer: *ámala como Cristo ama a la Iglesia; éste es el modelo, el ideal al que hay que aspirar*. Por tanto, el matrimonio espiritual de Cristo con la Iglesia –o con cada cristiano– es la cumbre, meta y modelo de lo que debe ser el matrimonio humano.

Esta experiencia interior es la que han vivido todos los santos que han llegado a la más encumbrada unión con Dios, llamémoslo como lo llamemos. San Juan de la Cruz tiene descrito en sus obras, con la galanura que le caracteriza, este estado, que él denomina «matrimonio espiritual». La sublimidad de su exposición es inigualable y los lectores podrán saborearla ampliamente espigando en sus poemas y comentarios. Y es que tanto San Juan de Cruz como otros autores espirituales se han inspirado frecuentemente en el Cantar de los Cantares, que la Sagrada Escritura nos ofrece como un canto poético y bello del amor del Esposo a la esposa y viceversa.

Esta espiritualidad no es dulzona ni de «caramelo». Hemos apuntado que la Iglesia, en tanto que esposa, así como todos sus hijos, hemos de participar

en la suerte del Esposo y esta suerte fue de Cruz, de humillación y de dolor; pero Él, Cristo, se ha comprometido a anegar en su paz y fortaleza a todos sus seguidores. Y Él es fiel: si lo ha prometido lo cumple y lo cumplirá.

Que Dios nos conceda a todos la gracia de penetrar en estos misterios insondables y de vivirlos con un corazón esponjado y lleno de agradecimiento y de amor.

SOR M^a EUGENIA MAESO, O. P.
Salamanca (España)

La Teología Espiritual

Breves apuntes sobre su objeto y su método

La Teología Espiritual es una rama de la Teología que aparece en los años 1920-1930. Es una disciplina muy joven y, en cierto modo, incierta, que ha de asentarse sobre una buena base metodológica para encajar en el ámbito del conocimiento teológico.

El método de la Teología Espiritual es integral y comprende la metodología inductiva y deductiva. Es inductiva porque se mueve en el plano de la experiencia espiritual, a la que debe prestar una singular atención. Es deductiva porque ha de apoyarse en todo momento en el Evangelio y la doctrina de la Iglesia.

Efectivamente, las fuentes de la Teología Espiritual son: la Palabra de Dios, la vida de la Iglesia, la Liturgia, los Sacramentos, la historia vivida por el pueblo cristiano y la experiencia personal de cada uno.

Charles André Bernard¹ presenta a la Teología Espiritual como una disciplina científica que, fundamentada en los principios de la Revelación de Dios, busca estudiar la experiencia espiritual cristiana. Por

1. Charles André BERNARD, *Introducción a la teología espiritual*, Verbo Divino, Navarra 2001, 9-14.

tanto, para él la Teología Espiritual es una reflexión teológica que describe el desarrollo progresivo de la vida espiritual.

De la Teología Espiritual podemos decir: que tiene como objeto de estudio a la persona en cuanto que vive y se comporta como un ser espiritual; que es una reflexión teológica en cuanto presenta a Dios como el centro y el principal objeto de su reflexión; y que trata de conocer y de dar a conocer a Dios, tal y como se ha revelado y sigue revelándose en la historia.

Por ser una disciplina teológica, la Teología Espiritual tiene un doble aspecto histórico: en primer lugar se presenta como una reflexión que renueva la alianza entre Dios y el ser humano; y en segundo lugar ofrece una reflexión que está pendiente de las diversas condiciones históricas y de cómo éstas se van articulando en la existencia humana.

Todo ello hace de la Teología Espiritual una disciplina importante del saber teológico cristiano.

FRAY JAVIER ARMENTA, O.P.
Oaxaca (México)

LITURGIA

Presencias reales de Cristo en la Eucaristía

Cuando nos preguntan cuándo y dónde está Jesús presente en la Eucaristía, rápidamente contestamos que esa presencia se da una vez pronunciadas las palabras de la consagración en el contexto de su epiclesis y que se da en las especies del pan y del vino, una vez consagradas. ¡Y esto es verdad! Pero... hay otras «presencias reales» que se nos escapan. Por eso ayudará a nuestra falta de memoria ir a la Constitución *Sacrosanctum concilium*, sobre la Sagrada Liturgia, donde se dice: «Cristo está presente a su Iglesia, sobre todo, en la acción litúrgica. Está presente [...] sea en la persona del ministro, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas [...] Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente [...] cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20)» (n. 7).

Esto lo confirma la Instrucción *Eucharisticum Mysterium*, diciéndonos algo original y de interés: «Esa presencia de Cristo bajo las especies se dice real, no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia» (n. 9). O sea, que la mayor de las varias presencias reales en la celebración de la Eucaristía, se da en las especies consagradas.

Esto tiene que hacernos pensar a quienes estamos en la pastoral litúrgica. ¿Qué sucede con «la presencia» de Jesucristo cuando quien preside lo hace mal? ¿Y la presencia del Señor en la Palabra cuando un mal lector o micrófonos acoplados obstaculizan una buena audición? ¿Y en la asamblea congregada –a veces disgregada...– cuando muchos fieles van ingresando al templo –como en cuenta gotas– desde el comienzo hasta el Evangelio? Sin duda, algunas están muy desdibujadas y, más de una vez son lo más parecido a «ausencias».

Evidentemente, éstos no son problemas que no tengan solución, pero exigirá tiempo, esfuerzos, paciencia e inteligencia, proponiendo a los fieles, sin cansancio, asumir su rol de ser «sujetos de la Liturgia» y verdaderos «concelebrantes», junto a los varios ministerios ordenados, instituidos o designados.

Este tema de las «presencias» de Cristo es de suma importancia, porque la Liturgia no celebra «ideas» sino «acontecimientos» de los que Jesús es Cabeza y protagonista principal; pero no cabeza que pronuncia monólogos, sino que entabla una trama dialogal que reclama interlocutores. La Liturgia es una realidad viva y dinámica, que tiene sus «reglas de juego», reglas que se irán traduciendo en ritos, es decir, en esa conjunción de Palabra de Dios y palabra de la Iglesia, música y canto, ornamentos y colores, en un espacio que pueda llamarse «sagrado» por las acciones santas en él celebradas. Un Ritual litúrgico es como una partitura musical. En ella está todo lo que su autor quiso plasmar, pero «las representaciones» serán diversas, según el tiempo y el lugar donde se celebren, así como

por las diversas asambleas celebrantes, porciones de una Iglesia que es, en sí misma y en cada uno de sus miembros, «sujeto de la Liturgia».

Ante todo esto, surge la imperiosa necesidad de potenciar las diversas presencias del Señor, para que la Liturgia se muestre como signo claro de «quién es quién» en la misma, y de los roles que cada uno desempeña, sin ensombrece a los que otros desarrollan.

Creo que una saludable renovación de la Liturgia, hecho que está lejos de haber finalizado, exigirá de todos nosotros un empeño que, de ser serio y constante, será sin lugar a dudas, eficaz, con la fuerza que las cosas de Dios tiene para cambiar nuestras vidas de modo que sea Cristo quien viva en nosotros.

Pues bien, ahora vamos a ir viendo cada una de esas «presencias» reales de Cristo en la Eucaristía de las que nos hablaba en n. 7 de la *Sacrosanctum concilium*.

LA PALABRA DE CRISTO

Efectivamente, hemos visto cómo en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia se afirma que Cristo «*Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla*» (n. 7).

Esto lo significamos con algunos signos. Cuando finaliza la proclamación del Evangelio, quien la ha realizado besa el Evangelionario, pero no lo hace como un gesto a 200 páginas de papel, sino a Jesús, presente en ese libro. Jesús es el verdadero «Evangelio», la Buena Nueva que viene del Padre. Algo semejante

sucede cuando se besa el altar. El celebrante no besa un bloque de piedra, sino a Cristo-Roca, piedra fundamental de la edificación de esa realidad salvífica que constituyen la Cabeza y los miembros de la Iglesia, Cuerpo místico de Jesucristo.

También constatamos otros signos: cuando son incensados el altar o el evangelionario, en realidad estamos honrando al Señor significado en esas realidades.

De modo muy feliz, el Concilio Vaticano II y el post-Concilio han devuelto a la Palabra de Dios el valor, lugar y relieve que ella merece y que, de hecho, quedaba oculto. Hasta el último de los Leccionarios de los ritos para celebrar cada sacramento, así como las liturgias contenidas en el «Bendicional», tienen una extensa variedad de textos bíblicos, todos ellos destinados a iluminar el gesto sacramental. La Eucaristía manifiesta de modo excelente este hecho, al disponer ahora de tres ciclos de lecturas (A, B y C) para los Domingos, y dos series para los días feriales cuya Eucaristía no tenga «lecturas propias».

Y esta valoración me hace recordar algo sucedido a san Agustín. En una de sus catequesis, se pregunta: «¿*Qué es más grave: dejar caer al suelo una hostia consagrada o dejar caer a la Palabra, no reteniéndola?*». Él mismo da la respuesta: «*Las dos tienen la misma gravedad*».

Palabra y gesto sacramental integran una realidad inseparable. No hay sacramento sin *Palabra* y tampoco lo hay sin la realidad sensible de la *materia*.

Esta celebración de la Palabra no debe quedar disminuida por la supresión no razonable ni seriamente justificada de tal o cual lectura.

LA PERSONA DEL MINISTRO

En un lenguaje propio de la Teología, se nos dice que en algunos momentos de la celebración de la Misa, quien preside lo hace «*in persona Christi*», o sea, haciendo presente con sus palabras y gestos, al mismo Jesús que presidió su última Cena.

Cuando yo presido una Eucaristía, al consagrar el pan y el vino, no digo: «Esto es el Cuerpo de Jesús», ni «Éste es el cáliz de su nueva y eterna Alianza...», sino «*Esto es mi cuerpo*» y «*Ésta es mi sangre*», sabiendo que, evidentemente, son el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Esto es algo así como si yo le «prestara» a Jesús mis labios y mi habla, mi intención y voluntad para hacer de esta celebración un memorial, en el que el pasado de la Última Cena y el futuro del banquete escatológico, se hacen «hoy-y-aquí» en el presente de una celebración que Jesucristo preside nuevamente.

La Instrucción *Eucaristicum Mysterium* subraya esta presencia de Cristo diciéndonos que *en la Eucaristía se hace presente en la persona del sacerdote el mismo que entonces se ofreció en la cruz* (cf. n. 9). Y es el mismo Cristo el que ahora, de modo incruento, se ofrece en sacrificio sobre el ara del altar, para manifestarse como el Señor, que decidió en un gesto de amor convertirse en Víctima redentora.

LAS ESPECIES EUCARÍSTICAS

La *Sacrosanctum concilium* también afirma lo siguiente: *el mismo que se ofrece en la cruz está presente, sobre todo, en las especies eucarísticas* (cf. n.

7), enseñanza refrendada por la Instrucción *Eucharisticum Mysterium*, donde se afirma –como ya hemos comentado– que esta presencia «*se dice real, no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia*» (n. 9).

Es decir, las presencias de Jesucristo en la *asamblea* congregada para la celebración, en el *sacerdote* que la preside o en la *Palabra* proclamada, son reales. Pero, por excelencia, la mayor de esas «presencias» se da en el *Pan y el Vino consagrados*, por la fuerza del Espíritu que actualiza, en la Plegaria Eucarística, la acción desarrollada por Jesús en su Última Cena con sus discípulos.

LA ASAMBLEA REUNIDA PARA CELEBRAR

La *Sacrosanctum concilium* nos dice que *Cristo está presente cuando la Iglesia suplica y canta salmos, pues Él mismo prometió: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos»* (Mt 18,20) (cf. n. 7). O sea: el Hijo de Dios está realmente presente en «la Iglesia en oración», es decir, en la asamblea reunida para celebrar las maravillas del Señor, alabando, dando gracias y celebrando como comunidad, en comunión con Jesús y con los hermanos. Y esto lo ratifica la Instrucción *Eucharisticum Mysterium* cuando afirma: «*Siempre está presente en la asamblea congregada en su nombre*» (n. 9).

De aquí nace la exigencia de que sus fieles tomemos en serio la vocación recibida de ser uno de los ámbitos en que Jesús se hace realmente presente en la Eucaristía.

Y, ciertamente, hay que tener «ojos para verlo presente». Esos «ojos» nos los proporciona la fe y el conocimiento de que Cristo es nuestra Pascua, significada plenamente en la Eucaristía celebrada por una asamblea que Él preside.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Con el fin de poder ofrecerles la sección Testigos, rogamus a nuestros lectores que nos envíen por correo electrónico biografías breves y edificantes de personas que no hayan sido beatificadas o canonizadas. Pueden versar, por ejemplo, sobre monjas que dejaron una honda huella espiritual en su comunidad, seglares que estén en proceso de vida ejemplar o heroicos misioneros. Lo importante es que ofrezcan un buen ejemplo de vida cristiana.

ESCUELA DE VIDA

Breve tratado sobre la vida contemplativa, de fray Pedro Dierkens:

5. La terminología mística (Capítulo VII¹)

CAPÍTULO VII. EN EL QUE SE EXPLICAN LOS OSCUROS TÉRMINOS Y MODOS DE EXPRESIÓN DE LOS MÍSTICOS

En la teología mística se usan muchísimos términos y varios modos de expresión que, según el rigor de la teología escolástica, son exóticos y extraños, y proposiciones que, de acuerdo con tal rigor, parecen falsas. Por eso, los inexpertos las condenan y critican más duramente. Pero esto no es razonable, ya que tales términos están en uso desde la época de los apóstoles. Dionisio los usa, y los usaron después de él muchos escritores místicos que fueron también doctísimos escolásticos, como Santo Tomás, San Buenaventura, Taulero, Gerson y muchos otros. Y no es extraño que usen términos inusuales, pues las cosas que oyen de Dios, Doctor supremo, contienen arcanos e inefables misterios. De ahí que no sea tan raro que comúnmente no puedan ser expresadas con palabras. Precisamente por eso han de ser interpretadas más benignamente.

1. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

Añadiré ahora algunas de tales proposiciones con su debida explicación, porque esto abre una vía para la comprensión de las obras de los místicos, que de otro modo son oscuras e ininteligibles.

- Entre las proposiciones poco claras ocupa el primer lugar la siguiente: qué significa *entrar en la oscuridad* y el concepto de *oscuro*. Sobre esto, consúltese lo dicho en el Capítulo III, § 2.
- Qué significa que Dios sea *comprendido por nosotros sin imágenes*, sin formas, sin especie intermedia y sin medio, inmediatamente, como Él es en sí, cara a cara.

Respuesta: comprendemos a Dios sin imagen y sin especie intermedia porque la idea de «oscuro» supone que Dios existe, pero es una idea que tiene forma de negación, pues no expresa nada sobre la naturaleza de Dios. Por eso no requiere especie o imagen que represente algo. La oscuridad se extiende a todo lo que está oculto bajo la negación, y eso es Dios tomado plena y adecuadamente.

- Cómo se entiende que Dios es *todo* y toda criatura es *nada*. Asimismo, qué significa encomendarse a sí mismo y a los amigos a Dios, olvidarse de sí en Dios y de todas las criaturas. Véase lo dicho en el Capítulo III, § 2.
- Qué es la *aniquilación pasiva* y qué la *aniquilación operante*. Véase de nuevo lo dicho en el Capítulo III, § 2.
- Qué es la *unión mística*; por qué se llama así; cuántos tipos hay; por qué se dice que la pasiva

procede solo de Dios y que nosotros, con respecto a Él, nos comportamos pasivamente.

Respuesta: la unión mística es el amor más excelente. Se llama unión porque lo propio del amor es unir a los amantes; se llama mística porque une a los amantes de forma oculta e imperceptible. Esta unión es doble, activa y pasiva. Qué significa cada una, véase lo dicho en el Capítulo VI, § 1.

- Se dice que la *voluntad se comporta pasivamente* con respecto a esta unión –sin que lo impida el hecho de que nuestra voluntad, puesto que es amor, aspire a ella– ya que nuestra voluntad no se estimula a la unión ni se aplica a ella por medio de un acto previo, sino que es inmediatamente estimulada y dirigida a ella por Dios, a diferencia de otros actos a los que la voluntad se estimula a sí misma y se aplica por actos anteriores. Así, por medio de la designación del fin se determina a la elección de los medios, respecto de los cuales se dice que la voluntad se comporta activamente. Lo mismo ocurre con la *gracia operante* respecto de aquel cuya voluntad se dice «movidá», y no «moviente», aunque, por ejemplo, la primera intención de hacer penitencia proceda activamente de nuestra voluntad.
- Que el *reposo de la contemplación* no sea vano sino santo, se ha dicho en el Capítulo VI.
- Se dice que *amamos a Dios con voluntad increada* a causa de la íntima unión de nuestra voluntad con la divina y la transformación en ella. Así, se llama «uno» a lo que está unido y, en

cierto modo, es uno; y más porque el que contempla, olvidado completamente de sí mismo, solo ve la divina voluntad como propia.

- El alma contemplativa es *introducida en la bodega* (cf. Cant 2,4) cuando Dios obra en ella un grado especial de amor y un exceso de gozo. Esto se ve por lo añadido a continuación: «Ordenó en mí el amor» (cf. Cant 2,4).
- La esposa *sale ebria de la bodega*, y se nota por su hablar torpe y superfluo, propio de los que están ebrios. Habla superfluamente cuando dice: «*Que me bese con el beso de su boca*» (Cant 1,2). Bastaba decir «que me bese». A veces habla torpemente, como cuando dice: «*Mi amado para mí y yo para él*» (Cant 2,16; 6,2). ¿Qué es eso de tu amado para ti y tú para él? Pero esta ebriedad es un exceso de amor nacido de la caridad ordenada. Y, como dijo Ambrosio, es gracia no embriagada; genera alegría, no tropiezo. Se embriaga, pues, la esposa cuando por un exceso de amor se olvida de sí y de todo lo que la rodea, y está completamente absorta en el amor del Esposo, sin que ninguna otra cosa le preocupe, y es empapada, con gozo pleno, de aquel vino místico.
- El *alma se separa del espíritu* cuando lo que es de naturaleza animal en la persona permanece en el fondo, y queda olvidado. Pero el espíritu, y lo que es espiritual, vuela a las alturas, se separa de lo más bajo, de forma que se eleva para unirse a Dios. Esto dice Herp.

- Se produce el *éxtasis* cuando el amor del alma ocupa de tal manera el corazón que no permite al amante pensar o querer otra cosa que aquello que ama, ni le deja ser dueño de sí, sino que se entrega completamente en brazos del Amado, absorto y suspenso en él.
- El *rapto* se distingue del *éxtasis* solo por el modo. El *éxtasis* se refiere a una simple salida de sí mismo hacia Dios; mientras que el *rapto* lo hace con cierta violencia. El *éxtasis*, por lo general, sucede suavemente; el *rapto*, en cambio, con debilitación de las fuerzas corporales. El *éxtasis* se asemeja a una piedra que, por su peso, busca naturalmente el centro; el *rapto*, sin embargo, a una piedra que busca el centro con la fuerza que le ha dado un agente externo.
- La *fusión* sucede cuando el alma se enciende en un fuego tan grande de deseo celestial que al crecer la llama del amor íntimo más allá de la naturaleza humana, derrite al alma como la cera, y de su antigua dureza y dificultad la vuelve blanda y completamente dócil a la voluntad divina.
- La *suspensión* sucede cuando el alma, irradiada por el amor de Dios y suspendida ante la visión admirable de la belleza divina, es transportada por encima de sí llena de admiración y es sacudida por un estupor tan vehemente que es profundamente desposeída de sí misma, y, como un relámpago, es arrojada a las profundidades por el desprecio de sí misma. De este modo, es elevada más rápida y de un modo más sublime

por medio de nobles deseos, con la mirada ile-
sa. Figura de esto son los ángeles que van a Dios
y regresan inmediatamente.

- *Transformación* es trasplantarse totalmente a sí mismo en Dios. La persona se hace así deiforme y en las situaciones más adversas permanece ecuánime en la voluntad de Dios, inalterable como si no tuviera otra voluntad que la increada de Dios. Esto es indicio de una unión perfectísima. Esta transformación se llama también «deiformidad» o «deificación».
- *Exultación y júbilo* significan la alegría sobrea-
bundante de la que gozan los contemplativos. Su fuerza es tal que el espíritu es raptado sobre sí cuando, plenamente embriagado por la íntima abundancia de la dulzura eterna, olvida por completo qué es y qué ha sido. La grandeza de este gozo los pone fuera de sí, pues de la fecunda fuente del Espíritu Santo se destilan algunas gotas de la dulzura divina en las almas de los contemplativos, y ésta los recrea, los colma y los embriaga de tal manera que ellos no pueden contenerla en su cuerpo mortal, como ya hemos referido con ejemplos tomados de Taulero y Bartolomé de los Mártires.
- El *beso del esposo* consiste en el amor placentero y perfecto con el que el contemplativo, ya totalmente transformado e íntimamente fundido con el Esposo, se une a Él con la máxima dulzura y descansa en Él como en su fin último, y fuera de Él nada sabe, nada quiere.

Todos estos términos y modos de expresión no significan sino los diversos grados y efectos del amor inexpresable y plenamente celestial entre Dios, que es el Esposo, y el alma elegida como esposa. Estas cosas Dios las obra en las almas perfectas.

Y la explicación de este espiritual desposorio corresponde al *Cantar de los Cantares*, entendido en sentido espiritual o anagógico, que no es otra cosa que un drama o poesía nupcial de la esposa dirigido a las personas ya avanzadas, no en número de años sino de méritos, que son las únicas aptas para las nupcias y los besos del Esposo celestial. Así interpretaron este Cantar destacadísimos maestros de la teología mística, como San Bernardo y Santo Tomás, y así lo expusieron al final de su vida, según lo experimentaron en la flor de la vida.

1. CUÁNTA FELICIDAD HAY EN PODER GOZAR DEL AMOR DE LA CONTEMPLACIÓN

Dichosos aquellos a quienes ha sido concedido experimentar estas realidades, aunque fuese durante un segundo, para alcanzar duraderos y admirables frutos del alma. Para obtener la máxima seguridad de la salvación basta con haber estado unido a Dios en aquella unión mística y suprema una sola vez o un solo instante –aunque hay que estar siempre vigilantes para no caer en la tentación–.

A lo largo de toda tu vida, esfuérzate sabiamente en gozar de esa unión una sola vez en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, dijo cierto doctor místico.

Dichosas las almas que pueden gozar de este matrimonio, de este beso. A tales almas lo místicos las llaman comúnmente «ángeles terrenales».

Taulero los llama «hombres divinos», que en todas sus obras nada hacen sin Dios. Gregorio Nacianceno los llama «dioses», porque, como dice Taulero, en sí mismos nada son, pero Dios nace en ellos; en cierto modo, han sido transformados en Dios, como aniquilados en sí mismos y convertidos en Dios. Otros epítetos destacados les da en el Tercer Sermón de la Epifanía.

Con razón será llamada «feliz Orden religiosa» – dice Gerson– aquella que tiene algunos, aunque sea unos pocos, fuertes en la gracia de la contemplación. Los preladados deben favorecerlos y cuidarlos como a delicados lirios, como al amadísimo Benjamín que sobresale en el éxtasis del espíritu.

Según Bartolomé de los Mártires², cierto doctor que había hecho grandes progresos en los ejercicios espirituales dijo que, tras una profunda reflexión y mucha experiencia, había descubierto que nada debería cuidarse con tanto esmero en las Órdenes religiosas como que los maestros de novicios sean los más experimentados en las cosas del espíritu, para que puedan nutrir a estas tiernas plantas con la leche de la meditación y de la contemplación, y convertirlos en hombres perfectos y espirituales que hagan florecer la Orden, edifiquen al prójimo y glorifiquen a Dios.

FRAY PEDRO DIERKENS

2. Cf. Bartolomé de los Mártires, *o.c.*, part. 2, cap. XX, § 3.

POESÍA

A María

María, de gracia plena
a ti levanto mis ojos
y aunque postrada, de hinojos
ya tu rostro me serena.
Aquí estoy con mi cadena,
mi alma ya sin libertad
por no ver la claridad
con que a mi casa te asomas
mientras el sol en las lomas
me dice de tu bondad.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

Bibliografía

GABRIEL MARCELO NÁPOLE, *Casas y caminos. Meditaciones sobre el seguimiento de Jesús*.

Editado por los Frailes Dominicos del Vicariato de Aragón y la Facultad de Teología de la U.C.A., Buenos Aires 2014, 160 pp.

Fray Gabriel Nápole era un hermano muy querido y apreciado tanto a nivel pastoral como teológico. Además de haber ocupado varios cargos importantes en su Vicariato y ser un reputado biblista, era Vicedecano de la Facultad de Teología de la U.C.A. cuando falleció en diciembre de 2013 a la edad de 54 años. El actual Vicario, fray Rafael Colomé, nos ofrece en este libro los ejercicios espirituales que este fraile dio a una comunidad de monjas dominicas contemplativas días antes de morir.

El título de la obra resume muy bien el contenido: busca ayudarnos a profundizar en el seguimiento de Jesús analizando las casas donde se hospedó y los caminos que recorrió en su vida pública. Tras dos capítulos introductorios, nos habla de Nazaret –ámbito de la cotidianidad– y Betania –donde Jesús tenía varios amigos de confianza–, la figura de María –que de Madre de Jesús, pasó a ser su discípula– y, por último, nos ofrece varias homilías cortas.

Hay dos aspectos importantes a destacar en este libro: lo bien que describe el ambiente histórico

y sociocultural en el que se movió Jesús –aportando datos muy curiosos e interesantes que nos hacen ver con nuevos ojos los Evangelios–, y cómo, a partir de ellos, fray Gabriel es capaz de introducirnos en el seguimiento cristiano, sabiendo mostrar con suma claridad el sentido teológico y espiritual de todo ello.

Es una obra de gran valor espiritual y bíblico, muy recomendable para todo aquel que desee conocer y seguir mejor a Jesús.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

CLAUDIO ROSSINI, PATRICIO SCIADINI (eds.), *Enciclopedia de la oración.*

Editorial San Pablo, Madrid 2014, 1181 pp.

Esta enciclopedia viene a completar dos excelentes diccionarios de temática espiritual que también ha publicado la editorial San Pablo: el *Diccionario de la Mística* y el *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*. Para elaborarlo, han participado más de noventa especialistas, casi todos profesores en Italia, de muy diversos Institutos religiosos –predominando los carmelitas descalzos–, además de sacerdotes seculares.

Consideramos que esta enciclopedia ofrece un orden muy lógico que abarca todos los ámbitos de la oración, englobándolos en ocho grandes secciones centradas en: la Biblia –que incluye a María–, la teología –subdividida en: doctrina, formas de oración, medios y actitudes–, la patrística, la historia, las áreas geográficas, las escuelas de oración, la pastoral y las confesiones cristianas y las religiones no cristianas.

Después hay un apéndice sobre la relación de la oración con diversas ciencias humanas (filosofía, psicología, arte, música...) y finaliza con tres índices: temático, onomástico y general.

Por la extensión, temática y rigor de los estudios que esta enciclopedia nos ofrece, no cabe duda de que se trata de una obra que debería formar parte de toda biblioteca especializada en espiritualidad o, en general, en teología. Asimismo, puede ser muy útil para aquellas personas seriamente interesadas en la temática espiritual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JEAN CLAUDE LARCHET, *Terapéutica de las enfermedades espirituales*.

Editorial Sígueme, Salamanca 2014. 734 pp.

A lo largo del siglo XX, sobre todo después del Concilio Vaticano II, la psicología ha ido ocupando un papel cada vez más preponderante en el acompañamiento espiritual. De hecho, en algunos casos esta influencia ha sido excesiva, encontrando, por ejemplo, a formadoras que se basan fundamentalmente en la psicología para educar y conducir espiritualmente a sus novicias. A veces esto ocurre porque es difícil encontrar buenos libros que traten este tema desde el punto de vista cristiano.

Pues bien, una buena ayuda es este manual, publicado en Francia en el año 2000. Su autor es doctor en filosofía y teología y experto en patología. En él expone de forma sistemática lo que los Padres de la

Iglesia y los Padres del desierto (fundamentalmente Evagrio Póntico y su discípulo Juan Casiano) han escrito para sanar las llamadas «enfermedades espirituales», es decir, las tentaciones que atacan nuestra persona para alejarla de Dios.

Consta de seis grandes capítulos en los que se va desarrollando el proceso de curación. Comienza estudiando el estado original del ser humano, antes de caer en el pecado, cómo cae en él, y su patología. El siguiente capítulo describe y clasifica las principales enfermedades espirituales y cómo se transmiten a la humanidad. Después se analizan las condiciones generales que han de darse para que la persona enferma sane y se convierta de nuevo a Dios. Es muy interesante el apartado en el que se nos habla de «Cristo médico» como paradigma del buen sanador espiritual. El cuarto capítulo trata sobre el proceso de conversión interior y los diferentes aspectos que han de tenerse en cuenta para sanar las facultades del alma. A continuación, se habla de qué virtudes hay que practicar para sanar las principales enfermedades espirituales. Y en el último capítulo se describen las cualidades que adquiere la persona que ha sido sanada: la impasibilidad, la caridad y el conocimiento.

En definitiva, este grueso y bien fundamentado manual es una obra básica para el buen acompañamiento espiritual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

EMILIANO ALMODOVAR, *El arte de acompañar desde la experiencia de la JOC*.

Editorial Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2014. 149 pp.

Emiliano Almodovar, sacerdote muy implicado en la pastoral obrera, ofrece en este libro un buen apoyo para el acompañamiento cristiano de personas y comunidades del movimiento de la JOC: Juventud Obrera Cristiana.

Siguiendo el hilo conductor del pasaje de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), este estudio aporta el testimonio de tres responsables de la JOC, habla de la importancia de conocer con el corazón y acompañar como «el buen pastor», da algunas nociones de *análisis transaccional*, presenta a Jesús como nuestra principal referencia –es especialmente interesante lo bien que explica cómo acompañó a san Pedro–, también trata de la figura de Moisés y, por último, analiza los tres pasos del acompañamiento: ver, juzgar y actuar. Las principales fuentes en las que se apoya el autor son los Evangelios, la experiencia de acompañamiento que tienen algunos miembros de la JOC y la sabiduría de su fundador: el P. Joseph Cardijn (1882-1967).

Esta obra puede resultar útil para personas que se dedican a la difícil e importante tarea del acompañamiento, pues aporta claves muy válidas para todo tipo de grupo o asociación cristiana.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

GIANFRANCO RAVASI, *El encuentro. Encontrarse en la oración.*

Editorial Verbo Divino, Estella 2014. 182 pp.

La espiritualidad cristiana se ha desarrollado a lo largo de la historia gracias, entre otras cosas, a importantes aportes provenientes de otras religiones y escuelas filosóficas como el estoicismo, el platonismo y el aristotelismo. Muy consciente de ello, el Cardenal Gianfranco Ravasi nos ofrece en este libro una visión universal de la oración. Este autor es arzobispo cardenal de Villamagna di Proconsolare y ha sido durante muchos años profesor de Biblia en Milán. Se trata de un hombre con una extensa cultura, además de una profunda experiencia espiritual.

Dado que la oración es la relación entre Dios y el ser humano, la obra consta de dos grandes partes: la primera trata sobre el rostro de Dios que se nos hace presente en la Palabra, en la creación, en la liturgia y en otros ámbitos; y la segunda habla sobre el rostro del hombre en sus diversas facetas, como son, por ejemplo, las de creyente, frágil e inmortal. Destaca este libro por su gran cantidad de citas tanto bíblicas como de autores cristianos y no cristianos, abarcando distintas ramas del saber. Mons. Ravasi va comentando y enlazando sabiamente dichas citas con el fin de mostrarnos una amplia y enriquecedora visión de la oración.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JEAN CHARLES NAULT, *El demonio del medio día. La acedia, el oscuro mal de nuestro tiempo*.

Editorial BAC, Madrid 2014. 160 pp.

El autor es abad de la abadía benedictina de Saint Wandrine (Francia). Esta obra es fruto de la tesis doctoral que presentó en Roma en 2005 y por la que obtuvo el primer premio Henry de Lubac. Podíamos definir la acedia como la apatía y decaimiento que los monjes del desierto sufrían –sobre todo al medio día– a causa de lo aburrida y monótona que era su vida. Pero no se trata de una afección espiritual que sólo sufrían los monjes, pues todos, de un modo u otro, también lo hacemos, aunque no seamos conscientes de ello.

La obra se divide en cuatro capítulos en los que el P. Nault nos habla de cómo se ha tratado el pecado de la acedia en el seno de la Iglesia a lo largo de la historia. Comienza con los monjes del desierto, prestando especial atención a un autor espiritual fundamental: Evagrio Póntico (ca. 345-399), en cuyo pensamiento ascético otros muchos autores se han apoyado. El segundo capítulo se centra en la escolástica medieval, sobre todo en santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274). En la tercera parte, el P. Nault analiza cómo la acedia incide en la sociedad actual y, en el último capítulo, trata este tema en los diferentes estados de vida: el consagrado (centrándose mucho en los monjes), el sacerdotal y el laical (solteros y casados).

Para acabar, en la Conclusión, nuestro autor afirma que la acedia es una enfermedad espiritual que debe ser combatida y sanada desde la «Nueva Evangelización», porque está muy presente en nuestra vida, haciendo

un gran mal. Y, desgraciadamente, ni siquiera somos conscientes de su presencia. Hace un interesante estudio de la Samaritana (cf. Jn 4,1-42), como una mujer que padece acedia y es sanada por Jesús.

Esta es una obra muy bien fundamentada teológicamente y escrita con un lenguaje bastante sencillo, lo que la hace apta para todos los públicos. Es muy recomendable, sobre todo, para aquellos que ejerzan como acompañantes espirituales y formadores.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JOSE-ROMÁN FLECHA, *La conciencia*.
Editorial CCS, Madrid 2015. 100 pp.

El prestigioso catedrático de Moral de la Universidad Pontificia de Salamanca resume en este librito lo esencial de lo que hay que conocer sobre la conciencia: eso que de manera tan decisiva valora nuestros actos. Reconoce que nuestros días no son los mejores momentos para hablar de la conciencia, es una «extraña invitada», dice. La conciencia es el lugar en el que se confrontan hechos objetivos y la subjetividad propia de quien los valora antes o después de que se produzcan. Es un lugar en el que se busca una certeza subjetiva sobre hechos objetivos; así como el valorar las leyes y normas de conducta, para ver si hay que ajustarse o no a ellas. Ciertamente, «*la persona humana debe obedecer siempre el juicio cierto de la conciencia*», pero lo difícil en no pocos casos es llegar a un juicio cierto; que, además, ha de ser recto, lo que implica conocer las referencias de rectitud y tenerlas en cuenta. Algo nada fácil de realizar serena

e imparcialmente ante la enorme presión a la que a veces estamos sometidos.

Una interesante consideración de las bases bíblicas permite ver cómo ya en los textos del Antiguo Testamento había referencias al corazón, al espíritu y a la sabiduría para valorar los actos morales. Jesús, por su parte, insiste en la dimensión interna de los actos, que exigen limpieza de corazón y coherencia con el Evangelio. San Pablo abordará más directamente el problema de obrar en conciencia de acuerdo con la formación de cada uno, pero cuidando no escandalizar a los que no tienen esa preparación. Como resumen, podríamos decir que para la Sagrada Escritura actuar en conciencia es sentirse libres, dueños de sus actos.

Después de un leve repaso sobre cómo se ha entendido la conciencia en diversos ámbitos cristianos, presenta «la conciencia moral ante un tiempo nuevo», acudiendo a diversos documentos actuales del Magisterio. El último capítulo tiene una fuerte dosis de novedad: sin olvidar esas referencias legales que han de conformar la conciencia recta, el autor mira hacia el futuro y entiende que la conciencia ha de fijarse en cómo construir al ser humano en atención siempre a la dignidad de la persona, en busca de un futuro más humano y humanizador, siendo fieles a la *fe* en el Evangelio, a la *esperanza* que éste genera, y poniendo al *amor* en primer lugar.

Es un libro no extenso, pero sí denso. Un libro recomendable para caminar hacia una buena formación de la conciencia.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

María Inmaculada y el tercer misterio gozoso

El dogma de la Inmaculada Concepción afirma que *«la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano»*. Es decir, que Dios tuvo a bien que su Hijo, que es infinitamente puro, naciese de una mujer que también lo es, de tal forma que intervino milagrosamente para que ésta ni siquiera tuviese el pecado original.

Es sabido que la teoría de la Inmaculada ha suscitado un amargo debate teológico durante siglos en la Iglesia católica, pues costaba encajarla con la teoría del pecado original de san Agustín (354-430). Afortunadamente, el sabio teólogo franciscano Duns Escoto (1266-1308) dio con la solución y el Magisterio de la Iglesia así lo refrendó declarando el dogma de la Inmaculada en 1854. Pero es importante resaltar

que nunca se puso en duda la pureza de María, pues el pueblo fiel siempre la ha contemplado como un ser intachable.

Pues bien, un buen ejemplo para mostrar que el pueblo fiel siente que María es Inmaculada lo encontramos en el tercer misterio gozoso, en el que contemplamos el nacimiento del Hijo de Dios. A pesar de que Jesús nació en un sucio establo, ¿alguno de nosotros piensa en la suciedad cuando contempla este pasaje evangélico? Seguro que no, porque la suciedad no encaja. Algo nos dice en nuestro corazón que Jesús nació en un ambiente absolutamente puro y bello.

Y es eso lo que intentamos mostrar cuando hacemos el belén en nuestra casa o en nuestra comunidad. ¿Alguien en su belén pone basura, animales muertos o cosas feas? No, ni se nos ocurre. Más bien hacemos todo lo contrario, pues «Algo» nos mueve a mostrar en nuestro belén la belleza, la inocencia y la pureza de la encarnación de nuestro Salvador.

Cuando contemplamos un belén, en cierto modo también contemplamos la pureza de la Inmaculada Virgen María, pues si hay algo bello, inocente y puro en el nacimiento de Jesús, eso es su Madre. La candidez del musgo, las ovejitas y los ángeles son un reflejo del inocente vientre de la Virgen María.

Es más, el simple hecho de contemplar un belén es un maravilloso ejercicio espiritual, pues nos purifica interiormente y suscita en nosotros una cierta

consolación. Por eso nos gusta tanto hacerlo. Incluso hay personas que son capaces de estar horas haciendo cola en un gélido día de invierno para poder ver un belén, como pasa, por ejemplo, en Madrid con los belenes monumentales que ponen el Ayuntamiento o el Gobierno Autonómico.

Y esto mismo lo experimentamos cuando rezamos el tercer misterio gozoso del santo Rosario. Es cierto, hay algo de especial en este misterio. Nuestro corazón se enternece al contemplarlo. Sentimos que nos impregnamos de la candidez del Niño Jesús y la pureza de su Madre. A menudo, incluso, nos gustaría que este misterio, en vez de diez Avemarías, tuviese muchas más, para que su gracia sanadora perdurase en nuestro corazón.

Y esto es algo muy importante en tiempos tan impuros y corruptos como los actuales. Cuando vemos la televisión, leemos un periódico o navegamos por Internet, vemos asiduamente cosas malas. Y, sin darnos cuenta, nuestro corazón se contamina, e incluso podemos llegar a pensar que no existe la pureza, que la inocencia es una mera utopía y que la honestidad no tiene cabida en este mundo.

De ahí la importancia espiritual del dogma de la Inmaculada. Meditar en él nos ayuda a superar la inmunidia y a abrirnos a la fuente de toda bondad: el Espíritu de Dios que habita en nosotros. Si María ha mantenido su pureza ha sido gracias a que ha sido dócil a las divinas mociones de su corazón. Este es el camino a seguir. Sólo así podremos vivir según el Evangelio.

El Espíritu Santo es «la fuente de agua viva» (cf. Jn 4,10-14) capaz de limpiar toda suciedad y pecado en nuestro corazón. A ejemplo de María Inmaculada, dejémonos conducir mansamente por el Agua Viva que nos lleva a la infinita pureza del Reino Celestial.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)



LOS COLABORADORES DE *VIDA*
SOBRENATURAL LES DESEAMOS UN
FRUCTÍFERO ADVIENTO Y UNA FELIZ
NAVIDAD. QUE EL NIÑO DIOS NACIDO
EN BELÉN, SE HAGA PRESENTE EN
NUESTROS CORAZONES Y TODOS
COMPARTAMOS ESTA ALEGRÍA CON
LOS QUE NOS RODEAN.



ESTUDIOS

«Conózcame a mí, conózcate a Ti» (San Agustín):

1. Conózcame a mí

El deseo que formula San Agustín parece muy simple. Así le pareció a él mismo cuando, tras haber aconsejado este doble conocimiento, se pregunta: «¿Nada más?» –*Nihil omnino*–. «Nada más, en absoluto», se responde. Para conocerse a sí mismo, hay que empezar por preguntarse dónde se vive.

Pues bien, vivimos en una maravillosa mansión con tres plantas: en el primer piso, se encuentra el cuerpo; en el segundo piso –o piso intermedio–, se aloja el alma; y en el piso superior, se aloja el espíritu. Vamos a describir brevemente cada piso o dimensión de nuestra persona.

TOPOGRAFÍA DEL ALMA

Primer piso: el cuerpo y la vitalidad

El cuerpo es lo primero que conoceré cuando intento conocerme, porque es lo que tengo más próximo. Ya de entrada, hago esta primera constatación: yo no *tengo* un cuerpo, yo *soy* mi cuerpo. En este cuerpo radica mi vitalidad, esto es, la energía que mueve la vida entera de la persona. El cuerpo mueve al alma

(y también es movido por ésta). El cuerpo es, además, el soporte de todas las actividades del espíritu (operaciones que se programan y ejecutan en el piso superior).

Todo el psiquismo humano está infuso en la vitalidad corporal. Es preciso decir esto con más energía: el espíritu se cimienta y asienta en lo corporal. Y ello ocurre de tal modo que el elemento psíquico está fundido con el elemento somático –o corpóreo–. Así resulta que alma y cuerpo son dos magnitudes distinguibles pero no separables. Podría decirse que el cuerpo termina dentro del alma, como el rojo termina dentro del anaranjado. Ha sido lamentable que docenas de autores ascéticos hayan olvidado este hecho primario, y hayan caído con excesiva frecuencia en el error del dualismo: separando alma y cuerpo.

¿Y qué hay en este primer piso de la persona? Pues bien, la vitalidad corporal está compuesta por los instintos: las sensaciones orgánicas tales como el placer, el dolor y los impulsos sexuales. Como se aprecia, en el cuerpo hay algo más que huesos, cartílagos y músculos. Nuestro cuerpo es una magnitud psico-somática que muchos la denominan *alma corporal*.

La cuantía y calidad de esta *alma corporal* es variable. Esta constatación la hacemos cada vez que nos encontramos con otras personas, es decir, con otras «almas corporales». Hay unas personas cuya vitalidad, al entrar en contacto con la nuestra, nos tonifican porque nuestra propia alma queda como refrescada con oleadas de energía pletórica, la cual, aunque es

una energía ajena, nos parece que se transfiere a la nuestra. Y suele suceder que salimos de la presencia de estas personas más optimistas y como henchidos de una rara alegría y confianza en la vida. Otras «almas corporales» nos producen el efecto opuesto: salimos de su presencia como extenuados y teñidos de pesimismo; nos dejan, como expresa el lenguaje coloquial, un sabor amargo, que no invita a posteriores reencuentros.

El alma corporal es, pues, una porción de la psique que vive en el cuerpo, está hundida en el cuerpo y, como las raíces de los vegetales, en él encuentra su cimiento y asiento. Y del cuerpo emerge el resto de las realidades personales. En contra de ciertas doctrinas ascéticas que han sido muy dañinas durante tantos siglos, hay que decir que todo lo noble, lo santo y lo heroico de la persona asciende como las raíces de los altos árboles desde ese fondo oscuro del alma corporal.

Segundo piso: el alma

Esta región intermedia entre el «alma corporal» y el espíritu, presenta un carácter «atmosférico». Aquí hay menos luz que en el plano superior –el del espíritu– donde se sitúan la inteligencia y el libre albedrío, pero hay más calor. Es el terreno en el que nacen, crecen y se expresan los sentimientos y emociones humanas. Los sentimientos vienen a ser como los *informes* no verbalizados de nuestro estado de ánimo. Así lo expresamos cuando preguntamos a alguien: «¿Cómo te sientes hoy?». Raramente, le preguntamos al otro:

«¿qué razonamientos o visiones has tenido hoy?». A esta pregunta respondería el espíritu; pero a la primera responden los sentimientos. Y lo que deseamos conocer de la persona, ante todo, son los sentimientos porque ellos son los fieles reporteros de nuestra actualidad anímica.

El alma es el lugar más privado, más personal de la persona. El cuerpo, aunque sea la base de toda la persona, es bastante impersonal; y el espíritu, que se mueve por verdades o valores suprapersonales tales como el bien, la verdad, la belleza, el deber, etc., tampoco puede ser el recinto de lo íntimo y personal. Porque todos los demás espíritus muestran parecido amor por la belleza, por la bondad, etc. En cambio, donde alienta lo más personal de un individuo es en este segundo piso, que siempre se le denominó *alma*. Los psicólogos modernos, pese a que se entregan al estudio del alma (*psyche* = alma; y *logos* = tratado), no hablan jamás de «alma». Ningún lector habrá encontrado en un libro de psicología moderna el vocablo «alma»; hablan, en cambio, de «psiquismo».

En este *alma*, sede de mi psiquismo, es donde propiamente me aposento; ahí vivo desde mí y sobre mí. Nadie vive desde el deber o desde la verdad o la belleza.

Piso superior: el espíritu

Como ya se quejaba Kierkegaard, la mayor parte de los cristianos, teniendo una mansión de tres pisos, no la usan debidamente porque prefieren vivir en los

pisos inferiores y muy raramente suben al piso noble y superior donde mora su espíritu. Son muchos los que usan el equipamiento de su espíritu sin saberlo. Pero lo que se desconoce no se usa bien. Los siguientes análisis intentan favorecer el uso más eficiente del equipamiento del espíritu. Estos conocimientos son muy importantes porque crecer, madurar, es, precisamente, autoconocerse y usar con eficiencia su equipamiento espiritual.

Equipamiento del espíritu: la autoatención

La primera operación del autoconocimiento es la de la entrada *-input-* de la información sobre nuestra persona. Que nadie piense que el correcto autoconocimiento es tarea simple. Los problemas empiezan ya aquí, en los primeros pasos, porque:

- Puede ocurrir que la *información sea adecuada, pero el sujeto la maneje con procedimientos inadecuados*. Esta es la primera fuente de distorsión de la propia realidad y la ajena. La distorsión la produce el frecuentísimo *error de atribución*. Se incurre en este error grave cuando el sujeto pone todo su foco de atención en los aspectos subjetivos *-siempre necesarios y presentes-*, pero desdénando los datos objetivos, esto es, los hechos. Señalemos otros dos errores fatales:
- *El error del autofoco*. Se comete cuando el sujeto es más dócil a instancias extrañas que a su propia realidad. Ocurre este error cuando concedemos más importancia a lo que nos place

interiormente que a lo que realmente somos y hacemos.

- *El error de la saliencia* ocurre cuando los aspectos más sobresalientes de una situación son indebidamente tratados en perjuicio de otros que sobresalen menos, pero que pueden ser –y suelen ser– los más determinantes de nuestra conducta.

La autopercepción

La autoatención, si se hace bien, nos proveerá de ingente información. Pero es preciso todavía que sepamos integrar esta información en un conjunto con sentido. Este es el trabajo de la autopercepción que sabe extraer: el sentido oculto que subyace en el tono de los estados de ánimo (propio y ajeno); el sentido que emerge de las vivencias o de los sentimientos; el sentido que se deriva de los gustos y los deseos; y, en fin, el sentido que se manifiesta en toda esa red de intenciones y propósitos que constantemente envuelven nuestro ánimo.

Para movernos en este terreno íntimo, hemos de guiarnos de modo parecido a como operamos en la percepción de nuestra realidad exterior: en ambos casos, la clave del sentido no viene tanto por la abundancia de información, cuanto por indicios. Es, precisamente, sobre indicios-clave –o datos de base– como iniciamos la construcción de nuestra realidad.

El lector intuirá fácilmente la decisiva importancia de esta operación. Sobre todo hay que asegurarse

de que empezamos bien la obra, sin caer en pseudo-conceptos y autoengaños. Dicho en palabras de Jesús: «*La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!*» (Mt 6,22-23) Se trata, pues, de extirpar en nosotros el «ojo malo», y crear el «ojo bueno», sabedores de que entonces todo en nosotros será bueno. El *ojo bueno* es el que capta atinadamente la verdad de nosotros y de nuestra circunstancia. De ese modo, se ampliará nuestro propio ámbito vital porque la autopercepción nos dará la llave para entrar en nuevas dimensiones de la realidad que jamás habríamos sospechado.

Que nadie piense que la autopercepción es cosa fácil, o que es algo que va de suyo, como cuando percibimos una silla o una casa. Es de las operaciones más frágiles e inseguras, como lo demuestran muchos test psicológicos. Prueba de ello es lo difícil que nos resulta identificar nuestras manos fotografiadas entre otras o reconocer nuestro propio tono de voz en las grabaciones.

La memoria autobiográfica

Es bien sabido que nosotros, por ser humanos, mostramos, de un modo absolutamente esencial e ineludible, estas tres *dimensiones*: somos un *ser-en-un-cuerpo-sexuado* (dimensión sexual), somos un *ser-con-otros-seres* (dimensión de la sociabilidad), y somos un *ser-en-el-tiempo* (dimensión de la temporalidad). Esas tres dimensiones tienen su propia historia:

el cuerpo envejece; la sociabilidad, de modo constante e inexorable, está mutando hacia formas y contenidos nuevos; y, por definición, nuestra temporalidad es cambio continuo.

Por jóvenes que seamos, tenemos ya un tiempo pasado, una historia vivida. Esta historia es un material imprescindible para la construcción tanto de nuestro presente como de nuestro futuro. Para manejar este material, necesitamos poner en funcionamiento la memoria, cuyos beneficios subrayo a continuación:

Los frutos de la memoria autobiográfica. El primero y principal: nos autodefine y nos confiere, así, nuestra identidad. Al encontrarnos con un desconocido, cuya identidad ignoramos, le hacemos preguntas sobre su pasado. Por otra parte, nuestra memoria nos va punteando los hitos de nuestra vida, los cuales vienen a ser nuestras coordenadas dentro de las que nos situamos y nos sitúan los que nos conocen. La memoria nos provee, además, de un imprescindible sistema de señales que nos permiten identificarnos en medio de las constantes mutaciones de nuestro cuerpo, de nuestros amigos y de los cambios de época.

Además, puesto que estamos tratando con nuestra historia, y toda historia es *magistra vitae* (maestra de la vida), nuestra memoria autobiográfica nos enseña verdades vitales que sólo los necios desdeñan. Nos enseña, por ejemplo, a redimensionar las experiencias pasadas y las presentes; a poner los valores donde realmente están, y no donde sesgadamente creíamos en otro tiempo que estaban.

Y hay otro beneficio muy principal: la memoria enseña y ayuda a olvidar aquello que, después de todo, no era tan terriblemente importante. Es bien sabido que el olvido, junto con la memoria, son dos funciones vitales básicas y adaptativas del ser humano. No podríamos vivir sin memoria, pero tampoco sin el olvido: sería una vida inimaginable.

El autoconcepto o el «constructo de sí-mismo»

Construimos con esquemas. Los procesos previamente analizamos, si se efectúan correctamente, nos arrojarán cantidades ingentes, casi inmanejables de autoinformación. Necesitamos, por ello, un sistema de clasificación, un casillero donde colocar cada cosa: eso son los «esquemas». Son procedimientos cognoscitivos que organizan y guían el manejo de la información pertinente desechando la no pertinente.

Gracias a los esquemas, disponemos de un anclaje y un marco de referencia en relación con nuestros valores y metas personales, así como de nuestras estrategias favoritas para tratar de conseguirlos.

El papel de la imaginación. Si el espacio lo permitiese, habría que decir todavía algo sobre el papel de la imaginación, que es nuestra facultad creadora por antonomasia. Con el material previamente elaborado por las operaciones que acabamos de describir, la imaginación compara, combina, escoge los elementos más llenos de significado y con todo ello es capaz de crear nuevos modos de vida.

NUESTRA INTIMIDAD

Intimidad y autopresencia

En la zona superior del espíritu es donde el creyente tiene experiencias del tipo de las que nos narra en su *Diario* el Profesor García Morente: «*alguien me había visitado y ando buscando por qué*». Sólo entramos en este recinto de la intimidad si estamos presentes a nosotros mismos. Repetimos que la autopresencia conjura la Presencia divina del que prometió que *haría morada* en el corazón del que cumple su Palabra (cf. Jn 14,23).

Pero adviértase que no se trata de ninguna presencia espacial como si una zona de nuestra alma estuviese ocupada por alguien, por una especie de hombrecillo. Tampoco podemos imaginarla como una suerte de Cristo sutil que nos inhabitase. Se trata de una real Presencia divina que está *realmente* conmigo, y me es muy íntima, pero que no se identifica con mi propia presencia; es una Presencia que viene de otra parte, que me trasciende.

He aquí la condición original de esta Presencia divina que la distingue de toda otra presencia humana: yo no la puedo crear en mí, pero ella tampoco puede darse sin mí, ni separadamente de mis propias operaciones espirituales que la suscitan. No es un acto mío, pero se desliza tan espontánea e inexplicablemente en mi propio acto, que parece mía.

El más profundo Centro

En la intimidad hay un Centro de mi propio centro. Aquí se ubica ese reducto al que San Juan de la

Cruz se refería con su hermosa expresión *«de mi alma en el más profundo centro»*, que emplea en su *Llama de Amor viva*. Como nos estamos moviendo en un medio no espacial, tanto da hablar del piso superior, siguiendo nuestro esquema de los tres pisos, como hablar de lo más profundo o, del «hondón del alma», según la expresión que gustan usar los místicos clásicos castellanos.

Con todas estas expresiones metafóricas expresamos la misma realidad espiritual, a saber: ese reducto más íntimo de nuestra persona, allí donde radica lo más personal y exclusivo que tenemos. No olvidemos que se trata de dos centros: uno que escribo con mayúsculas para significar la sede o Centro divino donde *in-habita* la Presencia divina, para distinguirlo del otro centro, el nuestro, que es el centro de nuestra intimidad personal.

La celda interior

La intimidad profunda es la «celda interior» de la que habla Jesús en Mt 6,6: *«Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará»* (Mt 6,6). Se trata, desde luego, de algo mucho más íntimo que el *tálamo* o *hipotálamo* de que nos hablan los neurólogos. Para designarlo podríamos tomar, como hacen ellos, otra palabra griega, precisamente la que se emplea en Mt 6,6: *kripto* o el lugar escondido que sólo ve el Padre, donde Jesús nos aconseja entrar «cerrando la puerta» para allí orar al Padre «que ve en lo escondido».

EL PROCESO DE HACERSE PERSONA

Gracias al esfuerzo de autoconocimiento, ya he logrado saber dónde estoy y quién soy; ahora todavía tengo que saber qué tengo que hacer. El *que-hacer* de toda persona es *convertirse en persona* (*Becoming a person*, como lo designan los psicólogos anglohablantes). En lo que sigue de este artículo analizaremos en qué consiste esta tarea, que es la tarea de toda una vida.

Hacerse persona es autoconocerse

Podríamos comparar la maduración humana con una marcha desde situaciones imperfectas a otras más perfectas. Esa marcha tendrá que sortear constantes dificultades y «trabajos», pero también irá cobrando valiosos frutos, tales como: la autoestima y el sentimiento de autoposeerse; la propia dignidad y la fe en sí mismo; la asertividad, es decir, la capacidad de expresar lo que uno piensa (que San Pablo llama «*parresía*»); y la solidaridad, que nos impulsa a ayudar y a relacionarnos amorosamente con los otros.

Creer es una marcha en cuatro etapas

Primera etapa: la fundamentación. Es lo primero que logra el autoconocimiento, tras la toma de conciencia de lo que verdaderamente uno es. Cae en la cuenta de que es una parte «particular» que convive con otras partes particulares, mientras todas participan de un Todo. He ahí el fundamento necesario porque ninguna parte se funda en otra parte, la cual

estará también necesitada de fundamento: sólo el Todo, la Realidad divina que las creó puede ser ese fundamento.

Segunda etapa: integración y unificación. Toda persona inmadura ostenta gran desintegración en sus actitudes y operaciones que hacen de él un «lío», una madeja de tendencias, instintos, deseos y conductas desarticuladas. En cambio, el que madura, como acabamos de decir, hace constantes tomas de autoconciencia. Como no puede tolerarse ningún desorden ni desintegración en su persona, se ejercita en el *re-cogimiento y la con-centración* de todas sus energías y facultades. Gracias a estas dos operaciones, va inexorablemente articulando y cohesionando todas las partes desintegradas en su persona. Y así va consiguiendo una progresiva *uni-ficación* de su personalidad que se traducirá en una robusta identidad personal.

Tercera etapa: la participación y transformación. Es la fase final en la que se recogen los frutos de un largo trabajo que lleva toda una vida. Sin embargo, no hay que entender esta fase como una fase terminal. Se empieza a participar en la Realidad divina casi nada más empezar el proceso de hacerse persona. Y la consecuencia inevitable de esta participación no puede ser más que la maduración y transformación progresiva de la persona.

Cuarta etapa: la bienaventuranza. Pero una cosa es experimentar la participación y transformación de modo inicial, y otra es vivirlos de modo plenario, como ocurre en algunos afortunados al final de sus vidas y, por descontado, en la bienaventuranza.

Madurar es vencer los obstáculos al crecimiento

Con la brevedad exigida por el exiguo espacio que nos resta, señalemos meramente estos obstáculos:

- *En el nivel de la vitalidad.* Cabe distinguir en el hombre tres personas: la recibida por la herencia: es nuestro temperamento; la aprendida o madurada trabajosamente; y la elegida: lo que pretendemos ser. Pues bien, los obstáculos principales se ubican en la personalidad *recibida*, la cual muestra ese conjunto de *inclinaciones temperamentales* con las que hemos nacido. Algunas de ellas pueden propiciar el crecimiento, pero corrientemente ofrecen una resistencia muy negativa al cambio y al crecimiento.
- Si ascendemos al segundo piso que examinábamos anteriormente –es decir, el alma–, comprobaremos que ahí se originan también movimientos que frenan o paralizan la maduración. Se trata de esas redes de tendencias que buscan la satisfacción inmediata de los deseos. Y no menos estorban las actitudes y los mecanismos de «autodefensa» que tanto nos falsean la realidad.
- En el piso superior –el espíritu–, se levantan igualmente obstáculos al crecimiento no menores que los precedentes. Son los sueños e ilusiones, forjados al margen del *principio de realidad*, los cuales dificultan nuestra adaptación a la realidad personal.

- Hay que mencionar, finalmente, las perniciosas tendencias a falsear la realidad para que ésta «cuadre» con los propios esquemas, forjados al margen de la supervisión crítica de nuestra instancia superior: el espíritu.

FRAY JOSÉ MARÍA GARCÍA PRADA, O.P.
Montesclaros (España)

Esperanza, Adviento, Navidad

MIENTRAS RECORDAMOS LA APARICIÓN HUMILDE
DE JESÚS ESPERAMOS SU MANIFESTACIÓN GLORIOSA

La liturgia de Adviento, especialmente los prefacios de la Misa, nos recuerdan la triple venida del Señor (en la carne, por la gracia y al final de los tiempos), fundamento y objeto de nuestra esperanza.

El Señor vino primero cuando el Verbo se hizo carne cumpliendo las promesas mesiánicas hechas a Israel. Esta primera venida en la humildad es el principio y fundamento de su venida gloriosa al final de los tiempos. La liturgia de las primeras semanas de Adviento reaviva esta esperanza mesiánica de la segunda venida.

A partir del 17 de diciembre nos preparamos especialmente para celebrar con gozo la solemnidad de Navidad. Aunque la primera Navidad es un hecho histórico irrepetible, cada vez que la Iglesia se reúne para celebrar esta fiesta, toda la fuerza salvadora de este acontecimiento toca y transforma la vida de quienes lo viven con fe. Jesús viene a celebrar con nosotros y dentro de nosotros esta gran fiesta, fuente de gozo, de paz y de esperanza para todos los hombres. Podríamos decir que Navidad es todos los días, si dejamos que el Hijo de Dios nazca cada día en nuestro corazón. Alguien

decía que Dios puede nacer mil veces en Belén, pero si no nace en tu corazón no nace para ti.

La ardiente esperanza de este tiempo se expresa en la liturgia en forma de promesa, de mandato y de plegaria.

La promesa dice: «*el Señor viene con su salvación*» (Sal 37,39); «*el Señor está cerca*» (Sal 34,18); «*he aquí que llego presto*» (Ap 22,12). El mandato nos llama de forma apremiante a la conversión: «*salid al encuentro del Señor que viene, preparad sus caminos, despertad, permaneced vigilantes*». En la plegaria pedimos con vehemencia: «Ven Señor, no tardes»; «abrid los cielos y germinad al Salvador». «*El Espíritu y la Esposa dicen... "Ven, ven Señor Jesús"*» (Ap 22,17.20).

Isaías, Juan Bautista y María, que «*esperó el nacimiento de su hijo con inefable amor de madre*» (II Prefacio de Adviento), son los testigos y modelos privilegiados de la esperanza y que inunda este tiempo.

LA ESPERANZA ES COMO UNA NIÑA QUE CAMINA ENTRE SUS DOS HERMANAS MAYORES, LA FE Y CARIDAD (CHARLES PEGUY)

Se ha definido la esperanza como la *pasión por un futuro mejor*. Es un impulso vital a trascenderse; gracias a ella la vida se eleva y exalta, sin ella la vida se degrada hasta la autodestrucción. La esperanza cristiana es la virtud teologal por la que tendemos a Dios como nuestro futuro y dicha total.

Por la fe conocemos a Dios como Padre, aceptando las promesas y exigencias de su amor revelado en

Jesucristo. La caridad nos introduce en la comunión afectiva de hijos y amigos con Dios. El Espíritu Santo nos hace experimentar el amor paternal con el que Dios nos ama y el mismo Espíritu nos capacita e impulsa a amar –con el amor con el que somos amados– a Dios como Padre y a los hombres como hermanos.

Con la esperanza nos entregamos confiadamente al futuro; caminamos alegremente hacia el encuentro amoroso y definitivo en el cara a cara con Dios (cf. 1Cor 13,12); y, mientras caminamos, el amor y la esperanza transforman nuestro corazón y nuestro mundo.

El niño, el joven y el anciano son, respectivamente, los símbolos de las tres actitudes básicas de la esperanza: confianza filial en el Dios de las promesas, expectación ardiente de nuestra futura salvación y paciencia perseverante en medio de las tribulaciones, en el combate y las adversidades de la vida.

QUIEN ESPERA, VIVE MÁS INTENSAMENTE

Mientras espero la visita de mi amigo, vivo el tiempo de espera con especial intensidad. Preparándome para el encuentro, mi existencia comienza a transformarse. El cristiano espera en cada momento la visita salvadora de Dios y así se prepara para el gran encuentro cara a cara con Él.

Cuando al final de una larga marcha me espera una persona querida, su presencia cada vez más cercana se convierte en fuente de gozo y de energía para caminar más animadamente. Al final del camino nos espera Dios, por eso caminamos animosamente hacia Él.

Si alguien me promete algo profundamente anhelado por mí, la esperanza de conseguirlo hace crecer mi confianza y entrega a la persona que me hace la promesa y al bien que me fue prometido. Dios nos ha prometido su Reino y su salvación, por eso pedimos confiadamente que llegue el Reino prometido y trabajamos con entusiasmo a su servicio.

La vocación del cristiano es, según San Pablo, una gran esperanza (cf. Ef 4,4). Mientras que los paganos carecen de ella (cf. Ef 1,18; 2,12); herederos de las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento, los cristianos somos llamados a «*una esperanza mayor*» (Hb 7,19). Fiel a la llamada a la esperanza, el cristiano vive una vida más intensa que quienes no esperan. ¿No es así? El tiempo de Adviento ofrece una buena ocasión para reavivar nuestra esperanza y, con ello, renovar nuestra vida.

LA VIDA NO ES SUEÑO SINO ESPERANZA, UNA ESPERANZA QUE NOS TRANSFORMA

El niño vive de ilusiones y el joven de proyectos; el adulto ve que muchas de esas ilusiones y proyectos no se cumplirán. Al llegar a los cuarenta años, el hombre, generalmente, no es todo lo feliz que hubiera deseado, y lo sabe, por eso la vida, a veces, aparece como una promesa que no se cumple, como un sueño que se desvanece.

Pero el recuerdo de Jesucristo y de su triple venida convence al cristiano de que la vida no es sueño sino promesa y esperanza. Esperanza de un mundo nuevo

y más perfecto; una frágil esperanza que sólo vemos realizarse parcialmente, que no logra cambiar el mundo según nuestro deseo, pero va transformando lentamente nuestra existencia; se contagia a quienes nos rodean, les ayuda a vivir con esa misma esperanza y a transformarse con ella; y de esa manera también comienza a renovar nuestro mundo y se convierte finalmente en promesa de que nuestra vida y la historia de los hombres caminan no hacia la aniquilación sino hacia una gran transformación gloriosa, hacia nuestra liberación y salvación plenas.

Toda nuestra vida tiene carácter de Adviento, de espera gozosa, tensa y confiada, del encuentro con el Señor. San Pablo ha descrito admirablemente el estilo propio de esta vida: «*Vivid alegres con la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración*» (Rm 12,12).

FRAY LUIS LAGO ALBA, O.P.
Salamanca (España)

La importancia del estudio de la teología¹

Como es sabido, san Anselmo definió la teología como *la fe que busca entender*. El teólogo quiere conocer, quiere entender a Dios y su misterio tanto como le sea posible. Pero no se trata de conseguir una mayor erudición, ni sólo de dar razón de la propia fe o de la propia esperanza, sino que este estudio bien conducido tiene también repercusiones prácticas tanto en la vida del propio teólogo como en la de los demás. Decía Maurice Blondel que *«el dogma no se nos da para hallar en él satisfacciones intelectuales, sino para mejorar en todo»*, viviendo nuestra fe, ya que –como se nos enseña en el Evangelio– debemos vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios.

De ahí que el conocimiento explícito de la verdad revelada se complete no sólo con el estudio, sino aún mucho más con la oración y la práctica de la caridad.

El cristianismo no es teoría, sino que lleva siempre a la práctica. Buscar a Dios apasionadamente, también a través del estudio, cambia la propia vida y redundo en beneficio de la sociedad. Santa Teresa de Jesús decía que *quien más entiende de Dios más lo ama y le alaba*.

1. Homilía de la Eucaristía de apertura del Curso 2014-2015 de la Pontificia Facultad de San Esteban de Salamanca, presidida por Don Carlos López, Obispo de Salamanca.

Según esto, el estudio de la teología desemboca en un mayor amor a Dios y también en una mayor alabanza, de lo contrario, habría que preguntarse: ¿qué ha fallado en ese estudio o en ese conocimiento? Dicho de otra manera, el estudio de la teología desemboca en la contemplación del misterio de Dios. A su vez, la contemplación cristiana –como es sabido– es inconcebible separada del doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

Pero el conocimiento de Dios no se alcanza sólo mediante el estudio de la teología. A veces suele suceder que una persona sencilla, incluso que no sabe leer ni escribir, habla más sabiamente de Dios y de las cosas divinas que quien se ha pasado la vida entre los libros. Esto se debe a que, en el terreno de la fe, la *experiencia* supera a la especulación, como el *amor* supera a la ciencia, ya que nos unimos más íntimamente a Dios con el afecto del corazón que con los razonamientos y meditaciones del espíritu, aunque no por ello estos sean inútiles.

Los místicos insisten en que nuestro conocimiento de Dios tiene que ser vital, *experiencial*. No basta un simple conocimiento especulativo, frío y abstracto; hace falta un conocimiento tan vivo y palpitante que nos haga tocar en la fe la realidad de Dios. Los mismos místicos nos recuerdan que para conocer a Dios y tratarle amigablemente hay que vivir en Dios y de Dios. «Pues –decía el P. Arintero– *si no lo estrechan en sus corazones por la caridad, no pueden poseerlo en verdad por más conocimientos teológicos que tengan*».

En nuestro mundo sigue palpitando la sed de Dios, sigue existiendo una fuerte inquietud espiritual. A ella debemos responder según nuestras posibilidades. Y, sin duda, el estudio de la teología es un buen instrumento para poder encauzar correctamente esta inquietud.

El estudio de la teología conlleva un compromiso y una responsabilidad ante Dios y ante el mundo.

Estudiar es ahondar en la realidad. El estudio de la teología es una búsqueda de luz.

En el anuncio publicitario de una Facultad de teología católica que leí recientemente, se dice que estudiar teología...

«...es una buena elección; es buscar razones para vivir y esperar, es pensar en Dios en la vida, para la vida, es prepararse para una existencia de entrega a los demás.

Estudiar teología es una buena elección porque en ella se trata de Dios, de su Palabra, de su amor, de su misterio y de su relación con los seres: la teología es un excelente medio de conocer a Cristo para encontrar su rostro en los otros.

Es también una buena elección para prepararse como agente de pastoral laico (hombre o mujer, casado o célibe) o como sacerdote, diácono, religioso o religiosa, a fin de construir una Iglesia cercana a las gentes de este tiempo, en los diferentes campos de la pastoral (parroquias, catequesis, enseñanza de la religión, servicios caritativos, trabajos en los medios de comunicación, trabajo con la juventud, o en las prisiones,...).

Es, en definitiva, alimentar la propia vida espiritual y realizar una búsqueda de sentido en las grandes cuestiones existenciales y éticas de hoy».

Hay que seguir insistiendo en la estrecha relación que existe entre el conocimiento y el amor. En el caso de Dios su vivir es conocer y amar; el conocimiento y el amor son su misma vida.

Podemos preguntarnos ahora, ¿cuáles son las fuentes de la teología?, ¿dónde hay que acudir para el estudio de la teología? Melchor Cano, fraile del convento de San Esteban, y sucesor de Francisco de Vitoria en la cátedra de prima de la Universidad de Salamanca, hablaba de diez lugares teológicos, que son como las fuentes de donde la teología saca su argumentación. Entre ellas señala en primer lugar la Escritura, leída en el contexto de la tradición viva de la Iglesia; luego están los Padres y el Magisterio de la Iglesia. Pero después la teología debe recurrir a todos los saberes humanos en los que puede descubrir la huella de Dios.

Los místicos nos dirán que hay que estudiar de continuo en el libro de la Vida que es Jesucristo, modelo y verdadera luz para la humanidad. Si lo estudiáramos y lo meditáramos, a través de su humanidad, iríamos descubriendo los profundos misterios de Dios.

Podemos preguntarnos también ¿en qué consiste el estudio de la teología? Pues, entre otras cosas, en examinar, confrontar, sintetizar los diferentes aspectos de la verdad revelada, y en expresarla en un lenguaje claro, capaz de evitar todo error, en relacionar las distintas verdades, y en ordenarlas sistemáticamente de modo que podamos percibir bien la armonía interna que existe entre ellas, y la armonía entre la fe y la razón.

Esta costumbre de *analizar* la verdad revelada no es ninguna novedad, sino que, como decía el cardenal

Newman, es «*una tradición constante de la Iglesia, y a lo que esa investigación nos mueve es el interés vital que esas verdades provocan en nuestro interior que nos hace recibirlas con alegría*».

El estudio de la teología contribuye también a responder a las necesidades de la misión, porque nos ayuda a descubrir los argumentos necesarios para dar razón de nuestra fe y hacerla aceptable y simpática a todos, y a responder con acierto a los que por ella nos preguntan. San Pablo le decía a Tito que usara el lenguaje más fiel y adecuado para poder exhortar en doctrina sana y argüir a los contradictores (cf. Tit 1,9). Esta exigencia nos obliga a sondear más a fondo y a analizar con más precisión la verdad revelada.

El papa Francisco en su *Exhortación apostólica Evangelii gaudium* entiende la teología como parte de la misión salvífica de la Iglesia, pero para ello –nos dice– *es necesario que los teólogos lleven en el corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia y de la misma teología, y no se contenten con una teología de escritorio*.

Lo más importante es siempre la fidelidad al mandato misionero de Jesús, al servicio del cual se estructura toda la Iglesia, y también la misma teología. Recordemos a este respecto que la misión es el primero y el principal servicio de la Iglesia a cada ser humano y a toda la humanidad, una actividad esencial y nunca concluida.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ JUAN, O.P.
Salamanca (España)

Mística y solipsismo

Muchas personas que no han tenido acceso a la experiencia mística suelen afirmar que las espiritualidades de Silencio son caminos peligrosos que poco o nada tienen que ver con el Evangelio, porque conducen a una búsqueda de sí mismo, a un encerrarse en la propia interioridad para gozar de experiencias exclusivamente auto-referenciadas. Para estas personas, la experiencia mística conduce a aislarse de los demás, a evadirse del mundo, a la *ataraxia*. No puedo estar más en desacuerdo con este planteamiento.

Obviamente, un camino espiritual que conduzca a evadirse del mundo, a insensibilizarse del pulso de la vida cotidiana, debe ser rechazado. Si nuestro camino interior no nos lleva a amar más, seguramente sea porque estemos errando nuestros pasos. Pero, felizmente, el Silencio no conduce al aislamiento; y, si sucede, será sólo porque la persona haya extraviado su camino, pero no como un fin natural de la experiencia mística. Como decía habitualmente en sus charlas el P. José Fernández Moratíel OP, *una mística que no nos trae de regreso al otro, no es una auténtica mística*.

Si hay un pasaje bíblico que puede ilustrar claramente esta idea, seguramente sea el de la transfiguración de Jesús en el Monte Tabor. En aquella ocasión, Jesús eligió a Pedro, Santiago y Juan para subir al Monte; como sabemos, el monte es el símbolo bíblico

por excelencia de la oración, de la elevación del espíritu que busca el encuentro con el Padre. En la experiencia del Tabor, Jesús se manifiesta a sus discípulos en toda su gloria y en toda su majestad. Dice la Escritura que *«su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz»* (Mt 17,1-2). Curiosamente, el texto está cargado de expresiones que hablan de una experiencia luminosa: un rostro resplandeciente, un brillo como el del sol, vestidos blancos como luz... Los discípulos debieron experimentar en el Tabor la vivencia transformadora de sumergirse hasta el fondo en la luz de Jesús, de quedar deslumbrados por la dicha y el amor del Hijo que se hacía transparente a la presencia del Padre.

En el icono de la transfiguración de Teófanos el Griego, se representa un torrente dorado que mana de Jesús; en la iconografía ortodoxa, el color dorado está reservado a los atributos de la divinidad. Es decir, el artista representa un manantial de divinidad que nace de Jesús. En otras versiones del icono, Jesús es representado sobre un disco negro que se asemeja a la boca de un ánfora o una cántara del que mana un torrente en el que los discípulos calman su sed de Dios.

El primer impulso de Pedro, deslumbrado por tanta luz, fue el de permanecer en el Tabor: *«Señor, ¡qué bien se está aquí! Si te parece, armaré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías»* (Mt 17,4). Sin embargo, Jesús les manda reemprender el camino. Cuando el Maestro comienza el descenso del Tabor, está ya dando inicio al camino que le lleva a Jerusalén, dispuesta como un altar para el sacrificio del cordero. Jerusalén es el lugar de la entrega, del

definitivo don de sí, donde Jesús se despoja de todo hasta dar la propia vida. En la catequesis del Tabor, Jesús rechaza una espiritualidad que aísla y aparta, que nos vuelve extraños al mundo, que nos convierte en insensibles al dolor y al sufrimiento de los hombres. Una espiritualidad de ese tipo no tiene nada que ver con el Evangelio ni con la mística.

La experiencia mística, si es auténtica, nos invita a experimentar a Jesús en toda su gloria, pero nos devuelve al mundo transformados en el amor. Y ahí, en el mundo, en lo cotidiano de cada jornada, estamos llamados a encarnar el amor de Dios que se derrama en nuestro corazón.

La experiencia del Silencio no nos invita a vivir mirándonos a nosotros mismos, sino a vivir mirando al mundo desde nuestro centro, desde la presencia del Dios que nos habita. Sin entrega, sin don de sí, sencillamente no hay Evangelio. Por eso debemos rechazar la idea de que la experiencia mística sea solipsista.

MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO, CVX
Escuela de Silencio
Sevilla (España)

¡Ay de quien escandalice a los pequeños!

«Ay de quien ESCANDALICE a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos y le hundan en lo profundo del mar» (Mt 18,6).

Desde el capítulo 17, Mateo va mostrando la sensibilidad de Jesús para con los niños. Ante la queja por la enfermedad, viene el milagro de la cura (v.18). Inmediatamente, se introduce otra escena apuntando el asunto de los impuestos que hay que pagar al templo. Jesús cuestiona tal práctica, pero insta a ejercitarla con tal de evitar escándalos (vv.24-27). Luego del asunto económico, se retoma nuevamente el tema infantil. Esta vez, por la inquietud de los discípulos: «¿Quién es más grande en el Reino de los Cielos?» (Mt 18,2).

En la cultura bíblica, los niños formaban parte de los estratos socialmente más insignificantes. Su valor residía no tanto por su propio *ser*, sino en lo que representaban para el futuro del pueblo. Sin embargo, Jesús responde a la inquietud de sus discípulos bajo el paradigma de un infante. Ellos, tenidos por «poca cosa», son los herederos legítimos del Reino. Acoger esa «poca cosa» es acoger a Jesús y su causa. Observemos que el templo y sus impuestos quedan excluidos de los criterios planteados para formar parte del Reino anunciado.

Jesús, ante esta afirmación, bebe de la tradición bíblica que muestra un proyecto de salvación a partir de los niños. Eso queda reflejado en la figura de Moisés «Salvado de las aguas» (cf. Ex 2,10) y mediador para la liberación de Israel (cf. Ex 3). Al mismo tiempo, en la teología de Isaías se nos habla de Emmanuel: «*Dios con nosotros*» (Mt 1,23; cf. Is 7,14; 8,8). Es el proyecto de la fragilidad, de la no violencia. Se trata de la inocencia humana reconstruyendo los escenarios sociales invadidos por la maldad. El Salmo 8 también nos dice que el Señor ha instaurado su fuerza por la boca de niños y lactantes (v.3). Podemos reflexionar cómo en medio de una sociedad que promueve las armas, hay una cultura de paz que dinamiza la alabanza y la armonía de todo lo creado. Ante la crisis por la identidad humana (v.5), los niños se convierten en paradigma antropológico que les recuerdan a los adultos cuál es el origen, la misión y la función de los seres humanos.

La bondad infantil es el escenario que nos capacita y ejercita para estar próximos de Dios. Esa inocencia no puede ser estropeada porque con ella se cuenta para la salvación. Estropearla es estropear el Proyecto. Aquí se gestan las radicales palabras retomadas por Mateo: «*Ay de quien ESCANDALICE a uno de estos pequeños...*». Es interesante lo que se le añade: «*...que creen en mí*». El asunto de la fe es muy importante. La fe se hace eficaz en un interior carente de malicia, dispuesto a sintonizar con las cosas que huelen a Dios.

Esos niños y las personas adultas que tengan esas características interiores también son participes de la Construcción del Reino. Mateo, pues, no solo habla

de menores de edad, sino de todas las personas que forman parte de la comunidad, de los débiles y los sencillos, que merecen ser guiados y protegidos. En su bondad, son reflejo de la *bondad* divina, lo que va tejiendo ese Reino y aproximando a la humanidad de Dios. Ellos recuerdan que Dios existe. Cuando Pedro, en un momento de su vida, intentó alejar a Jesús de su obediencia al Padre, se convirtió en la personificación de la tentación/Satanás (cf. Mt 16,23). Cuando esa disponibilidad de los pequeños para confiar y creer se espanta, entonces se contrarresta la llegada del Reino.

Por tal motivo nos alerta el evangelista sobre lo que supone un escándalo a estos pequeños que creen. Si por un lado es inevitable que existan tentaciones, por otro lado existe un «ay escatológico» destinado a aquella persona por quien venga la seducción. Ya desde las primeras comunidades cristianas se enfatizaba la diferencia entre los falsos y los verdaderos maestros. Los falsos maestros son aquellos que hacen tropezar a los miembros de la comunidad poniendo en juego su unidad y salvación. Esos falsos maestros son, sencillamente, la piedra de tropiezo para el abandono de la fe. La persona que escandaliza se convierte en tentador de su prójimo. Quien está llamado a instruir para conducir a Dios, no se concibe que, al mismo tiempo, escandalice para distanciar.

Observamos que la palabra «escándalo» viene del griego *skandalon* y está relacionada con «hacer caer en incredulidad», «causa de la pérdida de la salvación» y «seducción». No es casualidad que, desde la tradición profética, los escandalosos estén destinados

a dar cuentas a Dios (cf. Sof 1,3). Los pequeños sociales son los grandes para el Dios de Jesús. Ellos son la preciosidad, como dice Oseas: «*Como uvas en el desierto encontré a Israel*» (Os 9,10).

Esos limpios de corazón, esos pequeñitos, son preciosos a los ojos de Dios. Con ellos cuenta para la liberación de la humanidad. Desde esta óptica puede entenderse la amenaza para quien sea piedra de tropiezo: «*Más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos y le hundan en lo profundo del mar*».

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

La misericordia del Padre

LA INFINITUD DIVINA Y LA MISERIA HUMANA

De acuerdo con el Antiguo Testamento, la distancia entre Dios y el hombre es infranqueable. A causa de la enorme diferencia entre el ser infinito de Dios y la finitud de nuestro ser, ningún hombre puede soportar la manifestación plena de su presencia. Es por ello que, ante la petición de Moisés de que le permita ver su gloria, Yahvé le responde diciendo: *«Mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede verme y seguir con vida»* (Ex 33, 20). El Padre *«habita en una luz inaccesible»* (1Tim 6,6). Del Padre, nos dice Nuestro Señor Jesucristo: *«Vosotros no habéis oído nunca su voz, ni habéis visto nunca su rostro»* (Jn 5,37), porque su divinidad está por encima de cualquier representación de nuestros sentidos y de nuestra capacidad de comprensión.

No obstante, el Nuevo Testamento nos enseña: *«No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre»* (Jn 6,46). *«A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado»* (Jn 1,18). Por sí misma, la esencia de Yahvé nos es desconocida. Sin embargo, el que ve a Jesús; el que escucha sus palabras y comprende el sentido profundo de cada una de sus acciones (su relación con los pecadores, con las

mujeres, con los enfermos, con los niños, con los extranjeros, etc.), comprende que en la vida y muerte de Cristo Jesús se ha manifestado el rostro inaccesible del Padre bajo el aspecto de la misericordia.

El hombre padece una triple miseria: ontológica, moral y espiritual. La miseria ontológica se refiere a la finitud y la limitación de nuestras facultades y se concreta en el hecho de que no podemos hacer cuanto deseamos, porque nuestra capacidad de obrar es limitada: no podemos evitar la muerte, la enfermedad, ni la ignorancia: estamos abiertos a lo divino, pero no somos dioses. Del polvo venimos y al polvo volveremos. La miseria moral hace referencia a la dificultad de discernir de modo espontáneo y claro entre el bien y el mal. Tal es la causa de que nuestra voluntad se extravíe y nos conduzca al pecado. La miseria espiritual apunta a nuestra incapacidad de salvarnos a nosotros mismos, es decir, de cumplir con la Ley sin la intervención de la gracia divina. Esto da cuenta de nuestra dependencia respecto de Dios.

En la vida y la muerte de cruz de Cristo se revela el rostro misericordioso del Padre; del Dios escondido que se inclina hacia el ser miserable del hombre, para mirarlo con benevolencia; para acoger esa miseria, a fin de transformarla y hacernos capaces de participar de la comunicación amorosa que vincula al Padre con el Hijo, en el Espíritu Santo.

Como enseña San Juan de la Cruz, «el mirar de Dios es amar». En todo momento, Dios mira a cada hombre. Sin embargo, saberse mirado reclama como condición de posibilidad una determinada actitud. La

mirada misericordiosa de Jesucristo se dirige a todos, porque todos hemos pecado y todos necesitamos su gracia salvadora. Pero sólo quienes se humillan y reconocen sus pecados se dejan mirar por Cristo, desde la cruz y la resurrección.

LA HUMILDAD DEL PUBLICANO

Ante la presencia de Dios, que habita oculta en el centro del alma, caben básicamente dos actitudes: la del fariseo y la del publicano. Situado ante Dios, el fariseo ora en su interior diciendo «*¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano*» (Lc 18,11). Su actitud evidencia su falsa creencia de que por sí mismo, sin la ayuda de Aquel que por amor y para amar lo creó, es capaz de salvarse; de que basta cumplir con ciertos preceptos para ser justo ante los ojos de Dios. El fariseo, cegado por su falsa autosuficiencia, se enorgullece de no ser como aquel a quien juzga como pecador. Y lleno de vanidad, agradece –o más bien, se agradece a sí mismo– no ser como los demás: un pecador. Por su parte, teniendo presente su imperfección, el publicano «*se golpea el pecho, diciendo: “¡Oh Dios! Ten compasión de mí, que soy pecador!”*» (Lc 18,13). Este último conoce su impureza y, bajo la conciencia de su condición pecadora, se dirige con humildad a Dios, para pedirle que tenga compasión de él; que le muestre su rostro misericordioso.

El fariseo cree que no necesita de la misericordia del Padre: se tiene a sí mismo y a la Ley por criterios

de salvación. A diferencia de éste, el publicano ruega a Dios para que lo salve de sí mismo. Tanto uno como otro son pecadores, pero el primero se cree justo y de ese modo peca contra la humildad ¿Cómo se sitúa Jesús frente al pecado? ¿Cuál es el juicio del Maestro respecto de ambos tipos de persona? Su respuesta es contundente: refiriéndose al fariseo y al publicano, respectivamente, sostiene: «*Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no*» (Lc 18,14).

LA CONVERSIÓN DEL HIJO PRÓDIGO

La respuesta de Jesús se torna más clara si vinculamos la parábola ya mencionada con la del hijo pródigo. La historia cuenta que «*Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos le dijo al Padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde". Y él les repartió la hacienda. Pocos días después, el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano, donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino*» (Lc 15,11-13). Al abandonar la casa paterna para vivir conforme a sus deseos y caprichos, el hijo se deja arrastrar por el egoísmo y concibe la falsa idea de que, conquistando su autonomía alcanzará la felicidad; de que lejos del padre será libre para gozar plenamente de todos los bienes que, por derecho, le corresponden. Con tal idea en mente, se aleja de la casa y de la voluntad del padre, hasta el punto de perder la dignidad de hijo y terminar como cuidador de puercos (que para la cosmovisión judía eran animales inmundos). Hasta ahí llega la descripción de los hechos, pero ¿cuál es el sentido de esta parábola?

La lejanía de la casa del padre está simbolizada por la pérdida de los bienes que le fueron otorgados. La enseñanza es que el hombre que se niega a seguir la voluntad de Dios para hacer la propia, pierde la condición de hijo de Dios y vive inmerso en la tristeza que surge de la conciencia de su condición miserable: del sinsentido derivado del ejercicio de la libertad que confunde a ésta con el capricho; que renuncia a obrar el bien, para hacer lo que le da la gana, sin antes haberse habituado a desear lo conveniente.

Al tocar el fondo de la soledad y la desesperación, el hijo pródigo hace un cálculo de los bienes perdidos. Entonces se da cuenta de que al haberse empeñado en hacer su voluntad lo perdió todo. Y movido por el deseo egoísta de reconquistar la felicidad perdida –cuando se descubre codiciando las algarrobas de los puercos que apacentaba– decide regresar a la casa del Padre, sabiendo que los jornaleros en la casa del Padre no pasan hambre, mientras que él no tiene nada. Tal es la situación de todos nosotros cuando, como el hijo pródigo, nos separamos voluntariamente del Padre para ser «nosotros mismos»; y entonces, al reparar en la miseria que envuelve nuestra vida, experimentamos la nostalgia de Dios y buscamos algún medio para restaurar la relación con Aquel que nos lo ha dado todo.

El deseo interesado de volver a la casa del Padre para recobrar la dignidad perdida por el pecado, es el primer movimiento que lleva a la conversión. El deseo de cambio surge de la consciencia de que, comparado con el género de vida del que gozamos en su proximidad, cualquier deseo es vanidad y despilfarro.

En tal caso, la conciencia del pecado es el estado de ánimo desde el cual se produce el encuentro con la misericordia de Dios.

Al conocer la misericordia divina, el hijo sabe que si quiere regresar al lado del Padre, lo justo es que lo haga como siervo, porque no merece otro trato. La humillación a la que le conduce su falta de sabiduría, le permite aprender a ser humilde. Por lo cual, admite ante el Padre: *«Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros»* (Lc 15,19).

LA MISERICORDIA DEL PADRE

No obstante, la reacción del Padre sobrepasa la justicia y nos enseña el sentido de la misericordia. Para Dios, Padre nuestro, sin importar lo equivocadas que sean nuestras decisiones, siempre seremos «hijos». Por ello, en la parábola, el retorno del hijo pródigo suscita la respuesta amorosa de Dios, quien sale al encuentro del hijo, no para pedirle cuentas o echarle en cara sus errores, sino para acudir pronto a su llamada; con alegría, en actitud de acogida, dispuesto a celebrar el retorno del hijo al que había perdido.

La parábola del hijo pródigo es motivo de esperanza para todo cristiano, en la medida en que nos descubre que la misericordia sobrepasa la justicia divina. No obstante, la historia pasa por alto un hecho fundamental, al que Jesús se ha referido en otros discursos: el movimiento de la conversión es también un don. No es el hombre quien, por sí mismo, decide regresar a la casa del Padre; es el Padre quien convoca al hijo

para que retorne y asuma la dignidad que le es propia. La misericordia de Dios es el camino que libera al hombre de su miseria.

La misericordia de Dios nos llama a ser misericordiosos con los demás; a pedirle a Dios, con humildad: «*Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido*»¹.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

1. *Misal Romano*, Prefacio V/b; cf. C. FLORISTÁN, L. MALDONADO, *Ora-ciones de Gracias*, Madrid, Trotta, 1995, p. 135.

La espiritualidad de San José:

1. Santa Teresa de Jesús... y de San José

«Y tomé por abogado y señor al glorioso san José y me encomendé mucho a él. Vi claro que, tanto de esta necesidad como de otras mayores, de perder la fama y el alma, este padre y señor mío me libró mejor de lo que yo lo sabía pedir. No me acuerdo hasta hoy de haberle suplicado nada que no me lo haya concedido. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, y de los peligros de que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece que les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; pero a este glorioso santo tengo experiencia de que socorre en todas, y quiere el Señor darnos a entender, que así como le estuvo sometido en la tierra, pues como tenía nombre de padre, siendo custodio, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide» (Libro de la Vida, 6,6).

Hemos celebrado el IV Centenario de la beatificación de Santa Teresa de Jesús (1614-2014). Y el 28 de marzo de 2015 se cumplió el V Centenario de su nacimiento.

Por muchas razones es conocida esta gran santa española, que nació en Ávila y que murió en Alba de

Tormes (Salamanca), después de haber reformado el Carmelo, fundando una red de diecisiete conventos por diferentes lugares de España: Ávila (1562), Medina del Campo (1567), Malagón, Valladolid y Toledo (1568), Pastrana (1569), Salamanca (1570), Alba de Tormes (1571), Segovia (1574), Beas de Segura y Sevilla (1575), Caravaca de la Cruz (1576), Villanueva de la Jara y Palencia (1580), Soria (1581), Granada y Burgos (1582).

De estos diecisiete conventos, Santa Teresa dedicó y puso bajo la protección de San José a doce de ellos, pues percibió la mano del carpintero de Nazaret a la hora de sacar adelante tales fundaciones. Hablando de la fundación del primero de sus conventos, el del San José de Ávila, escribe en el *Libro de la Vida*:

«Un día, después de comulgar, Su Majestad me mandó con mucha insistencia que lo intentara con todas mis fuerzas, y me hizo grandes promesas de que se haría el monasterio, y que Dios se glorificaría mucho en él, y que su título fuese de San José, que él nos ampararía en una puerta y nuestra Señora en la otra» (32, 11).

Un poco más adelante, en la misma obra cuenta:

«Una vez estaba en un apuro del que no sabía cómo salir, pues no tenía dinero para pagar a unos albañiles, y se me apareció san José, mi verdadero padre y señor, y me dijo que no faltaría dinero y que los contratara; y así lo hice, sin un céntimo. Y el Señor de modo maravilloso que asombraba a los que lo oían, me proveyó» (33,12).

Tenía la Santa una gran devoción personal a San José. En el *Libro de la Vida* confiesa:

«Procuraba yo celebrar su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo que se hiciese bien y con muchos detalles, aunque con buena intención... Creo que ya hace algunos años que el día de su fiesta le pido una cosa y siempre la veo cumplida; si la petición va algo torcida, él la endereza para más bien mío» (6,7).

Esa misma devoción llevó a Santa Teresa a realizar una eficaz y duradera promoción de la misma en el seno de la Iglesia. Leemos en el *Libro de la Vida*:

«Y esto lo han comprobado algunas personas, a quienes yo decía que se encomendasen a él, también por experiencia; y aun hay muchas que han comenzado a tenerle devoción, habiendo experimentado esta verdad» (6,6).

Un poco más adelante escribe:

«Querría yo persuadir a todos que fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido a nadie que le tenga verdadera devoción y le haga particulares servicios, que no lo vea más aprovechado en la virtud; pues ayuda mucho a las almas que a él se encomiendan» (6,7).

Aleccionados por la doctrina de esta Doctora de la Iglesia, queremos secundar la invitación que nos hace:

«Aunque tengan muchos santos por abogados, tengan particularmente a San José, que alcanza mucho de Dios» (Avisos, 65).

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

Hisopo de nuestro valle

Dios, en su eterno y misericordioso plan de salvación, nos envió a su mismo Hijo. Estamos tan acostumbrados a oír esto que nos parece lo más normal, siendo algo inaudito, sorprendente y escalofriante. Él tuvo que dar un salto de lo infinito a lo finito, de la inmensidad a la pequeñez. Como dice la bellísima secuencia de Navidad, el alto cedro del Líbano se hizo semejante al hisopo de nuestros valles. La misma idea aparece en una carta navideña del dominico Jordán de Sajonia a su hermana dominica Diana: Él es la Palabra de Dios abreviada y acurrucada en un pesebre.

No cabe más abajamiento. Es el anonadamiento total, la «kénosis» del Hijo de Dios, que dicen los exegetas.

Desde ese momento, Dios empezó a ver su creación con ojos de carne, puso los pies –sus pies de hombre– en nuestra tierra, se identificó con nuestro barro, experimentó lo que significa ser hombre, pasar frío, hambre, cansancio, sufrir la incomprensión, el desprecio y la muerte.

Es un misterio tan hondo, nos desborda tanto, que las palabras se quedan pequeñas para comentarlo. Sólo es adecuado el silencio. Ese silencio denso y fecundo de la noche de Belén que permite sorprender el susurro de la voz del Padre. El silencio con el que Dios pronuncia siempre su Palabra y con el que debe ser escuchada. El silencio de María y de José en

aquella noche inolvidable. Silencio que se traduce en adoración y canto, en «música callada y soledad sonora» que diría San Juan de la Cruz. Dios, en su Hijo, se nos hizo palpable: «Lo que vieron nuestros ojos y tocaron nuestras manos del Verbo de la vida», como escribe San Juan (1 Jn 1,1).

Verdaderamente, en tu nacimiento, Señor, se nos muestra:

La fuerza de tu debilidad.

La riqueza de tu pobreza.

*La inmensidad de tu pequeñez
y el silencio de tu Palabra.*

La noche de tu venida es la noche que no debemos dormir. La noche en la que los cielos destilan miel.

La noche en la que cantan los abetos, florecen los rosales y la tierra se cubre de nieve y candidez.

La noche de la nueva alianza escrita en la carne de un Dios hecho Niño.

La noche de la paz, en la que el cielo y la tierra se abrazan para cantar por boca de los ángeles.

En ella, Señor, en esta noche santa, te pedimos que hagas germinar los olivos en nuestra tierra que es tu tierra.

Que nunca más sea degollada la paloma de la paz.

Que las armas de la guerra se conviertan en instrumentos de concordia.

Que en todos los corazones el odio se convierta en amor, para que de verdad podamos cantarte en esta Navidad el «gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres».

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O. P.
Salamanca (España)

El símbolo en la teología de Dionisio Areopagita

El símbolo juega en la teología dionisiana un papel importante debido a que nuestra persona tiene alma y cuerpo.

LO VISIBLE Y LO INVISIBLE

El símbolo representa un puente entre el mundo sensible y el mundo inteligible, revistiendo lo inmateria de formas y figuras sensibles. Puesto que la materia es portadora del sentido, Dionisio no desprecia el orden material¹; sabe bien que a través de éste podemos elevarnos hasta la unión con Dios. Sin el velo sensible, nosotros, dada nuestra limitada condición, no podríamos entrar en el misterio del Dios invisible (cf. Rm 1,20).

La realidad material es toda ella simbólica, y es necesario acceder a los símbolos para progresar en nuestro proceso de «divinización», es decir, en nuestra maduración espiritual².

Es claro que para dicha divinización es importante el intelecto. Sin embargo, al insistir en la importancia de los símbolos, Dionisio destaca también el valor que tiene el conocimiento que obtenemos por medio de

1. PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *La jerarquía celeste*, 2,4 (144 AB).
2. *Ibid.*, 1,5 (376 D).

los sentidos. Nosotros no conocemos a Dios prescindiendo de los sentidos³, sino precisamente a través de ellos. E, igualmente, nosotros no somos divinizados sólo en nuestra alma, sino en toda nuestra persona: en nuestro cuerpo y en nuestra alma.

Así, el símbolo es una imagen mediadora que nos conduce –a través de sí mismo– más allá de sí mismo, y esto no como un signo arbitrario normal, sino como una realidad misteriosa que necesita ser captada en su plena claridad⁴. Pero debemos ser conscientes de que el símbolo pierde intensidad comunicativa debido a las limitaciones de nuestra inteligencia.

LA SIMBOLOGÍA BÍBLICA

El símbolo tiene que ser contemplado de modo adecuado, pues no permite una interpretación cualquiera. Y esto se hace patente cuando nos referimos a la simbología bíblica. Así, la forma simbólica en la que se presentan los datos de la Revelación está muy lejos de ajustarse a los límites de nuestra inteligencia, por el contrario, su simbología indica claramente que las enseñanzas reveladas a través de los símbolos bíblicos desbordan sus propios límites formales, advirtiéndonos así que contienen un exceso de sentido que deberíamos buscar más allá de lo que nosotros podemos llegar a entender aferrándonos a su apariencia.

Pero hay algo muy importante a tener en cuenta: la naturaleza esencialmente simbólica de los textos

3. PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *Los nombres de Dios*, 7,2 (868 BC).

4. Daniel COHEN, *Formes théologiques et symbolisme sacré chez (Pseudo-) Denys l'Areopagite*, Ousia, 2010, 129.

sagrados supone, incluso cuando están en su forma más misteriosa, que deben, paradójicamente, hacer visible lo que está oculto, y que deben interpelarnos a fin de que entendamos que nos hallamos ante algo que desborda toda nuestra comprensión⁵.

Por lo tanto, el carácter revelador y místico del simbolismo que aparece en los textos bíblicos, se encuentra precisamente en la diferencia radical que existe entre las mismas formas simbólicas y la naturaleza del objeto trascendente al que hacen referencia: Dios. Esta diferencia tiene la función de expresar la infinita distancia que hay entre la forma simbólica y la realidad que se simboliza⁶.

Por lo tanto, a través de la incompresibilidad y el misterio de los símbolos revelados, los creyentes debemos avanzar hacia la contemplación de las cosas divinas.

EL PAPEL DE LA RAZÓN

Ahora bien, se puede plantear una cuestión: si en nuestro proceso de divinización es necesario el conocimiento acerca de Dios que aportan los símbolos –a lo cual Dionisio llama *teología simbólica*–, ¿qué papel juega en este proceso la razón? A esto podemos responder diciendo que su función más genuina es la de ayudarnos a contemplar a Dios en la realidad creada.

Según nuestro autor, la razón puede elevar al intelecto hasta el conocimiento –parcial– de Dios. A esto

5. *Ibid.*, 119.

6. *Ibid.*, 120.

lo llama *teología discursiva*. Esta forma de conocimiento consiste en tomar como punto de partida un objeto que captan nuestros sentidos y, razonando en torno a un concepto o principio universal que vemos en ese objeto, ascender hacia el origen de dicho concepto, que es Dios.

Sin embargo, esto puede ser espiritualmente peligroso, pues el puro conocimiento de la realidad creada puede ser un impedimento para el conocimiento del Creador⁷, pues la razón tiende a agotar la profundidad de la realidad y a encerrarla en un sistema. Por ello, lo primero que hay que tener en cuenta es que la razón tiene que ser consciente de sus propios límites, y ha de mantener una actitud crítica incluso hacia sí misma. Así mantiene una reserva crítica hacia las imágenes, ya sean intelectuales o sensoriales.

LO MÁS IMPORTANTE ES EL AMOR

Así pues, según Dionisio, los símbolos nos dan a conocer misterios divinos ocultos en el mundo que nos rodea o en los textos bíblicos, y, por otra parte, la razón nos ayuda a elevarnos hacia Dios a partir de conceptos.

Pero quien nos une a Dios es el amor, el cual nos permite elevarnos a partir de lo que nuestros sentidos y nuestra razón pueden comunicarnos, pues Dios está más allá de todo ello. Ésta es la sublime y maravillosa *teología mística*.

FRAY LUKÁŠ MILAN ŽILÁK, O.P.
Zvolen (Eslovaquia)

7. cf. PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *Carta al monje Gayo* (1065 A).

LITURGIA

¿Por qué la liturgia celebra a los santos?

Antes de dar respuesta a la pregunta del título, tendríamos que saber a quiénes la Iglesia considera santos, y los propone como tales al resto de los fieles como ejemplos de fidelidad, algunos de ellos hasta derramar su sangre por el Señor, llegando, tal como lo hizo Jesús, hasta a perdonar a sus propios verdugos. Son esos hombres y mujeres que, en el seguimiento perseverante de Jesús, estuvieron junto al Señor, con la cercanía fiel de quienes no son siervos, sino amigos. Por eso la Iglesia, al ver su proximidad con Cristo, tanto en sus momentos gratos como compartiendo de cerca el dolor y la soledad del Salvador, abrieron sus corazones, y sus vidas pudieron ser toda una repetición de las palabras de Simón Pedro: «*Sí, Señor, tú sabes que te amo*», ante las reiteradas preguntas de Jesús: «*Pedro, hijo de Juan, ¿me amas?*» (Jn 21,15-17; cf. *Lumen Gentium*¹ 50).

Por tal fiel amor, la Iglesia los propone a la veneración e imitación de los fieles, mostrando sus conductas como algo posible de lograr por nosotros, en nuestro tiempo y circunstancias singulares, porque, en verdad, fueron otros-cristos.

1. A partir de ahora: LG.

Una vez, en una de nuestras iglesias de Argentina, entró una señora con su hijito de cuatro años. Le pregunté cuál era su nombre y me dijo «Tomás». Observé que su mamá le estaba mostrando los altares de la iglesia, la pila para el agua bendita y otros lugares y objetos. Entonces me dirigí al pequeño y le pregunté: «Tomasito, ¿sabés qué es un santo?». El pequeño levantó la cabeza y mirando a los vitrales nos sorprendió con su respuesta; dijo: «Sí... es un señor por donde pasa la luz». Estas palabras nos dejaron boquiabiertos por lo agudo de su observación. Un santo es alguien que deja transparentar la luminosidad de Cristo: en algunos, crucificado y en otros, ya resucitado.

Los santos son quienes de ser Iglesia-peregrina, Pueblo que aún está en el «todavía-no» de su vocación de llegar a la Patria, finalmente ingresaron como Iglesia-celestial, al Hogar de los elegidos, tal como lo hicieron los hijos del primer Pueblo de Dios a cruzar el Jordán y ocupar Canaán. Los santos llegaron «allí» a donde todo creyente quiere llegar, plasmando en sus vidas la «vocación universal a la santidad» a la que habían sido llamados (cf. LG cap. V). Por lo tanto, dicha vocación no es algo que se puede adquirir en algún instituto al que uno puede llegar, inscribirse y titularse como graduado. Aunque, ciertamente, es verdad que debemos «ayudar a esa llamada» con obras que la sostengan y mantengan viva y vigorosa.

En la Iglesia *«todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: porque ésta es la voluntad de Dios: la santificación de ustedes [1Ts 4,3]»* (LG 39). Esta llamada permanecerá vigente hasta que el Señor nos reúna en un solo rebaño, bajo

un mismo Pastor. Y añade el texto conciliar diciendo que «*los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo –sacramento de la fe– verdaderos hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina y, por lo mismo, realmente santos*» (LG 40).

Esto nos muestra, con palpable evidencia, lo enraizadas que estaban en san Pablo las palabras: «*Para mí, la vida es Cristo*» (Fil 1,21).

Lo que hace la Liturgia de la Iglesia es celebrar la Pascua del Señor Jesús en la vida, testimonio y muerte de unos cristianos que transitaron en su vida por los pasos de Jesús.

Ser «santo» es «parecerse a Dios» mostrando su Gloria con rostros y rasgos humanos. No podemos no detenernos ante esta posibilidad que se nos ofrece desde lo alto.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Con el fin de poder ofrecerles la sección Testigos, rogamos a nuestros lectores que nos envíen por correo electrónico biografías breves y edificantes de personas que no hayan sido beatificadas o canonizadas. Pueden versar, por ejemplo, sobre monjas que dejaron una honda huella espiritual en su comunidad, seculares de vida ejemplar o heroicos misioneros. Lo importante es que ofrezcan un buen ejemplo de vida cristiana.

ESCUELA DE VIDA

Breve tratado sobre la vida contemplativa:

6. Las interrupciones de la contemplación (CAPÍTULO VIII¹)

CAPÍTULO VIII. LA CONTEMPLACIÓN ES INTERRUMPIDA
LA MAYORÍA DE LAS VECES SIN CAUSA, PERO A VECES PARA
UNA MAYOR PERFECCIÓN

Aunque esta vida celestial de la contemplación sea para Dios tan grata, de tanta perfección y excelencia, tan deseable por sí, muchos la interrumpen sin causa; pero algunas personas perfectas, por una causa justa.

Muchas la interrumpen sin causa debida porque contiene muchos elementos que se oponen a la carne y a la sangre. Pero los hombres siguen por todas partes lo que agrada a la carne. ¿Por qué –dice Gerson– hay tan pocos contemplativos entre religiosos y teólogos sino porque apenas hay uno o dos que quieran permanecer solos y, en la soledad, entregarse largo tiempo a la meditación? Pronto se aburren y buscan lo que recrea los sentidos.

Esto lo expresó Tomás de Kempis al decir que Jesús tiene muchos seguidores de su Reino celestial, pero pocos que carguen con su cruz. Tiene muchos

1. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

deseadores de consuelo, pero pocos de tribulación. Encuentra muchos compañeros de mesa, pero pocos de abstinencia. Todos desean gozar con Él, pero pocos quieren sufrir algo por Él o con Él. Muchos siguen a Jesús hasta la fracción del pan, pero pocos hasta beber el cáliz de la pasión, etc. Queremos hacer con Él unas tiendas en el monte Tabor, pero, en el monte de los Olivos, o dormimos o lo abandonamos para emprender la huida.

¡Ojalá que, en lugar de los pocos placeres presentes, que apenas duran nada,elijamos los gozos sólidos que jamás tendrán fin! ¡Ojalá percibamos cuán estrechamente ha combinado Nuestro Padre Santo Domingo ambas formas de vida en nuestra profesión religiosa! ¡Ojalá sepamos apreciar con qué exactitud las vivieron él mismo y nuestros primitivos Padres de la Iglesia! Leamos al menos estas cosas con sentimiento, y de la lectura nacerá el amor; del amor, el deseo de experimentar y conocer lo que se percibe por la sola fe. Porque la palabra encendida del Señor da sabiduría a sus pequeños, y cuando hayamos gustado los dulces deleites de esta vida y experimentado la paz de la conciencia, jamás podremos ser separados de los brazos del dulce Esposo. Pues la contemplación, una vez gustada, engendra en el espíritu un gran deseo de permanecer en ella o de volver constantemente a ella.

Así lo hizo el ilustrísimo Bartolomé de los Mártires, de la Orden de Predicadores, Primado de Hispania, que, con permiso del Sumo Pontífice, dejó el arzobispado y regresó a la Orden para poder buscar y gozar en ella de los deseados abrazos de la bellísima

Raquel –esposa de Jacob, que simboliza la belleza de la contemplación–, dejando a su sucesor a la fecunda Lía –la otra esposa de Jacob, que simboliza la fecundidad de las obras– con sus hijos.

Pero los teólogos escolásticos desprecian la teología mística en todas partes porque están demasiado inmersos en la escolástica, que es insaciable y nunca dice basta. La critican porque usa términos y modos de expresión desacostumbrados, y no habla con tanta precisión como la escolástica. A esto ya he respondido antes en el Capítulo VII.

La mística es sabiduría auténtica que es enseñada interiormente por el Espíritu Santo, ilumina el intelecto, inflama el afecto, aporta paz espiritual.

Mas la escolástica sin la mística es vana, insaciable e infla a la persona. Y la mística sin una sólida escolástica yerra muy a menudo. Ambas unidas son sólidas, edifican y producen fecundos frutos para la vida eterna.

CAUSAS POR LAS QUE DEBE SER OMITIDA

La contemplación debe interrumpirse más a menudo por diversas causas, especialmente, como es de razón, por aquellas que den mayor gloria a Dios.

La causa principal es por la segunda parte de la vida activa, que se dirige totalmente al bien del prójimo, como el oficio pastoral, la predicación, la doctrina, la administración de los sacramentos. También por el oficio de prelatura y de superior. Estos, con todo, pueden entregarse también a la contemplación cuando el

desempeño de tales cargos no se lo impida, como hicieron San Agustín, San Gregorio Magno, San Bernardo, el Santo Padre Domingo, los cuales contemplaban las moradas del cielo durante la noche, esparciendo de día las semillas de la palabra. Otros innumerables pastores y superiores hicieron otro tanto.

Estos, en medio de sus ocupaciones, pueden usar el modo de contemplación que es por *aniquilación operante*, de lo que ya se ha hablado antes en el Capítulo III.

La segunda causa por la que es razonable interrumpir la contemplación es la necesidad corporal y la aflicción, como un hambre fuerte, sed, frío o cosas semejantes. Tampoco hay lugar para la contemplación cuando el cuerpo está enfermo, a no ser que se hiciera por una gracia especial de Dios –dijo San Bernardo– pues tales enfermedades corporales agotan el espíritu que contempla las realidades celestiales.

Se lee, sin embargo, de San Buenaventura que, cuando su espíritu se enfriaba a causa de las cargas del cuerpo –por ejemplo, por la fatiga del camino o la debilidad física– no dejaba por ello de sentarse a los pies del Señor con la mejor disposición de ánimo.

Se cuenta que Santa Teresa, en el momento de la oración mental, aun estando enferma, se decía a sí misma: si no puedes hacer como debes, siéntate al menos con buen sentimiento en presencia del Salvador. Véase lo dicho anteriormente en el Capítulo V.

La tercera causa para dejar la contemplación es la indisposición del espíritu, pues impide que el hombre

pueda refugiarse en la quietud de la mente, y esto por varias causas. Unas veces, por grandes escrúpulos; otras, por fuertes tentaciones; a menudo, por grandes preocupaciones externas o dificultades causadas por enemigos o por el Diablo y otras cosas semejantes que turban la paz interior y la pobreza de espíritu necesaria para la contemplación, permitiéndolo Dios así para nuestro bien. A veces lo permite para que una muchedumbre de consuelos y de gracias no nos ensoberbezca y para que la visita frecuente o familiar de Dios no pierda valor o parezca que la naturaleza la merece; o para que el Esposo ausente sea más ardientemente deseado y, ya deseado, sea buscado más ávidamente y, una vez encontrado, sea tenido en mayor afecto y estima, y para que no consideremos el exilio como la patria. El Esposo se aparta de inmediato por pecados o defectos leves.

En estos casos y otros semejantes conviene comportarse como antes he dicho: retomar los ejercicios de la vida activa y hacer volver al Esposo con gemidos, suspiros y sentimientos amorosos, y después de las nubes volver de nuevo a contemplar el sol de justicia con amor pleno. Y no importa cuántas veces nos hayamos alejado del deseadísimos beso del Esposo: hemos de volver siempre con renovado amor. Pues, ¿quién –dice Bernardo–, no digo asiduamente, sino incluso mucho tiempo, mientras habitamos en este cuerpo, ha podido gozar de la luz de la contemplación? Empieza desde aquí para llegar a la plenitud en la patria celestial.

La penitencia por los pecados, la mortificación de las pasiones, la adquisición de las virtudes y la

progresión en ellas se acaban con la vida mortal. Igualmente, la predicación y la instrucción del prójimo, la administración de los sacramentos y el gobierno de los súbditos cesarán con este mundo; pero el amor de la contemplación nunca terminará, sino que, comenzado aquí, llegará allí a su plena perfección, como dijo San Agustín: allí nos entregaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. Como este mismo santo afirma, Dios será contemplado allí sin fin, será amado sin hastío, será alabado sin cansancio. Este don, este amor, este acto será en todos.

Así pues, que el que será allí todo en todas las cosas nos conceda poder contemplarlo aquí en la oscuridad del Sinaí, para que, salidos de allí hacia la claridad del monte Tabor, de la oscuridad a la luz, transformados por el Espíritu del Señor en la misma imagen, podamos contemplarlo eternamente a cara descubierta, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

FRAY PEDRO DIERKENS

POESÍA

Preparo mi regazo¹

Preparo mi regazo, soy ávida de Ti,
pero cómo decirte que te amo
cuando ya siento cerca el aleteo
y voy subiendo el tono de mi pulso
sin saberlo siquiera.

Un instante te siento, me encabrito
y caigo nuevamente,
echo la espalda a tierra, te reclamo.
Tan fugaz es tu luz.
Amor, amor, que a fuego y mieles matas
pues que no permanece tu figura
en mi mente, que crea y que recrea
tus almizcles y, quema y, solivianta...

Qué he de hacer, oh Señor, para tenerte
encadenado a mis entrañas
sin que las voces húmedas del orbe
te distraigan y acudas a la cita
de tantos hombres solos,
de tanto pozo seco.
Qué he de hacer, dime Tú, pues que te espero
con los brazos abiertos y palomas
y el corazón hendido por tu ausencia.

ISABEL DíEZ SERRANO
El Escorial (España)

1. Tomada de: ISABEL DíEZ SERRANO, *Las horas detenidas*, Cardeñoso, Vígo 1998, p. 50.

I Accésit Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística 1996.

Bibliografía

DOMINGO J. MONTERO, *La Biblia en rostros de mujer*. Editorial CCS, Madrid 2015. 120 pp.

Hay que reconocer que la Biblia tiene un sesgo muy masculino: ha sido escrita por varones, en el seno de una sociedad patriarcal, la mayoría de los personajes principales son varones y a Dios se le suele describir o nombrar de modo masculino. Por eso, el tema de esta obra no es sencillo. A pesar de ello, el P. Montero lo aborda con sabia ecuanimidad. Este fraile es franciscano capuchino y profesor de Sagrada Escritura. Fue profesor mío de Libros Proféticos en la Facultad de San Esteban (Salamanca).

El libro está compuesto por 45 pequeños capítulos en los que, siguiendo un orden histórico-bíblico, nos habla de los principales personajes femeninos de la Biblia –algunos de ellos poco conocidos– y sobre cómo se habla de la mujer en algunos libros bíblicos. Los capítulos están redactados de un modo esquemático, de tal forma que en pocas líneas aportan abundante información de un modo muy sencillo. El autor va al grano: quién es el personaje, su contexto social e histórico y las lecciones espirituales que nos da.

Es un libro enfocado a catequistas, profesores de religión y todo aquel que quiera conocer y

enriquecerse con los rostros femeninos de la Biblia. También puede resultar útil para preparar homilías.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

RAFAEL GÓMEZ MANZANO, MARÍA CRUZ BERMEJO POLO
(ed.), *Los valores humanos en la vida consagrada.
Cursillo de formación.*
Editorial San Pablo, Madrid 2015. 197 pp.

El libro es transcripción de los cursos que el P. Rafael Gómez impartió a la Federación Bética de Nuestra Señora de Loreto de las Hermanas Pobres de Santa Clara. El P. Rafael es médico y psiquiatra, lo que se refleja con profusión en sus charlas. Éstas están destinadas a presentar, por una parte, la base humana –en línea con la filosofía personalista– sobre la que hay que vivir los consejos evangélicos y, por otra parte, el testimonio de vida que pertenece a la dimensión contemplativa de la vida religiosa. La primera preocupación de una contemplativa es la de ser humana, ser persona humana, y de esto es ella la primera responsable, como señalan las «Orientaciones formativas para los institutos religiosos». A partir de esto es necesario detenerse en la intimidad, la libertad, la corporalidad, la racionalidad, la afectividad, la sexualidad, la comunicación. Sobre eso versan las charlas que se recogen en el libro.

Se muestra la necesidad de verse como individuo singular, de ahondar en la intimidad donde uno es lo que es; y desde allí sentirse libre y actuar con libertad, desde las motivaciones hondas de cada uno. Siempre

consciente de que se vive en comunidad y se es construido –en parte– por lo comunitario.

Esto se manifiesta de manera más explícita en la afectividad. Es necesario madurar la afectividad con lo racional, con la conciencia de la existencia del otro, en tanto que es un ser autónomo y libre. Se da mucho espacio a lo que se refiere a la corporalidad, a la sexualidad. Sobre esos temas se ahonda en su dimensión biológica con precisión científica, propia de quien es médico y psiquiatra. Todo apoyado por la nueva versión que en los mismos documentos de la Iglesia se ha dado a la sexualidad, en concreto su dimensión holística: que implica a toda la persona. La continencia propia de la vida consagrada, en modo alguno es renuncia a la sexualidad, se sigue siendo hombre y mujer en toda la dimensión de la persona, a ella pertenece lo sexual. Las páginas más numerosas están dedicadas a un análisis de carácter científico –biológico, fisiológico y psicológico– sobre la corporalidad y sexualidad de la mujer.

El libro termina con las respuestas que se formularon en un trabajo de grupos sobre el conocimiento mutuo y la comunión de lo diverso, así como sobre cuestiones acerca de la afectividad. Las respuestas van acompañadas de unos comentarios ilustrativos del autor, cargados de interés.

Se trata de un libro con destinatarios explícitos: la vida consagrada femenina y en especial la contemplativa, si bien no estará de más para el resto de religiosos. Pretende sobre todo encajar en la condición humana la vocación explícita contemplativa, de

modo que sean personas «hechas y derechas», maduras, aquellas que vivan este estilo de vida.

Un paso más, que no se desarrolla en el libro, pero se puede deducir de lo que se expresa en él, sería mostrar que la vocación del consagrado ha de ser un signo visible, en la originalidad de su estilo de vida, de los valores que definen la condición humana, que fácilmente se olvidan bajo la presión de otros intereses: esa es su misión fundante. La condición humana está en el origen y también en el fin de la vida consagrada.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

ANSELM GRÜN, *Pureza de corazón. Caminos de la búsqueda de Dios en el antiguo monacato.*

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2015. 86 pp.

El gran maestro espiritual Juan Casiano, comienza sus *Colaciones* explicándonos que el objetivo inmediato del monje es conseguir la pureza de corazón, la cual le permitirá alcanzar el Reino de Dios, fin principal y último de todo cristiano (cf. I, IV). De este tema tan importante trata el famoso monje benedictino alemán Anselm Grün en esta obra. Para ello se apoya en lo que los Padres del desierto han dejado escrito al respecto en forma de *apotegmas*, es decir, en pequeños textos de varias líneas de extensión en los que resumen un pensamiento importante. Por ejemplo: «A la pregunta: “¿Qué debo hacer?”, responde Besarión a un hermano: “Calla, y no te midas a ti mismo”» (p. 59).

Muy a su estilo, con un lenguaje sencillo y claro, Grün comienza hablándonos de en qué consiste

la pureza de corazón y después nos da una serie de consejos sobre cómo podemos alcanzarla –siempre siguiendo el parecer de los Padres del desierto–: practicar la ascesis, enfrentarnos a los pensamientos negativos y emplear métodos no ascéticos, como éste que apunta san Juan Clímaco: «*A veces no hay mejor instrumento que una dulce melodía para derribar y apaciguar la ira*» (p. 68). A continuación, Grün analiza los indicios que revelan la pureza de corazón en una persona y, en el último capítulo, trata de la gran importancia que tiene la oración para tener un corazón puro y santo.

Este libro no sólo aporta sólidos conocimientos para madurar interiormente sino que, además, ofrece una buena y gratificante lectura espiritual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

LIVIO MELINA, JOSÉ NORIEGA, JUAN JOSÉ PÉREZ-SOBA, *La plenitud del obrar cristiano: dinámica de la acción teológica de la moral.*

Ediciones Palabra, Madrid 2001. 423 pp.

Los autores pertenecen a un grupo de trabajo promovido por Mons. Angelo Scola para «Estudios sobre El matrimonio y la Familia» en la Pontificia Universidad Lateranense de Roma. El libro no se centra en esos temas del matrimonio, sino en los fundamentos de la moral que ha de considerarlos.

En la presentación se ofrece el sentido de la visión de la moral cristiana: más allá de entenderla como el sometimiento a una norma, ha de verse desde la

realización personal, entendida ésta como referencia a la persona de Jesús de Nazaret. Una moral que no puede ser el conjunto de respuestas a casos concretos, sino que está en función de la visión global que ofrece una antropología que deriva de Cristo, apoyada, por lo tanto, en la fe en él. Esta fe pone al cristiano en situación de aceptar la gracia que viene por el Espíritu de Cristo. Así, la moral es, además de antropológica, teológica y espiritual.

Desde este planteamiento inicial se ofrecen diversos estudios. En una primera parte éstos versan sobre el Estatuto de la Teología Moral Fundamental; el método del saber moral, la relación entre verdad y bien; y la racionalidad de la Teología Moral, cómo conjugar libertad y verdad. En la segunda parte se ofrece una «Perspectiva teológica de la acción» que expone cómo la iniciativa está en Dios, el cual nos entrega a Cristo, y Éste se constituye en el centro ontológico y moral del cristiano; contando con la ayuda del Espíritu Santo; y siempre en «camino hacia el Padre». La respuesta del cristiano es la fe, expresión de la verdad, asumida en libertad y abierta a la comunión, en orden a construir el Reino de Dios. En ese camino es necesario contar con la dimensión sacramental, en concreto, eucarística. La tercera parte se centra en la comunión: el ser humano ha de actuar para construir comunión. En ese proyecto entra como elemento esencial el amor, que surge del encuentro con Cristo, y a través de él con el Padre y con las personas humanas. El cristiano ha de actuar desde la comunión para construir comunión. Ese es el sentido y el fin de la virtud.

El libro aborda cuestiones de hondo interés para quien pretende acomodar su vida –su ética– a la moral cristiana, más allá de un simple cumplir lo mandado. Caminar según la moral así interpretada es caminar en la realización personal, según el proyecto de Dios sobre la persona humana manifestado en Jesús de Nazaret.

Aunque es una publicación de hace 14 años, es de plena actualidad, y es perfectamente aplicable a los planteamientos éticos del cristiano de hoy, pues se apoya en la manera de ser, de sentir y actuar de Cristo.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

SEBASTIÁN CERRO, ALFREDO CABALLERO, *10 criterios para hacer buen uso de Internet*.
Editorial CCS, Madrid 2015. 115 pp.

Sebastián Cerro es formador en valores y Alfredo Caballero ha creado una página web para ayudar a niños y jóvenes a usar correctamente Internet. A todos nos han llegado noticias sobre los peligros que tiene Internet, pero también sabemos que, bien usado, es muy útil y enriquecedor. Pues bien, en este libro se nos ofrece de un modo sencillo, escueto y ameno una valiosa información sobre cómo fomentar en los menores el uso responsable de «la Red» (que es como también se llama a «Internet»). Asimismo hablan con claridad sobre lo bueno y lo malo que hay en este ámbito y sobre sus elementos más importantes: Facebook, Twitter, etc.

Está enfocado a los profesores, pero sobre todo a los padres. A ellos les anima encarecidamente a que manejen Internet y lo conozcan, pues eso les va a permitir hablar con naturalidad con sus hijos sobre lo que hacen en Internet. ¿Y cuáles son los 10 criterios para el buen uso de Internet?: sigo el índice del libro: «1. *Atrévete a superar la brecha tecnológica* [...] 2. *Conéctate en el lugar y los momentos adecuados* [...] 3. *Dedica el tiempo necesario* [...] 4. *Sé tú mismo, también en la Red* [...] 5. *No seas ingenuo, aprende a protegerte* [...] 6. *Disfruta de Internet sin que te esclavice* [...] 7. *Lidérate a ti mismo: nada contracorriente* [...] 8. *Distingue entre realidad y virtualidad* [...] 9. *Aprovecha las redes sociales* [...] 10. *Compra con criterio a través de la Red*».

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JUAN PABLO GARCÍA MAESTRO, *Solo el amor puede salvar. La actitud del cristianismo ante las otras religiones.* Editorial San Pablo, Madrid 2015. 245 pp.

El autor es fraile trinitario y profesor de Teología en varias universidades. En este libro trata sobre las bases del diálogo interreligioso. Comienza reflexionando sobre el relativismo y la búsqueda de la verdad. Según nuestro autor, no es posible entablar un verdadero diálogo cuando los participantes no tienen unas firmes convicciones religiosas. Efectivamente, si la identidad religiosa de los que dialogan no está clara, entonces, en lugar de enriquecerse con la sabiduría ajena, se cae fácilmente en el *eclecticismo*, es decir, en una mera mezcla de prácticas y creencias que no

suele conducir certeramente a Dios. Esto, desgraciadamente, está ahora muy de moda. Otro elemento importante del diálogo interreligioso es evitar el absolutismo, siendo muy conscientes de que es mucho más lo que no sabemos de Dios que lo que sabemos. Esta convicción nos abre a la sincera escucha de lo que los otros puedan aportar.

En el segundo capítulo reflexiona sobre esta antigua afirmación: «fuera de la Iglesia no hay salvación», la cual ha sido superada. En el siguiente capítulo describe cómo se ha desarrollado el diálogo interreligioso en la Iglesia, llegando a conclusiones muy interesantes. El capítulo cuarto trata sobre el difícil diálogo con el Islam. Después nos ofrece las conclusiones a las que se han llegado en varios encuentros eclesiales y, para acabar, recoge el pensamiento del Papa Francisco respecto al tema de esta obra.

Se trata de un libro muy enriquecedor, que no sólo aporta una valiosa información –muy bien documentada– respecto al diálogo interreligioso, sino que, además, ofrece importantes interrogantes para que el lector los medite y busque su propia respuesta.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Índice general del año 2015

EDITORIAL

COS, J. DE, <i>La llamada al Amor</i>	1-3
—, <i>La dulce agonía de una anciana contemplativa</i>	81-83
—, <i>Las 99 ovejas y la purificación espiritual</i>	161-164
—, <i>La misteriosa voluntad de Dios</i>	241-245
—, <i>Claves espirituales del rezo del Rosario.</i>	321-325
—, <i>María Inmaculada y el tercer misterio gozoso</i>	401-404

ESTUDIOS

ABATA MINDA, N., <i>Confluencia entre dos libertades</i>	326-335
ARMENTA, J., <i>El camino de san Bernardo de Claraval hacia el amor perfecto</i>	48-49
—, <i>Sobre el amor perfecto en san Agustín</i>	128-130
—, <i>La santidad como meta de la vida espiritual</i>	288-289
—, <i>La Teología Espiritual</i>	374-375
CABRERA, A., <i>La injusticia y la maldad no son casualidad</i>	33-36
—, <i>Lectura de esperanza y profecía a partir de Oseas 2,16-17</i>	111-116

—, <i>¿Donde hay religiosos hay alegría!</i> (Papa Francisco)	186-187
—, <i>Teología a partir de las águilas</i>	275-277
—, <i>Abriendo la Biblia encontramos la Vida</i>	356-362
—, <i>¡Ay de quien escandalice a los pequeños!</i>	433-436
CEPEDANO FLÓREZ, J. J., <i>Historia de una mirada</i>	25-29
—, <i>Historia de una sustitución</i>	95-106
COS, J. DE, <i>La vida consagrada en el siglo XXI</i>	251-269
GARCÍA PRADA, J. M., « <i>Conózcame a mí, conózcate a Ti</i> » (San Agustín):	
1. <i>Conózcame a mí</i>	405-419
GONZÁLEZ SUÁREZ, L., <i>Callarse y no juzgar: primer paso para el progreso espiritual.</i>	37-40
—, <i>La negación de los deseos desordenados: efecto del amor divino</i>	117-121
—, <i>Cristo: el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas</i>	188-192
—, <i>A imagen de Dios fuimos creados</i>	278-281
—, <i>El mirar de Dios y la belleza del alma regenerada por la gracia</i>	363-366
—, <i>La misericordia del Padre</i>	437-443
HERRERO PRIETO, L., <i>Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento: 5. Judit y María</i>	41-44
—, <i>Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento: 6. Esther y María</i>	122-124
—, <i>Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento: 7. La madre de los Macabeos y María</i> .	193-195

—, <i>Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento: 8. La novia del Cantar de los Cantares y María</i>	282-285
—, <i>Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento: 9. La mujer hacendosa del libro de los Proverbios y María</i>	367-372
—, <i>La espiritualidad de San José: 1. Santa Teresa de Jesús... y de San José</i>	444-447
HUARTE OSACAR, J., <i>Alegres en el Señor</i>	4-16
LAGO ALBA, L., <i>Esperanza, Adviento, Navidad</i>	420-424
LEÓN LASTRA, J. J. DE, <i>Teologalidad de la vida cristiana</i>	84-88
—, « <i>Laudato si'</i> . Sobre el cuidado de la casa común». Encíclica del Papa Francisco	347-352
LÓPEZ CASQUETE, M., <i>Un Silencio con mayúscula</i>	30-32
—, <i>El Silencio, dejarse hacer</i>	107-110
—, <i>La mirada del Silencio</i>	182-185
—, <i>La humildad como camino hacia el Silencio</i>	353-355
—, <i>Mística y solipsismo</i>	430-432
MAESO, M. E., <i>Las complacencias de Dios</i>	45-47
—, <i>Un sepulcro glorioso</i>	125-127
—, <i>En el año de la Vida Consagrada</i>	196-198
—, <i>La música callada</i>	286-287
—, <i>Espiritualidad sponsal</i>	371-373
—, <i>Hisopo de nuestro valle</i>	448-449
MARTÍNEZ JUAN, M. A., <i>La importancia del estudio de la teología</i>	425-429

MILAN ŽILÁK, L., <i>El símbolo en la teología de Dionisio Areopagita</i>	450-453
PALOMO, L., <i>El santísimo Rosario: la escuela de María</i>	336-346
PÉREZ MARCOS, M., <i>Acción de gracias por mi Ordenación sacerdotal</i>	270-274
PLAZA AGUILAR, S., <i>El Concilio Vaticano II:</i>	
1. <i>La «prehistoria» del Concilio</i>	17-24
—, <i>El Concilio Vaticano II: 2. Cronología y documentos</i>	89-94
—, <i>El Concilio Vaticano II: 3. Actividad teológica</i>	165-178
—, <i>El Concilio Vaticano II: 4. Balance crítico</i>	245-250
SÁNCHEZ UREÑA, O. R., <i>¿Qué es el hombre en la Suma de Teología? Aplicación a la sacramentología tomista</i>	179-181

LITURGIA

MUÑOZ, H., <i>Liturgia de las Horas: 13. Lectura de la Escritura, de los Santos Padres, de algún santo o del Magisterio</i>	47-49
—, <i>Liturgia de las Horas: 14. La salmodia y las antífonas</i>	131-134
—, <i>El sentido espiritual de la Liturgia de las Horas</i>	199-205
—, <i>Sacramentos, sacramentales y bendiciones</i>	290-292
—, <i>Presencias reales de Cristo en la Eucaristía</i>	376-382
—, <i>¿Por qué la liturgia celebra a los santos?</i>	454-456

TESTIGOS

FÁTIMA LUQUE, L. DE, <i>Sor Pilar Fernández Berdasco, O.P. (1874-1898). Primera dirigida del P. Arintero</i>	205-222
MONJAS DOMINICAS, <i>Sor Benigna Fernández, O.P. (1923-2011). Una vida entregada por la Unidad</i>	53-65
PLAZA AGUILAR, S, <i>Fray Miguel de la Fuente, O. Carm. (1574-1626)</i>	135-144
SPANGENBERG, I., <i>Fray Manuel Suárez Fernández, O.P. (1895-1954) ya está en el Paraíso</i>	293-296

ESCUELA DE VIDA

DIERKENS, P., <i>Breve tratado sobre la vida contemplativa: 1. Los dos caminos a seguir</i>	62-70
—, <i>Breve tratado sobre la vida contemplativa: 2. Pasos y tipos de la contemplación</i>	145-150
—, <i>Breve tratado sobre la vida contemplativa: 3. Presupuestos y práctica de la contemplación.</i>	223-231
—, <i>Breve tratado sobre la vida contemplativa: 4. La perfección de la vida contemplativa</i>	297-308
—, <i>Breve tratado sobre la vida contemplativa: 5. La terminología mística.</i>	383-390
—, <i>Breve tratado sobre la vida contemplativa: 6. Las interrupciones de la contemplación</i>	457-462
SANDOVAL MARTÍNEZ, S., <i>Presentación del «Breve tratado sobre la vida contemplativa», de Petrus Dierkens . . .</i>	66-68

POESÍA

DÍEZ SERRANO, I., <i>Aquí en este silencio</i>	76
—, <i>Cómo sentir la paz, sin Dios contigo</i>	151
—, <i>He comido tu pan</i>	232
—, <i>La santa andariega</i>	309
—, <i>A María</i>	391
—, <i>Preparo mi regazo</i>	463

BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDRE, D. <i>Escondido centro. Viaje al interior de 25 palabras bíblicas</i>	77-78
ALMODOVAR, E., <i>El arte de acompañar desde la experiencia de la JOC</i>	396
BARCELÓN MAICAS, E., <i>La frescura del amor primero. Constitución fundamental de la Orden de Predicadores</i>	237
BATISTA LIBANIO, J., <i>¿Cuál es el futuro del Cristianismo?</i>	312-313
BERNAL LLORENTE, M. A., <i>Reflexiones incómodas sobre la celebración de la Eucaristía</i>	238
CAVAZOS-GONZÁLEZ, G., <i>Más allá de la devoción. La vida espiritual, la justicia y la liberación cristianas</i>	319-320
CERRO, S., CABALLERO, A., <i>10 criterios para hacer buen uso de Internet</i>	470-471
ESPEJA, J. <i>Meditación sobre la Iglesia. Lo que no se puede decir</i>	233
FLECHA, J.-R., <i>La Conciencia</i>	399-400
GARCÍA MAESTRO, J. P., <i>Solo el amor puede salvar. La actitud del cristianismo ante las otras religiones</i>	471-472

GARCÍA-VERDUGO, A., <i>Así rezaron. Breve antología de orantes de todos los tiempos</i>	239
GINEL, A., <i>Cuidar la celebración de la Eucaristía</i>	317-318
GÓMEZ MANZANO, R., BERMEJO POLO, M. C. (ed.), <i>Los valores humanos en la vida consagrada. Cursillo de formación</i>	465-467
GRÜN, A., <i>Pureza de corazón. Caminos de la búsqueda de Dios en el antiguo monacato</i>	467-468
GRÜN, A., JÄGER, W., <i>El misterio más allá de todos los caminos. Lo que nos une, lo que nos separa</i>	311-312
GUTIÉRREZ, G., <i>La espiritualidad de la liberación. Escritos esenciales</i>	78-79
HUMBERTO DE ROMANS, <i>La formación del predicador</i>	152-154
JÁLICS, F., <i>El acompañamiento espiritual en el Evangelio</i>	156-157
LARCHET, J. C., <i>Terapéutica de las enfermedades espirituales</i>	394-395
LARRAÑETA, J. J., <i>El fardel de la palabra: Homilias breves para todos los días del año. Ciclos A, B, C y Santoral</i>	234-235
LAURENTIN, R., <i>La presencia de María</i>	79-80
LÓPEZ PARADELA, M. <i>Guía Práctica de Almas Espirituales. 2ª Parte. Mística</i>	157-159
MAGGIONI, B., <i>El rostro nuevo de Dios. Dichos y gestos de Jesús</i>	240
MELINA, L., NORIEGA, J., PÉREZ-SOBA, J. J., <i>La plenitud del obrar cristiano: dinámica de la acción teológica de la moral</i>	468-470

MESA, M. A., <i>Espiritualidad para tiempos de crisis</i>	314-315
MONTERO, D., J., <i>La Biblia en rostros de mujer</i>	464-465
NÁPOLE, G. M., <i>Casas y caminos. Meditaciones sobre el seguimiento de Jesús</i>	392-393
NAULT, J. C., <i>El demonio del medio día. La acedia, el oscuro mal de nuestro tiempo</i>	398-399
ORDEIG CORSINI, M., <i>Deslumbrados por el amor de Dios</i>	154-155
OTÓN, J., <i>El reencantamiento espiritual posmoderno</i>	235-236
—, <i>La mística de la Palabra</i>	317
RAVASI, G., <i>¿Dónde estás Señor? Símbolos del espacio en la Biblia</i>	318-319
—, <i>El encuentro. Encontrarse en la oración</i>	397
RIGUES, P., <i>Dame una señal propicia</i>	313-314
RODADO, P., <i>Rezar con la inmigración</i>	316
ROSSINI, C., SCIADINI, P. (eds.), <i>Enciclopedia de la oración</i>	393-394
SÁNCHEZ MIELGO, G., <i>La vida consagrada a la luz del kerigma</i>	155-156
SANCHO FERMÍN, F. J., <i>Orar con... santa Teresa de Jesús</i>	159-160